

García de Saura

# LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA



# Índice

Portada	
Dedicatoria	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	
Capítulo 34	
Capítulo 35	
Capítulo 36	
Capítulo 37	
Capítulo 38	
Epílogo	
Agradecimientos	
Biografía	
Notas	
Créditos	

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

**PlanetadeLibros.com**

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*Dedicado a mi madre.  
A mis fieles lectoras/es.  
A mi tierra: Murcia.  
Ya las personas con verdadera  
capacidad de amar y ser amadas*

## Capítulo 1

—Quien conozca algún motivo por el que esta boda no deba celebrarse que hable ahora o calle para siempre —expone el sacerdote de la catedral.

Un silencio llena el templo y todos los invitados se miran unos a otros recelosos, con temor de que alguien impida la ceremonia; excepto mis amigas y mi familia, a los que he informado de lo que tenía pensado hacer, pese a la oposición de algunos de ellos, y en especial de mi madre.

Soy organizadora de eventos y, junto a mi jefa y amiga Paloma, hemos conseguido un resultado perfecto. La capilla mayor y el transepto donde se celebra la boda están impecablemente engalanados, con las mejores rosas y dalias blancas de la ciudad, que son las protagonistas de los centros florales y las decoraciones de los diferentes bancos. Igualmente blanco es también mi ramo: un precioso bouquet de calas y aspidistra, que conjuga a la perfección con mi vestido, de la última colección de Pronovias.

En la puerta, un precioso y acicalado Rolls-Royce Silver Wraith negro, en el que he venido, aguarda a vernos salir convertidos en marido y mujer para llevarnos directos al convite.

En los respaldos de los bancos hay unos pequeños sobres, que previamente hemos pegado y colocado, con una nota que reza:

Abrir cuando lo indique la novia.

La fotografía y el cámara, que son asiduos colaboradores de nuestra empresa, capturan todo el evento, sin perder detalle. Ellos también están advertidos, así que, a diferencia de otras bodas, no han venido a casa a hacer ninguna foto, sino que tan sólo han ido a la de Miguel, el novio.

Y aquí estoy yo, en la preciosa catedral de Murcia, rodeada de todos mis amigos más allegados, mi familia más cercana y toda la gente invitada por Miguel. Con la ilusión que yo tenía por que llegara el día de mi boda, mi gran boda. Ese día especial con que toda chica sueña desde pequeña; ese cuento hecho realidad en el que, por unas horas, nos convertimos en protagonistas y verdaderas princesas, y en el que nos entregamos con pasión y amor a nuestro príncipe azul, que nos aguarda nervioso y enamorado junto al altar para unirse a nosotras en santo matrimonio por siempre jamás, y... ¡Chorradas!

«Que hable ahora o calle para siempre», ha dicho el sacerdote. El momento ha llegado. Así que, tras un considerable suspiro, y después del gesto de aprobación de mis amigas, me hago con el micrófono del cura bajo la atenta mirada de mi prometido, y me vuelvo para dirigirme a los allí congregados.

—Querida familia, queridos amigos: gracias por venir.

—¿Qué estás haciendo? —cuchichea Miguel sorprendido.

—Como habéis podido comprobar —continúo—, delante de cada uno de vosotros hay un sobre. Si sois tan amables de abrir cada uno el vuestro, por favor.

—¿Qué hay en los sobres? —El desconcierto de su rostro acaba de tornarse en enojo.

—Es una sorpresa, *cariño*.

Todo el mundo está expectante y, obedeciendo mis indicaciones, procede a abrirlos. Las diferentes reacciones no se hacen esperar. Los invitados no salen de su asombro al ver lo que contienen. El murmullo general y las inquisitivas miradas hacia el que iba a ser mi esposo logran ponerlo realmente nervioso.

—¡Dime qué demonios ocurre, y dímelo ya! —me implora Miguel.

—Claro que sí, *cariño* —respondo con sorna—, tus palabras son órdenes para mí.

Y, dirigiéndome de nuevo a los allí presentes, continúo:

—Como habéis podido comprobar, el de la fotografía es Miguel, mi querido y amado Miguel. El marido perfecto que toda mujer puede desear para que la acompañe el resto de su vida. Durante cuatro maravillosos años, hemos sido novios, hemos hecho numerosos planes juntos, y uno de ellos era éste, casarnos. Pero como podéis apreciar en la imagen, el matrimonio no entraba en sus planes o, por lo menos, no conmigo. He querido compartir con vosotros la noticia de esta forma porque sabía que, de otra manera, no me habríais creído, o no podría habérselo demostrado a todos. Efectivamente, el de la foto es Miguel manteniendo relaciones sexuales con mi primo Juan, en la que, hasta ahora, era nuestra cama.

El momento es indescriptible. Mis amigas me guiñan el ojo, como muestra de su apoyo incondicional. Mi madre agacha la cabeza y mi padre observa serio a Miguel; me consta que para él supone un esfuerzo tremendo acatar mis instrucciones y contenerse, pues conozco su faceta protectora y sé que, de buena gana, le propinaría un puñetazo. Mi hermana, Leire, en cambio, incapaz de contener sus emociones, muestra su enfado con el ceño fruncido implantado en su cara.

Mis tíos, incrédulos y avergonzados por decenas de miradas que los escudriñan, salen escopeteados de la iglesia junto a mi primo Juan, que, incapaz de articular palabra, y con la cara pálida de la impresión, tan sólo es capaz de agachar la cabeza mientras se deja guiar por sus padres.

Miguel, que no puede aguantar la presión, tras llevarse la mano a la frente, cae al suelo, como observo, arrastrado por la vergüenza y el dolor.

—¡Putita! —me grita de pronto su madre, doña Ana, que se acerca llena de ira a recoger a su hijo del frío suelo de mármol.

—¡Ella no le ha sido infiel a nadie! —contesta mi madre, que viene hasta mí para defenderme de la arpia.

—¡Algún motivo tendría para hacerlo!

Sus últimas palabras me producen verdadero dolor, pero no estoy dispuesta a dejar que nadie me defienda; puedo hacerlo yo sola. Así pues, reprimiendo las ganas de arrancarle el ridículo sombrero que la señora se ha colocado sobre su escultural y patético moño, le suelto:

—Tienes razón. Pero no sólo tenía un motivo para serme infiel, tenía dos: que no soy un hombre y, lo más importante, que tú no le has dado la suficiente confianza para salir del armario como es debido.

Y allí, agachada y con la boca abierta, dejo a la que iba a ser mi suegra junto a su querido hijo, observando cómo, rodeada de mi gente, abandono la hermosa catedral, que, junto con su sacerdote y sus preciosas capillas, incluida la de los Vélez, ha sido testigo de uno de los momentos más bochornosos que jamás se haya vivido en el templo sagrado.

Mis amigas Paloma, Eva y Marta me arropan y me sujetan al mismo tiempo mientras nos dirigimos a la puerta de los Apóstoles, ubicada en un lateral de la iglesia. He aguantado toda la escena sin amilanarme lo más mínimo pero, al salir, mis piernas comienzan a flaquear.

En el instante en que voy a poner un pie en la plaza, me paro y me giro para observar por última vez la estampa: Miguel está aún en el suelo, flanqueado por la bruja de su madre, mientras que su padre está de pie hablando con el sacerdote, que lo escucha abanicándose sentado en el primer banco. La imagen me produce pena y rabia a la vez.

—Escuchadme bien lo que voy a deciros —les comunico a mis amigas volviéndome de nuevo—: no quiero ni oír hablar de hombres en mucho tiempo, y mucho menos de bodas. ¿Queda claro?

Las tres asienten con la cabeza, antes de salir definitivamente de la iglesia.

Como era de esperar, en la puerta las habladurías de los invitados no cesan. Todos están asombrados por lo ocurrido y deseosos de respuestas. Aun así, según lo planeado, y escudada por mis amigas, me marchó rumbo al coche de Paco, el marido de Marta, que nos espera para llevarnos al piso de mis padres.

Mi familia, en cambio, decide quedarse durante un breve rato contestando las preguntas con escuetas frases, disculpándose por lo ocurrido y despidiéndose del resto de nuestros invitados. Mi madre insistió en hacerlo de este modo y, según su deseo, así se está realizando. Quedarme allí habría supuesto alargar demasiado un innecesario momento y tener que dar detalles de la auténtica y dolorosa verdad.

Todo empezó hace un par de meses. Miguel recibía llamadas a deshoras; cuando sonaba el teléfono, lo cogía sobresaltado y se alejaba de donde estuviéramos para atender la llamada, con la excusa de que era por trabajo. Una tarde, incluso, llegó a marcharse del piso para poder hablar a solas; según él, no quería que se oyese ningún ruido de fondo, ni que su jefe supiera nada acerca de su vida privada. Aquellas reacciones levantaron mis sospechas, pues yo atendía mis llamadas con naturalidad, y cuando era Paloma la que me telefoneaba, no tenía inconveniente alguno en que él escuchara la conversación.

Su actitud comenzó a cambiar por completo. Además de su extraño comportamiento, había que sumarle también la falta de relaciones sexuales, lo que para mí fue uno de los mayores detonantes. Miguel lo achacaba al estrés previo a la boda. Por las noches no solía llegar a casa más tarde de lo habitual pero, a mediodía, sí que se marchaba antes.

Había oído hablar de las diferentes señales que existen para saber si tu pareja te es infiel, y yo las estaba detectando todas. Decidí no hablar del tema con nadie o, por lo menos, no durante los primeros días; debía aclarar mis ideas y, sobre todo, recabar pruebas. Así pues, con la determinación de obtenerlas, comencé mi ardua investigación privada.

Durante los cortes de publicidad en la televisión, solíamos mirar nuestros respectivos móviles. Aprovechando este hábito, una noche, mientras simulaba escribir en el mío, logré averiguar su código para desbloquear la pantalla que, hacía poco tiempo, le había puesto a su *smartphone*. Una vez en la cama, esperé a que se quedara dormido y, bien entrada la madrugada, cogí su teléfono y, a hurtadillas, salí del dormitorio. Al llegar al baño, cerré la puerta con pestillo, me senté sobre la taza del inodoro y me quedé durante un largo rato observando el aparato. Lo que me disponía a hacer iba en contra de mis principios, pero estaba a punto de casarme, y no quería arrepentirme después de cometer un error muy grande por no cometer, entonces, uno pequeño. Sin embargo, ni en mis peores pesadillas habría soñado con lo que allí me encontré: había decenas de mensajes subidos de tono de él hacia mi primo Juan, y viceversa. Literalmente, mi mundo se vino abajo en aquel instante. Podía luchar contra otra mujer, pero contra un hombre no podía aunque quisiera. Mis temores no eran infundados, había descubierto el motivo de sus repentinos cambios y me sentía traicionada, dolida, engañada... Una y otra vez, leí y releí aquellos mensajes que englobaban una doble traición: la de Miguel, el que creía el amor de mi vida, y la de mi primo Juan, al que me unía no sólo la sangre, sino también un buen trato familiar y miles de recuerdos de infancia.

Rota de dolor, con el corazón acelerado y una aguda punzada machacándome el estómago, lloré y lloré sin consuelo durante horas, encerrada entre aquellas cuatro frías paredes alicatadas con grandes azulejos color miel, hasta agotar mi arsenal de lágrimas. Cientos de recuerdos pasaban por mi cabeza: el día en que nos conocimos, nuestros viajes, nuestros planes, sus promesas de amor, su perfecta y romántica pedida de mano... y un largo etcétera. Habían sido cuatro años de mi vida perdidos, tirados a la basura de un solo plumazo, y que jamás podría recuperar.

Cuando mi llanto cesó y las lágrimas dejaron de brotar de mis ojos, me lavé la cara y, con sumo cuidado, regresé al dormitorio. Al llegar, me paré un instante a observar cómo dormía plácidamente, abrazado a su almohada, el hombre que se había convertido en mi verdugo. Y en aquel preciso instante lo supe; supe qué debía hacer.

A partir de entonces, urdí uno de los mayores planes de mi vida. No obstante, no podía hacerlo sola, y le confié mi mayor secreto a Paloma; aún recuerdo su cara cuando se lo hice saber. Una vez obtenidas diferentes capturas de pantalla de los mensajes y recabada toda la información necesaria, mi mejor amiga y yo simulamos un pequeño viaje a Valencia por temas laborales. Ese mismo día, mi tía iba a recibir visitas en su casa por su onomástica, por lo que era de esperar que la cita entre Miguel y mi primo tuviera lugar en mi piso. Tras pedir un par de favores, y antes de nuestra supuesta partida, colocamos una microcámara en mi dormitorio. Nuestro plan no podía fallar..., y así fue. Por la tarde, desde la habitación que Paloma me había dejado para pasar la noche en su casa, y frente al portátil que recibía la señal de la microcámara, pude observar junto a mi amiga, y con un dolor indescriptible, lo que estaba sucediendo en directo sobre mis sábanas.

Si fue difícil ver aquellas imágenes, más lo fue disimular delante de él y de la gente que nos rodeaba. Debía aparentar que estaba ilusionada con el enlace, y me obligaba continuamente a sonreír, mientras mi corazón lloraba de dolor. Quizá mi plan no era del todo ético y moral, pero la traición es imperdonable, y ésa lo era de sobrada, al menos para mí.

A falta de dos semanas para la boda, y con las debidas pruebas en la mano, se lo conté todo a las chicas, y esa misma noche, a la hora de la cena, se lo comuniqué a mi familia. Al principio, ésta no estuvo de acuerdo conmigo, pero como yo misma les dije a mis padres, era la única forma de poder defenderme y demostrar la verdad a todo el mundo. Las informaciones del boca en boca se desvirtúan, las consecuencias de los famosos «me han dicho» y «me han contado», como las del teléfono roto, eran sabidas por todos. Y el daño irreparable que podrían producir, también.

Los regalos se devolverían y la reserva en el restaurante donde se iba a celebrar el convite estaba previamente cancelada. En su lugar, reservé en un pequeño local una cena para nueve; quería agradecerles a las ocho personas que eran sabedoras de la historia el apoyo y la ayuda que me habían brindado para llevar a cabo mi plan.

Y aquí estoy ahora, en el coche de Paco, rodeada de mis amigas y camino del que, durante muchos años, fue mi hogar: la casa de mis padres.

Tras cambiarme en la que de nuevo vuelve a ser mi casa y pasar un rato allí con mi familia y mis amigos, nos dirigimos hacia el restaurante.

La cena transcurre con la normalidad que cabría esperar después de una vivencia así. Mi madre, que era la que más me preocupaba, finalmente me está sorprendiendo. Una vez pasado el momento de las explicaciones a los invitados, ha podido relajarse y disfrutar, e incluso reír acerca de lo sucedido. Por suerte, durante la velada están dominando las risas y los variados comentarios.

Mi hermana, en cambio, está un poco molesta, y en un momento dado de la tertulia me lo hace saber:

—Ha sido increíble lo que has hecho, *hermanita*, yo jamás me habría atrevido. Aunque ahora, gracias a ti, no podré casarme en la catedral; seguro que allí nuestra familia ya ha sido vetada.

—Pues te casas en la Fuensanta, *hermanita* —digo enfatizando la última palabra.

—¡Ay, *supersí*! —me responde haciendo unas insonoras palmadas.

Resoplo al verla.

Quiero a mi hermana Leire, pero me cuesta horrores soportarla. Es una pija empedernida, cursi como ella sola, y enamorada de la idea del amor perfecto y del príncipe azul. Vive en los mundos de Yupi, en su realidad paralela, al igual que sus queridas amigas. Yo las llamo «las Superstars» o «las Súper», pues son incapaces de contestar con un simple «sí» o un cotidiano «no». Para ellas, todo es «superior»: su mundo, su ropa, sus zapatos, su peluquera..., así que sus respuestas son como ellas, superiores en todo.

A veces, en mi fuero interno, me pregunto si no cambiarían a mi hermana al nacer en el hospital. Mi padre es un forofo del Athletic Club de Bilbao, y no se le ocurrió otra cosa que viajar a ver el estadio de San Mamés con mi madre embarazada de ocho meses. Hacía años que no iba a visitarlo, y quería ver la remodelación que se había hecho para el mundial de 1982. En plena visita al estadio, mi madre se puso de parto, y mi hermana nació en Bilbao en 1990. Convencidos de que era una señal, ambos acordaron ponerle de nombre Leire. Para mi madre no era un nombre muy común, y menos por aquel entonces, pero era la mejor opción que mi padre le dejaba, pues debía elegir entre Leire o Leona. Afortunadamente, se decantaron por el primero.

Con mi hermana contenta porque en su linda cabecita se estaría imaginando yendo montada en una carroza de oro camino del santuario de la Fuensanta para dar el «sí, quiero» al mismísimo príncipe de *Blancanieves*, me despido de ella y de mis padres una vez acabada la cena, en la puerta del restaurante.

—Que lo paséis muy bien esta noche.

—Gracias, mamá. Por cierto —susurro—, cuando llegues a casa, mira lo que hay en tu mesilla.

—¿Qué hay, hija?

—Mamá, cuando llegues a casa, ¿de acuerdo? Es una sorpresa.

—Tú y tus misterios. Está bien, hija, lo miraré nada más llegar.

—Gracias, mamá..., por todo.

—Lucía, las gracias las doy yo por tenerte a ti. Lo que has hecho hoy es de valientes, y tú eres la de la familia. No lo olvides nunca, cielo.

—No lo haré, mamá, descuida.

Al dirigirme a mi padre, ambos nos fundimos en un cálido abrazo. Mi padre es parco en palabras, pero generoso en abrazos; da los mejores del mundo.

Marta y Paloma también se despiden de sus respectivos maridos. Paco, nuestro chófer particular en la escapada y esposo de Marta, lo hace con un tierno beso, como viene siendo habitual en ellos. En cambio, Josean, al ir a despedirse de Paloma, lo hace con un frío beso en la mejilla. He visto varias veces ese gesto, pero hasta este momento no había reparado en él; en cambio, ahora, me da que pensar. Sin embargo, como actualmente estoy en una época en la que sospecho de todo, decido no darle mayor importancia.

Una vez solas las cuatro, nos montamos en el coche de mi jefa y nos marchamos a celebrar mi «no boda».

—¿Me vais a decir ya adónde vamos? —pregunto al ver que salimos de la ciudad y tomamos la autovía.

—Ya sabes que es una sorpresa —responde Eva.

—Tú sólo déjate llevar —indica Marta.

—Miedito me dais.

—Chica lista —murmura Paloma.

—En serio, tías, ya os lo he dicho esta tarde: nada de chicos. Os lo pido por favor.

—¿Quién necesita hombres para divertirse? —formula Marta.

—Pues yo —le contesta Eva. Pero dirigiéndose de nuevo a mí, claudica—: Aunque por ti, Lucía, haremos una excepción.

—¿Por qué me da a mí que eso va a ser difícil? —me mofo, haciéndoles reír a todas.

Durante el tiempo que dura el trayecto, hablamos de lo bien que lo vamos a pasar, de la música que suena en la emisora del coche y, cómo no, del plantón ante el altar que le he dado a Miguel. Las chicas disfrutan de lo lindo comentando mi hazaña y, con especial énfasis, el momento estelar, según ellas, en el que he dejado sin palabras a mi exsuegra, agachada junto a su maravilloso hijo.

Realmente, las chicas son increíbles. No sólo me ayudaron a orquestar todo el plan, sino que, además, me han organizado una fiesta sorpresa para celebrar mi todavía soltería e impedir que me quedara en casa pensando más de la cuenta. Son adorables.

Eva, al igual que una servidora, es la soltera del grupo. Tiene treinta y un años, sólo uno más que yo, pero somos muy distintas o, mejor dicho, ahora lo somos más que antes. Aunque me cueste reconocerlo, desde que confirmé mis sospechas acerca de la infidelidad de Miguel hace ya casi dos meses, mi carácter se agrió inevitablemente. Debía fingir día tras día, dormir con él, dejar que me tocara y me besara, sonreírle... Jamás había hecho tanto teatro, ni me había mordido tanto la lengua, pues, pese a que el plan parecía fácil en mi mente, en la práctica costaba, y mucho. Eva, en cambio, seguía siendo tan risueña y divertida como siempre. En el pasado tuvo dos relaciones formales, aunque ninguna de ellas fue lo suficientemente seria como para llegar a comprometerse. Aun así, sigue sin perder la esperanza de encontrar, como ella misma dice, «al hombre que me haga temblar y que quiera desayunar conmigo todas las mañanas durante el resto de su vida». Y no es por falta de pretendientes, pues con su encanto y sus preciosos ojos verdes, Eva es una sexi administrativa pelirroja que trabaja rodeada de testosterona en la ITV de Molina de Segura, un pueblo cercano a la capital.

Marta, en cambio, es ahora la más tranquila de las cuatro. Ella dejó su trabajo de camarera para dedicarse por completo a su marido y a sus mellizos. A día de hoy, a sus cuarenta y dos años, sigue siendo una mujer rubia muy atractiva a la que su Paco adora.

Paloma es la mayor del grupo; a sus cuarenta y tres años, es una morenaza de grandes ojos marrones que regenta Protocolo, una empresa organizadora de eventos de la que yo formo parte. Es buena jefa, además de muy buena amiga. Sin ella no podría haber salido adelante en más de una ocasión; no sólo por nuestra reciente confabulación casamentera, sino por su indiscutible apoyo moral. Lleva casada diez años con Josean, un experimentado comercial de la venta de maquinaria industrial con el que apenas he tenido trato, pues sólo hemos coincidido en contadas y escuetas ocasiones; según él, por motivos laborales, y, según mi opinión, por falta de interés y disparidad de caracteres con respecto al resto del grupo.

En medio de nuestras conversaciones, me entra una llamada en el móvil. Es mi madre, que debe de haberme hecho caso.

—Dime, mamá.

—Lucía, ¿estás loca? ¿Cómo se te ocurre hacer una cosa así? —Puedo oír su respiración alterada a través del teléfono.

—Pues por dos motivos muy básicos, mamá: porque os quiero y porque me ha dado la real gana.

—Pero, hija, esto es demasiado. ¿Por qué no te vas tú a París con una de tus amigas y lo disfrutas?

—Y ¿pasarme el viaje acordándome de lo que podría haber sido y no va a ser nunca? Gracias, pero no. Mamá, de corazón, nadie mejor que vosotros para disfrutar de mi «no luna de miel»; os lo merecéis más que nadie.

—Tu padre está como loco dando vueltas por la casa; el muy sinvergüenza me está preguntando si hay escala en Bilbao. ¡Yo lo mato!

La imagen en mi cabeza me hace reír a carcajadas.

—Gracias, hija, de corazón.

—De nada, mamá. *Ciao* —digo antes de finalizar la llamada mientras los ojos de Eva se clavan en los míos.

—¿Se puede saber qué te has *fumao*? —me interpela frunciendo el ceño.

—Hasta ahora, nada.

—¡Tía, nos podríamos haber ido nosotras!

—Ah, gracias por la parte que nos toca —la riñe Marta.

—Vosotras estáis casadas —responde la pelirroja.

—Y ¿eso qué tiene que ver para darme un homenaje con una amiga?

—Chicas, haya paz —intervengo—. No quería pasarme una semana en la ciudad del amor acordándome de él, nada más. París se merece algo mejor que eso.

—Tienes razón, lo siento —murmura Eva—; es que me hacía ilusión visitar París.

—Algún día lo haremos, chicas, algún día —anuncia Paloma.

Decididas a salir rumbo a lo desconocido, llegamos al aparcamiento de la plaza del Puerto de Alicante. Como es habitual cada vez que venimos aquí, lo primero que hacemos es dirigirnos al restaurante-museo Santísima Trinidad para hacernos un *selfie*. Este extraordinario local, fotografiado por todos los visitantes, es una réplica de un famoso navío del siglo XVIII, anclado en el puerto desde hace años. Tras las pertinentes poses junto al buque, me dejo guiar por las chicas, que me llevan hacia los locales de moda de la zona.

Nada más entrar al primero de ellos, nos encaminamos hacia nuestro lugar favorito: la barra. No solemos salir de fiesta las cuatro pero, cuando lo hacemos, ciertamente nos desmadramos.

En el segundo local, el alcohol ya empieza a hacer estragos en mis amigas. En cambio, en mí está provocando el efecto contrario; cuanto más bebo, más cuerda y enfadada estoy y menos a gusto me encuentro. Los recuerdos vuelven una y otra vez a mi mente, los cuales intento, en vano, ahogar con el ron. Observo a las chicas, que se lo están pasando en grande, cada vez más ebrias y risueñas. Los hombres que hay alrededor también se percatan y no les quitan ojo, lo que aumenta inevitablemente mi enojo.

Después de mucho revolotear, cual abejas alrededor de una flor, dos chicos engominados se acercan y comienzan a presentarse. No estoy de humor para recibir visitas, así que aprovecho el instante para ir al baño, con la esperanza de que, a mi regreso, las *abejas* hayan decidido regresar a su colmena. Pero, para mi enardecido descontento, al retornar de aliviar mi necesidad fisiológica, los *insectos* siguen con mis amigas, con el claro objetivo de picarles con su aguijón. Mientras hablan entre ellos, intento bailar las canciones que suenan, y digo «intento» porque el local está tan abarrotado que apenas puedo moverme. No quiero aguarles la fiesta a las chicas, pero realmente estoy deseando salir de aquí. Como mi energía y mi actitud no son las más adecuadas para estar de fiesta, los chicos no me dirigen la palabra en ningún momento, cosa que agradezco; de hecho, ni siquiera sé sus nombres. Sin embargo, para mi sorpresa, al cabo de un rato observo cómo la *abeja reina* viene *volando* hacia mí.

—¿Sabes qué? —dice el que es el más musculoso de los dos—. Tu amiga pelirroja me tiene loco.

—Y ¿eso para qué me lo cuentas a mí? ¿Acaso soy tu psicóloga? —¡Hala, ya le ha dado la bienvenida mi escudo insecticida!

—¿Eres psicóloga?

—Mira, *guapo* —replico enfatizando el calificativo—, si te gusta mi amiga, díselo a ella, no a mí, que ya no tenemos quince años.

—Sólo quería que lo supieras.

—Pues date por contento, que ya lo sé —le suelto de mala gana. Pero viendo la cara con la que me mira, y entendiendo que no es precisamente la mejor noche de mi vida, decido ser un poco más amable, y añado—: Perdona que sea tan clara, pero es que soy amante de la naturalidad, así que, cuando quiero algo, voy a por ello, y no espero que nadie lo haga por mí. Sé natural y díselo.

—Tienes razón —concluye antes de dar media vuelta y *aletear* hacia mi pelirroja amiga con la clara intención de obtener su néctar.

Tras la fallida polinización por parte de los dos *abejorros* con músculos, finalmente nos marchamos del local.

—Hoy no estás para fiestas, ¿verdad? —comenta Paloma cogiéndome del brazo, de camino al siguiente pub.

—Es extraño. Me gustaría estar como vosotras, pero por más que bebo, no cojo ni siquiera el punto.

—Tú bebes y se nos sube a nosotras —suelta ella, tronchándose.

Su comentario me hace sonreír, pues por mucho que cueste creerlo, es así como está sucediendo. De pronto, Paloma se suelta de mi brazo y da un torpe traspié. A punto de caer al agua, me apresuro a agarrarla para impedirlo mientras las otras dos se parten de risa.

—Y tú, tal como vas, ¿pensabas llevarnos de vuelta a Murcia?

—¿Quién ha dicho... que tenga que ser... esta noche? —balbucea Paloma de un modo que apenas se la entiende.

En ese momento, la que cae soy yo, pero en la cuenta de lo que me está ocurriendo: la adrenalina de mi maquiavélico plan contra Miguel está saliendo a flote, impidiendo que el alcohol me afecte lo más mínimo. Soy la única cuerda de las cuatro, así que me temo que debo velar por ellas. «¡Genial! Mi fiesta mejora por momentos. Ahora debo hacer de canguro, chófer y *sujetamelenas*», pienso para mis adentros.

Eva y Marta van por el mismo camino que Paloma; todas están bastante ebrias, y con unas incontenibles ganas de juerga. Tan sólo vamos a un local más, donde yo me pido una simple Coca-Cola, y ellas, gracias a mi insistencia, un último cubata.

De vuelta al coche, Marta, que desde que se casó es la menos acostumbrada a salir de fiesta y a beber, tropieza en los grandes escalones de la plaza que hay sobre el aparcamiento subterráneo.

—¡Coño! ¿Se puede saber quién ha puesto esto aquí en medio? —Suelta a pleno pulmón, llevándose las manos a la espinilla.

Los viandantes que hay a nuestro alrededor se nos quedan mirando. Yo me acerco lo más rápidamente que puedo a socorrerla, mientras Paloma y Eva, que van cogidas del brazo y haciendo eses, se descojonan al verla. Contagiada por sus risas, la rubia se une a ellas, y las carcajadas de las tres retumban en la plaza del Puerto. Mi noche mejora a cada minuto que pasa. Tras comprobar que no tiene nada grave, tan sólo un futuro y asegurado moratón, logro descender hasta el aparcamiento, no sin el esfuerzo de guiar a mis tres amigas borrachas hasta allí, y habiendo evitado que previamente se lanzaran al agua.

Una vez dentro del coche, compruebo que no me falte ninguna y, dejando salir un hondo suspiro, arranco con dirección a casa.



## Capítulo 3

Pero no podía ser tan fácil. Las tres llevan la fiesta metida en el cuerpo: Paloma no deja de subir el volumen de la radio hasta casi romperme el tímpano, y yo no paro de darle manotazos para intentar impedirlo, mientras todas cantan y bailan desenfrenadas. En medio de la discoteca móvil, me confundo de salida y, en lugar de coger la autovía, me dirijo hacia una carretera que desconozco. Pienso en usar el GPS del móvil, pero estoy segura de que, con la alegría y la juerga que hay dentro del coche, la posibilidad de que acabe lanzado por la ventana es muy alta. Así pues, intentando preservar mi querido teléfono, decido, una vez más, dejarme guiar por mi instinto.

—¡¡¡Para, que me meo!!! —grita de pronto Eva desde el asiento de atrás, al cabo de unos insufribles minutos.

—¿Ahora? ¿No puedes aguantar? —La miro por el espejo retrovisor.

—¡Que me meo *toa*!

—¡¡¡Nena, yo también!!! —me hace saber Marta con un estupendo y magnífico grito en mi oído derecho.

—¡¡¡Esto se contagia, yo también me meo!!! —añade Paloma, haciéndolas reír.

«Las quiero mucho, pero mañana las mato», pienso mientras pongo el intermitente para parar en una rotonda que hay unos metros más adelante. Estoy deseando llegar a casa, pero mejor hacer una escala en el camino o el resultado podría ser desastroso para la tapicería del Volkswagen Touareg de Paloma.

Al llegar a la rotonda, me aproximo todo lo que puedo al lado derecho y paro el todoterreno negro bajo una farola. Cuando me bajo para abrir una a una las puertas y ayudar a mis amigas a apearse del vehículo, veo que Marta sale literalmente corriendo del coche con los brazos en alto, alejándose y gritando:

—¡Que no llegooooo!

—¡Yo tampocooooo! —suelta Eva, que la persigue por el descampado con la mano puesta en su entrepierna.

Desesperada, asisto a Paloma, que es la más perjudicada, y la acompaño para intentar alcanzar a las otras dos. Unas mujeres que estaban bajo la primera farola observan atónitas la escena, desternillándose.

Una vez que conseguimos llegar hasta el lugar donde las chicas han escogido su improvisado aseo y logro que mi jefa consiga hacer sus necesidades sin salpicarme, ésta me sorprende revelándome:

—Estoy muy mareada, creo que voy a...

—¡No, no, no, no, no...! —acierto a decir segundos antes de que me vomite sobre la camisa.

Con toda la premura de la que soy capaz, la agarro y la coloco en una posición mejor. Mientras le sujeto la melena, ella continúa con su particular expulsión de fluidos.

—Mira doña fuentes —se mofa Eva agachada, que sigue vaciando líquido.

—¡Hala, qué fuerte! —formula Marta.

—Pues anda que la otra —comenta de nuevo la pelirroja, señalándome.

—Lucía, ¿por qué vas mojada? —pregunta Marta, que no se ha enterado de nada.

Mi enfado está llegando a límites insospechados. Se ha cumplido la peor de mis pesadillas. La noche está siendo un auténtico desastre: mientras las chicas se lo pasan bomba, yo, que soy la única sobria, acabo encargándome de ellas sin haberme divertido lo más mínimo, aun a pesar de que, en teoría, la fiesta era por y para mí. No puedo creer que esto me esté ocurriendo a mí, no en un día como hoy. Necesitaba desconectar, divertirme y no pensar. Pero no sólo no lo estoy consiguiendo, sino que además, y muy a mi pesar, aquí estoy, perdida en medio de un solar, a unos veinte metros del coche, embadurnada, socorriendo a mi amiga y aguantando las burlas de las otras dos.

—Buenas noches, señoritas —oigo que dice entonces la voz de un tío tras de mí.

¡Esto es el colmo! Sé que las chicas son un imán para los hombres, pero que aparezcan hasta en un recóndito lugar y en un momento así no puedo digerirlo; no a estas alturas. Así pues, sin quitarle ojo a la pobre Paloma, que sigue agachada vomitando, envalentonada, desesperada y enfadada hasta el extremo, le suelto:

—¿Buenas noches? ¡Buenas lo serán para ti! ¿Acaso no ves la situación en la que me encuentro? ¿Tienes que venir a tocar las narices?

—Lucía —susurra Eva, que ya ha terminado de hacer sus necesidades y ha llegado hasta mí, tocándome el hombro.

—Lucía, ¿qué?

—Que te calles —masculla.

—¡¡¡No me da la gana!!! —grito exasperada—. ¡Llevo toda la noche aguantando y viendo cómo se os arriman! ¡No tienen hartura, son todos unos sinvergüenzas insaciables que únicamente buscan una cosa y sólo saben hacernos daño!

—Lucía, déjalo —insiste ella.

—¿Que lo deje? ¿Acaso lo dejaste tú cuando hablabas con el musculitos? ¡¡¡Estoy harta!!! ¡¡¡No tienen corazón, son todos unos cabrones..., joder!!!

—Me temo que van a tener que acompañarnos al cuartel —anuncia de pronto el hombre, lo que hace que me gire para mirarlo.

«Tierra, trágame», pienso al comprobar que se trata de un guardia civil uniformado y con cara de pocos amigos. Esto no me puede estar pasando a mí. La noche va de mal en peor, y mi estado de ánimo está cayendo en picado. La escena con la que él se acaba de encontrar es devastadora: Paloma vomitando, Eva a mi lado acabando de vestirse y Marta semidesnuda orinando; y, para postre, yo acabo de descargar toda mi ira con él. El karma me está devolviendo mi venganza, y con creces.

Al cabo de unos minutos, las tres, acompañadas de dos mujeres más, estamos en la parte posterior del furgón de la guardia civil, seguidas por el coche de Paloma, conducido por uno de los agentes.

—¡Vamos de paseo, pí, pí, pí...![\*] —canturrea Marta.

—¡En un auto nuevo, pí, pí, pí...![\*] —se une Eva, haciéndolas reír a todas.

Esto es increíble: cuanto más cabreada estoy yo, más se lo pasan ellas en grande. Parece no importarles nada. Y es que, de hecho, es así. Su jumera les impide ver lo que realmente está sucediendo: nos han detenido, son cerca de las cuatro de la madrugada y la noche amenaza con ser muy larga.

Cuando llegamos al cuartel, y una vez entregados los DNI, nos guían hasta la sala de espera, que más bien parece un pasillo, para que aguardemos allí. «¿Aguardar a qué?», me pregunto yo. Con ponernos la multa pertinente por realizar aguas menores en la vía pública es más que suficiente, así podríamos marcharnos de aquí cuanto antes.

—Chicas, ¿os habéis fijado en cómo está el morenazo de melena y barbita?

—¡Eva, por Dios! Lo tuyo no tiene nombre —la reprendo.

—¿Cómo que no? Claro que sí: se llama «soltería» —responde, lo que provoca las risas de las demás, y añade—: Pero ¿habéis visto qué cara y qué culo tiene?

—No está mal —opina Marta, que acompaña a las otras en no quitarles ojo a los guardias.

—Pues a mí el que más me gusta es el cuarentón canoso —comenta Paloma.

—No tenéis remedio —digo poniendo los ojos en blanco.

—Eso necesito yo..., ¡un remedio! —afirma Eva, que, dando rienda suelta a su encantadora borrachera, se envalentona y comienza a gritar—: ¡Cachondoooo, que necesito remediarme! ¡Ven a cachearme, que no llevo carné!

—¡Yo tampoco lo llevo! ¡Cachéame, que me dejo! —suelta Paloma poniendo los brazos en cruz, sin dejar de mirar al guardia al que le ha echado el ojo.

—Shhh, ¿queréis callaros? —las regaña.

—Lucía, déjanos disfrutar de las vistas. Madre mía, cómo está la Benemérita de Alicante —se mofa Marta, poniendo morritos.

—Nena, ¿queda sitio en el coche? Porque a ese melenas me lo llevo *pa'* Murcia.

—Eva, lo colocamos entre tú y yo. Así pillo cacho.

—¡Marta! Si te oyera Paco, le daba algo —le suelto.

—Mi Paco está *acostao* y cuidando a los críos, que es donde tiene que estar.

—Así se habla, tía —responde la pelirroja.

—Pues si hace falta, yo me meto con el canoso en el maletero.

—¡Paloma!

—Vale, lo meto a él solo y me quedo de copiloto.

—Ja, ja, ja —se tronchan las tres.

Ni en mil años habría imaginado un momento así. Mis amigas están perdiendo el norte, la compostura y la vergüenza en un cuartel, rodeadas de guardias civiles y con una alta posibilidad de acabar en las dependencias judiciales por alteración del orden público sin que yo pueda remediarlo.

—Señoritas, espero que sepan por qué están aquí —nos informa el que nos pilló en plena faena, y ante el que me desahogué en el descampado.

—Sí, y lo sentimos mucho —contesto—, pero se trataba de una emergencia; espero que lo sepan entender.

—Me temo, señorita...

—Martínez, Lucía Martínez.

—Señorita Martínez, me temo que no está al tanto del motivo por el que se encuentran aquí. No sólo es por hacer aguas menores en la vía pública; ustedes estaban practicando la prostitución en plena calle, y eso, aquí, está tipificado como delito.

—¡¿Cómo dice?! —grito levantándome de la silla de un salto—. ¿Que nos han detenido por putas?

—¡Mi chichi lo disfruta! —suelta de pronto Eva, provocando las risas de todos.

—¡Eva, cállate! —bramo.

—¡Cállate tú, *saboría*, que no dejas de quejarte, pijo!

Apretando los puños e inspirando hondo para no decirle cuatro cosas bien dichas, me domino para poder continuar la conversación con el guardia.

—Mire usted, agente, nosotras no somos prostitutas, tan sólo paramos en la rotonda para...

—Señorita Martínez, yo mismo la oí decir cosas de la profesión, y su amiga lo acaba de confirmar.

—¿Qué? No, no, no, no. Se trata de un malentendido. Ellas están ebrias, ¿o acaso no lo ve? Y, en cuanto a lo que me oyó decir, estaba cabreada y en una situación comprometida.

—Me temo, señorita, que los hechos hablan por sí solos. Deberán pasar aquí la noche, a la espera de lo que dictamine el juez.

—¡Pero no somos putas, joder!

—¡No lo serás tú, bonita! —replica Eva.

—Quédense aquí hasta que les demos nuevas noticias —remata el guardia antes de marcharse hacia el lugar donde está el resto de sus compañeros, que no han parado de descojonarse mientras observaban toda la escena.

Exasperada, miro a las chicas. Es absurdo recriminarles nada, no son conscientes de lo que dicen, aunque, sin duda, no han beneficiado en nada la situación. Nos hemos parado en una rotonda donde se practica la prostitución callejera, y nos han confundido y detenido por ello.

Todo esto me está sobrepasando, tengo la boca seca, las manos me tiemblan, y necesito tomar el aire. Incapaz de pensar con claridad, me dirijo hacia el estirado agente que me acaba de dar la estrambótica noticia.

—Necesito tomar un poco el aire, ¿puedo salir un momento a la calle?

—No se cansa de trabajar, ¿eh?

—¿Cómo dice?

—Lo siento, no pueden salir del cuartel hasta nueva orden. Y ahora, si es tan amable, vuelva a su asiento, por favor.

—Insisto en que se trata de un malentendido. Yo trabajo para mi jefa, la del vestido negro —afirmo señalando a Paloma—, y mis otras amigas son un ama de casa y una administrativa —indico señalándolas a ambas—. Puedo demostrárselo.

—En eso estamos, señorita, estamos a la espera de recibir información.

—Y ¿cuánto van a tardar?

—Eso no depende de nosotros; puede llevarnos diez minutos o tal vez horas.

—¿Horas? ¿Acaso no saben lo que es un correo electrónico?

—¿Y usted?, ¿acaso no sabe lo que es esperar? —me increpa con una mirada aniquiladora.

Indignada por sus irritantes palabras, vuelvo a sentarme en la silla, impotente e incapaz de arreglar o mejorar la situación. Explicarles algo a las chicas sería perder el tiempo; su capacidad de razonar en estos momentos no es la más adecuada. Continúan disfrutando de lo lindo, riéndose y dedicando piropos a los guardias, mientras ellos se divierten y se carcajean al oírlas.

Por un momento, me acuerdo de mi primo Juan, él es abogado y podría sacarnos de aquí. Pero no debo ni quiero llamarlo, no después de lo que le he hecho. Resignada, acepto que sólo cabe esperar a los pertinentes informes que demostrarán nuestras verdaderas profesiones, y así poder marcharnos por fin a casa.

Durante unos minutos, pienso y hago un resumen del día en mi cabeza: mi maquiavélico plan, la cara de los invitados, la de Miguel al ser descubierto, la de su *encantadora* madre, la cena, los pubs, la casi caída al agua de Paloma, el camino de vuelta, la desafortunada parada y la errónea detención. En ese instante, me percató de que, desde que Paloma me vomitó encima, mi suave y casi transparente camisa de seda blanca está dejando entrever a la perfección mi precioso conjunto de encaje de la noche de bodas. He estado defendiendo mi profesión mientras enseñaba al mundo mi pezón izquierdo.

Doblegada por la ridícula e insólita situación, y embebida por el jolgorio de las chicas, finalmente comienzo a reírme a carcajadas yo también. Parece que el alcohol que he consumido unas horas antes acaba de hacerme efecto. Sin poder controlar la risa, me acerco a las chicas, nos fundimos en un abrazo de grupo y les suelto:

—Os quiero, tías.

—Y nosotras a ti —responden al unísono.

## Capítulo 4

Sobre las siete de la mañana llegamos a Murcia y, media hora más tarde, tras dejar a las chicas en sus respectivas casas, yo voy a la mía. Mis padres y mi hermana duermen y, como hace años, entro a hurtadillas, directa al baño a darme una ducha. Al salir, me dirijo a la cocina en busca de un buen vaso de leche caliente antes de irme a dormir. Observando cómo gira el vaso dentro del microondas, oigo unos pasos detrás de mí.

—Buenos días, preciosa.  
—Buenos días, papá. ¿Qué haces levantado tan temprano? Es domingo.  
—Hija, los jubilados tenemos un calendario singular. ¿Qué tal te lo has pasado?  
Antes de contestarle, reflexiono un momento; pese a no ser partidaria de las mentiras, y mucho menos a mis padres, decido simplemente ser ambigua en mi respuesta.  
—Te aseguro que ha sido una noche inolvidable. Las chicas son increíbles.  
—Me alegro mucho, hija.  
—Papá, me voy a la cama, pero antes... ¿Me das un abrazo de los tuyos?  
—Claro que sí, mi niña; ven aquí.

A media tarde, me despierto de mi letárgico sueño. Mis padres se han marchado, como cada domingo, al centro social del que son socios. Les encanta ir a ese lugar, donde hacen numerosas actividades, se reúnen y charlan con amigos. Mi hermana tampoco deambula por la casa, habrá salido con su grupo de Superstars.  
Tras comer el plato de cocido que mi madre me ha dejado sobre la encimera de la cocina, vuelvo a mi cuarto en busca de las maletas que traje la mañana anterior. Debo deshacerlas y volver a colocar mi ropa en el que fue mi armario durante tantos años. Prenda a prenda, voy colocándolas en los diferentes cajones y colgándolas en sus respectivas perchas. Sin poder remediarlo, las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas. Volver a casa de tus padres es duro, pero más lo es llevarse un gran batacazo como el que yo me he llevado. Ha sido un tremendo fracaso amoroso, del que sólo me ha quedado rabia, impotencia y mucha pena.  
El sonido del WhatsApp me saca de mis tristes pensamientos. Seco mis lágrimas con la mano y cojo el móvil para ver de quién se trata. Es el grupo de las chicas.

Paloma:  
Tengo la cabeza que me va a explotar.

Yo:  
Buenas tardes.

Eva:  
Hola, chicas.

Marta:  
Así estoy yo. Me he tomado una pastilla, pero no se me quita este horrible dolor de cabeza.

Eva:  
Pues yo no tengo resaca.

Yo:  
Yo tampoco.

Paloma:  
Claro, si tú apenas bebiste.

Eva:  
¿Cómo que no? Bebió como la que más, sólo que no le hizo efecto.

Marta:  
Chicas, ¿me podéis explicar qué hicimos anoche? Apenas me acuerdo de nada; tan sólo tengo vagos recuerdos: el puerto, un moratón en la pierna y unos uniformes verdes. ¿Es todo cierto o lo he soñado?

Eva:  
No lo has soñado. A la vuelta paramos y nos detuvieron.

Marta:  
¿Por parar?

Yo:  
Marta, cariño, nos detuvieron por practicar la prostitución en la calle.

Marta:  
¿¿¿Qué??? Ay, mi marido me mata.

Yo:  
Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Eva:  
Tranquila, que no cobramos nada.

Marta:  
Encima, ¿lo hicimos gratis?

Todas:  
Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Paloma:  
No, mujer, que no lo hicimos. Al parecer, paramos en un lugar donde se practicaba la prostitución y nos confundieron.

Yo:  
Tranquila, Marta. Finalmente pudimos demostrar nuestras profesiones y nos dejaron marchar sin cargos.

Marta:  
Menos mal, qué susto me habéis *dao*.

Paloma:  
Por favor, chicas, de aquí que no salga; no quiero que se entere Josean.

Yo:  
No creo que se entere. No consta en ningún sitio. Ni siquiera nos multaron por alteración del orden público ni por acoso.

Marta:  
¿A quién hemos acosado?

Eva:  
Tú a nadie, pero Paloma y yo, a dos pedazos de hombretones.

Paloma:  
¿Yo? Tú estás soñando, amiga.

Eva:  
No, no, de eso nada. Fuiste tú quien le pidió un besito al canoso cuando salíamos del cuartel.

Paloma:  
¿Qué dicesssssssss?

Yo:  
Es verdad, apenas me acordaba de eso, ja, ja, ja, ja. Tú, un beso, y Eva, al melenas, un cacheo.

Paloma:  
Dios mío, en cuanto acabemos, borro esta conversación.

Eva:  
Hablando de cacheo, ¿a que no sabéis qué me he encontrado en un bolsillo del pantalón que llevaba anoche?

Marta:  
???

Eva:  
Un papelito con un número de teléfono acompañado de esta frase: « Cuando quieras un cacheo particular, me llamas» .

Paloma:  
¿Qué dices?

Marta:  
¡Qué fuerte!  
Y ¿qué vas a hacer?

Eva:  
Pues llamarlo, ¿tú qué crees?

Paloma:  
Y ¿si no es de él y es del viejo que había en recepción?

Yo:  
Me partoooooooooo, ja, ja, ja, ja.

Eva:  
Qué malas sois. Pues lo llamo y salgo de dudas.

Paloma:  
Y ¿qué le vas a preguntar? ¿Eres o no el melenas cachondo?

Eva:  
Uy, ¿a qué huele? Ah, ya..., a envidia.

Marta:  
No les hagas caso, llámalo y nos cuentas.

Yo:  
¿No vas a esperar al menos un día?

Eva:  
Y ¿quedarme con la duda? No, querida. Además, la vida son dos días. Lo llamo y os cuento. *Ciao*.

Lo de Eva con los hombres es, cuando menos, insólito. A veces envidio esa forma de ser suya tan espontánea y su alegría de vivir, aunque lo cierto es que me alegro por ella. Antes éramos tan parecidas, pero verla ahora, después de mi gran desengaño y mi frustrado sueño, me hace inevitablemente daño.

Mientras termino de colocar mis enseres en el baño, me percató de que faltan muchos objetos personales. Sorprendida, busco por todos los cajones y en el armario donde guardamos las toallas, y confirmo la ausencia de ellos. Me dirijo intrigada hasta el dormitorio de mis padres y casi me tropiezo al entrar con sus Samsonite S’Cure, dos maletas enormes que usan para sus frecuentes viajes con el centro social. Mi cara refleja una sonrisa cuando recuerdo que son ellos los que van a disfrutar de mi luna de miel en París, un lugar que mi madre siempre ha soñado con visitar. El vuelo con destino a Madrid sale a primera hora del lunes, y ellos, precavidos que son, ya lo tienen todo dispuesto.

De vuelta en mi dormitorio, vuelve a sonarme el móvil. Debe de ser la pelirroja para sacarnos de dudas.

Eva:  
Chicas, adivinad quién tiene una cita esta noche.

Yo:  
¿Con el viejo de recepción?

Paloma:  
Ja, ja, ja, ja.

Marta:  
Ja, ja, ja, ja, ja.

Eva:  
Sí, me ha prometido chuches si me porto bien. Anda y acuéstate.

Yo:  
Es broma, cuenta.

Eva:  
Se llama Tomás, y es un encanto.  
Se ha disculpado varias veces por habernos retenido tanto tiempo, aunque dice que no se arrepiente. Me ha contado que se lo pasaron en grande anoche.

Yo:  
A nuestra costa.

Eva:  
Pues lo cierto es que sí.  
Por cierto, Paloma, el canoso se llama Antonio, y es de Huelva con destino en Alicante.

Paloma:  
Me vais a hacer borrar todas las conversaciones de hoy.

Marta:  
Nena, no creo que sea para tanto. Mi Paco no se molesta por estas cosas. Él no me mira el móvil y, además, me da igual lo que diga.

Yo:  
Paloma, ¿tanto miedo le tienes? ¿Qué ha pasado?

Paloma:  
No ha pasado nada, pero mejor que no sepa nada de lo de anoche.

Yo:  
Por nuestra parte no va a saber nada. Pero, en serio, algo ha pasado, a mí no me engañas.

Paloma:  
Dejémoslo ahí.

Eva:  
Pues yo tengo más que contar.

Marta:  
Tú cuenta, nena, que yo quiero saber.

Yo:  
Marujeo modo ON. Sigue, Eva.

Eva:  
El más alto de todos, el guaperas con barbita, se llama Alejandro, aunque ellos lo llaman Urbano.

Marta:  
Yo apenas recuerdo sus caras. Dios mío, ¿tendré alzhéimer?

Paloma:  
Lo que tenías era una jumerá muy grande, ja, ja, ja, ja.

Yo:  
¿Ése es el cabezota que nos detuvo, el del complejo de *sheriff*? Por mí como si se llama Brad Pitt.

Eva:  
Ya quisiera Brad parecerse a él. Ya sabéis que los rubios no son lo mío. ;-)

Yo:  
No sabes lo que dices. Es un engreído, un chulo y un prepotente.

Eva:  
Pero está para parar un tren.

Yo:  
Sí, claro, con su placa. Mira, Eva, me alegro por ti si has quedado con el melenas, pero yo de esos no quiero saber nada.

Eva:  
Lucía, ¿no has oído eso de que un clavo saca otro clavo? Tarde o temprano, acabarás superándolo.

Yo:

Paloma:  
Lucía, sabes que te quiero muchísimo, pero Eva tiene razón. Además, estar solo no es sano.

Yo:  
Mejor sola que mal acompañada.

Marta:  
Opino como ellas. Lucía, lo lograrás, ahora sólo puedes ver el vaso medio vacío. Pero, tranquila, que para eso estamos nosotras.

Yo:  
Gracias, chicas, os lo agradezco y entiendo vuestras opiniones al respecto, pero ahora sólo quiero concentrarme en mi trabajo.

Paloma:  
Lucía, te dije que te tomaras unos días de vacaciones, te lo mereces.

Yo:  
Prefiero trabajar, jefa, créeme.

Paloma:  
Como quieras. Te enviaré entonces un email a la noche.  
Chicas, he de dejaros. Eva, disfruta mucho esta noche con Tomás. Besos.

Marta:  
Yo también os dejo, nos vamos al cine con los crios. Eva, mañana a primera hora me informas. *Ciao*.

Eva:  
Ja, ja, ja, ja, eso está hecho. Besos.

Yo:  
*Ciao*.

La conversación con las chicas me hace pensar durante toda la tarde. Aprovechando mi voluntaria soledad, me encierro en mi habitación acompañada tan sólo de baladas y doy rienda suelta al inmenso dolor que mi alma alberga.

Cerca de las nueve de la noche, oigo la cerradura; mis padres acaban de llegar. Con la almohada empapada de tanto llorar y varios pañuelos usados sobre la mesilla, decido abandonar mi autotortura y salir a su encuentro. Mis amigas tienen razón, debo superar esto cuanto antes. Y, aunque no haya un hombre a mi lado que me haga sentir y vibrar hasta extenuarme, debo estar agradecida por la familia y las amistades que tengo. Ellos y mi fuerza de voluntad serán suficientes para conseguir mi objetivo.

Durante la cordial cena con mis padres, París es el plato principal, y los entremeses son una exquisita ensaladilla rusa y un rico revuelto de verduras. Como buenamente puedo, contesto a las innumerables preguntas que mi emocionada madre me hace. Quiere saberlo todo acerca de la ciudad, los lugares más emblemáticos, los mejores rincones donde perderse... Yo estudié y programé el viaje durante semanas, y aún recuerdo cada detalle.

Una vez recogida la mesa y colocados los platos en el lavavajillas, vuelvo a mi cuarto a comprobar el correo. Al encender mi portátil, me sorprende al ver la bandeja de entrada. Hay dos mensajes sin leer: uno de Paloma y otro de Miguel. De pronto, mis manos comienzan a temblar y mi pulso se acelera. Conozco a mi ex, o creía conocerlo, pero estoy completamente segura de que su correo no será afable. En apenas unos segundos, en los que consigo calmarme un poco tras un hondo suspiro, pulso el botón izquierdo del ratón y leo su texto sin asunto.

Lucía:  
Iba a pedirte perdón por hacerte lo que te hice, pero, viendo lo que me has hecho, debería ser al revés. Jamás en mi vida pensé que fueras capaz de hacerme lo que me has hecho hoy. Nunca te lo perdonaré. Me has destrozado a mí y a mi familia, con lo bien que nos hemos portado contigo siempre. Has demostrado ser una desagradecida.  
Olvidate de mí, porque yo ya me he olvidado de ti.

Miguel

Mi instinto de nuevo no me ha fallado. Sus palabras son hirientes, soberbias y malintencionadas. Comprendo que se sienta mal por mi plan, pero de ahí a que sea yo la que deba disculparse va un abismo. Yo le destrocé un día, él me destrozó un sueño; un sueño con el que había dejado volar mi imaginación y en el que mis esperanzas e ilusiones iban juntas de la mano. Cierta parte del mensaje me da pena, pero hay otra que me irrita y me enfurece a partes iguales: ¿cómo puede decirme que su familia se ha portado bien conmigo? Aún recuerdo las veces en que su madre me ignoraba; o las ocasiones en las que, aprovechando la ausencia de su hijo, me susurraba toda clase de improperios y amenazas, sin contar las veces en las que me infravaloraba y me dejaba bien claro que yo no era suficiente para su precioso y perfecto hijo. «Quédatelo para ti solita, vieja arpía amargada», pienso para mí mientras doy vueltas por la habitación, intentando encontrar la respuesta adecuada a su correo.

Pero al cabo de unos minutos, recordando la sabia frase «No hay peor *guantá* que la que no se da», que mi madre me enseñó, opto por ignorarlo y finalmente no le contesto, algo no habitual en mí, pues suelo responder a todos los mensajes.

Al abrir el correo de Paloma, la sonrisa vuelve de nuevo a mi rostro. Es mi mejor amiga y me conoce mejor que nadie; a veces creo que incluso mejor que mi propia madre. Tras leer todo el texto, mi cuerpo se reactiva, como un juguete lo hace con pilas nuevas. Y, sin poder evitarlo, salgo disparada al salón en busca de mis padres.

—¿A qué hora salimos mañana para el aeropuerto?

—Nos va a llevar Leire —responde mi madre, que está en su sillón leyendo.

—¿No quieres que te cuente más cosas de París por el camino?

—¡Ahora mismo la llamo! —remata soltando el libro y cogiendo el móvil que tiene frente a ella, en la mesa de centro.

—Perfecto —digo antes de guiñarle un ojo a mi padre y volver a mi cuarto.

Debo acostarme y descansar, pues mañana me espera un día ajetreado.

Sobre las seis y media de la mañana, suena el despertador. Mis padres y yo nos levantamos y correteamos por la casa para desayunar y cargar las maletas en el coche. Al llegar al aeropuerto de San Javier, estaciono el vehículo en el aparcamiento y los acompaño hasta el mostrador para que se saquen la tarjeta de embarque. Emocionada, me despido finalmente de ellos y pongo rumbo a Los Narejos.

Paloma me indicaba en su correo electrónico que se alegraba de que volviera al trabajo, pues había mucho por proyectar y los quehaceres se estaban acumulando. Por deferencia hacia mí, ella ha decidido encargarse de organizar y preparar las bodas que tenemos pendientes, que son bastantes. En cambio, a mí me ha dejado el resto de los eventos. Además de ofrecerme lo que más quiero y necesito en este momento, Paloma me escribió unas palabras que me llegaron al corazón. En ellas, mi amiga me decía cuánto echaba de menos a la Lucía risueña, alegre y resolutiva. Con palabras de infinito cariño, me declaraba lo mucho que me quería y me aconsejaba que siguiera adelante con mi vida. No sé exactamente qué frase fue la que me hizo reaccionar, pero lo que está claro es que su mensaje me reactivó.

De los eventos que debo organizar, el primero es una despedida de soltero, «masculina», que es como nosotras las llamamos, para este fin de semana. Consiste principalmente en preparar actividades de competición, así que mi primera parada es en el *karting* que hay junto al aeropuerto.

Al llegar, saludo al dueño, con el que previamente se acordó la reunión. Una vez confirmadas la fecha y las condiciones de la reserva, el propietario, como viene siendo habitual cada vez que lo visito, me propone una carrera, no sin antes comentarme que hace apenas unos días han recibido un nuevo *kart*. Me muero por probarlo, así que, encantada, acepto su propuesta.

Al cabo de unos minutos, los dos estamos en la línea de salida con los cascos puestos y retándonos con la mirada. La adrenalina llama a mi puerta. Deseosa de recibirla, la dejo pasar, y ésta no tarda en apoderarse de todo mi cuerpo. Quiero ganar al fin alguna carrera, siempre las ha ganado él, pese a que en la última que disputamos estuve a punto de hacerlo.

Observo cómo realiza con la mano la cuenta atrás: tres, dos, uno, puño cerrado. En ese momento, piso el acelerador dispuesta a todo. Noto la suavidad del nuevo *kart* en la primera curva. Tenemos más de un kilómetro de circuito, y a vides por llegar los primeros a la meta. Antes de entrar en la curva más cerrada, a diferencia de otras veces, me abro lo suficiente y, justo al arribar, consigo adelantarlo. Un grito de felicidad sale de mi garganta al lograr mi proeza. Con la emoción que me embarga, la adrenalina que me domina y mi carácter competitivo, que ha salido de su escondite, logro finalmente llegar a la línea de meta la primera. ¡He ganado! Emocionada y orgullosa, tras dejar aparcados los *karts*, recojo mis cosas, me despido del propietario y me encamino hacia mi coche. Por primera vez en semanas, me siento viva.

Al llegar a la oficina, me encuentro a Paloma sentada en su despacho mirando al infinito y absorta en sus pensamientos.

—Buenos días, jefa. ¿Estás bien?

—¿Eh? Sí, no pasa nada.

—Otra vez el «no pasa nada». Anda, levanta —digo acercándome a ella.

Cuando lo hace, la agarro entre mis brazos y le doy un largo y tierno abrazo, como los que suele darme mi padre y que tanto me regeneran y me gustan. Durante unos largos segundos, nos quedamos así, en absoluto silencio. De sobra sé que a mi amiga le pasa algo y, aunque tengo mis sospechas, quiero que sea ella quien me lo confiese.

—Gracias —acierta a decirme al cabo de un rato.

—No tienes por qué darlas, para eso estamos las amigas, ¿no?

—Ea, ya está —formula al tiempo que me suelta y vuelve a su sillón.

—No es preciso que te diga que aquí me tienes para lo que necesites, ¿verdad?

—Lo sé, Lucía, y te lo agradezco.

—Paloma, nos conocemos desde hace muchos años y sé que te pasa algo, y gordo.

—Ahora no tengo ganas de hablar.

—Está bien, lo entiendo. Pero, por favor, en cuanto cambies de opinión, no dudes en levantar el teléfono, ¿de acuerdo?

—Que sí, pesada. Bueno, cuéntame, ¿qué tal te ha ido en el *karting*?

Contándole mi hazaña y organizando el resto de la programación, pasa el resto de la mañana, hasta alcanzar el mediodía, momento en el que me voy a casa. Cuando llego, me encuentro con una imagen cuando menos surrealista: Leire está tumbada en el sofá viendo «Mujeres y hombres y viceversa», y la comida sin hacer.

—Leire, ¿se puede saber por qué no has hecho nada de comer?

—¿Yo? ¿Acaso sé cocinar? Además, me he hecho la manicura y no quiero estropearle el esmalte.

—¡Oh, claro, la señorita no puede estropearse las uñas! Pero ¿tú eres tonta o qué?

—*Supernó*.

—¡Dios! —grito exasperada.

Mi hermana me saca de mis casillas, pero como mis padres aseguran que es de mi sangre, no tengo más remedio que quererla. Como un resorte, me voy hacia la cocina a preparar unos socorridos macarrones con tomate; debo volver a la oficina dentro de poco más de una hora, y aún tengo cosas por hacer.

Una vez a la mesa, mientras degustamos el plato de pasta y una rica ensalada de escarola, mi superhermana me suelta:

—¿Sabes qué? He pensado en presentarme al programa.

—¿Qué programa?, ¿el de «Saber y ganar»? —me mofo.

—No, ése no lo conozco.

«Obvio», pienso para mis adentros.

—Me refiero al de «Mujeres y hombres».

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? —la increpo.

—*Supernó*. Es que el nuevo *tronista* me gusta mucho; además, me han contado que pagan doscientos euros por programa, y la verdad es que ese dinerito no me vendría nada mal para unos complementos de los que me he superenamorado.

—En serio, ¿te ves yendo a la televisión a conquistar a un hombre?

—*Supersí*.

—Y ¿qué opinan los papás?

—Aún no lo saben.

—No creo que ellos sean partidarios de que lo hagas, Leire.

—Me da igual lo que opinen —declara enojada—, soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera.

—Incluso el ridículo.

—¿Por qué nunca me apoyas en nada?

—Eso no es cierto.

—¡Sí, sí lo es! —grita—. ¡A ti hay que apoyarte y cubrirti las espaldas, aunque le hagas daño al pobre Miguel, y a mí no! ¡No es justo!

—¿«Pobre Miguel»? ¿Eso es lo que piensas?

—¡Sí, eso es lo que pienso! He tenido que decirles a mis amigas que estás loca para poder justificar lo que hiciste el sábado.

El tenedor se me resbala y cae en el plato, produciendo un sonoro estruendo. No me duele que piense que estoy loca, realmente eso no me importa lo más mínimo, pero sí que se ponga de parte de mi ex. Aunque a ella no le he contado todo lo que tuve que soportar de aquella familia, y en especial de mi exsuegra, no imaginaba que

pensara de esa forma.

—Escúchame bien lo que voy a decirte, Leire. Sé que hablas desde el desconocimiento, pero jamás pensé que tuvieras ese concepto de mí. Quizá no lo hice de la forma más adecuada, pero créeme cuando te digo que esa familia no se merecía otra cosa. No pretendo que lo entiendas, pero sí que lo aceptes y que respetes mi decisión.

—¡Pues acepta y respeta tú la mía!

En ese instante, me echo a reír. La mocosa de mi hermana, dentro de su supermundo, me ha ganado la batalla en mi propio campo. Es en estas ocasiones cuando creo a mis padres, y sé que es mi hermanita; especial, pero mi hermana al fin y al cabo. No quiero que sepa más detalles, en cierto modo estoy deseando que todo pase y, cuanto menos retomemos el tema, mejor para ambas. Así pues, orgullosa de mi pija hermana, declaro:

—Está bien. Te apoyaré para que vayas a ese programa, aunque sigo pensando que no es una idea muy acertada.

—¡Gracias, hermanitaaaaa! —responde tirándose a mis brazos para darme un abrazo.

Debemos de ser la familia que más abrazos da en el mundo.

La sobremesa acaba con un acuerdo entre ambas acerca de la comida. Durante la semana que nuestros padres van a estar en París, ella se encargará de traer la comida de un pequeño establecimiento que hay cerca de casa, donde preparan deliciosos platos caseros para llevar. Para las cenas, en cambio, nos apañaremos con un sándwich o una ensalada.

La tarde la paso en la oficina ultimando la despedida de soltero. He hecho una reserva para unas partidas de *paintball* para después de los *karts*, y otra en uno de los restaurantes más conocidos de la ciudad, donde finaliza nuestro encargo. Es curioso cómo, con el paso de los años, los gustos y las prioridades en las despedidas de soltero van evolucionando y cambiando.

Paloma se ha marchado a uno de los salones de celebraciones con los que colaboramos; al parecer, hay algún problema con la iluminación y el sonido, y tan sólo faltan cuatro días para la boda que ella organiza.

De vuelta en casa, y ya con el pijama puesto, suena el WhatsApp.

Eva:  
Chicas, me he *enamorado*.

Marta:  
Cuenta, cuenta.

Eva:  
Pues veréis. Anoche vino Tomás a verme, como habíamos acordado. Me llevó a cenar a un precioso restaurante que hay a las afueras. Fue muy atento. Luego nos fuimos a una cafetería.

Marta:  
Y ¿nada más?

Yo:  
¿Tan pronto?

Marta:  
Saber si la ha cacheado ya o no.

Yo:  
¿Qué más quieres, Marta?

Yo.  
Ja, ja, ja, ja

Eva:  
De momento, no. Este chico me gusta de verdad.

Marta:  
Y ¿por eso vas a esperar?

Eva:  
Ya sabes cómo son los hombres. Si esperas, te valoran.

Marta:  
Eso es cierto.

Yo:  
Y seguimos en plena Edad Media

Eva:  
No me importa. Nos besamos cuando me dejó en la puerta de casa. ¡Dios, cómo besa!

Paloma:  
¿Va en serio la cosa, entonces?

Eva:  
No quiero agobiarlo. De momento vamos a seguir conociéndonos. Hoy me ha escrito para darme los buenos días. Es un amor.

Marta:  
Me encantan estas historias.

Yo:  
Me alegro por ti, Eva

Eva:  
Gracias, chicas. Ya os iré contando.

Paloma:  
Yo también tengo algo que contar. Al llegar a casa me he encontrado con un ramo de rosas en la entrada.

Marta:  
¡Qué romántico!

Yo:



Paloma:  
Nada. Dice que me lo ha comprado por gusto.

Eva:  
Qué raro, ¿no? Un hombre comprando flores por gusto.

Yo:  
Opino lo mismo.

Paloma:  
No veáis cosas donde no las hay.  
Buenas noches.

Todas:  
Buenas noches.

Cada día tengo más claro que algo le pasa a Paloma. Pero la conozco, y sé que no es el momento de llamarla, no cuando está molesta, y por su forma de acabar la conversación, sé que lo está. Desconozco lo que está ocurriendo, aunque mis sospechas siguen por el mismo camino.

La semana transcurre con total normalidad. Mis padres llaman cada noche al llegar al hotel donde se alojan, y, en particular, mi madre me cuenta entusiasmada todo lo que están conociendo y lo bien que se lo están pasando.

Paloma sigue sin decir ni media palabra acerca de lo que le ocurre; ella intenta en vano disimular cada vez que está delante de mí, pero en numerosos momentos en que la miro sin que ella se percate, desde mi mesa, la observo y veo la tristeza instalada en sus ojos almendrados.

El viernes, Eva nos cuenta a todas que lo suyo con Tomás va mejor de lo que ella esperaba; han quedado en verse para el fin de semana, y está francamente ilusionada. Las insistentes preguntas que Marta le plantea, acerca de si ha sido ya cacheada o no, nos hacen reír una y otra vez a todas.

Cuando llega la tarde del sábado, hago las pertinentes llamadas a los lugares donde va a celebrarse la despedida de soltero que he preparado durante la semana. Como organizadora, debo asegurarme de que todo marche según lo previsto. Al abandonar mi cuarto, observo que estoy sola y sin planes para salir. Mis padres siguen en su segunda luna de miel, mi superhermana ha quedado con sus amigas, Paloma permanece en casa con Josean, Marta hace lo mismo con Paco y los niños, y Eva tiene la cita con Tomás. Su relación parece ir viento en popa, y yo me alegro mucho por ella, aunque no puedo evitar sentir una cierta envidia. Lo mejor de las relaciones es el comienzo, cuando las mariposas nos golpean con su revoloteo en el estómago y eso nos hace llevar una perenne e inevitable sonrisa durante todo el día. ¡Cuánto añoro esa sensación!

Ataviada con mi pijama de cachorros, deambulo por la casa hasta que cae la noche, momento en el que me preparo una cena ligera y me dirijo al salón dispuesta a darme una buena sesión de cine. Sin embargo, para mi desesperación, lo que me doy es una considerable sesión de llantina. Me he dado de bruces con la realidad: no sólo estoy sola, sino que, además, me siento sola.

El domingo por la tarde me voy al aeropuerto de Alicante a recibir a mis padres, que llegan a las cinco. Pero, como suele ser habitual, la pantalla de su vuelo anuncia el famoso «retrasado». Una vez que compruebo que es a las seis cuando está previsto que aterrice su avión, me voy a dar una vuelta por el enorme edificio y, de paso, visitar alguna que otra tienda. Cuando estoy frente al escaparate de una de ellas, oigo una voz detrás de mí:

—Buenas tardes, señorita.  
«Esa voz», pienso mientras me giro para comprobar que estoy en lo cierto al reconocer ese timbre indiscutible, al tiempo que varonil.  
—Buenas tardes, caballero —respondo de forma cortés, pero sin sonreír lo más mínimo.  
No puedo creer que tenga ante mí de nuevo al guardia civil que nos detuvo la semana pasada, ¡con lo grande que es Alicante!  
—Hola, Lucía —me saluda con una sonrisa afable el melenas, que lo acompaña.  
—Hola, Tomás —formulo de forma amable mientras, por el rabillo del ojo, observo cómo el Sheriff me escudriña de arriba abajo.  
—¿Has venido con Eva?  
—No, he venido sola.  
—Y ¿qué la trae por aquí? —articula de nuevo el gigante.  
—Mi coche —le contesto de mala gana, lo que provoca la risa de Tomás y su enojo.  
—Habrá venido directa, supongo, ¿o de camino ha hecho alguna... parada?  
—Pues mira —contesto retándolo con la mirada—, igual a la vuelta me paso por allí para sacarme el coste de la gasolina.  
—Eh, chicos —interviene Tomás—, haya paz. Por cierto, Lucía, ¿te ha comentado Eva lo del cumpleaños?  
—¿Qué cumpleaños? —pregunto asombrada.  
—El sábado que viene celebramos el cumpleaños de Antonio.  
—Y ¿qué tiene eso que ver conmigo?  
—No seas así, mujer. Lo hablé con Eva. Antonio quiere invitaros a las cuatro y, de paso, tener la oportunidad de disculparse..., de disculparnos con vosotras.  
—Mira, eso no estaría mal.  
—¡Genial! Ella os pondrá al día del lugar y la hora.  
—No estaría mal una disculpa —digo mirando a don «te detengo porque quiero».  
—Si la señorita no quiere ir, que no vaya —le dice a Tomás, pero sin dejar de mirarme.  
—La señorita hará lo que le venga en gana —afirmo.  
—¡Dios, sois imposibles! Venga, tío, vámonos —suelta dándole un golpe en el brazo—. Lucía, un placer verte; dale un beso a Eva de mi parte. Y, en serio —susurra—, haced lo posible por ir, dadnos la ocasión de disculparnos como es debido, ¿de acuerdo?  
—No te prometo nada pero, gracias, Tomás.  
—Hasta el sábado —se despide y se marcha tras su compañero, que le aventaja un par de pasos.

Cerca de las seis de la tarde, y ya calmada por el encontronazo, veo aparecer a mis padres por la puerta de llegadas, tirando de sus respectivas maletas. Después de los efusivos abrazos y de darles una cariñosa bienvenida, nos encaminamos de vuelta a Murcia.

Una vez en casa, durante la cena y una larga sobremesa, Leire y yo escuchamos dichosas las vivencias de París en boca de mi madre. Está pletórica, y yo más que ella de verla y de haberle hecho tan feliz.

## Capítulo 6

A la mañana siguiente, todo vuelve a la normalidad: mis padres están en casa, Leire con su «busco trabajo pero no encuentro nada que me guste», y yo, rumbo a la oficina.

Al llegar, me encuentro una nota encima de mi mesa. En ella Paloma me dice que se va a ausentar durante toda la mañana, y me señala con una flecha dibujada el expediente del siguiente evento. Asombrada, cojo el teléfono y la llamo al móvil: apagado o fuera de cobertura. Esto es muy extraño en ella e, inevitablemente, comienzo a preocuparme. Decido entonces llamarla a su casa, pero al quinto tono me salta el maldito contestador; cuelgo al oír el pitido, no quiero grabar nada.

Ojeando el expediente, compruebo que es algo sencillo: se trata de una despedida de soltera *light*, que es como la catalogamos nosotras. Una vez que confirmo que no me resultará difícil organizarla, dejo la carpeta sobre la mesa, cojo mi bolso y las llaves y salgo de allí en busca de mi amiga.

Pese a su insistente negativa, sé que estoy en lo cierto: algo no va bien y debo averiguar de qué se trata. Guiada por mi sexto sentido, me presento en su casa, un precioso chalet adosado a las afueras de la ciudad. Una vez que aparco mi coche, observo que el suyo no está en la puerta, como de costumbre. Pero algo dentro de mí me dice que ella está allí. Toco el timbre un par de veces, pero no obtengo respuesta. Insisto, al tiempo que vuelvo a llamarla al móvil, sin cambio alguno. En ese instante veo una figura moverse a través de la ventana. Sin dudarlo, salto la pequeña verja de hierro negra que tiene en el exterior, subo corriendo la escalera y comienzo a aporrear la puerta.

—¡Paloma, ábreme, sé que estás ahí!... ¡Paloma, por favor, ábreme o echo la puerta abajo!

—¿Quieres parar de hacer la loca? —pregunta abriéndome finalmente—. Se va a enterar toda la urbanización.

—¿Se puede saber qué te pasa? —la increpo.

—Entra, no hablemos aquí —me invita haciendo el gesto con la mano y señalando la cocina—. ¿Quieres un café? —pregunta cuando llegamos.

—Quiero que me digas qué coño te pasa. Me has asustado, ¿lo sabías?

—Lo sé —responde mientras enciende la cafetera y coge unas tazas—, pero no quería que nadie lo supiera.

—¿Saber el qué? Suéltalo ya o me va a dar algo.

—Josean está muy raro últimamente.

—¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabías?

—Tu marido esconde algo, Paloma, te lo llevo diciendo desde hace mucho tiempo, ya sabes que...

—Sí, no hace falta que me repitas que tienes un sexto sentido para estas cosas.

—Pues sí, en cuanto Miguel cambió de actitud, lo noté, y nadie mejor que tú sabe eso.

—Lo sé, Lucía, pero... no creo que me sea infiel, es sólo que...

—¿Qué?

—Que ya no le gusto, ya no tengo veinte años y...

—¿Acaso él los tiene? Tía, por favor, no digas sandeces, eres preciosa y estás en la flor de la vida.

—Habló la que tiene treinta.

—Y tú, cuarenta y tres, ¿y? Paloma —la cojo de las manos—, no voy a consentir que te subestimes, tenlo claro.

Mis palabras la hacen llorar, y rápidamente la rodeo con los brazos. Durante unos minutos, las lágrimas salen imparables de sus ojos, y con ellas toda la tensión que lleva dentro. Su llanto desconsolado me rompe el corazón.

—Te voy a llamar «doña abrazos» —susurra entre pucheros.

—Supongo que me viene de familia.

—Bonita herencia —comenta apartándose para limpiarse la cara con un pañuelo que lleva en un bolsillo del pantalón. A juzgar por su estado, diría que ya lo ha usado muchas veces antes.

—Paloma, dime por qué piensas que no le gustas.

—Hace tiempo que ya no me toca —confiesa tras una breve pausa—. Apenas para por casa, cada vez tiene más viajes, y regresa casi todos los días tarde. Se refugia en su trabajo y escasamente me dedica algo de tiempo.

—Y ¿piensas que es por ti?

—Claro que es por mí. Ya no tengo la barriga lisa como una tabla, ahora me cuelga esta lorza —dice cogiéndose un diminuto michelín—, tengo pecas de vieja en las manos y unas enormes patas de gallo.

—¡Esto es el colmo! No doy crédito a lo que estoy oyendo. Él desaparece, y ¿tú piensas que es por tu enorme barriga y todas esas chorradas? El amor es más que físico, Paloma. Siento mucho que pienses así, porque estoy segura de que no tiene nada que ver contigo.

—Entonces ¿por qué crees que es?

—Nena, te creía más lista. Parece mentira que no lo veas. Primero nos comentas que te regala flores sin venir a cuento, y ahora me dices que se refugia en el trabajo. ¿Aún no lo entiendes? Siento decirte esto, pero creo que está con otra.

—¡Eso no es cierto! —afirma levantándose la voz—. Él no sería capaz de eso.

«De eso y de mucho más», pienso para mis adentros, pero no quiero hacer más leña del árbol caído; mi mejor amiga está pasándolo realmente mal, y yo debo hacer algo por ella. De pronto, recordando la invitación del cumpleaños e intentando levantar su ánimo, le anuncio:

—Puede que tengas razón y que tan sólo sea la crisis de los cuarenta. —Ella asiente con la cabeza—. ¿Sabes qué te digo? Que él se lo pierde, porque tiene en su casa a un pedazo de mujer, la cual, por cierto, tiene una quedada este fin de semana a la que no puede faltar.

—¿Una quedada? ¿Con quién?

—Vámonos a la oficina y te lo cuento. ¿Te parece?

Tras sacar a Paloma de su escondite y llegar al despacho, le describo con detalles, y de forma teatral, mi encuentro con Tomás y el Sheriff en el aeropuerto. Sus carcajadas y su nuevo semblante alegre mientras le narro la historia y le confirmo que el cumpleaños es del canoso, al que le tiró los trastos en el cuartel la noche que nos detuvieron, me hacen suspirar de alivio. Aunque sé que aún queda mucho por resolver, verla sonreír en este momento me reconforta.

A mediodía, Eva nos comunica por WhatsApp lo del cumpleaños. Marta responde que lo tiene difícil para poder asistir, puesto que había quedado con su familia para cenar. Paloma, por su parte, que ya está más alegre, confirma que está dispuesta a ir pues, según sus palabras, «una salida la ayudará a sentirse joven». Al leerlo, decido callarme.

Eva está emocionada, le hace mucha ilusión juntarnos de nuevo y que tengamos una presentación formal, como ella misma nos dice. A mí, en cambio, no me hace la más mínima gracia acudir a la cita, y mucho menos volver a encontrarme con el prepotente del guardia civil. Sin embargo, quizá lo que más necesitemos sea eso: una fiesta en condiciones.

El resto de la semana lo paso organizando la despedida de soltera *light* y una comida de empresa por jubilación. Paloma tiene que ultimar una boda civil en el ayuntamiento para el viernes por la mañana. No me lleva mucho tiempo preparar la despedida. Según aparecía en el expediente, las amigas de la novia dejaron bien claro lo que querían: una simple cena acompañada de una reunión de *Tuppersex* (donde una experta da una charla, mostrando artículos eróticos para el sexo y enseñando a utilizarlos). La fiesta para licenciar al trabajador que se jubila es aún más sencilla, tan sólo necesitan música ambiente, un fotógrafo y un *catering* asequible.

Con todo el trabajo resuelto, llega la tarde del sábado. Apenas queda media hora para que vengan a recogerme las chicas, y aún no sé qué ponerme. Busco inspiración

echando una ojeada por internet, cuando recibo un correo en mi bandeja de entrada. De nuevo, se trata de Miguel, y, haciendo caso a mi parte curiosa, lo abro.

Lucía:  
Ya he visto que ni siquiera has tenido la dignidad de contestar al mensaje que te envié la semana pasada. Además de una desagradecida, eres una maleducada.  
Me alegra poner en tu conocimiento que mi familia ya se ha repuesto del disgusto, y que estamos muy bien sin ti.  
Que te vaya bien,

Miguel

¡Este hombre es increíble! ¿No quería que me olvidara de él? ¿En qué quedamos? ¿Va a durar mucho esto de recibir mensajes envenenados? Las preguntas me las hago en mi cabeza una y otra vez, intentando obtener una consecuente y acertada respuesta. Es curioso lo equivocados que estamos cuando creemos conocer a nuestra pareja; a veces pienso que no se conoce realmente a alguien hasta que terminas una relación.

Así que, debido a su actitud ambigua, decido ignorarlo nuevamente y no contestarle. En vez de eso, cierro el portátil, me vengo arriba, cojo mi móvil para buscar en mi carpeta de música y selecciono una de mis canciones favoritas: *Think*,[\*] de Aretha Franklin. Como siempre me ocurre cuando la escucho, me dejo llevar y comienzo a bailar por toda la habitación con los ojos cerrados y los brazos en alto. En medio de mi particular danza, abro mi armario y, sin dudarlo, saco un vestido rojo de satén inspirado en los años cincuenta que está por estrenar y que guardaba para una ocasión especial. Lo admiro mientras mi cuerpo sigue el ritmo y lo lanzo sobre la cama, al tiempo que emulo gritar «*freedom*» junto a Aretha. Vuelvo al armario y, esta vez, cojo unos zapatos de tacón y un bolso de mano a juego.

Al cabo de pocos minutos, tras pasar por el baño a maquillarme, y sin dejar de escuchar la canción una y otra vez, me quedo absorta frente al espejo de mi dormitorio. El cristal refleja una imagen increíble: mi pelo negro está perfectamente recogido, el maquillaje acentúa mis grandes ojos negros y el carmín rojo agranda mis labios carnosos. El atuendo me sienta a las mil maravillas: se trata de un precioso vestido rojo, entallado de cintura para arriba, con un vertiginoso escote *halter*; la falda, en cambio, es de vuelo y tiene el largo hasta la rodilla. Los zapatos y el bolso del mismo color y unos pequeños pendientes de zirconita completan el conjunto. Yo misma estoy asombrada con el resultado. Acerté de pleno al comprar aquel vestido que lucía el maniquí y que tanto me recordaba al que vestía Ana, la protagonista de mi serie favorita, «*Velvet*»; sin duda era la prueba de que los flechazos a primera vista sí existen.

Puntual, como siempre, Paloma me avisa de que están en la puerta esperándome, y yo no tardo en salir a su encuentro. Las caras que ponen al verme corroboran lo que yo misma acabo de comprobar hace unos segundos: estoy espectacular.

Entre risas y cantes varios, llegamos al local donde hemos quedado con el cumpleaños y sus amigos. Paloma me entrega la llave del coche, a sabiendas de que yo seré nuevamente la encargada de conducir a la vuelta. Eva lleva el regalo que le hemos comprado entre las tres: un fantástico reloj de Tommy Hilfiger. Mi jefa se encargó de recogerlo en una de las joyerías con las que colabora nuestra empresa, y en la que nos hacen grandes descuentos.

El primero en recibirnos es Tomás, que, al ver a Eva, se dirige sin demora hacia ella y le planta un tórrido beso en los labios, dejándonos con la boca abierta. El gesto es la prueba de que su relación se está afianzando, lo que corrobora lo que ella nos viene diciendo desde hace días. Tras el efusivo beso, nos saluda a Paloma y a mí y, juntos, nos encaminamos hacia la mesa donde sus dos amigos nos esperan. Sin contemplarlo directamente a los ojos, puedo ver cómo el Sheriff me está atravesando con la mirada, desde el mismo momento en que he puesto un pie en el bar. Se trata de una cervecería muy conocida en la ciudad, con cierto aire *country*, mesas rodeadas de bancos forrados en piel marrón, una gran barra de madera oscura tallada y un billar ubicado al fondo. La iluminación y la música van acorde con el mobiliario y, para mi asombro, debo reconocer que me gusta.

—Bienvenidas, niñas, y *gracias* por venir. Yo soy Antonio. —Nos recibe de pie con un inconfundible acento andaluz.  
—Gracias a ti por invitarnos —responde Eva dándole dos besos—. Os presento oficialmente a mis amigas: ellas son Paloma y Lucía —añade señalándonos, a lo que respondemos también con otro par de besos en las mejillas y el típico «encantada» que suele usarse en estos casos.  
—A él ya lo *conosen*, es *Alejandro*, Urbano *pa'* los amigos —indica el anfitrión apuntando con el dedo índice al que, para mí, es el chulo del grupo, alias *el Sheriff*, y el que, por fin, levanta su precioso trasero del curtido cuero marrón para recibirnos como es debido.

—Encantada —lo saluda Paloma.  
—El gusto es mío —contesta él. Y, dirigiéndose a mí, me suelta—: Buenas noches, señorita Martínez, encantado de conocerte, oficialmente.  
—Buenas noches, caballero, me parece perfecto que lo estés —respondo, al tiempo que igualmente nos damos dos besos.

Sin embargo, a diferencia de los anteriores saludos, sus besos son más lentos y pausados, incluso llega a girarse lo suficiente para recrearse por un instante en dejar bien marcados sus labios a ambos lados de mi rostro, embriagándome con su particular olor. Un escalofrío recorre mi cuerpo a la vez que mi piel, inevitablemente, se eriza. Su gesto y su roce despiertan mis sentidos, que acaban de sacar el escudo del cuarto de armas, se han colocado en posición y están en alerta máxima.

Disimulando como buenamente puedo, me dirijo a Antonio y le digo:  
—Por cierto, muchas felicidades por tu cumpleaños.  
—Sí, eso, ¡felicidades! —se une Eva, y añade—: Toma, te hemos comprado esto.  
—*Gracias*, niñas, no tenían por qué molestarse —responde mientras coge el regalo y lo desenvuelve.  
—No es molestia —explica Paloma—, es lo mínimo que podíamos hacer al ser invitadas.

Por su cara de asombro al abrir la caja que contiene el reloj, podemos adivinar que hemos acertado de pleno con el regalo. Tras los pertinentes agradecimientos y recibir de nuevo los besos del gozoso cumpleaños, éste llama la atención del camarero para pedirnos unas cervezas, al tiempo que todos tomamos asiento. Estratégicamente, o por mera casualidad, Antonio y Paloma se sientan juntos en un extremo del banco. Al fondo del mismo se encuentra la parejita feliz, que no deja de hacerse arrumacos, y, en el otro extremo, frente a mi jefa y el andaluz, estamos Alejandro y yo.

Durante un buen rato charlamos animadamente los seis. Los chicos nos cuentan que Urbano es teniente, y que Tomás y Antonio son sargentos. Este último se ha arrancado a contarnos divertidas anécdotas de su trabajo y, con su acento onubense, nos hace reír a todos. Lo cierto es que nos lo estamos pasando muy bien, el local está casi lleno, y el ambiente es muy agradable.

En un momento dado, mientras vamos ya por la segunda ronda de tercios, Antonio nos comunica:  
—Bueno, niñas, aquí alguien tiene algo que *desirles*. —Nosotras nos miramos intrigadas y él continúa, señalando a su amigo—: Urbano, cuando quieras.  
—Esto... En nombre de todos, quiero pedirlos disculpas por lo que hicimos hace dos semanas. Lo cierto es que no era necesario llevaros al cuartel, pero una cosa llevó a la otra, y...

—Sabíais que no éramos prostitutas, ¿verdad? —le pregunto.  
—Sí.  
—¡Esto es el colmo!  
—Lucía, escúchalo —murmura Eva.  
—Sentimos mucho lo que ocurrió —continúa—, de hecho, era la primera vez que hacíamos algo así.  
—Y encima, conejillas de Indias. ¿Os hizo gracia detenernos? —interpelo.  
—No, qué va —responde Tomás—, al principio tan sólo cumplíamos con nuestro trabajo.  
—Estabais orinando en la vía pública —manifiesta Alejandro—, y con el coche mal estacionado.  
—Y ¿no os bastaba con ponernos una multa? —insisto.

—Lo que deberías hacer es dar gracias por no haberos hecho soplar el globo —suelta enfurecido el Sheriff con el ceño fruncido—. Además, no os detuvimos, simplemente os llevamos al cuartel a que se os pasara la mona.  
—Os estuvisteis descojonando a nuestra costa.  
—Pues, mira, lo cierto es que sí, nos lo pasamos en grande escuchando la cantidad de barbaridades que soltabais —remata antes de darle un trago a su cerveza.  
—Lucía, no le des más importancia —me reprende Paloma—; lo hecho, hecho está.  
—A ver, chicas —interviene Tomás—, yo le insistí a Eva para que os invitara, bajo presión de aquí, mi compañero Antonio. Queríamos presentarnos como es

debido y pasar un rato agradable, si os parece bien.

—A mí me parece perfecto —responde Eva, que no deja de mirarlo embobada.

—A mí también —añade Paloma.

Ella y la pelirroja me miran, a la espera de mi aprobación.

En cierto modo, mis amigas tienen parte de razón: podría haber sido peor de lo que fue. Pero saber que, mientras nosotras, o en este caso yo, que era la única cuerda, sufría por pensar que estábamos detenidas por prostitutas, ellos se reían y disfrutaban de la situación me hace sentirme impotente. Y más ahora, que hasta mis amigas se han puesto de su lado. Así que, dispuesta a no ser la aguafiestas de la noche, manifiesto:

—Por vosotras, lo que haga falta, chicas.

Pronto somos interrumpidos por una camarera, que, ataviada con un escote de infarto que deja ver hasta el alma, nos pregunta qué deseamos cenar. El anfitrión le concede el honor a mi jefa de ser la primera en pedir y, tras ella, lo hacen los demás. Al llegar mi turno, pido un simple sándwich mixto acompañado de una ensalada.

Paso la cena observando y escuchando a mis amigas y al trío de testosterona. Los chicos nos cuentan que son solteros, excepto Antonio, que, tras un desastroso matrimonio, lleva tres años divorciado, motivo principal por el que pidió el traslado. El cumpleaños es el mayor de los tres y, a sus cuarenta y siete años, es un gallardo y simpático hombre canoso. Tomás, el amigo especial de Eva, tiene treinta y cuatro, es alto y delgado, y con una oscura media melena que tanto le gusta y le pone a ella. Alejandro, el más alto de los tres, tiene treinta y ocho años, es también moreno y luce una recortada barba. Todos son muy amables, excepto este último, que apenas me dirige la palabra, y ni falta que hace, aunque dada mi actitud para con él, no es de extrañar.

Mientras tomamos el postre, servido en una fuente en el centro de la mesa y de donde cada uno con su cuchara va cogiendo el trozo de tarta o de dulce que desea, observo cómo Tomás le hace una seña a Alejandro para que éste me hable. El gesto me hace reír para mis adentros. El tío es tan cabezota que hasta los amigos tienen que empujarlo para que sea condescendiente conmigo.

—¿Te echas un billar conmigo? —me propone de pronto.

Asombrada por su invitación, miro a las chicas, que, sin dudarlo, me sonríen y me animan a ello. Su invitación despierta mi parte juguetona, sacándola irremediablemente a la luz. Si se trata de pasarlo bien, quiero hacerlo a mi manera, y con la esperanza de que las chicas no me fallen, le respondo:

—No sé jugar muy bien, ¿te importaría enseñarme?

Como era de esperar, mis amigas se quedan con la boca abierta, y él, en respuesta, da un soplido en señal de malestar por mi inexperiencia y por la falta de competitividad que tendrá la partida.

—Claro —contesta finalmente—, veamos qué podemos hacer.

Tras guiñarles un ojo a mis amigas, Alejandro y yo nos levantamos y nos dirigimos hacia el fondo del local, donde está la mesa de billar. De camino, noto cómo varios hombres me observan de arriba abajo, lo cual me hace verme arriba, porque ¿a qué mujer no le encanta gustar?

—Se trata de meter las bolas en los agujeros de los extremos —explica Alejandro mientras me da un taco—. El primero que meta una bola decide cuáles son las suyas: las lisas o las rayadas. La negra es la última que se mete. Y, en todos los tiros, la bola que hay que golpear es la blanca. ¿Lo has entendido?

—Sí, creo que sí —asevero, reprimiendo reírme.

Él es el primero en sacar. Las bolas se abren y se reparten a lo largo de la mesa, pero no logra colar ninguna. Cuando llega mi turno, cojo el taco con la mano derecha y, con la izquierda, apoyada sobre el tapete verde con la palma extendida hacia abajo, comienzo a moverlo hacia adelante y hacia atrás, sin firmeza alguna. Por el rabillo del ojo veo cómo pone los ojos en blanco, implorando paciencia. Finalmente, después de varios desequilibrados zarandeos, golpeo la bola blanca con la punta del taco tan mal que casi desgarro la tela del tapete.

—¡No hagas eso! —me riñe acercándose a mí.

—¿No era la blanca la que debía golpear?

—Mira —murmura colocándose detrás de mí para abrazarme y cogerme las manos—, debes sujetar el palo así, y la mano izquierda debes colocarla de forma que el taco no baile; apuntar con precisión y, cuando estés segura, golpear con firmeza.

El muy iluso ha caído en la trampa, lo tengo totalmente pegado a mi espalda rodeándome con los brazos y acariciando mi oreja con su aliento.

—¿Así? —pregunto coqueta al impactar con la punta la bola blanca y lanzarla al otro lado de la mesa, sin tocar ninguna de las restantes bolas numeradas.

—Sí, más o menos. Me toca.

Alejandro me suelta y, en su turno, logra colar dos bolas rayadas. En su siguiente tiro casi cuela una lisa tras una fastuosa carambola. Sin duda, es un buen contrincante.

Siguiendo con mi particular juego, me dispongo a golpear, poniendo la peor de las posturas. Como era de esperar, el Sheriff se acerca de nuevo y vuelve a atraparme entre sus brazos.

—Tranquila, aquí estoy y o para enseñarte —me susurra al oído.

Durante toda la partida, Alejandro viene directo hacia mí cada vez que me toca tirar. Ya ni siquiera hace falta que simule ninguna pose extraña. Él solito se acerca, me abraza e incluso me roza, dejándome bien claro quién es el macho alfa.

Finalizada la partida y, tras una aplastante derrota, me acerco a él y le propongo:

—Me ha encantado el juego, ¿podríamos repetir?

—Te diría que sí, pero es que no tengo rival —suelta haciendo un chasquido con la lengua—. Perdona que sea tan sincero.

—Pero aprendo rápido —insisto. E, intentando incitarlo y darle un escarmiento a su egocéntrica altanería, añado—: Pongámosle emoción: si gano yo, harás todo lo que te diga esta noche.

—¿Qué? Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—¿Tienes miedo de algo, *teniente*? —digo enfatizando la última palabra.

—Nooo. Está bien, como quieras —responde finalmente—. Pero, si gano yo, dejarás de ser tan borde conmigo y me explicarás por qué eres así.

Me ha golpeado de lleno. ¿Por qué está interesado en mí? ¿Acaso es masoquista? Qué difícil me resulta entender a los hombres: cuando yo quiero algo, ellos no, y a la inversa.

Pero, pese a su interés, no estoy dispuesta por nada del mundo a que él sepa la verdad; mi fracaso amoroso es eso, mío. Así que, defendiendo mi orgullo con uñas y dientes, acepto el trato.

—¿Saco yo? —pregunta al tiempo que coloca las bolas dentro del triángulo.

—Me parece bien —respondo. Y, justo cuando va a golpear la bola, me acerco a él y le susurro—: Por cierto, ¿podrías igualmente colocarte tras de mí, como antes?

Es que no llevo ropa interior, y no querría que nadie me viera.

Su cara al oírme es un poema, y su saque un puro desastre; el chulo cabezón casi raja el tapete de la mesa de billar. Al llegar mi turno, me persigue pegado a mí, mientras yo, voluntariamente, rodeo la mesa buscando una buena perspectiva de tiro. Verlo tan grande y musculoso persiguiéndome, cual conejillo, me resulta realmente divertido y gracioso.

Como era de esperar, apenas puede concentrarse a la hora de golpear; está más pendiente de mirar a los hombres que hay alrededor y de acechar el bajo de mi rojo vestido que de la competición. Mis artimañas de mujer fatal están funcionando a la perfección. Una a una, y con él pegado a mi trasero en plan guardaespaldas, voy metiendo las bolas, hasta que, en mi último tiro, le suelto:

—La negra, en la tronera del fondo izquierdo —anuncio justo antes de golpear con mi taco la bola blanca, logrando así mi objetivo y ganando la partida.

—Sí sabías jugar —me reprende cogiéndome del brazo y abocándose hacia él.

—En más campos de los que tú te crees.

—Te has reído de mí.

—No, me he divertido a tu costa, como tú hiciste conmigo. Estamos empatados.

—No pienso hacer todo lo que tú me digas, ni esta noche, ni nunca.

—Un trato es un trato. ¿O acaso no eres hombre de palabra?

—Sí lo soy —responde tras un breve silencio y, antes de soltarme, añade—: Pero te lo advierto: ten cuidado con lo que pides, no vaya a ser que se cumpla.

Tras sus amenazantes palabras y su atemorizador tono de voz, se marcha en busca del resto con paso firme y decidido, mientras yo me quedo allí parada observándolo antes de dirigirme al aseo.

Con el reto lanzado, y francamente nerviosa por lo que acaba de pasar, abro el grifo del lavabo y, con la mano, me llevo un poco de agua a la nuca intentando apaciguar y calmar mis ideas. La puerta del baño se abre y las chicas aparecen tras de mí.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Urbano? —me increpa Eva.

—¿Tú también lo llamas así?

—Es como lo llama Tomás, y de tanto oírlo... Contesta a mi pregunta —insiste—. Ha vuelto tan cabreado que pensaba que iba a dar un golpe en la mesa.

—Por mí, como si lo da con la cabeza.

—Lucía, ¿estás bien? —interviene Paloma.

—¡No, no lo estoy! —contesto alzando un poco la voz.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Eva, ya más calmada.

—Pues que todo está orquestado. Vi a Tomás hacerle una señal a Alejandro para que hablara conmigo. No soy un juguete, y mucho menos una obligación.

—Claro que no, cariño —comenta Paloma, mientras que Eva me observa muda.

—Me ha sentado muy mal, que ya no somos unos críos, ¡por el amor de Dios!

—A lo mejor no se trata de infantilismo —murmura Eva.

—¿Ah, no? ¿Te parece una reacción adulta? —pregunto en tono sarcástico, inclinando levemente la cabeza.

—No todo es como parece.

—Tú sabes algo —la presiono.

—Le prometí a Tomás que no os lo diría.

—¡Esto es increíble! ¿Aparece un tío en tu vida, y de repente somos el segundo plato?

—¡No sois mi segundo plato, joder! Pero ¿acaso no has guardado nunca un secreto cuando te lo han pedido?

—Chicas, por favor, parad ya —apacigua Paloma—. Las dos tenéis razón. Lo último que debemos hacer es discutir entre nosotras.

—Eso es verdad —reconoce Eva y, tras una breve pausa, añade—. Lo siento.

—No, soy yo la que debo pedir disculpas; últimamente me irrito por nada.

—Lo sabemos... Mira, hagamos una cosa —propone mi pelirroja amiga—: vosotras me preguntáis, y yo sólo contesto con un sí o un no. Prometí no contarle, pero no mencioné nada sobre responderlo.

—Ja, ja, ja, ja —se carcajea Paloma—, eres un caso. Está bien, empiezo yo: ¿Antonio es así con todas o sólo conmigo?

—¿A qué te refieres?

—Hija, qué fácil eres, no has aguantado ni siquiera la primera pregunta.

—Ja, ja, ja, ja. —Esta vez soy yo la que me echo a reír.

—Me refería a Urbano. Me has pillado desprevenida, eso es todo. Antonio es simpático por naturaleza, es andaluz y lo lleva en la sangre.

—Ah.

—Peeeeerooooo —continúa—, sí que es verdad que le gustas.

—Eso lo puede ver hasta un ciego —afirmo.

—Es muy gracioso —dice Paloma y, tras unos segundos, explica—: Pero yo estoy casada.

—¿Y?

—¡Eva, por Dios!

—Por Dios y por lo que tú quieras. Pero bueno, no quiero entrar ahora en ese tema. Vayamos al meollo de la cuestión. Lucía, dispara.

—Madre mía, ya hablas hasta con jerga policial —manifiesto—. Tú estás colada por Tomás.

—Hasta las trancas —confirma.

Paloma y yo nos miramos y, sin decirnos ni media palabra, ambas rodeamos a Eva y nos fundimos en un abrazo grupal.

—Chicas, es un cielo —nos confiesa Eva—, además de estar más bueno que el jamón en tiempo de guerra.

Las tres nos echamos a reír tras su comentario. Eva tiene expresiones muy varoniles, que, como ella afirma en más de una ocasión, «es lo que tiene trabajar rodeada de... motores».

—¿Quieres saber algo sobre Urbano?

—Creo que no, prefiero descubrirlo por mí misma —respondo.

—Como quieras.

—Tan sólo os diré esto —les comunico mientras me separo de ellas y me encamino hacia la puerta—: la jugarreta del cuartel está devuelta.

—¡Ésa es mi chica! —oigo decir a Paloma tras de mí.

Cuando llegamos a la mesa, los chicos se levantan para permitir que nos sentemos en el banco y se acomodan al tiempo que lo hacemos nosotras. Hay que reconocer que son unos caballeros, y eso a nosotras nos encanta.

Durante un buen rato seguimos en el local conversando y riendo, hasta que Antonio nos propone ir a un karaoke. Mis amigas y yo nos miramos extrañadas con la ocurrencia, hace años que no pisamos uno.

—Pero qué antiguo eres —apostilla Paloma.

—Hay cosas que nunca pasan de moda. Además, queremos *deharles impresionás* con nuestro cante.

—A estas alturas, hay pocas cosas que me impresionen —afirma mi amiga.

—Porque no me *conosías* —comenta él, haciéndonos reír a todos.

Tras pasar nuevamente por el baño a retocarnos el carmín y después de que Antonio se encargue de pagar la cuenta, salimos todos juntos del local. Ya en la puerta, el cumpleaños insiste en llevar a Paloma en el coche de ésta y a dos más. Tomás responde rauda que él y Eva irán con ellos, con lo que nos dejan solos al Sheriff y a mí.

Una vez subimos a su Nissan Qashqai 1.6 dCi de 130 CV negro, al cabo de un par de calles, Alejandro finalmente rompe el incómodo silencio que hay entre ambos.

—¿Me vas a decir ya qué tengo que hacer para saldar mi deuda?

—Ya veo que te intriga —murmuro juguetona.

—Cuanto antes acabe de ser tu esclavo, mejor.

—¿Esclavo? Hum, no lo había pensado, aunque suena bien.

—Todas las mujeres lo hacéis, la única diferencia es que contigo sólo tendré que aguantarlo durante una noche.

—¿Piensas que las mujeres os tratamos como a esclavos? —pregunto incrédula.

—Por supuesto, os encanta mandarnos, decirnos lo que debemos hacer, cuándo hacerlo y cómo hacerlo.

—¡Eso no es cierto!

—Ah, ya lo creo que sí. Nacéis con el gen mandón, es algo innato.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

—Ni yo que me hayas ganado. Así que suéltalo ya y dime qué tengo que hacer.

—¿Quieres saberlo? Porque en estos momentos dudo si decirte o no lo que ciertamente había pensado.

—Siempre quiero la verdad: la prefiero, aunque duela. No soporto las mentiras.

—Yo tampoco —manifiesto. Y, tras realizar una breve pausa para suspirar y tomar aire, añado—: Quiero que lo que queda de noche seas mi amigo.

Asombrado, Alejandro gira la cabeza para mirarme con su habitual semblante serio.

—¿Eso es cierto?

—Ya te he dicho que a mí tampoco me gustan las mentiras. Eso sí —añado—, con una condición.

—¿Cuál?

—Nada de preguntas personales.

—Trato hecho —afirma justo antes de darnos un apretón de manos.

Al cabo de unos minutos ya estamos todos entrando por la puerta de Dando el Kante, un local muy alegre, de inspiración tropical con imágenes de playas caribeñas en las paredes. A la derecha se extiende una moderna barra, seguida de una pequeña pista de baile. Frente a nosotros, y alargándose hasta la izquierda, están las numerosas mesas de mimbre. Al fondo, y ocupando toda la anchura del lugar, se ubica un gran escenario en color negro, tan sólo ornamentado por tres pies de micrófono y una enorme pantalla. Una gran cantidad de plantas repartidas por todo el establecimiento adornan el espacio, y, junto con una bonita iluminación, complementan la cuidadosa decoración. El lugar desprende encanto.

Guiados por un agradable señor al que los chicos han saludado al entrar, y que parece ser el propietario, nos adentramos entre las mesas hasta llegar a una que hay reservada en primera fila, frente al gran escenario. Una vez acomodados y, tras la marcha del dueño, Antonio nos explica que éste es un amigo que tienen en común los tres, y que suelen ir allí muy a menudo. Tomás nos sorprende sacando de debajo de la mesa una tableta, que, unida a ésta por una fina cuerda elástica, contiene un amplio repertorio de canciones. Atentas escuchamos cómo hacer la selección por intérprete o por título y cómo enviar, vía wifi, la petición al realizador, incluyendo nuestros nombres.

—¡Es una pasada! —exclama Eva.

—Sí que lo es, pero a mí no me incluyáis, que no quiero que llueva —comenta Paloma.

—Tú vienes conmigo, aunque sea a rastras —afirma el andaluz.

—¿No te atreverás?

—Ya lo creo que se atreve, a eso y a mucho más —interviene Alejandro, que está mucho más animado, y con un semblante más alegre.

—No asustéis a las chicas —pide Tomás—. ¿Qué tal si empezamos nosotros?

—Por mí, perfecto, quiero ver de qué sois capaces —comento.

—Niñas, van a ver lo que se ha *perdido* el mundo de la discográfica sin nosotros —afirma Antonio, haciéndonos reír a todos.

Con las copas que habíamos pedido previamente en las manos y, tras escuchar a varios atrevidos cantar, oímos por los altavoces cómo llaman a «Los Guardianes de la Noche». Los chicos se levantan rápidamente y nosotras observamos joviales cómo suben al escenario. Los primeros acordes de *Mil calles llevan hacia ti*<sup>[\*]</sup> suenan por todo el local, al tiempo que los tres, micrófono en mano, comienzan a moverse y a cantarnos. Risueñas y emocionadas, bailamos desde nuestros asientos al ritmo de la canción, que, para nuestro asombro, interpretan a la perfección.

Cuando terminan la actuación, los chicos vuelven a la mesa con nosotras, con un claro objetivo en mente: que cantemos ahora las tres.

—Ni harta de vino subo yo a cantar —asevera Paloma.

—¿Por qué no? —pregunta Eva—. Subamos juntas, vamos a demostrarles de qué pasta estamos hechas.

—De pasta de boniato —manifiesta mi jefa.

—Tía, no seas así —intervengo—; además, si llueve, mejor, que buena falta nos hace.

—¡Exacto! —formula Eva—. Dos al precio de uno: nos divertimos y regamos la tierra.

Su comentario nos hace reír a los seis, incluso a Paloma, que, animada por todos, finalmente accede a cantar con nosotras.

—Toma, Lucía, elige tú —propone Eva, ofreciéndome la tableta.

—Venga, niñas, a ver si son *capases* de superarnos —nos reta Antonio.

—Eso es imposible —interviene Alejandro.

—¿Perdona? —lo interpele.

—Si Paloma canta tan mal como afirma, no tenéis nada que hacer —asegura el Sheriff.

—Quizá, no todo está en la voz —lo reto al tiempo que pulso la canción que he escogido. Si quieren guerra, la van a tener.

En menos de cinco minutos, el realizador llama por el micrófono a «Las Superwomen». Las chicas y yo nos miramos y, acto seguido, nos levantamos dispuestas a darlo todo, mientras los chicos nos observan divertidos. Subidas en el escenario y, tras pedirles a mis amigas que se dejen llevar, comienza a sonar *Cuando brille el sol*<sup>[\*]</sup>

Todo el local nos contempla, y lo cierto es que no es para menos. Eva viste una blusa verde con una falda negra entallada hasta la rodilla, lleva unos zapatos de tacón negros y su preciosa melena pelirroja suelta. Paloma, en cambio, lleva un precioso vestido negro largo de corte princesa y el pelo recogido. Y, en medio de ellas, estoy yo, con mi vestido rojo inspirado en los años cincuenta, mi moño de la época y mis zapatos a juego.

—A por ellos, chicas, que son pocos y cobardes —murmuro.

La letra de la canción comienza, y yo, sin dudarlo, le dedico las primeras palabras a Alejandro, al que no dejo de mirar en ningún momento. Cuando llega el estribillo, todo el local empieza a cantar con nosotras y a dar palmas siguiendo el ritmo. Las tres nos venimos arriba y, como si fuésemos verdaderas intérpretes, nos movemos y cantamos con gracia y donaire.

De vuelta en la mesa y, tras los aplausos unánimes del local, los chicos nos felicitan.

—Me ha quedado claro que no quieres nada conmigo —susurra Alejandro mientras doy un trago a mi copa, lo que provoca que casi me atragante.

—Vaya, veo que lo has pillado —digo tras reponerme.

—Sí, la letra de la canción es bastante evidente.

—Me alegro que lo hayas captado, *amigo* —remato enfatizando la última palabra.

—Alto y claro, *amiga* —manifiesta. Pero, tras dar un sorbo a su copa, se acerca aún más a mí y me suelta—: Eso ya lo veremos.

Como un resorte, se levanta y se marcha hacia el realizador, dejándome boquiabierta y totalmente desconcertada. ¿Qué ha querido decir con eso?

—¿Adónde va Urbano? —pregunta Antonio.

—A por lo que quiere —responde Tomás con una media sonrisa.

Asombrada por su respuesta, siento cómo mi corazón se acelera. Mi vista se centra de nuevo en Alejandro, que, tras pasar por la cabina, se dirige con paso firme hacia el escenario. De pronto, *Lucía*<sup>[\*]</sup> de Rosario Flores, comienza a sonar, y él me la dedica sin dejar de mirarme. ¿Cómo sabía que era mi canción favorita? Intentando adivinar la respuesta, miro a Eva, que, dejando salir una endiablada sonrisa, observa divertida la escena.

En ese instante, acompañada de mis rápidos latidos, que atruenan fuertemente en mi pecho, es cuando me doy cuenta de algo: Alejandro es fastuoso. Su casi metro noventa, su pelo negro, sus preciosos ojos verdes, su recortada barba, su ancha espalda, sus corpulentos brazos y su hermosa sonrisa se me muestran por primera vez. Es un hombre increíblemente atractivo, que, por caprichos del destino, conocí el mismo día en el que iba a casarme. Aturdida por mi hallazgo, bebo la mitad de mi copa de un solo trago; he estado tan ciega y tan pendiente de hacerle pagar por lo que nos hizo que no he visto hasta ahora al hombre que en realidad es. Mi perspectiva hacia él cambia de repente, y eso me asusta. ¿Tendrá razón y conseguirá su objetivo?

Desde que empezó mi relación con Miguel, hace ya más de cuatro años, no he tenido ojos para ningún otro hombre; él lo era todo para mí. Todas mis esperanzas y mis sueños estaban puestos en lo que iba a ser nuestro futuro juntos. Y hace tan sólo dos meses y medio que me llevé el mayor batacazo de mi vida. Sólo mi resentido corazón y mis largas noches en vela saben lo que he sufrido por amor. No puedo ni imaginar pensar en otra relación, aún no. Así que, con las manos temblorosas y mis

latidos a un ritmo desenfrenado, me inclino y le susurro a Antonio:

—¿Las llevas tú a casa?

—Pensaba *haserlo* de todos modos; aunque creo que no deberías... —responde entregándome la llave del coche de Paloma tras adivinar mis intenciones.

—Tranquilo, no he bebido mucho.

—No lo digo por eso, y lo sabes.

—No he sido yo quien ha faltado a una palabra —sentencio justo antes de levantarme y marcharme del local.

Sé que todos me observan pero, gracias a la ayuda del andaluz, logro salir sin que mis amigas vengan detrás y me lo impidan. Necesito respirar aire y, sobre todo, alejarme cuanto antes de la orquestada encerrona. Lo que podría haber sido una fantástica noche se ha convertido para mí en un espectáculo donde mi papel es ser un mero títere. Dolida por su engaño y, sobre todo, por el de mis amigas, me dirijo al aparcamiento, pulso el botón de la llave y localizo el coche de Paloma cuando las luces se encienden. Aún nerviosa, logro arrancarlo y encaminarme hacia Murcia con la canción de Rosario Flores todavía insertada en mi cerebro.



## Capítulo 8

A la mañana siguiente, mi madre entra en mi cuarto para despertarme. Las chicas han venido y me esperan en la cocina tomando unos cafés, que ella les ha preparado. Con los ojos aún pegados por el sueño, paso por el baño para asearme un poco antes de salir a su encuentro, embutida en mi pijama corto de ositos.

—¿Se puede saber qué pijo te pasó anoche? —pregunta Eva, con cara de pocos amigos, cuando llego a la cocina.

—Buenos días a ti también —respondo.

—Buenos días, Lucía —saluda Paloma—. Pero, como dice Eva, ¿qué demonios te pasó? ¿Por qué te fuiste así?

—Vosotras sabréis —contesto de mala gana mientras me sirvo otro café y observo cómo mi madre cierra la puerta de la cocina para darnos intimidad.

—¡Alucino en colores! —exclama Eva.

—Mejor que en blanco y negro —replico.

—Bueno, chicas, dejemos de tirar pullas y hablemos como las mujeres adultas que somos. Lucía, dinos, por favor, por qué te fuiste anoche de esa forma.

—Me asombra que me lo preguntéis —digo mirando a Eva—. Me hicisteis una encerrona, y lo menos que esperaba de mi *amiga* era que me advirtiera.

—Ya te dije que no podía decir nada, hice una promesa.

—¿Aun a sabiendas de que me ibais a utilizar?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —reclama Paloma.

—Que te lo diga doña orquestas —mascullo.

—¡Dios!

—Eva, dime de una vez qué ocurre —exige mi jefa.

—Yo no quería hacerte daño, te lo juro —afirma Eva—; pensé que sería buena idea.

—¿El qué, exactamente? ¿Utilizarme? —pregunto alzando un poco la voz.

—¡No! Que conocieras a Urbano, que le dieras la oportunidad de...

—¡No tengo quince años para que vengas a hacerme de alcahueta, joder! ¡Y tú no eres nadie para buscarme un tío! ¿Acaso no soy lo suficientemente mayorcita para elegir y decidir por mí misma?

—¡Sí, lo eres, pero también estás ciega! —me reprocha.

—Si te refieres a ver lo que él busca, no, no estoy ciega. Anoche me quedó bien claro.

—Entonces ¿qué hay de malo en que os gustéis?

—Pero ¿quién demonios te ha dicho a ti que él me gusta?

—¡Basta, chicas! —interviene de nuevo Paloma—. Ya veo qué está pasando aquí. Eva, ¿has o no has intercedido por Lucía?

—Sí, lo he hecho. Pero sólo porque pensaba que era lo mejor para ella.

—¿Lo mejor para mí? —interpelo—. Os dejé bien claro que aún no estoy preparada, ¿cómo se te ocurre hacer algo así sin consultármelo?

—Porque no habrías accedido en la vida a...

—Un momento —la corto levantando el dedo—. ¿Fuiste tú quien les dijo que estaría en el aeropuerto el domingo? ¡Dime que no es cierto!

—No te lo puedo decir.

—¡Dios, dame paciencia! —imploro levantando las manos—. ¿Cómo se te ocurre jugar así con mis sentimientos? ¿Acaso no te importo una m...?

—¡Se acabó! ¡Me tenéis harta! ¿No veis lo que está ocurriendo aquí? Eva, sabemos que hiciste una promesa y que no puedes dar toda la información, pero reconoce que, quizá, ha sido demasiado rápido todo.

—Puede que sí.

—Y tú —continúa Paloma dirigiéndose a mí—, reconoce que, de no haber sido de esa forma, jamás habrías accedido a ir al cumpleaños de Antonio.

—Puede que sí.

—A ver, chicas, entiendo vuestras posturas, pero sois vosotras las que debéis entenderlas también. No ha habido mala intención en los actos de Eva, aunque hayan sido un poco infantiles. Pero, Lucía, en esta ocasión estoy con ella, sabemos que no estás preparada, pero quizá, y sólo quizá, Alejandro te ayude a levantar cabeza. Pensativa me quedo durante unos segundos tras sus palabras. Sé que, en verdad, mi amiga no tenía ninguna intención de hacerme daño, pero el caso es que me lo hizo. Durante toda la noche aguanté la encerrona, pero escuchar mi canción fue demasiado para mí.

—Está bien —concluyo—. Tan sólo dime una cosa: ¿le has contado lo que me pasó con Miguel?

—Por supuesto que no.

—Gracias —murmuro.

Tras un largo rato, mis amigas y yo ocupamos la cocina de mis padres. Debemos aclarar todas las dudas y, sobre todo, disculparnos las unas con las otras, pues todo se ha hecho con un buen propósito. Finalmente, y con la inestimable ayuda de Paloma, llegamos a un acuerdo: Eva no intercederá más por mí, y yo haré todo lo posible por seguir adelante y superar cuanto antes lo de Miguel.

A media tarde, ojeando las redes sociales en mi cuarto, recibo otro correo de mi ex. Parece que va a aparecer cada vez que se le nombre. Conocedora de lo que me espera, abro el mensaje con la intención de no contestarle, al igual que en las anteriores ocasiones.

Lucía:

Ya he visto que has devuelto el dinero a los invitados, era lo menos que podías hacer después del espectáculo que montaste. Por cierto, tu primo Juan piensa lo mismo que yo y que todo el mundo. Aún no sé cómo puedes dormir por las noches.

Hasta siempre,

Miguel

Eso mismo pienso y deseo yo, que realmente sea un «hasta siempre», pero algo me dice que esto de recibir un correo semanal se va a convertir en una costumbre. De pronto, me percató de algo importante: sus palabras no me han hecho daño, mi pulso apenas ha variado, y mi estado de ánimo tampoco. ¿Es esto una señal de que ya empiezo a superarlo? Entonces lo veo claro: ya no tengo rencor hacia Miguel; tan sólo siento pena por él y por su situación. Albergo la esperanza de que algún día pueda superar lo nuestro y siga adelante con su vida, «si es que su madre se lo permite», no puedo evitar pensar.

Feliz por mi hallazgo, les envío un mensaje a las chicas:

Yo:

¿Cuándo es la próxima cita con los alicantinos?

Eva:

¿Es en serio o estás de coña?

Yo:

Es en serio. Aunque ya sabes lo que acordamos: yo me encargo.

Eva:  
Oleeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

Marta:  
¿Qué me he perdido?

Paloma:  
Marta, te llamo y te lo cuento, que es un poco largo.

Marta:  
Ay, sí, que quiero saberlo todo.

Yo:  
Ya salió la maruja.

Marta:  
Pues la maruja estuvo anoche dentro de una tienda de campaña rodeada de cuatro tíos.

Eva:  
¿Quéeeeeeeeeeeeeee?

Yo:  
¿Y Paco?

Paloma:  
Marta, por favor, dime que no has hecho ninguna tontería.

Eva:  
La Marta se nos desmelen.

Marta:  
Mi Paco estaba al tanto, aunque esperó fuera.

Paloma:  
¿Te has ido a un *camping* de intercambio de parejas?

Eva:  
Hum, suena bien, una orgía en un *camping*.

Yo:  
¿A eso lo llamas tú cenar con la familia?

Marta:  
Ja, ja, ja, ja, ja, pero qué mentes tenéis; sabía que caeríais. Eran las fiestas del barrio y, después de cenar, me dio un corte de digestión. Paco me llevó al hospital de campaña que la Cruz Roja tenía instalado junto a las barras. Cuatro médicos me atendieron a la vez, era la reina del local.

Todas:  
Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Yo:  
Qué gamberra eres. ¿Estás bien?

Marta:  
Sí, me tuvieron una hora en observación hasta que me recuperé. Gracias a Dios, todo quedó en un susto.

Eva:  
Me alegro de que no sea nada.

Paloma:  
Y yo también.

Eva:  
Por cierto, Lucía, aún no sé nada. Yo os daré un toque ante nuevo aviso.

Marta:  
Hala, os dejo, que Paloma me tiene que llamar. *Ciao*.

Todas:  
*Ciao*.

Después de cenar, tumbada en el sofá, y acompañada de mi madre y una copa de vino, me dispongo a ver una comedia romántica que reponen en la televisión. Es una en la que el chico debe marcharse a la guerra tras alistarse en la marina, dejando a su novia sola durante meses. La escena de la despedida la noche antes de su marcha logra llegarme al corazón y sacarme una nostálgica sonrisa.

—Veo que te estás reponiendo por fin —murmura mi madre.

—¿De verdad lo crees, mamá?

—Sí, hija. La ausencia de lágrimas me lo dice todo.

—Eso mismo pienso yo, pero que tú lo corrobore me lo confirma.

—¿Qué te ha hecho cambiar?

—Supongo que el paso de los días. Mis amigas tienen razón, debo seguir hacia adelante y volver a encontrarme a mí misma. Me echo de menos, mamá.

—Me alegra oírte decir eso. Sólo tienes treinta años, aún te queda mucho por vivir.

—Pues yo me veo muy mayor.

Mi comentario la hace reír.

—Estás en la flor de la vida, cariño. Además, eres muy fuerte y sé que sabrás superar esto y lo que te venga.

—¿De verdad crees eso de mí?

—Claro que sí, hija. Tu padre y yo te pusimos Lucía porque significa «pura luz», y eso es lo que tú eres. Además, como me decía tu abuela y ahora te digo yo a ti: si tardé nueve meses en formar tu corazón, no puedes permitir que alguien te lo destruya en unos minutos.

—Gracias, mamá —digo antes de acercarme a ella y fundirnos en un cariñoso abrazo.

Tras ver la última escena del reencuentro de los protagonistas y soltar las inevitables lágrimas, pese a mi avance sentimental, mi madre y yo nos vamos a la cama. Ya en mi cuarto, y con las luces apagadas, me acuerdo de Alejandro. El Sheriff está de toma pan y moja y, como si mi cerebro fuese un proyector de diapositivas, su perfecto rostro, su escultural cuerpo y su gran porte se me revelan una y otra vez, hasta que, por fin, me quedo dormida.

El lunes por la mañana suena el despertador a las siete y, contenta y relajada, alargo el brazo para apagar la alarma. He soñado con Alejandro y, en mi sueño, éramos algo más que amigos. Al levantarme para ir al baño, me quedo estupefacta con lo que me encuentro. ¡Seré pendón! ¡Estoy empapada! Me voy corriendo a darme una ducha de agua tibia; debo enfriar el calentón.

Al llegar a la oficina, saludo a mi jefa y me voy directa hacia mi mesa. Aún no he guardado el bolso cuando veo que viene rauda hacia mí.

—¿Qué has desayunado esta mañana? —pregunta.

—¿Cómo dices?

—A ver, algo te ha pasado para que traigas esa sonrisa.

—Que tengo unas amigas geniales —acierto a decirle. Quiero evitar un interrogatorio y, más aún, contarle lo de mi encharcado pantalón de pijama.

—Pues sí que las tienes —murmura antes de guiñarme un ojo y volver a su despacho.

Sobre la mesa tengo tres expedientes que preparar. Debo organizar una despedida de soltero y soltera conjunta, un cuarenta cumpleaños y una presentación de un nuevo modelo de coche. No sé cuál de los tres me gusta más.

La fiesta de cumpleaños es la más sencilla de todas y, tras unas llamadas y unos correos electrónicos, la tengo estructurada.

La presentación del nuevo vehículo me va a llevar mucho más tiempo prepararla. La casa de coches quiere celebrar el evento en la mismísima plaza de toros de Murcia, con un maestro de ceremonias, azafatas patinadoras que repartan folletos y atiendan a los asistentes, una barra para servir bebidas y un sorteo al acabar la presentación con artículos de propaganda de la marca. El evento promete, y tan sólo dispongo de dos semanas para organizarlo.

La despedida conjunta, en cambio, debe celebrarse dentro de un mes, por lo que tengo tiempo más que suficiente para planificarla.

Decantándome por el expediente más extenso, con la carpeta en mi cartera y el móvil en la mano, me despido de Paloma para dirigirme a la agencia de modelos que está en la otra punta de la ciudad.

Como el aparcamiento en esa zona es complicado de encontrar, usando el truco que un día me enseñó mi jefa, consigo estacionar el coche en el aparcamiento del hotel que hay junto a la agencia. Al apagar el motor e ir a coger la cartera, veo a través del cristal del acompañante a una pareja en el ascensor que se besa con pasión. Morbosa, los observo mientras en mi mente recreo el sueño húmedo que he tenido con Alejandro. Sin separar sus labios un instante, el hombre, que está de espaldas a mí, agarra a la mujer del culo y, andando hacia atrás, ambos salen juntos del ascensor. Una vez fuera, la empotra con fuerza contra la pared al tiempo que la devora con ardientes besos. Ese gesto me hace enloquecer y siento cómo mi zona más íntima se estremece; llevar tanto tiempo sin tener sexo me está pasando factura. La pareja continúa su particular juego, esta vez, incluyendo las manos, que no paran de tocar las partes erógenas de ambos. El hombre presiona los pechos de la mujer con ímpetu mientras la besa con auténtica pasión, al tiempo que ella le acaricia la entrepierna. Mi clitoris cada vez late con más fuerza, llamando desesperadamente mi atención. El hombre, que ha sacado un pecho de ella por encima de la blusa, lo lame ahora y lo acaricia, haciéndola estremecer. Abstraída por la escena, mi deseo por complacerme empuja con fuerza a la razón, y ambos entran en una encarnizada batalla. Entretanto, sigo sin perder detalle del encuentro de la pareja. Ahora es ella la que, llevada por la lujuria, lo agarra con fuerza y lo gira, dejándolo a él de espaldas a la pared. Es una mujer rubia muy sexi y atractiva que, no creyéndose observada por nadie y llevada por el deseo, logra desabrochar la cremallera del abultado pantalón de él. Tras besarlo con pasión y oír sus jadeos, la mujer, de cuerpo de infarto, se agacha y con la boca busca el miembro de él para hacerle una felación. Extasiada y húmeda, observo cómo ella mueve la cabeza para introducirse en la boca su pene y lamerlo una y otra vez. Enloquecida, busco con la mirada la cara de satisfacción de él cuando, de repente, me llevo una de las mayores sorpresas de mi vida: ¡el hombre que está teniendo sexo delante de mí, y que me ha puesto cachonda, es Josean, el marido de Paloma!

Con una doble sensación de repugnancia y vergüenza, comienzo a temblar sin saber muy bien qué hacer. He leído que en estos casos lo mejor es encontrarte con la persona infiel, saludarlo y preguntarle por su pareja para conseguir así que la piedra quede sobre su tejado. Pero, con este espectáculo y mi bochornosa consecuencia, ¿cómo me acerco a él, con la otra comiéndole la...? Rápidamente, corto mis pensamientos con una idea. Cojo el móvil que tengo bajo la radio y, tras quitarle el flash, comienzo a echarle fotos a la parejita en pleno acto. Aun con las manos temblorosas y el corazón a cien, logro hacer varias instantáneas justo antes de que mi móvil comience a sonar: me está entrando una llamada de Paloma. Temerosa de ser descubierta, me agacho todo lo posible en el asiento con la esperanza de que la parejita cese en su labor. He olvidado quitar el sonido y el resultado puede ser altamente desastroso.

Escondida y temblando, rechazo la llamada de mi jefa y espero durante unos largos minutos hasta que, por fin, oigo el rugir del motor de dos coches al arrancar y posteriormente alejarse. «¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?», me pregunto al incorporarme en mi asiento. Aún no puedo creer lo que acaban de ver mis ojos.

Durante un largo rato me quedo allí sentada, pensando y analizando la situación. He sido testigo de la infidelidad del marido de mi amiga, confirmando así todas mis sospechas acerca de él: sus ausencias, el ramo de flores, sus viajes y, sobre todo, su actitud para con Paloma. Inevitablemente, el enfado se apodera de mí. ¡Odio a los tíos! ¿Por qué son así? ¿Tanto les cuesta acabar con la relación antes de liarse con otra? Por si no era suficiente con lo de mi ex, ahora recibimos una segunda cornada en pleno abdomen, y todo en tan sólo tres meses. Paloma siempre nos ha negado que su marido le fuese infiel; cada vez que hemos sacado el tema, ella lo ha esquivado, hasta el punto de pensar que su alejamiento era culpa suya. ¿Qué debo hacer ahora? ¡Esta noticia podría acabar con ella! Pero se trata de mi mejor amiga, y yo, sin comerlo ni beberlo, acabo de cargar con una responsabilidad. Incapaz de pensar con claridad, desbloqueo mi móvil y busco en la agenda.

—Marta, ¿estás en casa? Necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Marta mientras nos tomamos un café en su salón.

—Necesito tu opinión. Supongamos que he visto al novio de una amiga de mi hermana enrollándose con otra. ¿Debo decírselo?

—Depende del grado de amistad que te una a la amiga de tu hermana. Si puedes evitar hacerle un daño gratuito, mejor que mejor. ¿A quién has pillado?

—Es una suposición, Marta.

—Sí, claro, y yo nací ayer. Lucía, soy maruja, pero no tonta. Si no fuese verdad, no habrías venido a media mañana, y menos en horario de trabajo.

—Tienes razón, disculpa. Es que no quiero dar nombres, eso es todo.

—Está bien, lo entiendo. A ver, por un lado, está el tipo de relación que tengas con la cornuda, y por otro, y no menos importante, saber si ella lo sabe. Hay relaciones liberales en las que uno no debe inmiscuirse.

—Este caso no es de ésos, es una relación convencional, como la que tienes tú con Paco.

—¡Ay, dime que no estamos hablando de mi *mario*!

—Tranquila, mujer, que no se trata de vosotros.

Mi respuesta la hace llevarse la mano al pecho en plan telenovela, lo que me provoca una instantánea y leve sonrisa.

—Bien, descartando que yo lleve la suficiente cornamenta como para no poder entrar por esa puerta, dime, ¿de quién se trata?

—De alguien a quien aprecio mucho.

—Lucía, déjate de juegos porque, hasta donde yo sé, tú aprecias a las amigas de tu hermana como yo a una cucaracha.

Su comentario nos hace reír a las dos, momento que aprovecho para beber un poco del café con leche que me ha preparado.

—Marta, no sé qué hacer —murmuro—. Por un lado, pienso que no debería decir nada y, por otro, que lo mejor es decírselo. Y, por si no tengo suficientes dudas, en el caso de contárselo, no sé cómo.

—Por lo que dices, deduzco que no te has acercado a él, como sabemos que hay que hacer.

—No, créeme que la situación no era la más adecuada para hacerlo.

—Entonces es su versión contra la tuya.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo fotos.

—¿Quééééé? Y ¿por qué has tardado tanto en decírmelo? ¿Estás tonta? Enséñamelas.

—No creo que deba.

—Mira, bonita, si has venido a mi casa a que te dé mi consejo, dame toda la información para que éste sea aún más valioso.

Marta es increíble, hasta en los momentos más inverosímiles y duros te saca una sonrisa. Pero algo dentro de mí me dice que no debo contárselo a nadie, pese a la gran amistad que nos une.

—Tu consejo ya es valioso de por sí, cariño. Creo que ya sé lo que debo hacer.

—¿Y me vas a dejar sin ver las fotos?

—Por ahora, sí —respondo. Pero viendo su cara de puchero, me acerco a ella y, dándole un abrazo de los míos, le digo—: Eres increíble, y por eso te quiero tanto.

—Anda, zalamera, ve a hacer lo que tengas que hacer. Te conozco y sé que tarde o temprano me las enseñarás.

Marta tiene razón, estoy segura de que las verá en un futuro, siempre y cuando nuestra amiga así lo decida.

Es casi mediodía cuando salgo de casa de Marta con una idea clara en mi cabeza: debo contárselo todo a Paloma, pero cuando esté preparada. Ella va a necesitar mi ayuda y, en este momento, me siento demasiado enfadada y avergonzada para hacerlo como es debido, y como ella se merece.

Al llegar a mi calle, aparco el coche y, cuando me dispongo a entrar en el portal del edificio, oigo una voz que me es familiar.

—¿Se puede saber por qué te fuiste de esa forma?

—Buenas tardes a ti también —respondo girándome y encontrándome a Alejandro a un metro escaso de mí. Está increíble con esos vaqueros negros y la camisa entallada a juego, del mismo color.

—Responde a mi pregunta —me exige con voz ronca.

—¿Perdona? ¿Vienes a mi casa a exigirme? —lo increpo.

Pese a lo guapo que va y lo atractivo que es, no voy a consentir que venga a tocarme las narices, ¡hoy no!

—Llevo una hora esperándote, y tengo que marcharme.

—Ése es tu problema. Y, por cierto, ¿cómo sabes dónde vivo?

Al acabar de hacer la pregunta, me doy cuenta de que ya conozco la respuesta: le entregamos el DNI la noche que nos detuvo. Al recordarlo, me enciendo aún más; por si no tenía suficiente con la mañana que he llevado, ahora me encuentro con que soy perseguida e interrogada en mi propia casa.

—Sé muchas cosas.

—Entonces, no necesitabas venir en busca de respuestas —digo cabreada como un mono al tiempo que me giro para abrir la puerta con llave.

—Dime por qué te marchaste así —demanda cogiéndome del brazo y girándome para que lo mire.

—¡No tengo por qué decirte nada y, ahora, haz el favor de soltarme! —mascullo.

De pronto, Alejandro tira de mí y me empotra contra la puerta, dejándome acorralada entre ésta y él. Está a escasos centímetros de mí, su cuerpo casi roza el mío, mientras me agarra por la cintura con una mano y se apoya en el marco de hierro con la otra.

—No lo haré hasta que me des una respuesta —exige al tiempo que sus ojos buscan mi boca y mi cerebro recibe su fragancia en forma de néctar de los dioses.

—Ya lo sabes —susurro con un hilo de voz.

Sus preciosos ojos verdes me escudriñan y me atraviesan. Su cercanía y su rudeza me enfurecen y me excitan a la vez. Había visto esto en las películas, pero nunca antes lo había vivido, y mucho menos con Miguel, que siempre era muy *delicado* conmigo.

Al acercarse aún más y con su boca casi rozando la mía, las piernas comienzan a temblarme y temo, por un momento, caerme frente a él; sin duda, últimamente la falta de sexo me está haciendo malas pasadas.

—He recorrido cincuenta y seis kilómetros para oírtelo decir a ti.

—Con una llamada te habría bastado.

—¿Me habrías respondido? —pregunta con mirada provocadora.

—Me temo que no, como tampoco lo voy a hacer ahora —lo reto.

—¡Eres una jodida cabezota! —me suelta con el ceño fruncido.

Su actitud, su inquisitiva mirada y sus duras palabras me están irritando, aún más, si cabe. Aunque, para mi sorpresa, mi genio no es el único que se ha despertado; mi parte más íntima vuelve a palpar por segunda vez en lo que va de mañana.

—¡Y tú, un hombre sin palabra! —bramo. Necesito sacar mi furia o acabaré teniendo un orgasmo aquí mismo.

—¿Acaso hay algo de malo en dedicarle una canción a una amiga?

—Tenías todo un repertorio para elegir.

—Y elegí ésa.  
—¡No! Eso es lo que más me jode, que no la elegiste tú.  
—¿No crees que estás exagerando un poco? Tan sólo es una canción como cualquier otra.  
—No lo es para mí.  
—¿Puedo saber por qué?  
—No te incumbe.  
—Fuimos allí para divertirnos. No seas pequeñaja.

¡Ah, no, por aquí no paso! ¿Que soy una pequeñaja? Ahora sí que estoy furiosa, ¿cómo se puede tener la desfachatez de tomarme por tonta? Mis amigas saben lo importante que es esa canción para mí, no se trata de una más, y que él la utilizara de esa forma tan fría y banal contra mí me duele, y mucho. Así pues, dejándome llevar por mi genio, que por fin se ha dignado salir de donde demonios estuviera escondido, le suelto:

—¡No deberías subestimarme! —grito levantando la pierna y dándole un rodillazo en todas sus partes justo antes de girarme de nuevo y, esta vez sí, abrir la puerta para entrar en el edificio.

Al llegar al ascensor, tengo la sensación de que el corazón se me va a salir disparado por la boca. Tengo el cuerpo hecho gelatina, y un cabreo de narices.

Mi madre ha preparado una de sus mejores recetas: arroz con conejo y caracoles, pero yo apenas puedo probar bocado; por mi cabeza no dejan de pasar ascensores, felaciones, besos y rodillazos, mientras juego con el tenedor e intento disimular ante mi familia.

Tras la comida, mis padres se marchan a la habitación a echarse una siesta, y yo me quedo fregando los platos en la cocina; necesito estar ocupada en algo para no pensar. Aun así, me es imposible no hacerlo. Primero me autocastigo por haberme excitado con el marido de mi mejor amiga, y después me autoperdono porque desconocía en todo momento que se trataba de él. Luego pienso en Alejandro y noto cómo vuelvo a excitarme al recordar su cercanía y la forma en que me tenía atrapada y agarrada por la cintura... «Debo hacer algo con mi carencia de sexo o terminaré restregándome por las esquinas.» Entonces recuerdo una de las tiendas a las que...

—¡Joder! —suelto de golpe. Me acabo de cortar con un cuchillo.

Rauda, pongo el dedo bajo el chorro de agua y presiono la herida. «¿Por qué no me habré quedado en la cama esta mañana?», pienso mientras observo que no cesa de salir sangre. Dejo de apretar por un momento y me sorprendo al ver que el corte es más profundo de lo que creía.

—¡Leire! —llamo a mi hermana, que está en el salón viendo uno de sus programas frikis.

—¿Qué te pica, hermanita?

—No me pica, me duele. ¡Ven corriendo!

Siguiendo mis indicaciones, y tras varios intentos, consigo que mi hermana coja el botiquín y lo traiga a la cocina mientras presiono el corte bajo el chorro de agua.

—¿Qué haces? —pregunto al verla a dos metros de mí con el brazo extendido y mirando hacia otro lado.

—¡No pienso acercarme ahí! Si veo la sangre, me *supermuero*.

—¡Si no me acercas el botiquín, seré yo la que te *supermate*!

—Podría desmayarme aquí mismo.

—De la *quantá* que te voy a dar. Leire, por favor, necesito que me des gasas y Betadine, ¡corre!

—¿Beta... qué?

—¡La madre que te parió!

—Voy a despertarla.

—¡Ni se te ocurra hacer eso, y acércate de una puñetera vez!

Por fin, mi superpija y pava hermana me lleva las gasas y la botellita, con las que me curo y me envuelvo el dedo.

—Tienes que llevarme al hospital.

—¿Ahora? Estoy viendo el corazón.

—Leire —hago una pausa para respirar y no asesinarla allí mismo con el cuchillo con el que me acabo de cortar—, necesito que me den puntos en el dedo, la herida es profunda. Los papás están durmiendo y Francisco Rivera va a seguir siendo tan guapo con o sin ti. Así que, por favor, llévame al puñetero hospital, ¡ya!

—Pensaba que estabas de coña. Voy ahora mismo, hermanita.

Cuando llegamos a la ciudad sanitaria Virgen de la Arrixaca, el servicio de urgencias está repleto, para no variar. En el mostrador, doy mis datos y cuento lo que me ha sucedido, aunque me mandan a la sala de espera junto a los demás enfermos.

—*Superodio* los hospitales —murmura Leire mientras esperamos.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, opino lo mismo que tú.

—¿Sabes qué, hermanita? He pensado que, en lugar de ir a «Mujeres y hombres y viceversa», voy a presentarme a «Gran Hermano».

—Lo tuyo es preservar el escudo de virginidad.

—¿Cómo sabes que soy virgen?

—Es obvio, hermanita, eres una friki un tanto especial.

—No es por eso. Soy virgen porque espero a que llegue el hombre adecuado.

—Pues sigue esperando sentada. Leire, ¿no te das cuenta de que los príncipes azules y los hombres perfectos no existen?

—Piensa lo que quieras, pero sí que existen. Que tú no hayas dado con ninguno no significa que no existan.

—No se trata de lo que yo piense, es la realidad —afirmo.

—Pues los fantasmas tampoco existen, y yo los veo a diario.

Su comentario nos hace reír a ambas. Hay que reconocer que la pija, aunque dentro de su supermundo, tiene buenas caídas.

Al cabo de unos minutos, me llaman para ir a la consulta número 3. Leire me acompaña y es la que me abre la puerta. Nada más entrar, nos encontramos con un apuesto médico que, amablemente, nos invita a sentarnos. Es un chico más o menos de mi edad, de pelo castaño, con ojos pardos y amable sonrisa. Durante el tiempo que el doctor me examina el dedo, observo cómo mi hermana está paralizada y colorada como un tomate.

—Vamos a tener suerte —afirma el doctor Jaime Ledesma, que así es como se llama según su placa identificativa—. Con un par de puntos de aproximación será suficiente.

—Menos mal —respondo aliviada.

—Y ¿tú no tienes nada? —le pregunta entonces a mi sofocada hermana.

—No, estoy soltera..., digo, entera..., bueno, quiero decir que estoy muy buena, o sea...

—Quiere decir que no le duele nada —intervengo.

El doctor está empezando a troncharse de risa, y mi querida hermanita, a hacer el mayor de los ridículos.

—Me alegra saberlo —declara.

Una vez curado y vendado mi tullido dedo, el médico me entrega el parte con sus anotaciones. Cuando me dispongo a agradecerle su atención y su amabilidad, Leire se me adelanta y le ofrece la mano para despedirse. Tras su espontáneo saludo, le doy finalmente las gracias, y ambas salimos de la consulta.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto a mi hermana.

—Tenía que darle algo que llevaba en la mano.

—¿Qué has hecho, Leire?

—Acabo de darle el teléfono al que será mi marido —me suelta, dejándome con la boca abierta mientras observo cómo se adelanta unos pasos dando saltitos cual

bailarina interpretando una danza.

Tras conocer a mi «futuro cuñado» y contarles a mis padres lo de mi incidente, bajo a coger el coche para irme a trabajar. Debo terminar lo que he dejado a medias esta mañana.

Por suerte, encuentro aparcamiento cerca de la agencia de modelos. La directora ya está informada de todo lo que el cliente requiere, por lo que mi visita allí dura menos de lo previsto. Las ocho chicas seleccionadas tienen mi total aprobación: son altas, elegantes y con una gran experiencia en este tipo de eventos. Con las fichas de las chicas guardadas en mi expediente y entregada la planificación de la presentación del vehículo, me voy hacia la oficina para ultimar unos detalles antes de finalizar mi jornada.

Paloma no está en el despacho y, por extraño que parezca, lo agradezco. La organización de la presentación del coche me lleva el resto de la tarde. A falta de un par de visitas más y de cerrar unos acuerdos, está prácticamente estructurada y resuelta.

Son casi las ocho de la tarde cuando salgo de la oficina y me voy con el coche a dar solución a uno de mis *problemas*. Al entrar en el establecimiento, Marina, la propietaria, me recibe con un cordial saludo.

—Hola, guapa. ¿Qué se te ofrece?

—Hola, Marina, necesito tu consejo. No es para ninguna clienta, es para mí —aclaro.

—¿Qué necesitas?

—¡Sexo!

—Has venido al lugar adecuado.

Marina regenta uno de los *sex shops* más importantes de la ciudad. Además de tener los mejores aparatos y todo tipo de utensilios, es nuestra colaboradora y la encargada de guiar y amenizar las reuniones de *Tuppersex*.

Dispuesta a acabar con mi agonía fisiológica, y después de un buen rato de charla, salgo de su local cargada de consejos y juguetes personales, que, según ella, son los que mejor se adecúan a mis necesidades e intereses.

Tras la cena, me voy directa a encerrarme en mi cuarto; tengo una cita conmigo misma. Una vez limpios los juguetes de la forma que Marina me ha indicado, me quedo mirándolos sin saber muy bien cuál escoger. Finalmente me decanto por uno de ellos y, ya tumbada en mi cama, comienzo a usarlo, dejándome llevar por completo. Estoy dispuesta a darme un homenaje, que, sin lugar a dudas, después de tanto tiempo y de lo que me ha sucedido, tengo más que merecido.

A la mañana siguiente, me levanto con una inevitable sonrisa en la cara. Anoche me cargué de un plumazo al diablillo libidinoso que tanto reclamaba mi atención. Aunque, una vez más, no estábamos solos: la imagen del prepotente, chulo y apuesto Sheriff nos acompañó también. Y, pese a que es más chulo que un pavo con tirantes y me fastidia reconocerlo, pensar en él me excitó mucho.

Con más hambre de lo habitual, me doy un banquete para desayunar antes de ducharme y dirigirme a la oficina.

Conforme entro en el despacho, me encuentro con Paloma, que anda de un lado para otro mientras habla por teléfono con una sonrisa de oreja a oreja y un tono de voz más ñoño de lo habitual. La saludo con la mano, me voy hacia mi mesa, dejo mi bolso y enciendo el ordenador.

—Qué tonto eres. Hasta el viernes —la oigo despedirse entre risas antes de colgar.

«¡Qué poca vergüenza tienes, Josean! Después de lo que le has hecho, ahora la engatusas, y a saber con qué», pienso indignada mientras miro la pantalla y simulo que hago algo con el ratón.

—Buenos días, preciosa —me saluda ella al acercarse y colocarse frente a mí, al otro lado de la mesa.

—Buenos días.

—¿A que no sabes qué plan tenemos este viernes por la noche?

—¿«Tenemos»? —pregunto sorprendida.

Si se cree que voy a aceptar ir a cenar a su casa y ver cómo es felizmente engañada por el asqueroso de su marido, lo lleva claro.

—Sí, tenemos. Me acaba de llamar Antonio: el viernes libran los tres y nos invitan a cenar.

—Antonio —digo aliviada.

—Sí. Desde el sábado me llama todos los días, y la verdad es que me siento de mejor humor y más animada. Nos llevamos muy bien.

—No hace falta que lo jures —corroboro, dejando salir un agudo suspiro.

—Por cierto, Urbano también viene.

—¿Tú también lo llamas así?

—Es que todo se pega —contesta echándose a reír. Está tan atontada que apenas la reconozco.

En el fondo, me alegro mucho por ella, aunque esa alegría y ese estado de ánimo me hacen aún más difícil tener que confesarle la verdad. Hace tanto tiempo que no la veía así que me duele en el alma tener que ser yo quien le quite esa sonrisa. Así que decido no decírselo de momento.

—¿Estás segura de que vienen los tres?

—Claro, de hecho, estaban juntos cuando me ha llamado. ¿A qué viene esa pregunta?

—A nada —murmuro agachando la vista hacia las carpetas de expedientes que tengo sobre la mesa.

—Ah, no, a mí no me engañas. Cuéntamelo ahora mismo si quieres seguir siendo empleada mía —me apremia sentándose en la silla que hay frente a mi mesa.

Obviando la primera parte de la mañana de ayer, le cuento a Paloma mi encuentro con Alejandro en el portal de casa de mis padres. Llevándose las manos a la cara, mi jefa se troncha a carcajada limpia, haciéndome reír a mí también.

—Pues sí que es raro que venga —comenta entre risotadas.

—Una de dos: o quiere la revancha, o es masoquista.

—Está claro que le gustas —afirma de pronto.

—¿Por qué dices eso? —pregunto intrigada.

—Porque, a menos que seas ciega y tonta, y me consta que no eres ninguna de las dos cosas, te has de dar cuenta de que un hombre no recorre tantos kilómetros sólo para hacer una pregunta.

—Tendría el teléfono estropeado.

—¡Lucía, por favor! ¡Deja de ser tan estúpida!

—¿Estúpida por defenderme y por no dejar que nadie me utilice? ¡Joder, Paloma, esperaba que por lo menos tú me entendieras!

—Si yo te entiendo, nena. Pero tienes que empezar ya a fijarte en los hombres.

—Algo me fijo —disimulo.

En realidad, no he dejado de pensar en Alejandro desde el momento en que lo descubrí subido a aquel escenario.

—Pues abre los ojos, porque el zagalico está de toma pan y moja. Sólo espero que no le hayas quitado el carné de padre con tu rodillazo.

Ambas nos echamos a reír de nuevo, esta vez con carcajadas aún más sonoras.

El día transcurre sin apenas darme cuenta entre expedientes y llamadas varias. Sobre las siete de la tarde, Paloma y yo nos reunimos con las chicas en una de nuestras cafeterías preferidas. Es un bonito local de decoración moderna, con grandes ventanales y con vistas a un extenso parque, por el que solemos pasear cuando podemos y el tiempo nos lo permite.

Hoy es una de esas tardes y, tras tomarnos unos refrescos, las cuatro nos adentramos en el parque dando un bonito paseo. Al llegar a nuestro lugar predilecto, un puente arqueado de madera, Marta saca una bolsa de cacahuetes que previamente ha comprado en la cafetería. Todas cogemos unos pocos frutos secos y, como tanto nos gusta hacer, comenzamos a darles de comer a los patos desde lo alto del puente. Este lugar nos encanta, ya sea por la abundante vegetación, la tranquilidad o el aire puro que se respira; nos hace pasar muy buenos ratos y, de un modo misterioso, sacar nuestra parte más sincera y femenina.

Con los codos apoyados sobre el borde del puente, las cuatro observamos cómo los patos vienen en manada a por los manís que les lanzamos cuando, de pronto, Eva nos confiesa:

—Chicas, me estoy enamorando.

—No me digas... No me había dado cuentaaaaa... —me mofo.

—Se te nota hasta al andar —indica Marta.

—¡Qué tonta eres! —la riñe con cariño Eva, dándole un suave golpe en el brazo—. ¿Acaso no camino como siempre?

—Para nada. Ahora estás en el andar de la rana.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mira, nena, el andar de la rana es el que se tiene al comienzo, cuando das saltitos de alegría por el enamoramiento. Después viene el de la modelo, que es cuando pisas con garbo porque eres una mujer prometida, a punto de casarse. El siguiente caminar es el de montar a caballo, que es cuando vas con las piernas abiertas y estás a punto de dar a luz. Y, a partir de ahí, vienen los andares de Notre Dame, que es cuando vas chepada por toda la carga que se te viene encima con la casa, el marido, los niños y la puñetera madre que los parió.

Las tres nos descojonamos de risa con la exhaustiva explicación de Marta.

—¿Se puede saber qué te ha pasado para que digas eso de los críos? —pregunta Paloma cuando puede articular palabra.

—Que un día de estos me declaro en huelga, os lo juro. Me van a matar a disgustos con tanta laca, tanto YouTube y tanta mala contestación. ¡Creen que soy el enemigo!

—Eso es la edad del pavo —afirmo—, todos hemos pasado por ahí; ten paciencia.

—Si lo sé, pero es muy fácil decirlo. Vosotras no tenéis hijos; ya os enteraréis, ya.

—A mí no me importaría tener uno ya —declara Eva.

—¡Eh, para un poco el carro! —manifiesto.  
—¿Qué prisa te ha entrado? —pregunta Paloma.  
—Ayer estuvimos hablando de los niños, y a los dos se nos caía la baba.  
—Como la que se te está cayendo a ti ahora, lleva cuidado o te vas a resbalar —comenta Marta.  
—Te ha dado fuerte, ¿eh?  
—Ay, no sabéis lo buen chico que es. Es alto, moreno, guapo a rabiarse, con un buen puesto de trabajo, y me trata como a una reina. ¿Cómo puedo tener tanta suerte?  
—Algún fallo tendrá —murmuro.  
—¡Lucía, no digas eso! —me riñe Paloma.  
—¿La envidia no te deja ver mi felicidad? —me increpa Eva.

Las chicas me miran esperando que les dé una respuesta. Es cierto que sí siento un poco de envidia, pero es sana; jamás podría tener un mal deseo hacia mis amigas, a las que adoro y quiero con locura. No se trata de eso; lo que realmente me ocurre es que, a raíz de lo de Miguel y lo de Josean, me cuesta confiar en la palabra y en los actos de un hombre. Pero no puedo contarles la verdad, no así.

—No se trata de eso, Eva, créeme —imploro.  
—¿Ah, no? Entonces ¿de qué se trata? —Está cada vez más enfadada, mientras yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ser totalmente sincera. Estoy mordiéndome la lengua, y empiezo a hacerme daño.

—Yo sé lo que le pasa —interviene Marta—. Ayer vino a casa a contarme que pilló *in fraganti* al novio de una amiga de su hermana.

—¿Eso es verdad? —pregunta Eva.

—Sí —murmuro.

—Perdóname, Lucía, no quiero ni imaginarme por la racha que estás pasando. He sido una egoísta.

—Tranquila —respondo—, no debería haberte hecho ese comentario. Por lo que cuentas, Tomás debe de ser un encanto. Espero de corazón que sea el hombre de tu vida.

—¡Ay, cómo me gustan estos momentos! ¡Venga ese abrazo conjunto! —exclama una sonriente Marta.

—Bueno y, hablando de todo un poco —comenta luego Paloma—, ¿adónde vamos a ir el viernes?

—¿Hola? —suelta Marta—. ¿Tenéis a la maruja número uno sin información? Mira que sois malas amigas, pijo.

—Los chicos vienen a Murcia, quieren invitarnos a cenar, aunque no sé dónde —aclara mi jefa.

—Tomás me dijo que eligiéramos nosotras.

—Yo no sé si podré ir hasta última hora —anuncia Marta—. Jo, con las ganas que tengo de conocerlos ebria.

Su comentario nos hace reír. Aún recordamos las burradas que les soltó a los chicos aquella noche en el cuartel; de hecho, creo que lo difícil será olvidarlo.

Después de decidir por unanimidad dónde vamos a ir a cenar con los chicos, me despido de mis amigas y me encamino hacia el coche. Al llegar a él, Eva, que venía tras de mí, llama mi atención:

—Lucía, espera, quiero hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Urbano.

—No tengo nada que hablar al respecto —digo de mala gana.

—Tú no, pero yo sí.

—¿Qué te hace pensar que me interesa nada que tenga que ver con él?

—Que... ¿te conozco, por ejemplo? Lucía, por favor, escucha lo que tengo que decirte.

—Está bien. Dime —claudico finalmente, apoyándome en el coche.

—Tomás me ha contado lo que le hiciste en la puerta de tu casa.

—¡Vaya, las noticias vuelan!

—Déjame acabar —me implora. Asiento con la cabeza, y ella continúa—: Tomás ha sido el que me ha dicho que te diga esto: Urbano es un ligón empedernido, lo llaman «el Soltero de Oro». Está acostumbrado a que las chicas babeen por él y las utiliza a su antojo. Se desencanta de ellas en cuanto consigue llevarlas a la cama.

Mientras escucho sus palabras, a mi mente vuelven malos recuerdos del daño que últimamente no paro de recibir. Harta de verme rodeada de infidelidades, mentiras y hombres sin sentimientos, la corto en seco:

—No quiero saber nada más de él. Pero gracias por advertirme, y dáselas también a Tomás de mi parte.

—Entiende que él es su amigo pero, por lo mucho que me aprecia y lo mucho que sabe que te quiero, ha decidido contármelo. No quiero verte sufrir más, y menos por un tío que sabemos de antemano que es así. Sólo quería que lo supieras, y que estés prevenida.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Esto no afectará a la cena, ¿verdad? Irás, ¿no? —me pide haciendo pucheros.

En ese instante me doy cuenta de que para Eva y Paloma es muy importante juntarnos a todos y, sobre todo, que la buena armonía reine en el grupo. Mi pelirroja amiga realmente está enamorada. Lo que parecía ser un rollo más se está convirtiendo en un auténtico noviazgo. Por otro lado, mi jefa vuelve a sentirse más joven y viva junto al andaluz. Así pues, por el amor que les tengo a ambas, y por demostrarme a mí misma que podré llevar la situación, le respondo:

—Puedes estar segura de que iré.

—¿Estarás bien?

—Te doy mi palabra —prometo antes de darnos un tierno abrazo y despedirnos.

La semana transcurre con normalidad entre el trabajo, la casa de mis padres, numerosas visitas a diferentes lugares y variados homenajes que me permito darme al caer la noche y encerrarme en mi cuarto. Lo que me contó Eva tras nuestra visita al parque no ha hecho más que afianzar mi idea de que los hombres, cada día, están más crecidos y son unos sinvergüenzas. Aunque, por mucho que me cueste reconocerlo, y a sabiendas de que jamás lo haría ante nadie, el chulo y prepotente de Alejandro, alias *el Sheriff*, Urbano para los amigos y teniente de las narices, me pone como una moto y me acompaña en mis pensamientos más íntimos.



Al llegar la noche del viernes, con los labios pintados de rojo, el maquillaje casi perfecto y vestida con un atuendo de lo más sexi, compuesto por unos pantalones ajustados de látex negros, una camiseta entallada con escote en forma de V, un cinturón y mi chupa de cuero del mismo color, salgo de casa, calzada con mis botas altas de tacón, dispuesta a pasármelo bien y comerme el mundo. Me he dejado el pelo suelto, quiero lucir mi melena morena lisa. En la mano llevo una cartera de piel en la que guardo mis enseres más imprescindibles y un pequeño utensilio que, estoy segura, me va a ayudar a que la noche sea muy muy especial.

Sobre las nueve, llego a La Taberna de los Cubos, ubicada en la zona de las tascas, una zona muy concurrida y conocida de la ciudad. Las chicas ya están dentro esperando y, para mi sorpresa, los chicos también. Como era de esperar, mi atuendo llama la atención y los piropos no se hacen de rogar. Todos me halagan, excepto Alejandro, que, con semblante serio, me saluda con un simple «Hola, Lucía».

Con la carta en la mano, Paloma es la encargada de pedirle al camarero cuando llega hasta nosotros. Ha reservado mesa en este local porque tenemos la intención de darles a conocer las tapas típicas de la zona a los chicos y mostrarles un poco de nuestra tierra.

—Niñas, *nesesito* que me expliquen una cosa —dice Antonio.

—Tú dirás —contesta Paloma.

—Desde que he *llegao* aquí, no he *dehao* de oír *asho pa'* arriba, *asho pa'* abaho. ¿Eso qué es?

Las chicas y yo nos echamos a reír al oírlo pronunciar la palabra con su indiscutible acento andaluz.

—*Acho* es una expresión que usamos en Murcia muy a menudo, sobre todo los chavales jóvenes —explica Paloma—. Es el equivalente de, digamos..., «muchacho».

—Ustedes sí que saben recortar, *pa'* que luego digan de los *andaluses* —afirma el onubense, haciéndonos reír nuevamente a todos.

En ese instante, vuelve el camarero portando un cubo de quintos de cerveza, que pronto comenzamos a vaciar.

—Quiero proponer un brindis —interviene Tomás, alzando su botella—. ¡Por nosotros, y porque repitamos estos encuentros muchas veces!

—¡Por nosotros! —respondemos todos al unísono.

En pocos minutos empezamos a cenar, y los comentarios no se hacen esperar. Los chicos se quedan realmente sorprendidos con las tapas que ha ido eligiendo Paloma, y así nos lo hacen saber.

—¿Tienes hoy controlada tu rodilla? —me susurra Alejandro, que no me ha dirigido la palabra desde su seco saludo.

—Mi rodilla está siempre alerta, al igual que la otra y el resto de las partes de mi cuerpo —respondo sin mirarlo a la cara.

Ha venido increíblemente guapo todo vestido de negro, al igual que yo, y se ha recortado la barba, acentuando más si cabe sus masculinos rasgos.

—Espero que sepas controlarla. No me gustaría tener que hacer algo que sólo hago cuando estoy de servicio.

—¿Me estás hablando en serio?

—Siempre lo hago —responde con su habitual semblante serio.

—¿Quién demonios te has creído que eres? ¿Crees que, por tener una dichosa placa de *sheriff*, puedes ir por ahí amenazando a la gente? —inquiero en voz baja mientras los demás hablan entre ellos.

—¿«Placa de *sheriff*»?

—Sí. Qué más da qué tipo de placa sea —aclaro—; con o sin ella, eres un prepotente integral.

—Sabes de sobra que soy teniente —dice frunciendo el ceño.

—Y yo una tía independiente, así que deja de ir intimidando a la gente y procura portarte como una persona normal.

—¡Eres imposible!

—¿Yo?

—Sí, tú. Vine desde Alicante para hablar contigo y acabé con un rodillazo en mis partes. ¿Es así como tratas a los amigos?

—Los amigos no insultan ni amenazan.

—¿En qué momento te insulté?

—Me llamaste «pequeñaja», ¿o lo has olvidado? Vaya, qué selectivo eres, olvidas sólo lo que te interesa —me mofó.

—Pequeñaja no es un insulto, y sí, lo fuiste al marcharte de esa forma.

—Pero, vamos a ver, ¿qué más te da a ti cómo me marché aquella noche?

—No es por mí... —responde, y tras una breve pausa continúa—: Lo digo por tus amigas.

—De ellas ya me encargo yo, por eso no debes preocuparte. Además, no es asunto tuyo.

—Sí lo es, podría haberte pasado algo —masculla aún más enfadado.

—Lo que me pase o me deje de pasar no es de tu incumbencia —sentencio irritada.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Por qué eres tan arisca?

—No soy arisca. Eres tú quien saca esa parte de mí —me defiendo.

—Ya me conozco a las tías como tú: vais de duras pero, en realidad, sois como todas las demás. Porque bien que te gustó que te arrinconara en tu puerta.

—Alejandro Urbano, ¡eres un imbécil! —le suelto justo antes de levantarme y dirigirme al aseo.

Al llegar al servicio de mujeres, me planto delante del espejo, abro el grifo del lavabo y me echo agua fría en la nuca. Es la segunda vez que hago el ritual tras un encuentro con él. Es increíble cómo me enfurece este hombre; es único y se basta solo para sacarme de mis casillas y convertir un momento agradable en una auténtica pesadilla. Sus palabras son hirientes, su prepotencia es exorbitante, y mi enfado es monumental.

«¡Joder!», me quejo para mis adentros al darme cuenta de lo que realmente me está ocurriendo. Alejandro no sólo saca la parte más fiera de mí, sino que, además, provoca mi parte más erótica. ¿Estaré perdiendo la cabeza? Cuando se pone así, le pegaría un bocado de la rabia que me da; aunque, de hacerlo, sé que elegiría su boca para después poder lamerle las heridas.

Vuelvo a mirarme en el espejo y me riño a mí misma por las cosas que se me pasan por la mente. Es la primera vez que me encuentro en una situación similar; mis relaciones anteriores fueron bastante normales, y mucho más la mía con Miguel, que era más tierno que el pan de molde (aunque, en su momento, averiguase el porqué). Pero lo de Alejandro es totalmente nuevo para mí, no sé a qué atenerme, y no sé si es por mi falta de sexo o porque de verdad me gusta.

Entonces recuerdo las palabras de Eva, cuando vino a advertirme de cómo era el teniente.

«¡No, no puedo! —me digo a mí misma—. ¡Me niego a ser una más de sus incontables fans, a las que usa a su antojo!»

Así pues, dispuesta a demostrar que a cabezota no me gana nadie y que soy capaz de afrontar esto y mucho más, vuelvo a la mesa con la convicción de usar mi nuevo juguete en caso de emergencia.

La conversación gira en torno al próximo local al que vamos a ir una vez terminada la cena. Las chicas han propuesto irnos a las tascas, para acabar después en la discoteca.

El camarero nos sirve la segunda ronda de tapas, y Paloma vuelve a retomar la voz cantante, explicándoles a los chicos de qué están hechas. Antonio, que es el que más saque tiene de los tres, escucha a mi jefa sin dejar de probar bocado al tiempo que le hace gestos de aprobación.

—Ya estamos empatados —me susurra Alejandro.

—No sé de qué me hablas —digo sin mirarlo a la cara.

—Me acabas de insultar, ¿o es que, acaso, tú también tienes memoria selectiva?

—Todo se pega menos la hermosura —respondo cínicamente.

—Pues a ver si se te pegan los buenos modales que tienen tus amigas.

«Se está rifando un quantazo y lleva todas las papeletas», pienso para mis adentros. ¿Cómo puede ser tan mordaz? Pero lo más importante y desesperante: ¿cómo me puede poner tanto que sea así? Mi cuerpo reacciona, y mi parte íntima, en respuesta, me da una sacudida. En mi interior suenan las alarmas y percibo cómo giran y lo iluminan todo: ¡estoy en estado de emergencia! Dispuesta a llevar a cabo mi plan de «No vas a jugar conmigo, no soy tu fan y no voy a pedirte como una loca un hijo tuyo», meto la mano en mi cartera y presiono el botón que activa el huevo vibrador que llevo colocado en la vagina. Sin poder evitarlo, doy un pequeño respingo encima de la silla y dejo escapar una pequeña risita.

—Lucía, ¿estás bien?

—Sí, Eva, perfectamente —respondo cerrando las piernas e intentando que no se oiga el zumbido de la vibración.

—Eso es la cerveza, que se le ha subido a la cabeza —interviene Paloma.

—¡Exacto! —afirmo alzando mi quinto y dando un buen trago. Debo disimular con todas mis fuerzas las cosquillas y el placer que me está dando el juguetito.

—No habrás venido en coche... —pregunta el ceñudo de Alejandro.

—No, he venido andaaaando —respondo dando un pequeño salto al pronunciar la última palabra.

«Disimula, Lucía.»

—Madre mía, qué jumera llevas —comenta Paloma.

—¡Alegría! —digo levantando de nuevo el botellín de cerveza.

—Qué gozo me da verte así. Voy a pedir otro cubo.

—Yo lo hago. ¡Camareeeero! —llamo su atención dando otro respingo sobre la silla.

—¿No crees que deberías cortarte un poco con la bebida? —masculla Alejandro.

—No, de hecho, quieeeeero más... —respondo reprimiendo una sonora carcajada

—Pero mira que eres *salá* —manifiesta Antonio.

—Más que las *peseta 'h* —afirmo en tono andaluz, lo que los hace reír a todos.

—Me gusta esta faceta tuya —susurra Alejandro, que por fin ha apartado a un lado su enfado—. Estás muy guapa cuando sonríes.

—Ja, ja, ja, ja —dejo escapar unas carcajadas del *gustirrinín* que me está dando el juguetito.

—Me alegra hacerte reír.

—Mucho, de hecho, me paaaaarto contigo.

El camarero llega a la mesa por fin y nos cambia el cubo repleto de envases vacíos por otro lleno de quintos, y no tardo en coger uno. Debo aparentar estar ebria, o la pillada puede resultar más que bochornosa. Afortunadamente, Antonio toma las riendas de la conversación y comienza a contarnos batallitas del trabajo. Aprovechando la coyuntura, y que Alejandro ya no se acerca a mi oído para dejarme exhausta con su embriagador olor y despertar así mis revolucionadas feromonas, busco el mando en mi cartera y apago el vibrador. Mi plan ha salido a la perfección, la emergencia está resuelta, y mi teniente-dependencia se ha reducido a un escaso diez por ciento.

Llega el turno del postre y Paloma le pide al camarero una bandeja de paparajotes. Las tres nos miramos e intentamos disimular, pues sabemos lo que va a ocurrir. Cuando nos sirven este dulce tan típico de la ciudad, las chicas y yo aguardamos a que sean ellos los que empiecen a degustarlo y se lo lleven a la boca. Como es de esperar, los chicos muerden el exquisito postre sin percatarse de lo que lleva dentro. Las tres nos tronchamos de risa al verlos procurando masticar la hoja de limonero. El paparajote está hecho con una masa de harina, parecida a la de las tortitas, y en su interior hay una hoja verde de limonero, la cual no se come y sirve sólo para darle consistencia y sabor, aunque esta última parte la desconocen quienes nos visitan.

—¿Os gustan? —pregunta Paloma.

—Están buenos, pero un poco tiesos por dentro —responde Tomás.

—¡La hoja no se come! —informa Eva.

Los chicos se miran entre ellos, y nosotras volvemos a reírnos a carcajada limpia.

—Mira que sois malas —comenta Alejandro, que no sabe muy bien si volver a fruncir el ceño o reírse con nosotras.

—Tenéis que perdonarnos —formula mi jefa—, pero es que es una tradición ver cómo la gente cae en la trampa.

Entre risas y con un buen ambiente entre todos, salimos de la taberna y nos encaminamos hacia las tascas que hay alrededor. Eva y Tomás van delante, agarrados, seguidos por Paloma y Antonio, que no dejan de conversar entre ellos. Detrás, vamos Alejandro y yo en silencio.

Ensimismada, observo a mi jefa. Me gusta verla con el andaluz, ambos se llevan muy bien, y ella emana felicidad por los cuatro costados. Todo lo contrario que cuando está con Josean. Ya han pasado varios días desde que lo vi en el aparcamiento y sé que, tarde o temprano, tendré que hablar con ella; aunque, desde luego, no será esta noche.

—¿En qué piensas? —pregunta Alejandro.

Tras una breve pausa, le contesto:

—En que hay algo que debo hacer; algo que llevo un tiempo postergando.

—Ya está bien que te des cuenta.

—¿Lo sabes?

—Ya te dije que sé muchas cosas.

—Es imposible, no se lo he dicho a nadie.

—Eres un libro abierto, Lucía.

—Sí, eso es cierto —reconozco mientras continuamos andando.

—Puedes decirlo cuando quieras.

—Esta noche, seguro que no —afirmo.

—No puedes evitar lo inevitable.

—Sí, si se trata de no hacer daño a nadie.

—Espera. —Se para en seco y, cogiéndome del brazo, me pregunta—: ¿Acaso no hablamos de mí?

—Ya decía yo. ¡Claro que no! ¿Qué pensabas?

—Disculpa —dice soltándome y volviendo a retomar la caminata—. Pensaba que se trataba de mí.

—Eres un engreído, ¿lo sabías, teniente?

—Sí, lo cierto es que sí —confiesa.

—Por lo menos, lo reconoces —acierto a decir mientras seguimos andando, despacio.

—¿De quién hablabas entonces?

—De una persona a la que quiero.

—Se trata de Paloma, ¿verdad?

—Vaya, si va a resultar que hasta eres observador.

—Antonio está muy ilusionado con ella, aunque sabe que está casada y no intentará nada.

—Eso lo honra.

—Lucía, no somos mala gente, pese a lo que pueda parecerse.

—Me consta que no lo sois, pero debes reconocer que tu prepotencia y tu ego no son tu mejor carta de presentación —concluyo mirándolo a los ojos.

—Lo reconozco —afirma devolviéndome la mirada.

—Y ¿se puede saber por qué? —le demando curiosa.

—Supongo que por el mismo motivo por el que tú eres arisca conmigo; a veces me recuerdas a un limón.

—¿A un limón? —pregunto extrañada.

—Sí, eres ácida, agria..., pero imprescindible.

En ese instante dejo de andar. Pese a haberme comparado con un cítrico, es lo más bonito que me ha dicho hasta ahora. O, por lo menos, a mí me lo parece.

—¿En serio piensas eso de mí? —murmuro incrédula, con lo que consigo que él regrese hasta donde yo estoy, y ambos nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos, uno frente al otro.

—Sí, es lo que pienso. Me irritas, pero al mismo tiempo te deseo como no he deseado nunca a nadie.

Mis piernas comienzan a temblar, su proximidad me está excitando, y sus palabras me están dejando exhausta. Mis latidos parecen anunciar con un redoble de tambores que el corazón se me va a salir del pecho. Mis ojos buscan con ansia ser correspondidos, y mis labios piden a gritos ser besados por los suyos.

—¡Chicos, vamos! No os quedéis rezagados —reclama Paloma, que, unos metros más adelante, nos espera junto al resto para poder continuar nuestro particular paseo.

Cuando alcanzamos a los demás, entramos todos juntos a la tasca La Merced, un local no muy grande pero con buena música y mejor ambiente. Maroon 5 suena por los altavoces cuando nos acercamos a la barra y los chicos nos preguntan qué queremos tomar.

—Un ron con Coca-Cola —le respondo a Alejandro.

Eva nos hace entonces una señal a Paloma y a mí, y las tres nos vamos al aseo.

—Tías, no os lo he dicho, pero hasta ahora no me ha cacheado —confiesa la pelirroja nada más llegar al servicio de mujeres.

—¿Todavía no?

—No, quería ver hasta dónde llegaba mi resistencia.

—¿O querías demostrarle que vas en serio? —interviene Paloma.

—Bueno, las dos cosas —admite Eva.

—Y ¿cuándo piensas...?

—Por eso quería hablar con vosotras, porque no puedo más. O me cachea hoy, o me va a dar algo.

—¡Por fin te vas a quitar las telarañas! —exclamo.

—Quién fue a hablar —dice Eva señalándome—, la que, de haber parido, se le habría reconstruido el canal del parto. Nena, no me extrañaría que fueras virgen de nuevo.

—Ja, ja, ja, ja —nos carcajamos las tres.

—Eso es lo que tú crees —murmuro.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Paloma.

Entre cuchicheos, les cuento a mis amigas lo de mis nuevos juguetes y lo que realmente ha pasado en la taberna con mi huevo vibrador. Las chicas se tronchan de risa al escucharme.

—Y la ilusa de mí pensando que estabas pipipi —comenta mi jefa.

—Puedes estar orgullosa, que ninguno hemos sospechado nada —afirma Eva.

—Lo mío me ha *costao* —confirmo.

—Pues si yo no estuviera casada...

—Otro gallo cantaría y mi nena disfrutaría —suelta Eva, lo que provoca nuevamente la risa de las tres.

Con el carmin retocado y las bromas típicas entre cacheos, huevos y reconstrucciones de himen, salimos del aseo y nos reencontramos con los chicos, que nos esperan con nuestras bebidas, apoyados en la barra.

—A ver, yo tengo una duda *mu* grande que espero que ustedes me aclaren —dice Antonio al llegar junto a ellos.

—Dispara, sargento —pide Paloma.

—¿Por qué las *muheres* van siempre *huntas* al baño?

La pregunta nos hace reír a las tres. Aunque la haya formulado el andaluz, todos nos observan ansiosos por conocer la respuesta.

—Esa pregunta os la planteáis todos los hombres —respondo entre risas.

—Está muy claro, sargento: para levantarnos la falda unas a otras mientras hacemos nuestras necesidades.

—¿En serio?

—Pues claro que no, bobo —contesta Paloma, que no puede parar de reír al ver cómo ellos bajan la vista en busca de alguna falda, que ninguna de las tres llevamos.

—No, en serio —interviene Tomás—, ¿por qué lo hacéis?

—Para hablar de vosotros, tontín —declara Eva con sonrisa de enamorada justo antes de plantarle un beso.

Los cuatro hablan entre ellos mientras yo doy un trago a mi copa. Entonces, Alejandro se aproxima más a mí, casi rozándome con su escultural cuerpo, y me pregunta:

—¿Puedo saber qué habéis hablado de mí?

—¿Qué te hace pensar que lo hemos hecho? Sois tres.

—Pues dime al menos la parte en la que salgo yo.

—Va a resultar que los hombres también sois curiosos —afirmo coqueta.

—¿Nosotros? Qué va, no como vosotras.

—¿Qué quieres decir con eso exactamente?

—Doy por hecho una realidad, así de simple. Las mujeres sois unas marujas y os gusta estar en todos los saraos.

—Y bailar el flamenco, ¡no te fastidia! Pero mira que eres machista.

—No soy machista, soy sincero.

—Pues con sinceridad te digo: ¡vete a la mierda!

—Ya salió el limón.

—Cuidado que no te entre en los ojos, que escuece —mascullo.

—¿Tu recurso es siempre insultar?

—No te he insultado, simplemente te he ayudado a que encuentres tu camino, que te veo un poco perdido.

—¡Joder, Lucía!

—¡«Joder, Lucía», no! Eres tú, que eres incapaz de reconocer algo. ¿Tanto te cuesta admitir que quieres saber de lo que hemos hablado en el servicio y que todos los seres humanos tenemos una parte curiosa, a la que tú llamas «maruja»?

—No es por curiosidad, es... necesidad de control.

—¿Necesitas controlar lo que hablamos en el baño?

—Déjalo, no lo vas a entender —afirma de forma altanera, bebiendo de su copa.

—Ahora, además de maruja, soy inculta. ¡Eres increíble!

Mi enfado se está agrandando de nuevo. ¿Esto va a ser siempre así? Resulta agotador. Hace tan sólo unos minutos, cuando veníamos de camino a la tasca, era un encanto; hasta pensaba que acabaríamos besándonos en plena calle sin importarnos que nos mirasen. En cambio, ahora, vuelve a ser el gruñón de siempre, prepotente y altanero, incapaz de reconocer una verdad, por muy grande que ésta sea. Cabreada como un mono, me bebo de un trago el resto de mi cubata y me aproximo a la barra a pedirme otro.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta al oído, acercándose de nuevo a mí.

—Dile a tu parte maruja, la cual según tú no existe, que voy a pedirme lo que me dé la real gana —le espeto.

En ese instante, Alejandro apoya las manos en la barra, dejándome atrapada entre ésta y él, rodeándome con sus fornidos brazos. Esta vez ya no se trata de un simple roce, sino que su cuerpo está totalmente pegado al mío, su pecho descansa en mi espalda y su entrepierna presiona mi trasero, al tiempo que se inclina y coloca su cara junto a la mía. En respuesta, mi corazón se acelera por una doble sensación de rabia y deseo. Me voy a volver loca como esto siga así. «Este hombre ni come ni deja comer», pienso para mis adentros.

—¿Te digo yo lo que quieres? —me susurra al oído con un tono varonil y cautivador.

Incapaz de responderle lo que realmente mi cuerpo me está pidiendo a gritos, meto la mano en mi cartera en busca del mando. Sé que no debo olvidar la información que me dio Eva, pero, ¡por el amor de Dios, soy humana!, y esto es aguantar demasiado. Si me dejara llevar por mis instintos más primitivos, me giraría y me lo comería aquí mismo, pero sé que no debo hacerlo.

—Eres una auténtica caja de sorpresas, también eres adivino —contesto al final.

—Soy divino, no adivino —suelta con chulería.

«¡Lo mataría cuando se pone así!», pienso mientras sigo trasteando en mi cartera en busca del dichoso mando. Este hombre me enerva y me excita a partes iguales.

—No hace falta que saques dinero, yo te invito —sentencia para dejar bien claro quién es el macho alfa.

—Pues pídemelo otro ron cola, y gracias —remato de mala gana.

Sin apartar los brazos de la barra, llama la atención del camarero y le pide dos cubatas de ron con Coca-Cola mientras se acerca aún más a mí, demostrándome con ello que su entrepierna ha despertado y presentándose extraoficialmente su abultada erección. En respuesta, mi parte más íntima siente un fuerte latido y, con apremio, presiono el botón para activar, por segunda vez esta noche, mi juguete vibrador, que aún llevo puesto.

Por los altavoces suena *Supergirl*,[\*] de Anna Naklab, con Alle Farben & Younotus, una canción que representa perfectamente mi estado actual de superación. De pronto, Alejandro me agarra de la cintura con ambas manos, me atrae hacia sí y comienza a contonearse al ritmo de los acordes. De un vistazo, observo cómo los otros cuatro también se han animado a bailar emparejados y de manera acaramelada. La música sigue sonando al tiempo que lo hacen mis fuertes latidos, retumbando en mi pecho. Estoy entre sus fuertes brazos, sintiendo su fornido pecho pegado a mi espalda. Su tacto, su extrema cercanía y mi particular juguete consiguen doblegarme y, finalmente, me dejo sucumbir al momento. Esta vez soy yo la que restringo mi cuerpo contra el suyo. Coqueta, echo la cabeza hacia atrás y la apoyo sobre su ancho pecho. Él se inclina y me planta un beso en la parte izquierda de mi cuello. Me estremezco. La música sigue sonando, mientras yo cierro los ojos y me dejo llevar por la sensual melodía y la particular letra de la canción. Ninguno de los dos articulamos ni una palabra; no hace falta, nuestros cuerpos, que bailan acompañados con la canción, hablan por nosotros. Sus manos juegan con mi figura, recorriendo mi cadera, mi cintura y de nuevo la cadera, para después rodearla y llegar hasta la parte baja de mi vientre. Con su palma situada a unos pocos centímetros de mi parte íntima, comienza a hacer presión para abocarme más hacia él y hacerme sentir su enorme y caliente erección. Sus labios, incapaces de resistir la tentación, pasean por mi cuello, dejando rastros de múltiples besos y un baño de auténtico deseo. Mis latidos aumentan al tiempo que lo hace el enorme placer que estoy sintiendo. Mi juguete sigue en el interior de mi vagina, zumbando y acompañándose en nuestro particular y erótico baile. Su aliento erizando mi piel y su abultada entrepierna presionando la parte alta de mi trasero logran extasiarme como hacía tiempo que no me sentía. La música sigue sonando, y nuestros cuerpos se restringen y se rozan cada vez más. La sensación es tan intensa que, finalmente, mis músculos acaban tensándose y me dejo llevar por un mágico orgasmo. A punto de caer al suelo por la pérdida de fuerza, Alejandro me agarra y me susurra:

—¿Estás bien?

—Más que bien —respondo con dificultad, pero con una pícara sonrisa.

—No lo parece, casi te caes. ¿De verdad que estás bien? —insiste.

—Necesito ir al baño, eso es todo —afirmo tras reponerme un poco y desprenderme de sus brazos—. Enseguida vuelvo.

Como puedo, llevo arrastrándome hasta el servicio. Una vez cierro la puerta, abro el grifo del lavabo y, como viene siendo costumbre últimamente, vuelvo a refrescarme y a echarme agua en la nuca, aunque esta vez necesito el triple de cantidad. Cuando consigo recuperar un poco las fuerzas, me lavo las manos y me quito con cuidado mi particular juguete.

—Te has portado, campeón —le digo tras limpiarlo y guardarlo en una bolsita higienizada que llevo en la cartera.

Una vez hecho todo lo necesario, salgo en busca del grupo con energías renovadas y con unas increíbles ganas de pasarlo bien.

Son ya más de la una de la madrugada y Eva propone marcharnos a la discoteca. Todos asentimos, y juntos salimos de la tasca en dirección a la Room, un nuevo local que han abierto hace poco tiempo en la zona de Centrofama, en pleno centro de la ciudad. A diferencia del anterior trayecto, esta vez paseamos todos juntos. Los únicos que van agarrados son Eva y Tomás, mientras que Paloma, Antonio, Alejandro y yo caminamos sin cogernos, aunque sí muy apegados los unos a los otros.

De pronto, Antonio acelera el paso adelantándose al resto y, al cabo de unos metros, se para, se gira y, con la rodilla derecha hincada en el suelo, le suelta a Paloma:

—¿No es verdad, *ánhel* de amor, que en esta apartada orilla, si viene tu *mario* y nos pilla, las hostias me las llevo yo?

Todos nos descojonamos de risa con la declaración de amor del andaluz. Paloma, que está completamente colorada y muerta de la risa, se acerca a él para darle un pequeño pero sonoro beso en la boca. Todos empezamos a aplaudir a la pareja, que se funde en un afectuoso abrazo, al tiempo que los alcanzamos.

Entre risas y comentarios de la escena del *Sargento Tenorio*, llegamos a la discoteca, que está abarrotada de gente. La música de este lugar también es muy buena, y su *disc jockey*, T. Comissi, es amigo nuestro. Al entrar, lo veo en la cabina y me acerco a saludarlo.

—¡Hola, Toni! ¿Cómo está el mejor pinchadiscos del mundo?

—¡Hola, preciosos! —me saluda, dándome dos besos—. No tan bien como tú. ¿Qué haces por aquí?

—He venido con Paloma y unos amigos. ¿Recibiste el mensaje que te envié esta semana?

—Sí, me falta ultimar un par de cosillas y te lo confirmo.

—No me puedes fallar. Sólo queda una semana para la presentación del coche, y necesito al mejor maestro de ceremonias de toda la región.

—¿Cuándo te he fallado yo? —pregunta con su media sonrisa.

—Déjame que piense... Nunca, ja, ja, ja.

—Pues ya está. El lunes te digo algo.

—Ok. ¿Ha venido María?

—No, se ha quedado en casa con los críos.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Sí, se los daré. Termina con esta sesión y te pongo tu música, ¿te parece?

—¡Sí! Si es que te tengo que querer —digo dándole uno de mis abrazos y un beso en la mejilla.

—Eso me dicen todas —comenta guiñándome un ojo.

—Ja, ja, ja, ja. Eres único. Nos vemos esta semana y ultimamos los detalles. Gracias por todo, campeón.

—A ti. ¡Diviértete! —exclama mandándome un beso con la mano.

De vuelta con el grupo, observo que ya todos tienen sus copas en la mano, excepto Alejandro, que sostiene dos: la suya y la mía.

—Toma —dice ofreciéndome el cubata con semblante serio.

—Gracias —murmuro cortésmente.

—¿Conoces a toda Murcia?

—¿A qué viene eso ahora? —pregunto extrañada. Sus cambios de humor me están volviendo loca.

—Tú sabrás —responde con el ceño fruncido—. Te ha faltado tiempo para dejar al grupo e irte a tontear con varios tíos.

—Yo no he dejado a nadie, y mucho menos he tonteado. Tan sólo he ido a... —En ese momento me doy cuenta de lo que está sucediendo. Pero por nada del mundo pienso permitir que un tío me diga lo que debo o no debo hacer. Así pues, dispuesta a dejarle bien claro que no soy su juguete, añado—: He ido a saludar a un viejo amigo mío, tenemos cosas pendientes, y hemos quedado en vernos esta semana.

En su cara puedo ver cómo la furia se lo está comiendo por dentro. Sus ojos se oscurecen de rabia, y su cuerpo se tensa a cada segundo que pasa.

—Está claro que me he equivocado contigo —suelta de pronto.

—¿Ah, sí? —pregunto simulando hacerme la inocente—. ¿En qué sentido?

—Todas las mujeres sois iguales —manifiesta tras dar un buen sorbo a su copa.

—Sí, salimos todas de fábrica, muy bien empaquetadas y etiquetadas —afirmo con tono sarcástico.

—Correcto, todas lleváis la misma etiqueta.

—Y ¿qué dice esa etiqueta exactamente? ¿«Fragil»?

—Casi, pero no. Hay que quitarle una letra y cambiar otra.

Me ha dejado pillada, no entiendo lo que quiere decirme. En mi mente, busco la respuesta a su acertijo, pero él se me adelanta.

—Todas lleváis la palabra «fácil» en la frente.

En ese instante, la que tensa su cuerpo y se llena de furia soy yo. Mi parte más femenina y guerrera me grita que le dé un rodillazo con todas mis fuerzas en sus partes, por grosero, chulo y vanidoso. Sin embargo, consigo contenerla y, en vez de ello, me acerco al camarero y le pido un papel y un bolígrafo. Por el rabillo del ojo puedo observar cómo Alejandro me mira intrigado mientras escribo. Cuando termino, le devuelvo al camarero su boli, me giro hacia él y le entrego mi nota.

—¿Qué es esto? —pregunta curioso.

—Léelo —le ordeno furiosa.

Tras leer la nota que acabo de escribirle, masculla:

—Sabes tan bien como yo que esto es imposible.

—Ponme a prueba —lo reto.

—Está bien. ¿Qué gano yo si lo incumples?

—A mí —contesto más segura de mí misma de lo que jamás he estado antes.

—¿Y si pierdo yo?

—Me pedirás disculpas delante de ellos —digo señalando al grupo—, y les dirás que eres un capullo integral que se ha equivocado de pleno conmigo.

—Jamás voy a decir eso.

—Te lo advierto, teniente —bramo mirándolo fijamente a los ojos sin un ápice de temor—, si no cumples con tu palabra esta vez, olvídate de mí para siempre.

¿Queda claro?

Nuestros ojos se retan, estamos muy tensos, pero ninguno está dispuesto a ceder.

—De acuerdo, tú lo has querido —confirma alargándome la mano para que sellemos el acuerdo con un apretón.

—Ni loca, teniente —digo rechazando su ofrecimiento—, no pienso caer en la trampa a la primera de cambio. Lo que tienes en tu mano es un contrato que dice bien claro que me comprometo a no tocarte, pase lo que pase. Y, como bien digo en el papelito, el acuerdo entra en vigor hoy mismo, en este preciso momento, y finaliza al acabar nuestro siguiente encuentro.

Esta vez, sus ojos atraviesan hasta el último rincón de mi cerebro. Su seria expresión, su tensa mandíbula, su altura y su porte realmente me imponen. Sin embargo, no estoy dispuesta a demostrarlo, y mucho menos a perder este reto; no quiero ser la que incumpla un contrato que yo misma he redactado.

Sin apenas dirigirnos la palabra, pasamos el resto de la noche junto al grupo. Sobre las cinco de la madrugada, y tras mi insistencia para no quedarme a solas con él, Paloma y Antonio acceden a acompañarnos hasta la puerta de mi casa.

Acostada ya en mi cama, mi cabeza da vueltas y más vueltas a todo lo vivido durante la noche, impidiéndome conciliar el sueño. Necesito demostrarle y demostrarme a mí misma que no estoy dispuesta a dejarme utilizar por él ni por ningún otro hombre. Sin embargo, sé que, pese a que el contrato que he firmado tan sólo lleva una cláusula, me va a costar muchísimo cumplirla.

El sábado me despierta la pija de mi hermana aporreando la puerta de mi dormitorio. Miro el despertador que tengo en la mesilla y compruebo que son las once de la mañana..., apenas he dormido unas cuatro horas. El repaso mental de mi salida de anoche me mantuvo despierta hasta el amanecer.

—¡Hermanita, levanta, que tenemos que irnos! —me grita Leire, entrando como un verdadero torbellino.

—¿Qué ha pasado? ¿Los papás están bien?

—Ellos sí, se han ido a pasar el día a la playa. Eres tú la que no lo está, así que ¡arriba, perezosa!

—Yo estoy perfectamente. La que no lo va a estar vas a ser tú del guantazo que te voy a dar por despertarme así. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

—Tenemos cita en el médico para quitarte los puntos, o sea que levántate ¡*superperryá!* —ordena mientras abre la persiana, consiguiendo cegarme con la luz que entra por la ventana.

—¿Me has despertado para quitarme unos puntos de sutura que me puedo quitar yo sola? ¡¡¡Sal de mi cuarto, ya!!! —grito exasperada, alargando el brazo y señalándole la puerta.

—No pienso salir sin ti. Tienes quince minutos para arreglarte, o sea que ya estás tardando en menear ese culito tan redondo y respingón que tienes —remata saliendo de mi habitación de la misma manera que ha entrado.

Agradecida por su salida, cierro los ojos y me tapo con la sábana con la intención de volver a quedarme dormida. Pero Leire no está por la labor. Dispuesta a conseguir su cometido, enciende la minicadena que tenemos en el salón y pone la música a todo volumen. Las paredes de la habitación retumban, la cabeza me va a explotar, y mi instinto asesino se despierta al mismo tiempo que lo hace mi cerebro. «La mato», pienso al tiempo que, obligada por la situación, me levanto y me dirijo al cuarto de baño. Al mirarme al espejo, me encuentro con una imagen devastadora: mis ojeras y mis pelos de bruja me saludan y me dan los buenos días. Arrastrándome, consigo llegar a la ducha y, al cabo de unos minutos, me planto delante de mi hermana con un sencillo vestido ibicenco, el pelo húmedo y recogido con una cola alta y mi bolso de mano.

—Ya estoy lista, pesada —mascullo mientras termino de colocarme unas sandalias blancas de esparto.

—¡Me *encantísima!* —responde dando pequeños saltitos e insonoros aplausos.

—Dime una cosa —reclamo mientras cierro la puerta de casa con llave—: ¿cómo has conseguido cita en el médico un sábado?

—*Superenchufes* que tiene una —contesta guiñándome el ojo.

—Un momento, ¿no será...?

—Ay, hermanita, qué cortica que estás esta mañana. Pensaba que lo habías pillado desde el primer momento. ¿Acaso no me creíste cuando te dije quién iba a ser Jaime?

—Punto número uno: apenas he dormido, y te recuerdo que no me has dejado ni siquiera desayunar. Y punto número dos: ¿perdona?, no me digas que te ha funcionado la artimaña del papelito con el médico que me atendió.

—¡*Supersí!*

—No me lo puedo creer —murmuro al entrar en el ascensor.

—Pues créetelo, hermanita. Jaime va a ser mi marido.

—Aunque él aún no lo sabe, ¿verdad? —me mofo.

—¡*Supernó!* Y ni se te ocurra decírselo —ordena señalándome con el dedo.

—Tranquila, hermanita, tu secreto está a salvo conmigo —afirmo, reprimiendo echarme a reír allí mismo.

Al cabo de veinte minutos entramos por la puerta de urgencias del hospital. La sala de espera está abarrotada de gente, así que nos quedamos de pie junto al mostrador. De camino al hospital, Leire me ha dicho que no hace falta dar parte alguno en recepción, pues Jaime nos espera, y tan sólo debe avisarlo por WhatsApp.

Junto a nosotras hay una señora mayor sentada que no deja de toser de forma extraña; a su lado, un señor le acaricia la espalda sin dejar de mirarla y darle consuelo. Ver al matrimonio tan mayor apoyándose y cuidándose con tanto mimo me hace estremecer.

—Leire —cuchicheo—, no creo que esto esté bien. Mira a tu alrededor: esta gente está realmente enferma y necesita que un médico la atienda cuanto antes. Por favor, vámonos.

—*Supernó* —contesta ella sin dejar de mirar su móvil—, acaba de decirme que ya entramos.

—Pero lo mío no es urgente y, además, ya te he dicho que puedo quitarme los puntos yo sola en casa.

—Donde vayas, que de los tuyos haya.

—Leire, por favor —insisto—, ¿acaso no escuchas lo que te digo? Deja de mirar el teléfono y observa por un momento a toda esta gente. No pienso colarme habiendo personas que incluso están sangrando, como aquel chico del fondo.

Ella levanta la cabeza haciendo caso de mis indicaciones y observa a un chico que, sentado tres filas más allá, presiona su ceja derecha con un trapo manchado de sangre.

—Tienes razón —responde finalmente—, pero es que...

—No se hable más, vámonos —le ordeno al tiempo que la sujeto del antebrazo y tiro de ella en dirección a la salida.

Una vez fuera, Leire comienza a justificarse y a subir el tono de voz. Está furiosa por no haber visto al médico, pese a saber que en el fondo tengo razón. Sin embargo, se niega a ver la realidad y, a cada paso que damos de camino al aparcamiento del hospital, me va gritando cada vez más.

—Leire, déjalo ya, por favor —le advierto en tono calmado, intentando conseguir de ella el mismo efecto.

—¿Que lo deje? ¡Me quedará soltera de por vida por tu culpa!

—¡Bueno, basta ya! —grito volviéndome hacia ella y arrancándole el móvil de las manos en un rápido gesto.

—¿Qué haces? —pregunta mientras me persigue para intentar recuperar su teléfono.

Pero si en algo soy rápida es en escribir mensajes, por lo que, en apenas unos segundos, le envío un whatsapp a Jaime.

—Toma, ya no tienes que preocuparte por él —digo devolviéndole el teléfono—. Y ahora, sube al coche, que te invito a desayunar.

—Yo no voy a ninguna parte —suelta de mala gana ojeando la pantalla del móvil—. ¿¿¿Estás loca??? —grita de pronto—. ¿Le has dicho que he sido yo la que te he sacado de urgencias? ¡Va a pensar que soy superbipolar, que no tengo personalidad!

—Te equivocas —respondo con la puerta del conductor abierta, mientras espero a que ella haga lo mismo con la del pasajero—, va a pensar que tienes corazón y que eres inteligente. Verás como te llama al terminar el turno.

—Escucha bien lo que te digo, hermanita —amenaza desde el otro lado del coche—. Me has impedido ver a mi hombre, me has robado el móvil y me has usurpado mi identidad... ¡Atente a las consecuencias!

Furiosa como hacía mucho tiempo que no la veía, se sube finalmente al coche. Respiro hondo y subo yo también, me pongo el cinturón y arranco para salir de allí cuanto antes.

Con la amenaza de mi hermana y sin dirigirnos la palabra durante todo el trayecto, llegamos a casa de mis padres. Como era de esperar, nada más entrar por la puerta, se va directa hacia su cuarto y se encierra dando un portazo. Conozco el genio de mi hermana y sé que debo aguardar a que se le pase el enfado y a que sea ella la que dé el primer paso tras una bronca.

Resignada, me voy al baño a quitarme los puntos de sutura del dedo. Con mucho cuidado, retiro las tiras del corte y observo que está completamente curado; tan sólo quedará una pequeña cicatriz. Aliviada, me dirijo al salón, pero no veo ni rastro de Leire.

Son casi las dos del mediodía cuando la veo salir de su retiro y, sin decir ni media palabra, se marcha. Estupefacta, observo la escena desde el sillón orejero del salón con un libro entre las manos; me había puesto a leer mientras esperaba a que mi hermana saliera de su dormitorio y se le pasara el enfado. Imaginaba que saldría preguntando por la comida o alguna banalidad similar, pero, para mi sorpresa, acaba de marcharse toda digna, dejándome sin saber adónde va ni qué diablos vamos a pedir para comer.

«¿Me habré pasado con Leire?», empiezo a preguntarme. Mi intención no era mala, al contrario. Pero parece que he metido la pata, y hasta el fondo. Con ánimos de arreglarlo cuanto antes, busco en mi bolso el móvil, cuando suena el timbre de la calle. ¡Bien! Arrepentida por el daño que le he causado, voy corriendo a la entrada, descuelgo el telefonillo y digo:

—Anda, sube. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Dispuesta a aclararlo todo con ella, presiono el botón del interfono y le abro la puerta de abajo. Está claro que se ha dejado las llaves con su mal genio y sus prisas por irse. Pero es de corazón noble, y sé que lo vamos a arreglar. En ese momento, me suena el móvil.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal en la playa? ¿La casa está como siempre? —pregunto al tiempo que Leire llama al timbre y, sin mirar, le abro la puerta—. Me alegro... Sí, mamá, no te preocupes, está todo bien... Dale un beso a papá de mi parte... Sí, y otro para ti... *Ciao*, mamá —digo antes de colgar.

—¿Es cierto eso que has dicho? —pregunta Alejandro desde debajo del marco de la puerta de entrada.

—Yo..., eh... —Las palabras no salen de mi boca.

Lo he confundido con mi hermana, es obvio, pero tenerlo delante de mí, tan guapo, y con esa camiseta blanca entallada y esos vaqueros azules teñidos... Uf.

Alejandro se acerca en silencio hasta mí. Su imponente presencia me abruma, y su olor me transporta a lugares paradisíacos. Su mirada es soberbia, poderosa y embaucadora hasta decir basta. Mi pulso se acelera a cada paso que da, y el momento me parece vivirlo a cámara lenta. Su altura y su determinación me hacen sentirme, a cada milésima de segundo, más pequeña, más voluble. Acabo de decirle que lo quiero al hombre más imponente que jamás he conocido, al hombre que protagoniza mis sueños y que, por mucho que me cueste reconocerlo, me está volviendo loca.

—¿Me quieres, Lucía? —pregunta con voz grave y pausada al colocarse a escasos centímetros de mí.

Sus ojos se centran en mi boca, y los míos en la suya. Su respiración se entrecorta, y la mía sigue el ritmo de mi acelerado corazón, el cual ha entrado en una ardua batalla con mi raciocinio. No puedo quererlo, es imposible, apenas lo conozco. Pero su pregunta, su mirada y su cuerpo en tensión parecen indicarme que espera una respuesta positiva.

—Quiero a mucha gente —balbuceo.

—Te pregunto si me quieres a mí —reclama aún más cerca.

Sus labios casi rozan los míos y su fresco aliento me envuelve. Mi boca, incapaz de aguantar su influjo, se entreabre pidiendo a gritos ser devorada por la suya.

Pero en ese momento, el juicio me alcanza y pone ante mí la imagen del contrato que firmé anoche. La idea de que todo sea una tretra para vencerme despierta a la pantera que llevo dentro y, sin dudarle, le suelto:

—No, teniente. No te quiero.

—Eso no es lo que me has dicho hace un momento.

—No sabía que eras tú.

Alejandro da un paso atrás para observarme extrañado, con el ceño fruncido.

—¿Quieres a otro? —pregunta taciturno.

—Ya te he dicho que quiero a mucha gente —respondo sacando todas las fuerzas de las que dispongo. Las piernas comienzan a temblarme, y lo último que quiero es que lo note.

—Pero me has abierto diciéndome que...

—Pensaba que eras otra persona, eso es todo —afirmo apartando la mirada de él. Mi cabeza trabaja a mil por hora y me está volviendo loca.

—¡Joder! —masculilla.

La situación se está complicando, su enfado va creciendo, pero el orgullo y mis miedos me impiden lanzarme a sus brazos y decirle cuánto lo deseo.

—No estás siendo sincera conmigo, Lucía —me reprocha—. Sé perfectamente cómo es una mujer, y sé que sientes algo por mí. Aunque no sé por qué te cuesta tanto reconocerlo.

—Una cosa es sentir y otra muy distinta es querer.

—Pero las mujeres llamáis a todo «amor».

—¡Ya estamos con las etiquetas!

—¿Acaso no es cierto?

—¡No, no lo es! —me defiendo.

—Os enamoráis enseguida y os hacéis castillos en el aire —afirma.

Está enfadándose por momentos, porque en el fondo tiene razón. Aunque al principio me enamoré de Miguel como una tonta, al final lo quise de verdad, hasta que me rompí, literalmente, el corazón.

—¡No sé con qué tipo de mujeres has tratado antes, pero te aseguro que cuando quiero a alguien lo quiero de verdad!

—Y ¿cómo es ese querer, si puede saberse? —pregunta enojado.

—¡Con pasión, con ternura y con locura! —grito—. ¡El amor es algo muy grande como para ir regalándolo a cualquiera!

—¡Yo no soy cualquiera! —responde aún más enfadado.

—No, no lo eres. Pero tampoco te conozco lo suficiente como para darte lo mejor de mí.

—Déjame conocerte —suplica intentando agarrarme de la cintura.

—¡No! —respondo zafándome de sus brazos, que venían imparables hacia mí para rodearme. La conversación está sacando a la luz mis más duros recuerdos.

—¿Por qué no quieres que te toque? ¿Es por el estúpido contrato?

—No.

—¿Por qué eres así conmigo, Lucía?

—Porque no quiero ninguna relación, no quiero estar con nadie que no me quiera de la misma forma que yo lo haría.

—¿No quieres ninguna relación?

—¡No! —grito de nuevo, andando de un lado a otro. Estoy a punto de echarme a llorar, y las fuerzas comienzan a flaquearme.

—Pero ¿por qué? —pregunta acercándose de nuevo a mí.

—¡¡¡Porque no quiero que me vuelvan a hacer daño!!! —bramo al tiempo que dejo salir el dolor que tanto me está torturando, y comienzo a llorar desconsoladamente.

De una zancada, Alejandro se acerca hasta mí y me rodea fuertemente con sus brazos, mientras las lágrimas brotan imparables de mis ojos. Siento una presión en el pecho a causa del dolor tan grande que mi corazón está sufriendo. Y, por primera vez en mucho tiempo, me desahogo y me reconforto en los brazos de un hombre.



Durante un buen rato me quedo cobijada entre sus brazos, hasta que decido ir al baño a lavarme la cara mientras él me espera paciente en el salón. Una vez retocada y de vuelta a su encuentro, Alejandro me propone salir a comer a alguna terraza. Estamos en pleno mes de junio y, sin apenas tener que pensarlo, sé adónde debemos ir.

Sobre las tres del mediodía, llegamos a la plaza de las Flores, un lugar emblemático y distintivo de la capital murciana. Está situado en pleno centro de la ciudad, y es uno de los mejores sitios donde degustar unas buenas tapas, una buena comida o una buena cerveza. En el centro de la plaza hay una fuente, y a su alrededor se distribuyen las diferentes mesas de los distintos restaurantes que allí convergen. Como es habitual en los días soleados, la plaza está a rebosar de gente, aunque por ser un poco más tarde de lo normal, encontramos una mesa libre en el establecimiento que hay más cerca del único puesto de flores que aún se mantiene allí.

Alejandro se deja llevar en todo momento y permite que sea yo la que pida al camarero lo que vamos a tomar.

—Cuando vayas a Alicante, seré yo quien te sorprenda —dice apoyando los codos sobre la mesa para acercarse un poco más a mí.

Nos hemos sentado uno enfrente del otro, lo que propicia una cierta familiaridad y un mayor campo visual.

El camarero nos va sirviendo las variadas tapas conforme vamos degustándolas. Recordando el momento en que se comieron parte de la hoja de limonero del paparajote, Alejandro no puede evitar mirar cada tapa con recelo, esperando encontrar cualquier sorpresa en su interior. Yo lo observo y me troncho de risa; con lo grande que es, al verlo haciendo eso me recuerda a la viva estampa de un niño pequeño que intenta averiguar el contenido de un regalo envuelto en papel.

—Gracias —suelto de pronto.

—¿Por? —pregunta asombrado.

—Por ser mi amigo —murmuro sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Quiero ser algo más que eso, Lucía. Aunque eso ya lo sabes —dice dejando el tenedor sobre el plato.

—¿Puedo preguntarte por qué?

Alejandro hace una breve pausa, bebe de su caña de cerveza, se pasa la mano por la barbilla y finalmente me confiesa:

—Lucía, no quiero engañarte. Yo tampoco deseaba ninguna relación con nadie; al contrario, me gusta gustar y adoro conquistar. Me considero un alma libre; no soporto que nadie me diga lo que debo o no debo hacer. Pero contigo no sé lo que me pasa, no sé a qué atenerme. No dejo de pensar en ti desde que me gritaste mientras ayudabas a Paloma en aquel solar. Nunca antes una mujer me había tratado de ese modo. Suelo imponer, y eso me ayuda a manejar la situación en la mayoría de las ocasiones, pero contigo me cuesta, siento que eres tú la que me maneja a su antojo.

Asombrada, escucho sus palabras con el corazón nuevamente acelerado. Verlo tan masculino, tan hermoso, y escuchar de su boca esos sentimientos hacia mí me produce un verdadero escalofrío.

—No es mi intención manejarte —afirmo.

—Lo sé, pero lo haces, me siento a tu merced. Y eso es totalmente nuevo para mí. Me hace sentirme desubicado y perder el control.

—¿Te gusta controlarlo todo? —Quiero aprovechar el instante de sinceridad que hay entre ambos.

—Sí, pero no es una cuestión de gusto, sino de necesidad.

—Supongo que será algo innato entre los de tu profesión.

—Un poco sí, aunque pienso que es más bien una cuestión de personalidad.

—¿Qué te gusta de mí? —me atrevo a preguntarle. El corazón se me va a salir del pecho, y mis palabras brotan irrefrenables de mi boca.

—Que no eres como las demás, tu carácter, tu fuerza...

—Y ¿qué te disgusta?

—Que no eres como las demás, tu carácter y el misterio que emanas.

Su respuesta me hace reír, ya no sé si de nervios o por lo variopinta que es.

—Tú me dirás cómo debo tomarme eso —manifiesto.

—Como lo que es, ya te he dicho que contigo no sé a qué atenerme —murmura. Y, tras una breve pausa, declara—: Lucía, sólo sé que me vuelves loco..., quiero que seas mía.

Sus palabras me ensanchan el alma de un plumazo. Los muros que mi dañado corazón habían levantado ahora están siendo derribados delante de mis propias narices, y no logro sacar fuerzas para sostenerlos e impedir que sus piedras caigan irremediabilmente al suelo.

—No quiero ser un trofeo más de tu colección, Alejandro. No creo que pudiera soportarlo.

—¿Qué te pasó? —pregunta cogiéndome la mano por encima de la mesa.

El recuerdo me hace agachar la cabeza y, dejándome llevar por el momento, le cuento todo lo que sucedió el día de mi «no boda» y todo el daño que me hizo Miguel. Alejandro me acaricia suavemente la mano que me tiene cogida con su dedo pulgar. No veo su expresión mientras se lo narro todo, me siento incapaz de mirarlo a los ojos, y mucho menos de ver en ellos una expresión de compasión.

—¿No te estará molestando ese...?

—¿Molestando? —lo corto levantando la cabeza extrañada.

—Lucía, prométeme que, si ese cabrón se entromete en tu vida, me lo dirás —implora con voz grave.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—No creo que la sangre llegue al río, tan sólo me envía mensajes de vez en cuando para reprocharme lo que hice.

—¿Te ha amenazado?

—¡No! —exclamo desconcertada.

Miguel es un poco pesado cuando se lo propone, pero no lo creo capaz de hacerme daño o, al menos, no físicamente.

—Está bien, pero prométeme lo que te he dicho, por favor.

—Te lo prometo.

—Ahora me tienes a mí, no lo olvides nunca —declara.

Cogidos de la mano, sin probar bocado y haciendo caso omiso de todo cuanto nos rodea, Alejandro y yo nos quedamos durante un buen rato observándonos. Nuestras miradas hablan ahora por nosotros; sus ojos recorren una y otra vez los míos, y yo le respondo del mismo modo. Nuestras manos se enlazan y, como si usurparan nuestros cuerpos, nuestros dedos comienzan a acariciarse muy lentamente, se abrazan, se tocan, se besan. Me estremezco, me emociono, y mis fuertes latidos despiertan mi parte más íntima, haciéndola resurgir y vibrar como nunca antes lo había hecho. ¿Cómo se puede sentir tanto con tan poco? Alejandro me observa, se embebe de mí, mientras nuestras manos siguen su particular coqueteo y su ardiente juego. Sus ojos se centran ahora en mis entreabiertos labios, al tiempo que su nariz me muestra cómo traga saliva. Un leve jadeo sale de mi boca. Nuestras manos se enlazan aún más fuerte, dejando los dedos blancos. Nuestras miradas reclaman a gritos el deseo que ambos sentimos, pero son nuestras manos las que hacen el amor por nosotros. De pronto noto cómo su pierna derecha toca la mía, logrando extasiarme. Cada roce, cada caricia y cada mirada se están convirtiendo en un juego erótico y maravilloso. Mi parte íntima late con fuerza, obligándome a juntar las piernas con presión. Mi cuerpo va a estallar de placer y no puedo ni quiero hacerlo parar. No me importa la gente, no me importa nada, tan sólo estamos él y yo. Su mano aprieta aún con más fuerza la mía, la presiona, la oprime hasta casi rozar el dolor. Su musculoso brazo también danza al mismo tiempo que nuestros dedos. Tiemblo, me estremezco y me erizo por lo que nuestras bocas callan y nuestros cuerpos dicen. Alejandro, sabedor de mis verdaderos sentimientos, se lleva mi mano a la boca para besarla con auténtica ternura. Finalmente, y aún tiritando, consigo levantarme y marcharme en dirección al aseo tras excusarme con la mirada.

Por enésima vez, tras un encuentro con él, recorro a templar mi estado de ánimo en el servicio de mujeres. Por más que intento luchar contra mis sentimientos y

ganar la batalla, mi escudo protector se rompe en pedazos cuando estoy con él, sin que pueda hacer nada para evitarlo. Sus palabras parecen sinceras, reales. ¿Será todo verdad, o su arte amatorio ha hecho que se convierta en un auténtico actor? «De ser así, deberían darle un Oscar», pienso mientras termino de retocarme con el pintalabios.

Al salir, Alejandro me espera en la puerta del servicio. Después de pagar la cuenta, me coge por la cintura y me pregunta:

—¿Nos vamos?

—Cuando tú quieras —respondo dejándome guiar por él.

Todas las mujeres del restaurante y, al salir, también las que están en la plaza nos observan; incluso los hombres, que disimuladamente miran de reojo. Y es que el teniente llama la atención allá donde va; su insólito porte, su altura y su enorme atractivo no pasan desapercibidos para nadie. Y ahora soy yo la afortunada que se deja abrazar por él y, por qué no decirlo, se deja seducir por su inaudito influjo.

—¿Estás bien?

—Inquieta —murmuro de camino al aparcamiento donde hemos dejado el coche.

—¿Inquieta, por qué?

—Por algo que me advirtieron sobre ti —confieso.

Alejandro se para en seco y se gira hacia mí.

—¿Qué te advirtieron? —demanda extrañado.

—Verás, tu fama te precede, y nuestros amigos simplemente querían protegerme.

—¿Protegerme de mí? ¡Hay que joderse! —formula soltándome y llevándose las manos a la nuca.

—¿Acaso tú no habrías hecho lo mismo por alguien a quien quieres?

Alejandro me observa en silencio, esperando a encontrar la respuesta adecuada. Pero viendo que no articula palabra, me acerco a él y lo agarro por la cintura.

—No vamos a discutir de nuevo, ¿verdad, teniente?

—Lo último que quiero es discutir contigo, pero... —Hace una breve pausa, hasta que por fin mi acercamiento surte efecto y baja los brazos para agarrarme igualmente por la cintura—. Supongo que tienes razón.

—¿Te cuesta ser sincero?

—No, prefiero siempre una verdad, aunque duela, que una mentira que me dé falsas esperanzas.

—¿Entonces?

—Lucía, esto es nuevo para mí. Nunca he tenido novia, jamás pensé que llegaría a querer tener una.

—Luego, es totalmente comprensible que me advirtieran, ¿no crees?

—Sí. Es sólo que... no estoy acostumbrado a hablar de mis sentimientos. Sólo tú sabes lo que siento por ti.

—Pues será cuestión de ir practicando, y se me ocurre una buena forma de empezar a hacerlo —anuncio guasona al tiempo que reanudo la marcha y tiro de su brazo.

De copiloto, voy guiando con indicaciones a Alejandro hasta llegar a nuestro nuevo destino. Quiero enseñarle un lugar que adoro y mostrarle una de las mejores vistas de la ciudad. Sorteando el intenso tráfico, surcando calles y subiendo grandes cuestas, al cabo de unos minutos llegamos al santuario de la Fuensanta. Imitando a una guía turística, le explico lo especial que es el lugar, la peregrinación, etcétera. Apoyados en el muro, ambos nos quedamos en silencio contemplando desde lo alto las hermosas vistas.

—¿Te gusta? —pregunto admirando mi preciosa ciudad.

—Me gustas más tú —confiesa con una media sonrisa.

—¡Tonto! —me mofa antes de tenderle la mano y dirigirlo hacia la cafetería.

Sentados a la mesa y con nuestros respectivos cafés humeantes, Alejandro me pregunta por mi misterioso plan.

—Si no recuerdo mal —comienzo a explicarle—, tenemos un contrato.

—¿Te refieres a éste? —comenta sacando el papel firmado que lleva guardado en el bolsillo del pantalón.

—A ese mismo —respondo—. Conforme a los acontecimientos, los dos hemos ganado la apuesta.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dice con sorna—. Bajo mi punto de vista, has perdido por goleada.

—Depende —declaro—. Míralo de esta forma: las circunstancias han sido especiales e imprevisibles. Pero si analizamos bien lo que acordamos, ambos hemos ganado. Tú obtienes tu premio y yo el mío.

—¿Quieres que le diga al grupo que soy un capullo integral?

—Sí, por no haber sido sincero con tus amigos. A cambio, tú ganarás tu parte.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí, que dejes de ser un capullo y que demuestres a nuestros amigos la verdad. Opino que es la mejor forma de conseguir que te crean y de que entiendan que no vas de farol.

Sé que esto es pedir demasiado, pero la cara de circunstancias que está poniendo me divierte mucho, hasta el punto de que hubiera pagado por verla.

—¿A quién le dijiste «te quiero» al abrir la puerta de tu edificio? —suelta de pronto.

—A una persona a la que le he hecho daño esta mañana —admito agachando la cabeza.

—¿Al DJ?

—¿A Toni? —Sonríe al ver su mirada—. Qué va. A ver, Toni es un buen amigo, trabaja con nosotras y, para tu información, está felizmente casado. —El alivio se refleja de forma clara en su cara al oír mis palabras—. Se trataba de mi hermana: acababa de marcharse cabreada conmigo; pensé que se había dejado las llaves en casa y quería hacer las paces con ella.

Alejandro comienza a reírse. Sin poder remediarlo, me contagio de su buen humor y ambos acabamos tronchándonos a carcajada limpia.

—Lo haré —declara de pronto tras parar de reír.

—¿De veras?

—Sí, por ti, sí —afirma con seguridad.

«¡Bien!», me digo para mis adentros. Mi orgullo está dando saltos de alegría, y se ha montado una pequeña fiesta con mis mariposas estomacales.

Sobre las seis de la tarde, llegamos a la puerta de mi casa. Alejandro tiene turno de noche y debe regresar a Alicante. Justo antes de meter la llave en la cerradura, me giro hacia él para despedirme y darle las gracias por la tarde tan maravillosa que hemos pasado juntos.

—No tienes por qué dárme las —susurra.

—Es que soy muy educada —murmuro coqueta y sensual.

Al igual que la primera vez que nos encontramos aquí, me acorrala nuevamente. Parece que hayamos viajado atrás en el tiempo, aunque con una clara diferencia: esta vez..., sí quiero que lo haga. Mi espalda está por completo apoyada en los fríos hierros que adornan la puerta. Pero no es su temperatura la que me hace estremecer, sino la cercanía de Alejandro, que, a cada segundo que pasa, se aproxima más y más a mí. Desde su altura, sus ojos atrapan los míos; su mano derecha reposa primero en mi cintura, para después acabar sobre la parte baja de mi espalda. Sus labios casi rozan los míos. Siento su agitada respiración. En un rápido gesto, tira de mí con fuerza y nuestros cuerpos se juntan y se acoplan a la perfección. Extasiada, con la cabeza algo inclinada hacia atrás, mi vista se centra ahora en su ardiente boca; la miro, la observo y la anhelo como nunca antes.

—Lucía... —susurran sus labios a escasos centímetros de los míos.

Su voz varonil me hace estremecer. Mi boca se entreabre para recibirlo al tiempo que mis ojos se cierran, llevados por el íntimo momento.

—¡Lucía! —me grita Leire.

—¡Joder! ¿Qué? —suelto al girarme hacia ella, que está a nuestro lado, observándonos con mirada maléfica.

Alejandro ha dado un paso hacia atrás y me ha soltado de golpe.

—¿Qué haces? —inquiérese mi hermana.

«Será impertinente.»

—Tender la ropa, ¿a ti qué te parece?

—¿He interrumpido... algo? Ay, *supernó* me digas eso —se mofa en tono cínico.

—No, tranquila. Yo ya me iba —interviene Alejandro—. Te llamo luego, ¿vale?

—Vale.

—Hasta otra —se despide de Leire y, tras guiñarme un ojo, da media vuelta y se marcha.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —mascullo.

—¿A que jode? —pregunta con sorna mientras abre la puerta—. Para que aprendas a no meterte donde no te llaman.

Y, acto seguido, entra en el edificio dejándome colgada, sin derecho a réplica y, lo que es mucho peor, sin beso de despedida.

Leire está en la cocina cuando subo al piso. Intento hablar con ella, pero sigue enfadada conmigo y se niega a contestarme. Como último recurso, voy a mi cuarto y vuelvo con unos pósits y un bolígrafo. Sobre la isla, le escribo una nota que le pego en su tazón de café con leche.

¡Lo siento!  
Ya estamos empatadas.  
¿Hablamos?

Cuando la lee, se vuelve para donde yo estoy sentada, me coge el bloc de notas y el boli y me escribe:

¿Quién era ése?

Tengo que reprimir una risa cuando la leo. En el fondo sé que me acaba de perdonar. Sin demora, le contesto en otra pequeña hoja:

Alejandro.

Leire levanta los hombros en un gesto de no entender nada y nuevamente me escribe:

¿Mi futuro cuñado?

Esta vez no me reprimo y suelto una sonora carcajada mientras le contesto:

Aún no lo sé.  
Iba a ser nuestro primer beso.

—¡*Supernó!* ¿En serio? —pregunta con los ojos abiertos como platos.

—Y tan en serio.

—Lo siento, hermanita —murmura.

—Yo más —afirmo mientras ella rodea la isla y viene directa hacia mí a darme un abrazo.

Debíamos aclarar nuestro malentendido, y así lo hacemos. Ella me confiesa que mi mensaje ha surtido efecto y que Jaime la ha invitado a comer. Con la boca abierta y con mi mirada guasona de «te voy a matar», le doy un leve puñetazo en el brazo. La muy puñetera debería haber salido agradecida de su cuarto a mediodía y no echa una furia como lo hizo.

Resueltas nuestras superdiferencias, decido llamar a Paloma. Me encuentro serena y preparada para contarle lo de Josean; han pasado ya cinco días desde que lo vi en el aparcamiento con la rubia y debo contárselo. Está sola en casa, así que me invita a ir. Sin demora, cojo las llaves del coche y me voy para allá.

Por el camino, siento cómo se me acelera el corazón y me sofoco. No hace mucho calor, pero enciendo el aire acondicionado para intentar refrescarme un poco. Tengo las manos sudorosas, y las voy secando sobre mi vestido para poder agarrar bien el volante. Respiro hondo al aparcar frente a su casa. Temblorosa, pero con determinación, me bajo del coche y toco el timbre.

Paloma me abre la puerta de la verja, recibíendome con una amplia sonrisa. Por su cara compruebo que ha dormido lo suficiente, no muestra un mínimo síntoma ni secuela de la fiesta de anoche. Tras los saludos, pasamos a la cocina, donde comienza a preparar unos cafés.

—¡Qué bien lo pasamos anoche! —comenta entusiasmada.

—Ya lo creo —afirmo haciendo un pequeño resumen mental.

—Los chicos son fantásticos.

—Paloma, tengo que hablar contigo —confieso.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Claro que sí. ¿Acaso crees que me he caído de un guindo?

—Pero yo pensaba...

—Ése es tu problema, que piensas demasiado —manifiesta—. Vive el momento, cariño, sólo eso.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—De ti y de Urbano. Sólo hay que miraros para darse cuenta de que estáis locos el uno por el otro.

Pensativa, no puedo contener a mis labios, que se curvan en una leve sonrisa.

—Ya, pero no he venido a hablarte de eso —confieso.

—Entonces ¿de qué? —pregunta entregándome mi taza.

—Paloma, quiero que sepas, ante todo, que te quiero con locura...

—Me estás asustando —me corta.

—Déjame que te lo diga todo de un tirón o no podré hacerlo.

—Está bien. Sigue.

—Como te decía, sabes lo mucho que te quiero, pero también eres consciente de lo mal que lo he pasado y de que para ciertas cosas he necesitado que transcurriera un poco de tiempo.

—¿Qué te ha pasado, cariño?

—Paloma, eres mi mejor amiga y sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. ¿Recuerdas que el lunes tuve que ir a la agencia de modelos para la presentación del nuevo vehículo?

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —demanda nerviosa.

—Cuando llegué, usé nuestro truco de utilizar el aparcamiento del hotel que hay justo al lado de la agencia. Y, cuando me disponía a bajar del coche, yo...

—¡Por Dios, nena, suéltalo ya o me va a dar un patatús!

—Paloma..., vi a Josean..., engañándote con una rubia.

¡Hala, ya lo he soltado! Tengo el corazón a mil por hora, y me temo lo peor. Paloma está quieta como una estatua, en silencio, lo que me pone aún más nerviosa. Le cojo la mano con cariño para darle mi consuelo; necesito que diga algo o me va a dar un verdadero ataque.

—¿Tienes pruebas? —pregunta finalmente.

—Sí.

—Enséñamelas —ordena soltándome la mano y alargando la suya con la palma hacia arriba, a la espera.

Rauda, saco el móvil de mi bolso, busco las fotos y se lo entrego. Paloma observa las imágenes una a una, despacio, sin alterarse lo más mínimo, deslizando con

suavidad el dedo sobre la pantalla. Cuando acaba de verlas todas, me devuelve el teléfono y me pregunta mirándome a los ojos:

—¿Estarías dispuesta a testificar ante un juez?

—Por supuesto —confirmo. Pero viendo que enmudece, me atrevo a preguntarle—: ¿No vas a decir nada más?

—Sí..., gracias —susurra con los ojos húmedos.

Sin dudarlo, me acerco hasta ella y nos fundimos en un largo y cálido abrazo.

—Pensaba que te ibas a enfadar conmigo por no habértelo dicho antes —murmuro.

—No es contigo con quien debo enfadarme, no debe de haber sido fácil para ti.

—Eres muy comprensiva conmigo. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Yo también, pero ahora, si me disculpas... —dice soltándose y dando un paso atrás. Ambas nos quedamos en silencio mirándonos y, de pronto, Paloma toma aire y a pleno pulmón grita—: ¡¡¡Cabrón, hijo de puta!!!

—Eso es, suéltalo —cuchicheo.

—¿Sabes si a las chicas les apetecerá empaquetar cosas? —pregunta una vez repuesta.

—Estoy segura de que sí —respondo con una sonrisa de verdadero orgullo y admiración hacia ella.

En apenas veinte minutos, Eva y Marta se presentan en casa de Paloma. Las cuatro volvemos a estar reunidas. Tras ponerlas al tanto de la situación, todas empaquetamos y embolsamos las pertenencias de Josean en la planta superior. El sol ya se ha puesto cuando acabamos de recoger y de bajarlo todo al sótano, a la espera de que él venga a buscarlo. Una vez más, mis amigas y yo demostramos lo mucho que nos queremos y lo importante que es la amistad para nosotras. Somos de diferentes edades y de caracteres distintos pero, a la hora de la verdad, y sobre todo en casos como éste, nos ayudamos y nos apoyamos las unas a las otras, compenetrándonos a la perfección.

Media hora más tarde, el repartidor de pizzas nos entrega dos familiares que previamente hemos encargado. Acompañadas de una botella de vino de reserva, que Paloma ha cogido de la selecta bodega que su marido tiene en el sótano, comenzamos a degustarlas en el salón. Entre antiguas y nuevas vivencias, pasamos una agradable velada hasta altas horas de la madrugada.

Al despedirnos de la anfitriona en la puerta, y tras su negativa a mi ofrecimiento de quedarme a pasar la noche con ella, Eva, Marta y yo salimos juntas en dirección a nuestros respectivos coches.

—Hoy me has demostrado que eres una excelente amiga —comenta Marta a mi lado cuando me dispongo a abrir la puerta del vehículo.

—No podía decírtelo —murmuro.

—Lo sé. Aunque lo intuía —confiesa.

—Gracias por comprenderlo —digo antes de darle un cariñoso abrazo.

—¡Eh, por aquí reparten abrazos, y yo quiero uno! —exclama Eva, que viene corriendo hacia nosotras, haciéndonos reír.

—¡Tendréis poca vergüenza! ¡Yo también quiero! —De pronto aparece Paloma, que nos ha estado observando desde su puerta.

El domingo me despierto descansada y repuesta, después de más de once horas de sueño. Con los ojos aún pegados y las legañas incordiando de lo lindo, me voy a la cocina a prepararme un buen café que me espabile y me haga regresar al mundo de los vivos. Embutida en mi sugerente pijama de corazones veraniego, enchufo la cafetera cuando me percató de que no estoy sola: unos ojos me observan desde el salón.

—Buenos días —me saluda una voz extraña. Las legañas desaparecen del brinco que dan mis párpados al comprobar que se trata del doctor.

—Buenos días —respondo medio escondiéndome tras la isla.

—Hola, hermanita —saluda Leire, que se incorpora a la fiesta, vestida tan sólo con una camiseta.

—¿Se puede saber qué hace él aquí? —cuchicheo cuando llega hasta mí.

—Ha pasado la noche conmigo.

—¿Se te ha ido la olla? ¿Qué van a decir los papás?

—Están en la playa. Anoche mandaron un mensaje al grupo de la familia, creía que lo habías leído. Además —continúa—, no lo van a saber porque ni tú ni yo se lo vamos a decir, ¿a que *supernó*, hermanita?

—¿Te has vuelto loca? Apenas lo conoces.

—Antes no pero, a partir de esta noche —murmura picacona—, conozco todo lo que necesito saber de él.

—¿Ya no eres virgen? —No salgo de mi asombro, y me temo que he subido un poco el tono.

—Shhh, baja la voz —me riñe—, que te va a oír.

—Tranquila, si lo estoy oyendo todo —interviene Jaime, que por fin se ha dignado a levantarse y acercarse hasta nosotras—. Siento que te hayas tenido que enterar de esta forma —comienza a decir—, pero lo que siento por tu hermana es difícil de explicar.

—¿Acaso no te enseñaron en la carrera que acostarse con pacientes no es ético?

—¡Lucía! —me riñe Leire.

—Sí, así es —responde el doctor tranquilamente—, pero como bien sabrás, tu hermana no es mi paciente, lo eres tú.

—Ahí te ha *dao* —se mofa mi superhermana.

—Y ¿la prisa a qué se debe? —inquiero.

Estoy enfadándome a cada segundo que pasa, ya no sé si por su descaro, o por ser el que ha despojado a mi hermana de su impoluta flor en mi propia casa, ¡y conmigo presente!

—Sé que puede parecer precipitado...

—De eso puedes estar seguro —lo corto.

—Lucia, créeme lo que te digo: estoy totalmente enamorado de Leire. Desde que os vi entrar en la consulta, me quedé prendado de ella. Yo no creía en los flechazos pero, a partir de conocerla a ella, no he tenido más remedio que claudicar. No puedo explicar con palabras lo que siento por tu hermana; sólo sé que la quiero a mi lado, la necesito.

—¿La quieres porque la necesitas? —pregunto furiosa.

—Sí.

—Respuesta equivocada. Haz el favor de salir de mi casa —ordeno señalando la puerta con el dedo y alargando el brazo.

—¡¡¡Lucía!!! ¡¡¿Te has vuelto loca?!! —me grita Leire con todas sus fuerzas.

—No, sé muy bien lo que me hago. —Y, alcanzando al médico antes de que salga, le suelto—: La próxima vez, ten la decencia de quedar en tu casa.

—¡¡¡Te odio!!! —brama mi hermana mientras yo vuelvo, con el corazón a mil, a encerrarme en mi cuarto y a darme una buena ducha bien fría.

Bajo el chorro de agua, pienso en lo que acabo de hacer y en el descomunal enfado de Leire. Estoy segura de que éste le va a durar mucho más tiempo que el anterior. A los hermanos mayores nos educan para cuidar y proteger a los que vienen detrás. Supongo que por eso, y por la desfachatez de ambos de acostarse en mi propia casa aprovechando la ausencia de mis padres, y estando yo en ella, he estallado. Leire lleva toda la vida esperando a su perfecto príncipe azul, y que de buenas a primeras se acueste y pierda la virginidad con un hombre al que apenas conoce me resulta, cuando menos, extraño y difícil de asimilar. Puede que me esté volviendo una antigua, o que mi aversión por los hombres me esté convirtiendo en otra persona, pero me duele pensar que pueda llevarse un gran batacazo, y más después de que él me confirmara que tan sólo la quiere porque la necesita, síntoma inequívoco de amor inmaduro.

Como era de esperar, cuando salgo del baño, Leire ya no está en casa. Inspiro hondo y suelto un agudo suspiro al pensar en lo que me espera. Miro el reloj que tenemos colgado en la pared de la cocina: son ya las dos y media del mediodía, lo que mis tripas me corroboran con un pequeño rugido. En la nevera encuentro lo suficiente para hacerme una ensalada y un poco de carne a la plancha. Con el delantal puesto, la campana encendida y con mi arte culinario en su momento más álgido, me suena el móvil.

—Hola, Paloma —la saludo nada más aceptar la llamada. Sin embargo, tan sólo oigo sollozos al otro lado del teléfono—. Paloma, ¿qué ocurre?, ¿estás bien? —Pero mi amiga sigue sin decir ni media palabra. Sin dudarlo, le digo justo antes de colgar—: No te muevas, voy para allá volando.

Rauda, apago el fuego y el extractor. Dejándolo todo como está, cojo el bolso y salgo, como alma que lleva el diablo, directa a la casa de mi jefa.

Con el corazón en la garganta y una rabia que me invade todo el cuerpo, llego a casa de Paloma en menos tiempo de lo habitual. La verja está abierta y, sin llamar al timbre, subo la escalera y empiezo a aporrear la puerta. Al abrirme, aparece ante mí hecha un mar de lágrimas, totalmente despeinada y con una pinta bochornosa. Sin mediar palabra, la estrecho entre mis brazos y le doy un largo y fuerte abrazo.

Cuando su llanto cesa y nuestros pulsos se calman, nos soltamos y nos encaminamos hacia la cocina.

—¿Quieres comer algo? —Me señala la mesa para que tome asiento.

—Quiero que me cuentes lo que ha pasado.

—Te lo cuento mientras comes, que sé que no lo has hecho todavía.

—¿Cómo lo sabes?

—Tus tripas te delatan —declara. Y, poniéndome un plato de jamón y queso recién cortado con unos trozos de pan, me confiesa—: Josean y yo vamos a divorciarnos.

—Siento mucho por lo que estás pasando, Paloma.

—Lo sé, como también sé que es lo mejor para mí y que debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Lucía, mi matrimonio está roto desde hace años, aunque no quería creerlo. En mi interior, luchaba contra una verdad que tenía ante mis propios ojos.

Asombrada por sus palabras, tomo aire y casi me atraganto con la bola de comida que llevo en la boca. Paloma vuelve a la nevera para servirme, lo más rápida que puede, un vaso de agua fría. Repuesta del susto, y con una carraspera que me produce un fuerte picor, dejo el sabroso plato de jamón a un lado y continúo escuchándola.

—Sé que he sido una estúpida por negaros la evidencia y no contaros la verdad. Pero me eduqué en el seno de una familia tradicional, donde nos enseñaban que la mujer debía aguantar y soportarlo todo por el bien del matrimonio. Espero que puedas perdonarme.

—No tienes por qué disculparte, cielo —murmuro cogiéndola de la mano—; has hecho lo que te dictaba el corazón.

—Mi corazón me engañaba diciéndome, a diario, que algún día él cambiaría. Y, aunque en el fondo yo sabía que no lo haría, seguía luchando porque así fuera. Me echaba la culpa de sus continuas salidas, e incluso llegaba a justificar sus escarceos.

—¿Lo sabías?

—Desde el primer día. Una mujer nota ese tipo de cosas. Pero no quería verlo, no quería sentirme culpable por no haber luchado y sacado a flote mi matrimonio.

—No puedo ni imaginar por lo que debes de haber pasado. ¿Cómo no me habré dado cuenta?

—Y ¿tú me preguntas eso? Lucía, eras la única que se percataba de los detalles. En numerosas ocasiones me lo hiciste saber, pero yo esquivaba el tema como buenamente podía. No ha sido fácil disimular contigo.

—Pues te felicito, llegué a creer que realmente no sabías nada —confieso haciendo una pequeña mueca, con lo que consigo arrancarle una pequeña sonrisa. Tras una breve pausa, añado—: Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Me mudo al piso del centro, no quiero seguir en esta casa.

—Pero, si no me equivoco, las dos propiedades están a tu nombre. ¿Por qué quedarte con la más pequeña?

—Créeme que lo que menos me importa ahora es el dinero. Ambos sabemos que yo tengo más que él. Pero también queremos que esto acabe cuanto antes, así que esta misma mañana hemos acordado el reparto de los bienes y el resto de las cláusulas del divorcio, que firmaremos en breve.

—Realmente llevabas pensando esto mucho tiempo, ¿no es así?

—Mucho, aunque me empeñase en no querer verlo.

—¿Adónde se ha ido?

—Supongo que a casa de su última querida, la rubia del aparcamiento. Por cierto —añade—, no va a ser necesario que testifiques ante nadie, lo haremos todo de mutuo acuerdo.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte?

—Me gustaría que fuera cuanto antes. Aunque la sola idea de tener que empezar una mudanza me aterra. ¿Vas a terminarte eso o pasamos directamente al café? —pregunta al levantarse y encender la cafetera.

—Pasamos al café —respondo un poco más alegre.

Sus confesiones me están doliendo en el alma, debe de ser muy duro luchar por algo que, pese a intentar negarlo, sabes que será una meta imposible. Sin embargo, la charla nos está viniendo bien a ambas. Paloma está mucho más relajada, y yo menos preocupada.

—Tengo una duda —digo aceptando la taza de café que me ofrece.

—¿Cuál?

—A pesar del susto que me has dado al llamarme, para estar en la situación en la que te encuentras, en el fondo creo que lo llevas bastante bien. ¿Antonio tiene algo que ver en eso?

Paloma agacha la cabeza y se queda por un instante mirando su humeante café en silencio.

—Algo —susurra en voz tan baja que casi no la oigo.

—¿Qué has dicho?

—Que algo —contesta alzando de nuevo la cabeza con una picarona sonrisa plasmada en la cara.

—¡Mire usted, jefa —digo intentando simular que estoy enfadada—, o me cuenta todo lo que ocurre, o no me presento mañana a trabajar! De usted depende el futuro de su empresa. Ahí lo dejo.

—Ja, ja, ja —nos reímos las dos.

—Digamos que... Antonio... es... un buen amigo.

—¡Y una leche!

—Pero ¿qué deseas saber? —Su media sonrisa me hace querer indagar más aún.

—¡Todo, por supuesto! —afirmo tirando de ella mientras vuelve a la mesa—. Soy toda oídos.

Entre confidencias, risas y muchos abrazos, Paloma me cuenta que no ha dejado de estar en contacto con Antonio, y que incluso han quedado a solas en un par de ocasiones. Ella empezó a albergar sentimientos por él prácticamente desde la primera semana; el andaluz la hacía reír y sentirse más joven, y eso la conquistó. Según sus palabras, Antonio está consiguiendo en muy poco tiempo lo que Josean tardó meses en lograr. Realmente, los agentes nos han calado hondo a las tres en apenas unos días, y de una forma imparable.

## Capítulo 16

El lunes por la tarde me reúno con mi amigo Toni en una cafetería del centro. Debemos ultimar los detalles de la presentación del vehículo y, de paso, ponernos al día.

Toni, más conocido como T. Comissi, es un famoso *disc jockey* a nivel nacional que ha estado trabajando en las mejores discotecas de España a lo largo de sus casi treinta años de carrera, además de haber sido locutor y comentarista en emisoras como Antena 3 Radio y Cadena Dial, maestro de ceremonias y un gran amigo mío.

—En esta ocasión debes hacer también de realizador —explico una vez sentados a la mesa.

—Ningún problema. Además, como hay sorteos, igual me toca el coche —se mofa.

—Sí, claro, y un apartamento en Torrevieja.

Ambos reímos.

—Creo que va a ser un buen evento.

—Eso creo yo también. La empresa no ha escatimado en gastos. Como verás en el informe, no sólo habrá música y sorteos, sino que también se habilitará una barra, habrá patinadoras y un gran espectáculo de iluminación para el momento en que se presente el nuevo modelo.

—Cuánto misterio.

—Sí, por lo que he podido comprobar, la foto no aparece por ningún lado. Tendremos que esperar a la presentación para saber de qué coche se trata.

—Perfecto, pues. Gracias por contar conmigo.

—Como siempre, Toni, ya sabes que nos gusta trabajar con los mejores.

—Lo mismo digo. Por cierto, ¿me vas a contar qué pasó el día de la boda?

—¿Cómo te has enterado?

—Chata, lo sabe media Murcia, y la otra media no tardará en hacerlo, créeme.

—Pues si ya lo sabes, poco tengo que añadir. Los hombres, que sois todos unos cerdos..., exceptuando lo presente, claro está.

—¿Sólo los hombres?

—Claro, ¿tú qué vas a decir si eres uno de ellos?

—Lucía, no se trata del sexo, sino del tipo de persona. Mírame a mí: trabajo en la noche y rodeado de tías. Pero cuando estoy enamorado no tengo ojos para ninguna, por muy a tiro que se me pongan.

—Tú lo has dicho, Toni..., cuando se está enamorado.

Sobre las seis de la tarde terminamos nuestra reunión y, con todo ultimado y acordado, salimos de la cafetería. Entonces, antes de despedirse, mi amigo me suelta:

—En otra ocasión ya me contarás lo del tío con el que ibas el viernes.

—Íbamos en grupo, ¿recuerdas?

—Sí, lo que tú digas..., pero al alto lo tienes *colaíco* —apostilla con mirada picarona.

—¡Qué va! —digo con ironía—. Es sólo un amigo.

—¡A otro perro con ese hueso! —se mofa.

—Y ¿se puede saber qué viste para llegar a esa conclusión? —pregunto verdaderamente intrigada.

—¿Aparte de que me asesinaba con la mirada y de que a ti te contemplaba como si le pertenecieras en exclusiva? Nada, no noté nada.

Ambos nos reímos a carcajadas por su comentario. Con esa agradable sensación, me despido de él y me encamino de vuelta a la oficina para terminar mi jornada laboral.

Al caer la noche, cuando estoy sola en mi cuarto, recibo una llamada.

—Hola, Limón.

—Hola, Sheriff —respondo guasona.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Muy normalito, como siempre. ¿Y a ti?

—Hoy no ha habido mucha acción, lo que me ha dado tiempo más que suficiente para darle al coco.

—Eres un amante de la adrenalina.

—Y tú muy dura con el dedo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto extrañada.

—Que, a no ser que te llame yo, tú no levantas ni un dedo para marcar mi número.

—Ja, ja, ja, no me puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Ves? Es lo que tienen las guardias aburridas —contesta al tiempo que ambos reímos.

La llamada pasa volando, como el resto de la semana. Por el día me dedico en cuerpo y alma al trabajo y, por las noches, a las largas charlas con el teniente; excepto los jueves, que tiene turno doble por las hogueras de San Juan.

Leire sigue sin dirigirme la palabra; apenas coincidimos, pues ella se pasa el día fuera de casa con Jaime. La parejita sigue adelante con su relación, mientras que la mía con ella va marcha atrás a pasos agigantados. Como viene siendo habitual últimamente, debo hablar con ella y aclarar nuestras diferencias. Aunque, si quiero que me escuche, debo darle aún un poco más de tiempo.

El sábado por la mañana, coincido con mi padre en el desayuno.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, guapetona. ¿Y mamá? —pregunto mientras me hago un café y me caliento unas tostadas.

—Se ha ido con tu hermana a ver unos vestidos para la cena.

—¿Qué cena? —indago sorprendida.

—Leire, que nos quiere presentar a Jaime.

—¿Ya... ya os habéis enterado? —balbuceo.

—Como para no enterarnos —responde—; no habla de otra cosa.

—Y ¿no os parece muy... pronto?

—Ya conoces a tu hermana. Cuando quiere algo, lo quiere *superyá* —dice enfatizando la última palabra, y ambos reímos.

—Pero la estáis apoyando —insisto.

—Hija, tu madre y yo estamos para educaros, criaros y veros crecer. Pero no podemos tomar decisiones por vosotras, no a vuestra edad. Aunque no estemos de acuerdo en todo lo que hagáis, os apoyamos, y tu hermana quiere que lo hagamos, como tú lo quisiste el día que dejaste a Miguel plantado en el altar.

—Ya, pero...

—Lucía, ¿qué ha pasado entre vosotras? Está claro que no os habláis.

—No se te escapa una, ¿eh? —me mofa. Pero, evitando decirle que la pillé en paños menores, después de echar un polvete en casa durante su ausencia, le respondo —: Nada que no podamos arreglar, estate tranquilo; yo me encargaré de todo. ¿Cuándo es la cena?

—El domingo que viene, aquí, en casa. Aunque no estoy seguro de que tu hermana quiera que vengas —afirma.

—Papá, eso déjalo de mi parte —digo antes de acercarme a él para darle un abrazo—. Querrá.

A mediodía, y sin rastro de mi superhermana, como sola con mis padres. Durante el tiempo que dura el almuerzo, hablamos sobre ella, Jaime y los preparativos de la cena de consuegros. Mi madre está igual de ilusionada que Leire. Ella no lo dice, pero creo que en el fondo está deseando quitarse la espinita de ver por fin casada a una de sus hijas. Mi padre no piensa lo mismo, aunque, como él me ha hecho saber, no tiene más remedio que claudicar y aceptar de buen grado la nueva situación.

Mientras recojo la mesa, un pitido suena en mi móvil:

Fuiste añadido a: « Barbacoa sorpresa».

Con unos ojos como platos, miro la información del grupo y me sorprendo al comprobar que se trata de Antonio (administrador), Alejandro, Tomás, Eva, Marta, Paco y yo.

Antonio:  
Buenas tardes a todos. Para los nuevos, me presento, soy Antonio.

Eva:  
Holaaaaaaa.

Yo:  
¡Hola!

Alejandro:  
A las buenas tardes.

Marta:  
Encantada, yo soy Marta.

Paco:  
Y yo, Paco, el marido de Marta.

Tomás:  
Hola, Paco. Soy Tomás.

Alejandro:  
Mucho gusto, Paco, yo soy Alejandro.

Yo:  
¿Dónde está Paloma?

Antonio:  
Para eso os hemos juntado aquí. Paloma está en pleno divorcio, y hemos pensado en presentarnos en su casa esta noche y organizarle una barbacoa sorpresa.

Tomás:  
Lo has pensado tú, cabrón.

Eva:  
Ja, ja, ja.

Yo:  
¡Me encanta la idea!

Marta:  
¡Y a mí!

Paco:  
Por mí, perfecto.

Alejandro:  
Ya sé a quién le va a tocar hacer la carne.

Tomás:  
Te jodes, por tener más rango.

Yo:  
Ja, ja, ja.

Antonio:  
Pues si todos estamos de acuerdo, vamos a concretar...

Entre todos planificamos cómo vamos a sorprender a Paloma. Gestos como éste me demuestran lo que Antonio siente realmente por ella, y por nosotras. Y que los tres hayan tenido el detalle de incluir a Paco y a Marta corrobora también lo buena gente que son. «¡Dios mío, gracias por haberme hecho parar en aquella rotonda y haber llenado la vejiga de mis amigas!»

Yo soy la encargada de entretener a Paloma, y de abrirles la puerta a los chicos cuando éstos lleguen. Debemos estar todos allí sobre las nueve de la noche para que todo salga según lo planeado. Mi cabeza no para de dar vueltas intentando encontrar una buena excusa para poder llevar a cabo mi cometido sin levantar las sospechas de mi amiga. Pero, de pronto, me viene a la mente la presentación del vehículo. Rápido, vuelvo al grupo de WhatsApp y les explico que me será imposible acudir a casa de Paloma a la hora prevista, pues debo estar en la plaza de toros supervisando el evento que llevo preparando desde hace dos semanas. Durante unos minutos, debo aguantar las esperadas réplicas y quejas, pero el deber me obliga a asistir al evento y, como buenamente puedo, consigo excusarme ante ellos.

Molesta por la fatal coincidencia de ambas citas, salgo de casa a las ocho de la tarde rumbo a la plaza. Al llegar, me encuentro con el patrocinador de la marca y, juntos, supervisamos todas las instalaciones. A lo largo de la semana he venido varias veces a comprobar que todo se hacía según sus indicaciones, y ahora, llegado el día, me alegra ratificar que todo está conforme a lo que él y su empresa requerían.

A las nueve de la noche en punto, con todo organizado a la perfección, se abren las puertas de la plaza y comienzan a entrar los primeros invitados. Sus caras demuestran lo mucho que se ha invertido y el buen resultado obtenido. A la derecha está la cabina de Toni, que desde primera hora ameniza con su buena música. Al fondo se encuentran las barras, donde más de seis camareros y camareras esperan sonrientes a los primeros clientes. Y a la izquierda está el vehículo que se va a presentar, perfectamente cubierto por una lona, subido a una tarima con una superficie cinco veces más grande que el tamaño del coche, todo ello engalanado con



diversos carteles y pósteres de la marca. La increíble iluminación multicolor cierra el maravilloso espectáculo.

La arena del ruedo comienza a llenarse y Toni anuncia la llegada de las azafatas, que pronto están sobre la tarima patinando alrededor del coche, vestidas con los colores del patrocinador. La expectación por el misterioso modelo es máxima, y la gente, con su copa en la mano, se arremolina alrededor de él. Justo cuando van a destaparlo, veo aparecer a Alejandro, a Antonio y a Tomás. «¿Qué hacen aquí?», me pregunto al observar cómo vienen directos hacia mí.

—Buenas *noshes* —saluda Antonio ofreciéndole la mano al patrocinador, que está a mi lado.

—Buenas noches —responde éste con un apretón de manos.

En ese momento, y sin apenas poder hacer nada para impedirlo, Alejandro se inclina hacia mí, me coge en brazos y me saca de la plaza de toros.

—Pero ¿qué haces? Ni siquiera me has dejado despedirme del patrocinador —lo increpo agarrándome a su cuello para evitar caerme.

—Ya lo están haciendo los chicos por ti —responde sin detenerse—. Tranquila, Limón, que está todo controlado.

—¡Estás loco!

—Por ti, nena, por ti —murmura mirándome a los ojos.

Entre risas, los cuatro nos montamos en el coche de Alejandro y ponemos rumbo a la barbacoa sorpresa. Los chicos me cuentan por el camino que Eva y Marta ya están en casa de Paloma entreteniéndola, y que Paco está en el coche, a la espera de que lleguemos. Cuando lo hacemos, Paco avisa a Marta y ésta nos abre la puerta. Tras saludar a mi amiga, ambas subimos a la planta de arriba para unirnos a las demás, mientras los chicos, sigilosos, lo preparan todo en el gran patio trasero.

Las chicas y yo distraemos a la anfitriona durante un buen rato hasta que Marta recibe un mensaje de su marido y todas bajamos. Al llegar a la planta de abajo, le colocamos a Paloma un pañuelo en los ojos y la guiamos hasta el patio. Ella no deja de hacer preguntas, pero nosotras las obvias como podemos. Una vez en el patio, y con la música de la radio sonando de fondo, le quitamos el pañuelo y todos gritamos al unísono:

—¡¡¡Sorpresa!!!

—¡La madre que os parió! —suelta Paloma emocionada al vernos.

La abrazamos uno a uno, y pronto estamos con nuestras cervezas en la mano y charlando animadamente alrededor de la mesa. Alejandro es el encargado de asar la carne. Verlo tan grande, con las pinzas en la mano y con un delantal puesto, hace que me guste aún más. Atraída como un imán, me acerco a él y le susurro:

—No te haces una idea de lo bien que te sienta este delantal.

—Pues ve acostumbrándote, que viene con el lote.

Su respuesta me hace reír, y me estremezco al imaginarlo desnudo con él puesto preparando una exquisita cena para dos.

—Todavía es pronto, ¿no crees? —digo coqueta—. Aún hay algo pendiente.

—Qué buena memoria tienes, puñetera —responde juguetón—. Te aseguro que no lo he olvidado.

—Me alegra oír eso —digo antes de darle un cachete en el culo, beber de mi cerveza y volver con el resto del grupo.

En pocos minutos, la cena está hecha y todos estamos sentados a la mesa degustando la exquisita carne a la brasa junto con el resto de los acompañamientos.

De pronto, Antonio golpea con el tenedor la botella de litro para llamar nuestra atención.

—*Shicos*, quiero proponer un brindis —anuncia alzando su vaso—: por Paloma, por su *divorsio* y porque, ahora que me *conose* a mí, sea el último.

—¡Por Paloma! —brindamos todos al unísono chocando nuestros vasos.

—¡Pero mira que eres tonto! —lo riñe ella cariñosamente al tiempo que le coge la cara con las manos y le planta un sonoro beso en la boca, delante de todos.

—¡Eeeeeehhhhhh! —exclamamos todos al ver la estampa de los tortolitos.

—Yo también tengo algo que deciros —interviene Alejandro. Me tapo la boca para esconder mi risa—: Como muchos de los que estáis aquí sabéis, las mujeres son mi perdición.

—No hace falta que lo jures —comenta jocoso Tomás.

—Pero esta noche quiero comunicaros que me corto la coleta —añade él.

Todos me observan y aplauden sus palabras, pero yo me quedo mirándolo a la espera de que acabe de cumplir nuestro trato. Sabedor de mi requerimiento no verbal, respira hondo y, con voz grave, prosigue:

—Y que sepáis... que soy un... capullo integral.

—¿Por qué? —pregunta Marta extrañada.

—Por pensar que todas las mujeres somos iguales —le respondo a mi amiga con la doble intención de echarle un cable al teniente, pues sé que esto ha sido un duro golpe para su, hasta ahora, impoluto ego.

—Lucía —interviene Tomás—, te aseguro que a este cabrón le gustas, porque en todos los años que lo conozco jamás una tía ha conseguido lo que tú has logrado esta noche.

Todos ríen, mientras Alejandro y yo nos miramos y nos damos la mano por debajo de la mesa.

—M ía —dice su boca de forma muda.

Al leerle los labios y entender a la perfección lo que me acaba de decir, le respondo de la misma forma:

—Ahora sí.

En ese momento, aprieta mi mano con fuerza y me dedica la mayor y mejor sonrisa que nunca antes he recibido. Mi corazón se ensancha de dicha, y un hondo suspiro, envuelto en increíbles sensaciones, sale de mi interior.

Antonio retoma de nuevo la conversación, arrancándose a contar chistes con su encantador acento andaluz. Los ocho nos descojonamos al oírlo, no ya por los chistes, pues algunos son malísimos hasta morir, sino por la gracia y el salero que tiene al contarlos. Mis amigas y yo nos llevamos la mano a la barriga del dolor que produce tanta risa continua; sin duda, el equivalente a una hora de gimnasio, como mínimo.

Marta es la encargada de traer el postre y, haciendo honor a su maestría en la cocina, nos deleita con su exquisita tarta de queso, que todos degustamos encantados. Tras el café, ella y su Paco se despiden de nosotros, pues ya es más de la una de la madrugada y deben ir a recoger a los críos a casa de sus padres.

La noche está siendo cálida. Paloma propone tomarnos las copas en la terraza superior. Los cinco aceptamos encantados y, con las bebidas, la cubitera y la radio, nos subimos a la última planta de la vivienda. Mi jefa vive junto al monte y, desde lo más alto, se puede divisar su maravilloso esplendor, sobre todo en noches como la de hoy, con luna llena.

En la azotea hay una pequeña caseta que utiliza de trastero, y que nosotros usamos para apoyar la espalda cuando nos sentamos en el suelo. Tomás está a mi izquierda, con las piernas estiradas, haciendo a la vez de almohada para una recostada Eva. A mi derecha está sentada Paloma, y a su lado Antonio. Alejandro está de pie sirviéndonos las copas. Cuando acaba, se queda parado frente a mí, buscando hueco con la mirada. Pero, a falta de pared donde apoyarse, abro las piernas, que tengo flexionadas, y lo invito a sentarse delante de mí, a lo que él acepta encantado. Su espalda descansa ahora sobre mi pecho, y ambos miramos hacia el iluminado monte.

—Si tuvierais que elegir una canción, ¿cuál sería? —pregunta Paloma, rompiendo el silencio.

—Cualquiera de El Barrio —responde el andaluz.

—Si es que la tierra tira, ¿eh?

—*Musho*. Algún día te llevaré a que conozcas Huelva —formula.

—Me encantaría.

—Y ¿los demás qué? —interviene Eva—. Yo también quiero vivir el Rocío.

—Eso está *hesho*. Allí hay casa *pa’ tos* ustedes —afirma.

—Y vosotros, ¿con qué canción os quedáis? —pregunta de nuevo Paloma.

—*Sweet Child O’ Mine*,[\*] de Guns N’ Roses —contesta Tomás.

—Yo adoro a Beyoncé —comenta Eva—. ¿Y tú, Paloma?

—Cualquiera que se pueda bailar. La verdad es que no tengo ninguna que destaque sobre las demás.

—Lucía —me nombra Tomás—, a ti la que cantó Urbano, ¿no?

—Sí; aunque adoro todas las canciones de Rosario Flores, ésa es mi favorita, porque es muy importante para mí.

—¿Puedo saber por qué? —pregunta Alejandro volviéndose hacia mí.

Él me acaricia las rodillas entretanto yo le toco el pelo con cariño. En ese momento, miro al cielo; no hay ni una sola nube y se pueden ver con claridad las estrellas.

Cuando el nudo que se me acaba de formar en la garganta me lo permite, con añoranza les cuento:

—Cuando apenas tenía once años, mi abuela materna estaba muy enferma en el hospital. Mi madre no se separaba ni un momento de su lado, los médicos le habían dicho que sólo le quedaban unas horas. Esa noche, mi madre salió a por algo de cenar, y yo me quedé sola en la habitación con mi abuela. Ella me llamó en un susurro de voz y me pidió que le cantara esa canción. Yo la había oído tantas veces que me la sabía de memoria. Cantándole la canción, mientras la tenía cogida de la mano, mi abuela murió. Cuando mi madre volvió a la habitación, me encontró cantándole la misma canción una y otra vez, pese a que ella ya no respiraba. Así pues, el día que Rosario Flores sacó su maravillosa versión, supe que siempre sería su fan más incondicional.

—Ahora lo entiendo —susurra Alejandro mirándome con auténtica ternura.

—¡Guau! Menuda historia, Lucía —comenta Tomás.

—¿Y tú, Urbano? —continúa mi jefa.

—A mí me gusta casi toda la música; me gusta tanto el rock, como el pop... Aunque hay una canción que no puedo dejar de escuchar últimamente.

—¿Cuál? —pregunto curiosa.

—*Lady in Red*.<sup>[\*]</sup>

—¿La mujer de rojo? —formula Eva asombrada.

—Sí. Es el tema principal de la película.

—Y ¿puedo saber... por qué esa canción? —murmuro.

—Cierta noche vi a una mujer con un vestido rojo de infarto. Y, desde aquelmismo momento —confiesa—, supe que sería mía.

Al oír sus palabras, mi corazón da un vuelco y me estremezco al recordar la noche que celebramos el cumpleaños de Antonio, cuando estrené mi vestido rojo inspirado en los años cincuenta. Fue nuestra primera cita en grupo, con cena, billar y karaoke incluidos.

Cada pareja comienza a besarse sin pudor junto a nosotros, mientras Alejandro y yo nos miramos en silencio. Acariciándome la cara con cariño, se acerca aún más a mí. Embriagada por la dulzura de sus ojos y por la melódica canción que suena en la radio, e iluminados ambos por una brillante luna rodeada de multitud de estrellas, me rindo a mis sentimientos. Sus carnosos labios se posan pausadamente sobre los míos y, por primera vez en mucho tiempo, recibo un beso con auténtica ternura y verdadera pasión.

Entre multitud de besos, eran las cuatro de la madrugada cuando salimos de casa de Paloma. Los chicos nos llevaron a Eva y a mí hasta nuestros respectivos hogares. Alejandro y yo por fin habíamos roto el hielo pero, tras probar sus embriagadores labios, me costó horrores despedirme de él.

El domingo me despierto un poco tarde. He dormido plácidamente y la sonrisa implantada en mi cara me acompaña hasta la hora del desayuno. Mi padre está en el salón viendo un partido del Athletic Club, y mi madre, sentada a su lado, está ensimismada leyendo un libro. De camino a la cocina, puedo oír que mi superhermana está al teléfono y, por su desmesurado tono cursi, deduzco que habla con Jaime.

Sobre la encimera me espera un vaso de chocolate debidamente tapado y unos cuantos churros fríos envueltos en papel. Mi padre debe de haber ido a por el desayuno esta mañana temprano, y han tenido el detalle de guardarme un poco para mí. Una vez que les doy los buenos días y las gracias por el gesto, me caliento el chocolate y comienzo a darme un homenaje culinario. Tengo las comisuras de la boca manchadas, y entonces aparece mi hermana con los andares de la modelo, como diría Marta.

—Buenos días, Leire —la saludo.

Pero ella, al verme, cambia su semblante y gira la cabeza para evitar mirarme a la cara. Tengo claro que su enfado conmigo es monumental, aunque después de la charla de ayer con mi padre, sé lo que tengo que hacer.

El resto del día lo paso encerrada en mi cuarto, frente al portátil. En la agenda que llevo en la cartera tengo todo lo necesario. Anoto teléfonos, marco una ruta, apunto nombres y, por último, compruebo la cuenta corriente. Al verla, y tras hacer los cálculos, dejo salir un profundo suspiro. Una vez que lo tengo todo impreso, lo guardo en un sobre y salgo de mi habitación en busca de mi hermana. La encuentro en la cocina, preparando la cena con mi madre. A mi padre no lo veo.

—¿Dónde está papá?

—Ha ido a comprar hielo —contesta mi madre—; no quería que nos faltara.

—Leire, ¿cuándo tienes previsto casarte? —pregunto.

—Mamá, ¿quieres preguntarle a mi hermana para qué quiere saberlo?

—Porque te quiero, eres mi hermana y me importa —respondo intentando que me hable.

—¿Puedes decirle que, si me quiere a mí, debe querer también a Jaime?

—¡Haced el favor de dejar ya las tonterías! —nos exige mi madre.

—Leire, no puedo querer a alguien a quien no conozco, pero lo que sí puedo es prometerle que, por ti, lo voy a respetar. Creo que es lo más consecuente y acertado que puedo decirte, por ahora —digo mirándola a la cara, esperando a que ella haga lo mismo y me dirija la palabra.

—Mamá, dile a mi hermana que nos casamos dentro de dos meses, a primeros de septiembre.

—Lo imaginaba —respondo. Pero antes de que ella me fulmine con la mirada y la cosa vaya a más, le entrego el sobre—. Toma, Papá Noel se ha adelantado este año.

—¿Qué es eso? —pregunta mi madre curiosa.

—Mi regalo de boda.

Leire, aún con el morro arrugado, se seca las manos con el trapo, coge el sobre de mala gana y lo abre. Mi madre, que es cotilla por naturaleza, se coloca a su lado para leer juntas la hoja que hay en su interior.

—¿Te has vuelto loca? —pregunta mi madre echándose las manos a la cabeza. Mientras tanto, mi hermana está petrificada y con la boca abierta—. Tu objetivo es volver a independizarte algún día y, si haces esto, te será imposible.

—Lo sé —admito con resignación—, supongo que tendréis que aguantarme durante más tiempo de lo esperado.

—¡Pero esto son casi todos tus ahorros, hija! —insiste ella.

—¿Todo esto es cierto, hermanita? —pregunta Leire, que por fin me dirige la palabra.

—Si tú quieres, sí.

—¡Mamá, pon otro cubierto! —grita mi superhermana, que se abalanza sobre mí para darme un enorme abrazo.

¡Mi plan ha funcionado! Sabía que no podía fallar. «Si es que la conozco como si la hubiese parido», pienso para mis adentros. El regalo que guarda el sobre incluye el coche de los novios, el vídeo y las fotos, las invitaciones y la fiesta de la despedida de soltera.

Con las paces hechas con Leire y un abrazo múltiple entre las tres, mi padre aparece por la puerta. Al encontrarse con la estampa, nos suelta:

—Pero qué tres bellezas tengo en mi casa. ¡Aúpa, Athletic!

A la hora prevista, todos recibimos a Jaime, que hace acto de presencia junto a sus padres y su hermano mayor. Al verlo, me quedo un poco impactada: es un rubio imponente, alto, y con unos increíbles ojos azules. La madre del médico es rubia, y a ella debe de haber salido el adonis, mientras que su padre es moreno, como Jaime.

Los futuros suegros de mi hermana son buena gente, y pronto se nota la cordialidad entre ambas familias. Braulio, en cambio, que es como se llama «el rubiales», de inmediato me deja bien claro, por debajo de la mesa, que es la oveja negra de la familia. El muy sinvergüenza, además de no apartar la vista de mí, se permite la licencia de tocarme el muslo una y otra vez. Pero ¿quién se ha creído este tío que es?

Con el mayor disimulo del que soy capaz, le voy dando manotazos e incluso pellizcos para quitármelo de encima, pero él no desiste. Incluso llego a levantarme en numerosas ocasiones, con la excusa de recoger primero los entremeses, y luego el plato principal, intentando con ello evitar sus manazas.

—Te gusta hacerte la dura, ¿eh? —me susurra antes de empezar con el postre.

¡Será gilipollas!

Harta ya del rubio con manos de pulpo y cerebro de mosquito, aprovecho un silencio en la tertulia y suelto delante de todos:

—Y tú, Braulio, ¿tienes novia o novio?

Todos me miran estupefactos, puedo verlos por el rabillo del ojo, pero yo sólo lo observo a él, a la espera de una respuesta.

—¡No soy gay! —brama molesto.

—Oh, disculpa mi atrevimiento —digo simulando pesadumbre—, pero tenía dudas, y por eso he preguntado. —Viendo que la tretita ha funcionado y ya no me mete mano por debajo de la mesa, rápidamente cambio de tema y le planteo a mi superhermana—: ¿Sabéis ya dónde se va a celebrar el convite?

Como era de esperar, Leire se emociona hablando de los preparativos de la boda, y la conversación vuelve a girar en torno a ella hasta casi ocupar el resto de la velada. Sin haber vuelto a ser acosada por el rubio, tras mi cañonazo a su ego masculino, finalmente nos despedimos de la familia cuando termina la cena. Una vez que la mesa está recogida, me voy a mi cuarto a llamar a Alejandro; necesito escucharlo y olvidarme de lo que ha pasado.

Las semanas siguientes transcurren con normalidad entre el trabajo, los preparativos de la boda y mis citas con Urbano, a quien también he acabado llamando así. Nuestros encuentros son cada vez más ardientes, llenos de besos y arrumacos, pese a que aún no nos hemos acostado. Lo cierto es que no lo hemos hablado, pero me consta, por la pasión que ambos ponemos en nuestras citas, que los dos lo estamos deseando. Lo que estoy viviendo con él es único para mí. Jamás antes había sentido nada igual por alguien; nuestro deseo va más allá de lo estrictamente normal. Nunca en mis treinta años de vida había experimentado algo tan intenso y bonito por alguien. Cada día que pasa me gusta mucho más, y mis sentimientos por él son cada vez más fuertes. Me hace temblar en cada roce, en cada mirada.

El último sábado de julio quedamos todos para ir al cine, a la última sesión. Marta y Paco se han ido a pasar el fin de semana a la sierra, por lo que tan sólo vamos a acudir a la cita Paloma, Eva y yo, con nuestros respectivos chicos. Extrañamente, el día está siendo más fresquito de lo habitual en esta época, así que me decanto por

un vestido corto y una rebeca fina. Urbano viene a recogerme y, después de darnos un tórrido beso en la puerta de mi casa, nos subimos al coche para reencontrarnos con el resto del grupo en las salas de cine.

Tras los saludos y la compra de palomitas y refrescos, entramos todos juntos a la sala correspondiente. Los chicos se han empeñado en que esta noche mandan ellos, y han escogido para ver la última de Liam Neeson.

La película comienza y, desde los primeros minutos, el suspense está garantizado. Tras oírme resoplar en más de una ocasión por la tensión de las imágenes, Urbano me echa por encima la rebeca que amablemente me sostenía para taparme con ella y cogerme de la mano con fuerza. Le sonrío para agradecerle su tierno gesto, y él me responde con un ardiente beso. Los incesantes y rápidos latidos me confirman que estoy doblemente nerviosa por la película y por su cálida lengua, que me hacen temblar a partes iguales.

Volvemos a mirar la pantalla pero, de pronto, su mano abandona la mía. Cerciorándose de que nadie nos observa, la introduce bajo la rebeca y comienza a acariciarme el muslo. Pero lo que empieza como un dulce roce acaba convirtiéndose en un rudo y, a la vez, excitante masaje. Siento su fuerza y su calor. Su vigor es tan intenso que despierta a mi parte íntima. Sabedor del efecto que causa en mí, abandona el agresivo aunque erótico masaje para tirar hacia sí de mi pierna, abriéndome para él. Me estremezco. Con seguridad, recorre la parte interna de mi muslo izquierdo hasta llegar a la braguita. Me muerdo el labio, intentando reprimir un sonoro jadeo. Con lentos pero enérgicos movimientos, me toca por encima de la fina tela el pubis y la vulva. Cierro por un momento los ojos y me erizo, embriagada por la sensación. Nadie nos observa. Participando de su peculiar, arriesgado y erótico juego, me recuesto aún más sobre el curtido asiento para dejarme hacer y facilitarle los movimientos. Urbano sigue frotando mi ropa interior y, sin dejar de mirar la pantalla, me aparta la braguita con convicción.

Con un dedo, comienza a acariciar mi palpitante clitoris. Me muerdo nuevamente el labio, pero esta vez temo no poder retener un inevitable gemido. Mi parte íntima se ensancha a cada movimiento que hace y a cada círculo que traza con verdadera maestría. Procuro calmar mi respiración con todas mis fuerzas, pero me resulta casi imposible. Su dedo ahora desciende hasta mis depilados labios y, tras tocarlos con certeros movimientos, una y otra vez, se abre camino entre ellos. La humedad de mi entrepierna le facilita la entrada y, finalmente, me introduce un dedo. Me estremezco. No logro contener el pulso; mi corazón está por completo desbocado y fuera de sí. Con disimulo, observo su abultada entrepierna, al tiempo que recibo las embestidas de su dedo dentro de mi vagina. Tengo que contenerme para no pegar un grito aquí mismo, en medio de la sala. Sus acometidas van aumentando en ritmo y en intensidad, al tiempo que, con otro dedo, vuelve a acariciar mi clitoris. Estoy extasiada. El sonido envolvente que sale por los altavoces impide que se oigan los húmedos e intensos empellones. Voy a estallar de placer. Mi clitoris está extremadamente hinchado con su ardiente toqueo, y las piernas comienzan a temblarme. Mi cuerpo se tensa, como lo hacen mis manos al sujetar la rebeca que tapa nuestro íntimo momento. El placer aumenta cuando, con su dedo, golpea mi punto G sin abandonar mi abultado y ardiente clitoris. Calor. Un tórrido calor abrasa mi cuerpo, que, aprovechando una escena álgida de la película, logra convulsionarse tras un desgarrador e insólito orgasmo.

Tapándome con la mano la boca para impedir un inevitable resuello, dejo caer finalmente mi cuerpo inerte sobre el asiento de cuero. Urbano, que no ha dejado de observarme en todo momento con disimulo, vuelve a colocarme la braguita en su posición original y se lleva la mano a la boca para saborear mi jugo. Extasiada, contemplo la erótica escena. Tras limpiar sus dedos, me acerca a él echándome el brazo sobre los hombros y me da un ardiente beso, un beso con sabor a mí, a lujuria y a auténtico deseo. Una vez repuestos de nuestro particular e increíble momento íntimo, me acurruca sobre su pecho y seguimos viendo la película.

Al salir del cine, los chicos proponen que vayamos a una discoteca de Alicante. No lo habíamos hablado pero, por lo que las chicas y yo podemos comprobar, lo tienen todo planeado a la perfección. Así pues, dejándonos llevar por ellos y por el halo de misterio que los envuelve, nos subimos en los coches de Antonio y Urbano y nos encaminamos hacia ese local desconocido por nosotras.

El teniente y yo vamos solos en su coche. Con su mano reposando en mi pierna, me susurra:  
—Lucía, tengo algo que proponerte.  
—Mientras no sea matrimonio —murmuro.  
—No, aún no —comenta, lo que consigue que me gire para mirarlo—. Con la boda de tu hermana, de momento tenemos suficiente.  
—Ya lo creo —me mofo.  
—¿Quieres pasar la noche conmigo, en mi casa?  
—Creí que nunca me lo ibas a pedir —confieso.  
—Sabes lo que mi piso representa para mí.  
—Lo sé, nunca llevas a ninguna mujer allí. ¿Puedo preguntarte por qué?  
—Sé que resulta extraño.  
—Un poco sí, la verdad.  
—Mi casa es mi cueva, representa mi intimidad, y el lugar donde me encuentro más seguro.  
—Quizá no deba preguntarte esto, pero me muero de curiosidad..., ¿adónde llevabas a tus conquistas?  
—A sus casas, a algún hostel o... nos quedábamos aquí, en el coche.  
—¡Puaj! No me digas eso —digo levantando el culo del asiento con cara de asco.  
Urbano se troncha de risa, y yo sigo con mi gesto de repugnancia.  
—En los asientos traseros —afirma.  
—Ah —suelto tras un suspiro y, volviendo a sentarme con normalidad, le pido—: Recuérdame que nunca me siente atrás.

Cogidos de la mano llegamos a una increíble discoteca situada en una zona industrial. Su fachada ya nos sorprende al ver su majestuosidad: se trata de una enorme nave convertida en un auténtico castillo. En la entrada, un portero vestido de época nos abre la puerta y nos invita a pasar al recibidor, donde están la taquilla y la guardarropía. Las chicas dejamos nuestros bolsos y las chaquetas, mientras que los chicos saludan al segundo portero, al que conocen y que también va vestido de época. Con nuestras placas numeradas colocadas en las muñecas en forma de pulsera, llegamos hasta los chicos, que nos aguardan para cogernos de la mano y entrar todos juntos. Mis amigas y yo nos quedamos maravilladas al ver el interior de la discoteca. Es una perfecta recreación de un salón de baile medieval, con paredes de piedra, ventanas con arcos ojivales, grandes estandartes colgados con diferente heráldica y decoración en madera oscura. Guiadas por nuestros hombres, vamos recorriendo una a una las distintas salas del local. Como en las discotecas de los años ochenta, en cada sala se pincha un tipo distinto de música.

—No me puedo creer que no conociéramos este sitio —le comento a Paloma sin dejar de mirar a mi alrededor.  
—Yo tampoco —manifiesta completamente alucinada.

Urbano nos cuenta que el local es nuevo, cuando llegamos a la sala pop y pedimos nuestras respectivas bebidas. Paloma y yo nos miramos y, como si nuestros ojos hablasen por nosotras, le preguntamos si conoce al dueño para poder hablar con él. Siguiendo sus indicaciones, mi jefa y yo nos dirigimos hacia una zona privada, en la que, tras varios pasillos y puertas, llegamos hasta el despacho del propietario. Por suerte, se encuentra esta noche aquí, y muy amablemente nos recibe.

La reunión con el gerente dura menos de lo previsto y, al regresar con el resto del grupo, me sorprendo al ver a Urbano hablando muy acaramelado con una morenaza digna de una portada de revista. Paloma, que también está viendo lo mismo que yo, me agarra del brazo y me suelta:

—Contrólate, nena, que nos conocemos.  
—Pero ¿tú has visto cómo se deja?  
—Yo me he fijado más en ella, y en cómo lo mira.  
—Ella puede hacer lo que quiera, es él el que no debe dejarse tocar.  
—Tú, como siempre, defendiendo a las mujeres.  
—No se trata de defenderla: se trata de defender lo que es mío. Y a mí lo que me pertenece, y creo que me he ganado, es el respeto de él, no el de ella.  
—Cuánta razón tienes, *jodía* —afirma. Pero antes de reanudar la marcha, me suelta—: ¿Qué vas a hacer?  
—Ya me conoces, Paloma. Donde las dan, las toman —asevero antes de encaminarme hacia el grupo simulando naturalidad.

La *parejita* está a unos metros de nosotros y, aunque por un momento pienso en acercarme hasta ellos y defender lo que es mío, al final me contengo y me quedo con el resto del grupo. Pese a estar acompañada de mis amigas, mis ojos y mi mente están con la morena y con Urbano, intentando averiguar el tipo de relación que

puede haber entre ellos y, sobre todo, observando los gestos del hombre del que estoy completa y absolutamente enamorada. Tal vez no deba estar así, ni pensar lo que mi veloz cabecita me dice una y otra vez, pero lo cierto es que me estoy enfadando y no sé hasta dónde seré capaz de aguantar. Siento la boca seca, y noto los latidos en la garganta. Me bebo mi copa de un solo trago. La morena agarra por la cintura a Urbano y él se deja hacer, sin un mínimo gesto de rechazo. Tengo un cabreo de narices. Ellos están cada vez más cerca, y yo más furiosa. Los segundos me parecen horas, y mi mala leche, la tercera guerra mundial.

Enfadada y llena de impotencia, me voy hacia la barra y pido otra copa, asegurándome de que vaya bien cargada. El camarero me mira extrañado, pero al ver mi semblante serio, y que no estoy para bromas, me sirve el cubata conforme se lo pido. Junto a mí hay un tío que no deja de contemplarme, pero con un simple gesto con la cabeza le evito que inicie cualquier conversación conmigo y un futuro desplante. Con la copa en la mano, me vuelvo hacia el grupo, y mi irritación aumenta al ver que Urbano sigue hablando con la morena desconocida. Paloma y Eva están a lo suyo con los chicos, y parecen no haberse dado cuenta de la situación. Siento unas ganas irrefrenables de acercarme hasta ellos, pero la posibilidad de montar un espectáculo, con el cabreo monumental que llevo, es bastante alta.

Incapaz de seguir viendo ni por un segundo más cómo mi hombre tontea con otra delante de mis narices, me voy de la sala, sin saber bien adónde me dirijo, sin rumbo definido, y sin mirar atrás. La rabia me corroe por dentro, pero ni ella con todas sus fuerzas puede evitar que unas dolorosas y desangeladas lágrimas recorran mi cara. Como puedo, me voy abriendo paso entre la multitud, mientras mis inundados ojos me impiden ver con claridad por dónde voy. De pronto, dejo de oír la música, y a mis oídos tan sólo llega el retumbar de los acordes graves. Me limpio las lágrimas con la mano y compruebo que estoy en un oscuro pasillo, todo pintado de negro, acompañada tan sólo de la copa que llevo en la otra mano. Intentando reponerme del dolor y del agravio que he sufrido minutos antes, me apoyo en la lóbrega pared y suelto toda la rabia que llevo dentro en forma de un gutural grito.

—¿Te has perdido? —pregunta una voz ronca a mi lado.  
—Pues... creo que... sí —respondo al ver que se trata del vigilante de seguridad al que los chicos han saludado al entrar.  
—Si quieres, puedo ayudarte —murmura acercándose a mí. Apenas hay luz, pero por su tono de voz presiento que algo no va bien.  
—No, gracias. Creo que ya sé por dónde salir —digo dando media vuelta y dirigiéndome hacia la puerta más próxima con el corazón a mil.  
Pero, sin esperarlo, el hombre me agarra y me empotra contra la pared antes de que alcance mi objetivo.  
—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —lo interpelo, intentando soltarme.  
—Tú no vas a ninguna parte, bombón —asevera con los ojos llenos de rabia y deseo al mismo tiempo.  
—¡Suéltame! —exijo tirando con fuerza.

Sin embargo, no consigo desprenderme de él. Y tampoco tengo el móvil para poder llamar a Urbano. Está en el bolso, que dejé en la guardarropiá.  
—Venga, nena, no me lo pongas más difícil —babea junto a mi oído.

En vano, forcejeo con él intentando desprenderme de sus brazos, que me aprisionan y me inmovilizan contra la pared. Por los altavoces oigo apenas en un susurro que la música cesa y que me nombran. El vigilante de seguridad, adivinando mis pensamientos, me tapa la boca para impedir que pueda dar algún grito. Con todas mis fuerzas procuro pegarle con la copa que aún llevo en la mano, pero con un simple gesto, él la golpea y ésta cae inevitablemente al suelo, con lo que se rompe en pedazos.

—Tranquila, juguetona —articula jocosamente—. Cuanto más te resistas, peor será para ti.  
Su repugnante aliento a alcohol me produce arcadas. Su cercanía es cada vez mayor, como lo es mi lucha por zafarme de él.  
—Me he fijado en ti nada más entrar. Pero esta noche no serás de él, serás mía.  
Tengo el corazón desbocado a causa del miedo que siento. Nunca antes me había visto en una situación semejante. En mi mente intento encontrar la forma de deshacerme de él. Al final, haciendo acopio de mis humildes conocimientos de psicología tras años trabajando con multitud de clientes, respiro hondo y, procurando controlar mis pulsaciones, dejo de hacer fuerza y lo miro directamente a los ojos, al tiempo que le acaricio la mano con la que me tapa la boca con la punta de la lengua. Él se destensa y, por un instante, me la destapa.

—¿Llevas un condón? —pregunto simulando ser coqueta con él.  
—Llevo uno en el bolsillo trasero del pantalón.  
—Yo lo sacaré —le propongo mientras le acaricio la entrepierna con una mano y, con la otra, busco el preservativo. Siento una repugnancia inaudita; pero mi instinto de supervivencia me hace sacar a la luz un arte interpretativo que desconocía poseer.

Con los ojos entornados de placer y apoyado contra la pared que tengo tras de mí, me deja hacer. Mis sonoros y teatreros jadeos cuando lo acaricio lo hacen enloquecer. Su miembro está totalmente erecto, y yo lo froto por encima de la ropa. Mi artimaña ha logrado que su cuerpo esté mucho más relajado. Para asegurarme mi objetivo, me acerco hasta él para besarle el cuello. La situación me cuesta lo indecible, pero debo intentar con todas mis fuerzas que funcione. En ese instante, cuando ya lo tengo envuelto en auténtico deseo, tomo aire hasta llenar a tope mis pulmones y, con toda la fuerza de la que soy capaz, le doy un enorme bocado en el cuello, al tiempo que le pego un tremendo rodillazo en todas sus partes, haciéndolo caer al suelo.

—¡¡¡Púdrete en el infierno, cabrón!!! —suelto llena de rabia y de ira al verlo tirado y doblado de dolor justo antes de salir corriendo de allí.  
Totalmente furiosa e ida por lo que acaba de ocurrir, me abro camino de nuevo entre la gente. Haciendo caso a mi instinto, logro llegar hasta la sala donde he dejado a mis amigos, pero ellos no están. Mareada, temblorosa y altamente nerviosa, me quedo en el mismo sitio donde los he visto por última vez, girando sobre mí misma y buscándolos con la mirada.

—¡Lucía! —me llama de pronto Urbano, que, corriendo, se acerca hasta mí y me estrecha entre sus brazos.  
Incapaz de articular palabra, me aferro a él y comienzo de nuevo a llorar, pero esta vez, a moco tendido.

Son varios los minutos que paso abrazada a él. Su pulso y el mío están acelerados. Yo aún sigo con el miedo en el cuerpo. Cuando mi llanto cesa y me limpio con una servilleta que previamente me ha dado, me coge con cariño la barbilla y me la levanta para mirarme. Su rostro se tensa al ver el temor reflejado en mis ojos.

—¿Qué ha pasado, cariño? —demanda nervioso. Es la primera vez que me llama así, pero en este momento no me siento capacitada para celebrarlo.

—El... por... porte... —balbuceo.

—¿El portero? —interpela tensando la mandíbula.

Asiento con la cabeza, volviendo otra vez a llorar entre sus brazos e incapaz de soltar una palabra.

—Sólo necesito saber una cosa —implora—: ¿el primero o el segundo?

Con los dedos, le indico que el segundo. Sin soltarme, saca su móvil y llama a Tomás para darle unas indicaciones. Al cabo de pocos segundos, los cuatro llegan hasta donde nos encontramos.

—Quedaos con ella —les exige Urbano a mis amigas—. Volveremos lo antes posible.

Durante los veinte minutos más largos de toda mi vida, las chicas me arropan y me preguntan por lo sucedido mientras esperamos a que lleguen nuestros hombres. Cuando por fin los vemos aparecer, dejamos escapar un hondo suspiro al unísono y, todos juntos, nos marchamos del local.

Tras despedirnos en el aparcamiento de nuestros amigos, y justo cuando voy a entrar en el coche, veo a lo lejos a la morena que antes tonteaba con Urbano, que me mira con una sonrisa malvada. Un nudo se me forma en la garganta pero, incapaz de aguantar ni un minuto más en ese lugar, me subo al coche y cierro de un portazo.

En absoluto silencio, llegamos hasta la casa de él, situada en un pueblo cercano a la capital alicantina.

—Bienvenida a mi refugio —comenta al abrir la puerta del piso.

—Gracias.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta de camino a la cocina.

—Me gustaría un té, si tienes.

—Claro —afirma señalándome la silla mientras él enciende la tetera eléctrica y prepara las tazas.

—¿Me vas a decir quién era esa morena?

Urbano hace una breve pausa y, tras un hondo suspiro, me responde:

—Es Ángela, la novia del vigilante de seguridad que creía amigo mío.

Mi boca y mis ojos se abren de golpe simultáneamente. No puedo creer lo que oigo. Mi mente se esfuerza en recordar todo lo sucedido, y siento una punzada en el estómago.

—¿El que ha intentado... abusar de mí? —pregunto cuando llega a mi lado con las tazas humeantes y el papelito colgando de la fina cuerda.

—Ese mismo.

—¿Sois amigos desde hace mucho tiempo?

—Éramos —puntualiza—. Estuvimos juntos en la academia, pero él suspendió las pruebas y no llegó a entrar en el cuerpo.

—¿Por qué has permitido que ella tonteara contigo de esa forma? —me atrevo a preguntarle.

—Creía que había confianza entre nosotros, eso es todo.

—¡No, no es todo! —digo levantando la voz—. ¡Me marché de allí porque me dolía en el alma veros y, sobre todo, verte a ti impasible, sin apartar las zarpas de ella!

—Lo siento mucho, Lucía. No sabes cuánto. No dejo de pensar que te ha pasado esto por mi culpa, y yo... —Urbano agacha la cabeza y veo cómo el dolor y la rabia se apoderan de él.

—¿Por qué crees que me han hecho eso?

—¿«Han»? —Alza de nuevo la vista hacia mí.

—Sí, al subir en el coche, la he visto sonriendo de forma maliciosa.

—¿Estás segura de eso?

—Tanto como que estoy aquí contigo.

—¡Joder! ¡Ahora lo entiendo todo!

—¿Qué es lo que entiendes? ¿Podrías dejarte de tanto misterio y contarme de una vez por todas qué coño ha pasado esta noche, Alejandro?

Él hace una breve pausa, tiempo que aprovecha para beber de un trago su té.

—Ángela lleva tiempo tirándome los tejos, pero yo pensaba que era broma y parte del buen rollo que teníamos entre ambos. Una vez me contó que su novio le había planteado hacer un trío y ella aceptó, pero con la única condición de que fuera yo la tercera persona.

—¿Cómo puedes pensar que cuando una mujer dice esas cosas lo hace de broma?

—Por lealtad. Pensaba que realmente él era mi amigo, y que, por tanto, ella también lo era.

—Y ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Tú eres parte del problema para ella. Sabía por él que tú y yo estábamos juntos, y no ha dudado en planearlo todo. Cuando hemos ido en su busca, él me ha confesado que me tenía celos y que, por culpa de ella, no me soportaba. Así pues, ha decidido vengarse contigo. Pero lo que no me imaginaba era que Ángela estaba detrás de todo esto, y que mi encontronazo con ella estaba totalmente orquestado para que él nos viera y eso provocara su ira.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, lo que quieras.

—¿Qué le habéis hecho a él?

—Eso... —murmura tocándose los nudillos— es algo entre él y yo. Tan sólo debes saber que ya no volverá a molestarnos nunca más.

Intentando no ahondar más en el tema, asiento con la cabeza y aprovecho para tomar un sorbo de mi té. Ya más relajados y tranquilos, me atrevo a preguntarle:

—¿No quieres saber lo que le he hecho?

—No hace falta que me lo digas, él lo ha confesado todo. Por cierto, ¿dónde aprendiste a hacer eso?

—Ya te dije en una ocasión que no deberías subestimarme, teniente.

—No creo que se me olvide nunca, Limón.

Ambos sonreímos, y, cogiéndome la mano por encima de la mesa, me confiesa:

—Lucía, hoy he temido seriamente por tu integridad, y necesito que me prometas que, pase lo que pase, lo pondrás en mi conocimiento.

—Yo también lo he pasado muy mal —confieso—. Pese a querer con locura a toda mi gente, a la única persona a la que deseaba ver era a ti.

—Nunca he pasado tanto miedo; no aparecías por ningún lado, y yo...

Sus ojos se humedecen, su nuez se desplaza, y ambos me confirman que no puede proseguir.

—No me vuelvas a hacer lo que me has hecho esta noche —le imploro—. No me pierdas el respeto de esa forma, o me perderás a mí.

Urbano viene raudo a mi lado y, tomándome de las manos, me invita a levantarme. Cuando estamos de pie uno frente a otro, me coge la cara con las manos y, mirándome a los ojos, me susurra:

—Te quiero. Te quiero como jamás he querido a nadie, y créeme que nunca volveré a hacerte daño. Tu respeto hacia mí es mi mayor premio, y no estoy dispuesto a

perderlo por nada del mundo.

—¿Me quieres porque me necesitas? —pregunto temerosa.

—No. Te necesito porque te quiero, Limón.

Con el corazón henchido de felicidad por su acertada y maravillosa respuesta, mis lágrimas brotan de nuevo de mis ojos. Sin embargo, esta vez no lo hacen solas, sino acompañadas de verdadero cariño y apasionado amor.

Urbano besa mis húmedos ojos con dulzura, mientras sus manos acarician con fervor mi rostro. Cuando las lágrimas cesan, sus labios abandonan mis párpados para atrapar mi boca con vehemencia. Nuestras lenguas se acarician y se entrelazan voraces con el anhelo de una pasión que, por unas horas, se nos ha arrebatado. Pero nuestros sentimientos son cada día más fuertes y nuestros besos así lo demuestran. Mis labios aprietan con fuerza los suyos, al tiempo que nuestras bocas juegan abriéndose y cerrándose al ritmo que el deseo nos marca. Nuestros latidos siguen nuestro agitado ritmo, y nuestras lenguas danzan los acordes que les marcamos. Tiro de su camiseta y logro quitársela por la cabeza sin esfuerzo, para después dejarme apresar de nuevo por su boca. Mis manos recorren su espalda. Él me abraza con fuerza. Tiene un cuerpo de infarto y, con auténtico desenfreno, lo estrujo y lo aprieto para intentar acercarlo aún más a mí. Pero mi sed de él es tan grande que no logro saciarme; necesito más. Él siente lo mismo que yo; sus besos y su manera de tocarme me lo demuestran de forma fehaciente. Urbano separa sus labios de los míos y, con apremio, me coge de la mano y me lleva hasta su dormitorio.

Al entrar, se acerca a su mesilla y coge un mando a distancia. Apenas hay luz, tan sólo la que entra por la puerta que da a la terraza exterior. Tras pulsar el botón, las dos lámparas que tiene sobre las mesillas que hay a ambos lados de la cama se encienden y, de forma sincronizada, comienzan a emitir luces de diferentes colores: malva, rojo, azul, amarillo...

Asombrada, observo el resultado al tiempo que pulsa de nuevo otro botón y comienza a sonar *Lady in Red*[\*] a través del hilo musical.

—¿Me concedes el honor de este baile? —pregunta cogiéndome de una mano y agarrándome la cintura con la otra.

—Por supuesto, teniente —respondo orgullosa de él.

La sensual melodía nos transporta a la noche de mi vestido rojo, al encuentro en mi puerta, y a un sinfín de momentos más.

—Te quiero —susurro con la cabeza apoyada en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón, mientras seguimos bailando.

Él es consciente de lo que significan esas dos palabras para mí; es la primera vez que expreso abiertamente mis sentimientos por él. En cambio, a él le costó menos decírmelo porque, pese a su fachada de tipo duro, en el fondo es un romántico. Con su forma de cuidarme y de tratarme, me está demostrando cada día que pasa que puedo confiar en él y en la veracidad de sus sentimientos.

—¿Con ternura, con pasión y con locura?

Sorprendida por que se acuerde de las palabras que le dije en mi casa, nuestro una satisfecha sonrisa y, mirándolo a los ojos, le susurro:

—Sí, con eso y más.

Urbano me suelta la mano y me abraza con firmeza, abocándome más a él. Nuestros cuerpos están totalmente pegados. La música sigue sonando, y él se inclina para besarme la frente con auténtica dulzura. Sus labios, suaves y esponjosos, recorren un lado de mi rostro y, tras apartarme el pelo hacia atrás, comienzan a acariciar mi oreja. Su caliente lengua se pasea despacio a lo largo y ancho de ella. Al llegar al lóbulo, lo besa y lo muerde con delicadeza. Una sacudida atraviesa mi cuerpo. Su lengua, ahora, realiza su particular baile en el interior, acariciándolo y lamiéndolo con la punta. Su respiración enfría el ardiente rastro que su lengua va dejando, haciéndome estremecer. Las piernas me flaquean y me aferro más a él. Mis latidos comienzan a ser más enérgicos, más dinámicos.

Sin dejar de lamer, acariciar y morder, coloca sus manos sobre mis hombros y, de forma pausada, me despoja de la rebeca, rozándome la piel a su paso, erizándome. La prenda resbala sin dificultad hasta caer al suelo. La canción sigue sonando y sus manos reposan ahora sobre mi vestido, que logra quitarme del mismo modo que la chaqueta. Su roce y su tacto son tan sensuales, calmados y eróticos que siento cómo mi estómago se contrae de placer. Cuando el vestido toca el parqué, agarrándome la cara con las manos, me dedica una mirada con los ojos entornados, como si temiera perderme. La canción acaba y, para mi sorpresa, vuelve a sonar otra vez desde el principio. Repleta de felicidad por esta nueva prueba de amor, soy yo la que ahora lo beso con ternura, al tiempo que comienzo a desabrocharle el pantalón. En un rápido gesto, él se descalza y, sin esfuerzo, logro quitarle el vaquero. Los dos estamos en ropa interior; es la primera vez que vamos a ver nuestros cuerpos totalmente desnudos. Un escalofrío recorre mi columna. Sin apartar sus hambrientos ojos de los míos, Urbano se despoja de su calzoncillo y yo lo hago de mi bragueta.

—Eres tan hermosa por dentro como por fuera —susurra mirándome con veneración. Me estremezco.

Llevado por la pasión, me agarra por la cintura y me levanta en peso para llevarme despacio hasta la cama. Con sumo cuidado, me deposita sobre ella y quedamos el uno frente al otro de rodillas. Sin dejar de contemplarnos, Urbano alza las manos con las palmas hacia mí, reclamando las mías. Cuando se las entrego, nuestros dedos se entrelazan y se acarician, mientras nuestros ojos se funden en uno solo. Agarrados con los brazos en cruz, se acerca hasta mí y me susurra al oído:

—No te muevas.

Obedeciendo, siento cómo comienza a besarme y a lamerme el cuello, dejando un rastro húmedo y ardiente a su paso. Me excito cada vez más. Su versada lengua recorre lentamente mi hombro derecho, al que abandona para regresar de nuevo al cuello. Me estremezco y aprieto con fuerza sus manos. Pasando por mi garganta, consigue llegar hasta el otro extremo para poder hacer lo mismo con mi hombro izquierdo. Liberando mis manos, las suyas desabrochan con verdadera maestría mi sujetador, acariciando mi piel. Extasiada por el delicado roce de la prenda y por su dulce tacto, entorno los ojos y dejo escapar un pequeño resuello.

De nuevo, sus manos atrapan las mías y, tras un dulce beso, vuelve a posar sus labios en mi cuello hasta llegar a mis pechos. Su lengua acaricia mi erizado pezón derecho, que él enfría con su jadeante respiración, dejándome el reguero de su auténtica pasión. Me estremezco. Intento zafarme para tocarlo pero, para mi asombro, me lo impide agarrándome las manos con firmeza. Eso me excita aún más, y jadeo. Lo oigo sonreír. Su lengua continúa con su particular juego por mi seno, que abandona para saborear el otro. Su boca apresa con fervor mi pezón para absorberlo con fuerza. Mi parte íntima me da una sacudida y gimo de placer.

Sabedor de mi ardiente deseo, Urbano libera mis manos para alargar el brazo y sacar de un pequeño cajón de la mesilla un preservativo. Sin dejar de mirarme, rompe el envoltorio y saca el profiláctico con delicadeza. Tras comprobar el lado correcto, se lo coloca en la punta de su pene y, cogiéndome de la mano, me invita a que lo coloquemos juntos. Suavemente vamos desplegándolo mientras nuestras manos se acarician, se rozan. Una vez colocado en toda su longitud, Urbano me coge por la cintura con fuerza y me sube a horcajadas sobre él. Me agarro a su cuello. Mis pechos reposan frente a su rostro. Me tiene sujeta por el culo, que estruja sin miramiento alguno. Con los dedos enredados en su pelo, lo beso con auténtico anhelo. Nuestras lenguas juegan entrelazadas y nuestros labios se aprisionan con fervor. Lo necesito, lo quiero ya, dentro de mí.

Dejo caer mi cuerpo buscando su miembro, pero él me lo impide sujetándome con vigor. Su negativa aumenta mi deseo y mi boca se venga devorando la suya aún con más fuerza. Permiéndome bajar un poco más, noto la punta de su pene rozar mi parte íntima. Mi clitoris palpita al ritmo trepidante de nuestros latidos, y mi vagina se abre a la espera de ser invadida. Sin embargo, le gusta jugar, y así me lo hace saber. Con lentos movimientos, me alza y me baja para hacerme notar su ardiente glándula. El placer que siento es tan grande que le doy pequeños tirones de pelo al tiempo que mis jadeos aumentan. El deseo me está matando; ejerzo tanta presión con los labios que hasta temo hacerle daño. Él aprieta con más energía mis glúteos. Sus jadeos se incrementan, su ritmo cardíaco también y, cuando creo que voy a gritar de placer y de rabia, me deja caer, permitiendo a mi cuerpo embeberse de él. Su erecto pene penetra sin dificultad hasta lo más profundo en mi interior. Con los brazos en tensión, logra elevarme con repetidos movimientos. El placer que siento es tan grande que necesito tomar aire. Sin soltarme de su cuello, inclino la cabeza hacia atrás para dejar respirar a mis pulmones, que luchan por permitirme la entrada de oxígeno. Está dentro de mí; es mío.

—Te quiero tanto que duele —susurra.

Me siento tan completa y llena de felicidad que no sé si podré contener mis lágrimas, que batallan por salir. La dicha que siento es grande, desmesurada. Me aferro a él con fuerza; no quiero que esto acabe nunca. Lo quiero con locura, como jamás he querido a nadie.

—Bésame —imploro.

Urbano responde raudo a mi demanda. Sus labios danzan con los míos con delirio, mientras nuestras lenguas hacen el amor, como lo hacen nuestros cuerpos. Nuestro deseo aumenta, y sus embestidas también. La pasión, la música y las cambiantes luces de colores nos envuelven. Mi corazón está desbocado, siento que se me va a salir del pecho de un momento a otro. Su pene erecto entra y sale cada vez con más brío, rozando las paredes del interior de mi húmeda vagina. Sus guturales jadeos me excitan hasta niveles insospechados y desconocidos para mí. El deleite me subyuga. Y, cuando creo que voy a estallar de placer, mi cuerpo se tensa y alcanzo un

desgarrador orgasmo, convulsionándome con espasmos de deleite.

—Mírame —me implora.

Obedezco. Mi mirada lo seduce, mi respiración entrecortada lo excita. Extasiado de satisfacción, finalmente llega a un prodigioso orgasmo y derrama toda su pasión en mi interior.

Abrazados, y aún con su miembro dentro de mí, esperamos a que nuestros latidos se calmen y nuestra respiración se apacigüe. Cuando lo hacen, Urbano me atrapa la cara con las manos, me contempla con ternura y me susurra:

—Mía.

—Mío —respondo antes de volver a besarlo con sensualidad.

Hacer el amor con él ha sido lo más maravilloso que he vivido nunca, y por nuestra forma de besarnos, tocarnos y desearnos, tengo claro que aún no hemos saciado todo el ardor y la pasión que ambos sentimos. A buen seguro, la noche promete ser muy muy larga.



Nuestra pasión nos mantuvo en vela hasta que el astro rey hizo su tímida aparición a través de los cristales.

El domingo me despierto entre sus brazos. No sé la hora que es, pero lo cierto es que no me importa. Con la poca luz que hay en la habitación, pues Urbano bajó la persiana para que pudiéramos dormir, me quedo observándolo en silencio. ¡Qué guapo es, por Dios! No me extraña que lo llamaran «el Soltero de Oro», no hay más que verlo para perder la cordura.

Con el mayor cuidado posible para no despertarlo, empiezo a acariciarlo muy despacio. Estamos a finales de julio, y ambos hemos dormido completamente desnudos. Mis dedos se desplazan por su fornido brazo. Su piel morena lo hace aún más atractivo. Me estremezco al recordar la fuerza con la que me levantó para penetrarme cuando estaba subida a él a horcajadas. De forma meticulosa, recorro su musculoso pecho. Apenas tiene un poco de vello en el centro, con el que inevitablemente juego. Sus abdominales no están en exceso marcadas, pero su musculatura no deja cabida ni a un solo gramo de grasa. Un poco más abajo, mis manos se pierden entre sus marcados oblicuos. ¿Cómo puede gustarme tanto esta zona?

Por la postura que tengo, no puedo tocarle el miembro; temo despertarlo, aunque sí logro verlo. Me recreo mirándolo. «Madre mía, qué cambio pega el bichito cuando duerme», pienso echándome a reír. Pese a que me tapo la boca, al final mi risa y mis movimientos logran despertarlo.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, *princesa* —respondo juguetona, haciéndole reír a él también.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dice justo antes de comenzar a hacerme cosquillas.

—Ja, ja, ja. ¡No, cosquillas no! Ja, ja, ja.

Sin duda sabe dónde están las zonas sensibles, porque durante un buen rato me hace troncharme a carcajada limpia, hasta que me duele la barriga. Cuando por fin desiste de su juego y mi dolor cesa, me da un tierno beso y me invita a ir al baño a darnos una ducha. Encantada, acepto su proposición.

Una vez allí, él se lava los dientes con su cepillo mientras yo lo hago con un poco de pasta en el dedo. Hasta los gestos más comunes y cotidianos son especiales cuando estoy con él.

—Estás preciosa —susurra en mi oído cogiéndome por detrás.

—¿Con... *asta*... en los... *hientes*? —digo con el dedo en la boca.

—Ja, ja, ja. Sí, hasta con pasta en los dientes.

—Tonto —murmuro dándole un suave empujón para terminar de enjuagarme.

Una vez acabo, Urbano me gira y me aboca hacia él. Su bichito ha despertado y me saluda dándome los buenos días.

—Ups —suelto al notar cómo roza mi parte íntima.

—Has despertado a la bestia —comenta provocador.

—Pues cuando duerme, más bien parece un bichito —me mofo.

—¿Le has puesto de mote *bichito*?

—Es lo primero que me ha venido a la mente —me justifico—. Era la primera vez que lo veía durmiendo, y de bestia tenía bien poco.

—¿Has perdido la cabeza?

—Se pierden los barcos, no se van a perder las cabezas.

Urbano no aguanta más el juego y, tronchándose de risa, me lleva hasta la ducha, donde, con verdadera pasión y lujuria, me demuestra lo que el bichito es capaz de hacer una vez despierto y convertido en una auténtica bestia.

La semana pasa volando entre multitud de preparativos; tan sólo quedan quince días para que lleguen las vacaciones, y debo acabar de organizar la precipitada boda de mi hermana.

Tras lo sucedido en mi «no boda» en la catedral, Leire quiere casarse en el santuario de la Fuensanta. Aún recuerdo el día que me lo dijo; no pude evitar mofarme, pues hay una lista de espera de dos años. Pero ella me sorprendió contándome que el padre de Jaime era el médico particular del obispo de Cartagena, y que, por años de amistad, y debido a una baja de última hora, habían conseguido fecha para el sábado 10 de septiembre. Realmente me asombré al conocer la noticia, pues, además de ser muy complicado, obtuvieron una de las fechas más solicitadas, ya que a primeros de ese mes es cuando se celebran las fiestas de la ciudad.

Aparte de la boda y la despedida de mi hermana, debo dejar ultimados y organizados tres eventos más. El que más me gusta de todos es una despedida de soltero y soltera para el primer fin de semana de septiembre. La pareja dejó bien claro que querían que fuese conjunta y, sobre todo, original y divertida. En nuestra empresa solemos hablar largo y tendido con los clientes para orientarnos mejor y poder acertar lo máximo posible con sus gustos y prioridades. Así pues, tras una larga reunión con ellos, y una vez debatido el tema con Paloma, sé qué debo hacer.

A lo largo de la mañana del viernes, me pongo en contacto con mi amigo Manuel David, más conocido como *Gran Manley*, un famoso humorista y mago de Almería. Su espectáculo es de lo más divertido que hay en la actualidad. No soy muy amante de los magos, pero debo reconocer que me quedé gratamente sorprendida al verlo por primera vez sobre un escenario. Su forma de interactuar con el público y su humorístico número gustan a todo el mundo. Una vez comprobada su apretada agenda, Manuel me confirma que podrá acudir a la despedida, con lo que ya tengo resuelto buena parte del evento.

Además de humor y magia, había pensado sorprender a la pareja con un juego de lógica y misterio. Para conjugar ambas cosas, hago una llamada y logro reservar en Mysterium, un nuevo local con el que trabajamos y en el que los comensales deben resolver los acertijos para conseguir que les sirvan el siguiente plato. A los clientes se los agrupa en diferentes mesas; normalmente suelen enfrentarse hombres contra mujeres. «Cómo me gustaría poder organizarle esto mismo a Leire», pienso al acabar la llamada. Pero conozco a mi superhermana, y sé que esto no es lo que ella querría, además de que hay muchas posibilidades de que ella y las Súper se quedasen estancadas en el primer plato.

Una vez resuelto el tema logístico y confirmadas todas las reservas, recojo mi mesa y me dirijo hacia el despacho de Paloma.

—¿Nos vamos a comer? —le digo. Pero ella está petrificada mirando al limbo—. ¿Qué ocurre?

—Me acaba de llamar el abogado. Soy una mujer divorciada —responde, aún con la vista perdida.

—¡Pero eso hay que celebrarlo!

—Divorciada, Lucía —argumenta volviendo a la vida y mirándome a los ojos—. Ni casada, ni soltera... Divorciada.

—Te equivocas. Eres una mujer ¡libre! —afirmo enfatizando la última palabra—. Ahora podrás hacer con tu vida lo que te venga en gana.

—Dios mío, tengo que mudarme —dice poniendo los codos sobre la mesa y echándose las manos a la cabeza.

—Eso ya lo sabías. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?

—Cuanto antes, mejor —comenta levantándose en un rápido gesto—. No quiero estar ni un día más entre aquellas paredes. Demasiados recuerdos.

—Pues empezamos hoy mismo.

—Pero los chicos tienen guardia, no podrán venir a ayudarnos.

—Para eso estamos nosotras. Venga, apaga, que las chicas nos esperan —la apremio ofreciéndole su bolso.

Eva y Marta ya están en el restaurante cuando mi jefa y yo llegamos.

—¡Qué calor que hace, por el amor de Dios! —comenta Paloma mientras las saludamos y nos sentamos a la mesa.

—Estamos en Murcia y en pleno mes de agosto, ¿qué quieres? —dice Marta.

Cuando el camarero nos sirve las bebidas y los entremeses, Paloma alza su copa de vino y comunica:

—Chicas, brindemos porque oficialmente ya soy una mujer divorciada...

—¡Libre! —la rectifico.

—Libre —claudica. Y, tras mirarme, continúa—: y con unas ganas increíbles de vivir la vida.

Chocamos nuestras copas y brindamos.

—Y también —añade— por teneros a mi lado, sobre todo ahora que voy a mudarme.

—Ja, ja, ja —nos reímos las cuatro.

—No sabes tú *na'*, bandida —comenta Marta.

—Pues yo también tengo algo por lo que brindar —interviene Eva alzando su vaso de Coca-Cola—. ¡Por que hagan los condones con anilla y no se salgan!

—Pero ¿qué dices? —pregunto extrañada.

Las chicas y yo permanecemos con las copas inmóviles en el aire.

—Que el muy puñetero se quedó dentro —informa Eva.

Todas bajamos los brazos y miramos a nuestra amiga boquiabiertas.

—¡No jodas! Ja, ja, ja —se carcajea Marta.

—¡Marta, no te rías! —la riño.

Pero ella sigue a lo suyo, y cada vez se troncha más. Su risa es tan contagiosa que las cuatro acabamos riéndonos a carcajada limpia.

—Mira que eres cabrona —la riñe Eva.

—Es que te he visto cambiar de los andares de la rana a los de montar a caballo sin pasar por los de la modelo, y me partoooo, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja —volvemos a reír todas.

—En serio —interviene Paloma cuando las carcajadas se lo permiten—, pero ¿estás embarazada o sólo ha sido un susto?

—No lo sé.

Paloma y yo nos miramos y, sin necesidad de decirnos nada, cogemos nuestros bolsos y nos levantamos.

—¿Adónde vais?

—Ahora mismo volvemos —contesto—, se nos ha olvidado hacer algo urgente.

Guiñando un ojo a Marta, mi jefa y yo salimos pitando entre risas del restaurante. Al cabo de unos minutos, regresamos con una bolsa de farmacia en las manos.

—Vamos, levanta —le ordena Paloma a Eva—; salgamos de dudas.

—¿Qué habéis hecho?

—Queremos saber si vamos a ser titas, eso es todo —respondo sonriendo y tomando asiento.

Durante unos minutos, Marta y yo nos quedamos solas a la mesa, a la espera de que las chicas vuelvan con la noticia. Al verlas aparecer, permanecemos observando sus caras con la esperanza de poder atisbar una respuesta. Pero, incapaces de descifrar nada, aguardamos a que lleguen y se sienten junto a nosotras.

—¿Y bien? —pregunto con el corazón en un puño.

Paloma no dice nada, y todas miramos expectantes a Eva, que, durante unos segundos interminables, se hace la interesante.

—Que me salto los andares de la modelo —dice finalmente.

—¡Vamos a ser titas! —celebro alzando un poco la voz, embargada por la emoción.

Las tres nos levantamos a abrazarla y llenarla de besos.

—Enhorabuena, cielo —la felicita Marta.

—¿Creéis que Tomás se lo tomará bien? —pregunta Eva una vez terminamos los arrumacos.

—Estoy segura de que sí —afirmo—. No hay más que veros para saber que lo vuestro tiene un futuro prometedor.

—Lo corroboro —asevera Paloma.

—Y yo —añade Marta.

—¡Ay, chicas! ¿Qué voy a hacer con mi vida? Habíamos hablado de irnos a vivir juntos, pero esto..., ahora...

—Ahora empiezas una nueva y preciosa etapa de tu vida —confirma Paloma, cogiéndola de la mano.

—¡Vaya con el Tomás, sí que sabe cachear, sí! —comenta Marta, haciéndonos reír de nuevo a todas.

La velada termina a media tarde. Teníamos mucho que conversar y que planear. La noticia en realidad no nos ha impactado demasiado pues, en cierto modo, es algo que esperábamos tarde o temprano. Eva y Tomás mantienen una relación muy afianzada, y ellos mismos han hablado de bebés en más de una ocasión.

Tras salir del restaurante, las cuatro nos vamos al piso de Paloma. Está a dos manzanas de la oficina, muy bien situado, y tiene unas preciosas vistas al jardín de Santa Isabel. Mi jefa mandó pintarlo y limpiarlo semanas antes, por lo que se encuentra en perfecto estado.

—¿Sólo hay que traer tus efectos personales? —pregunto al ver que está incluso amueblado.

—Sí, aunque me gustaría traerme algunos muebles que pertenecieron a mi familia.

—¿Crees que nosotras podremos con todo? —interviene Eva.

—Me temo que no.

—Los chicos tienen guardia todo el fin de semana —informo—, no van a poder echarnos una mano.

—Lo sé.

—¿Tienes algún plan B? —indaga Marta.

—Lo cierto es que no. Empezaremos con las cosas más personales, y luego ya veremos.

Una vez revisado todo, cerramos el piso y nos despedimos las unas de las otras. Debemos descansar lo suficiente si queremos ayudar a Paloma desde bien temprano.

El día acaba con una larga charla telefónica de más de dos horas con Urbano. No nos vamos a ver en todo el fin de semana, y ya lo echo de menos. En la conversación, le cuento cómo me ha ido el día, lo de la mudanza de Paloma y su divorcio. Aunque me contengo a la hora de acordarme del embarazo de mi amiga: no quiero ser yo quien le comunique la noticia de la próxima paternidad de Tomás. Eva nos ha informado de que se lo dirá el lunes cuando lo vea. No quiere hacerlo por teléfono, una decisión que todas apoyamos y que, confiamos plenamente, Tomás acogerá con inmensa alegría.

El sábado a primera hora, me suena el despertador. Como un resorte, me levanto y me doy una buena ducha. Hoy me decanto por ropa cómoda: unos *shorts* y una camiseta de tirantes. El pelo me lo recojo en una coleta alta.

Busco en mi armario mi maleta y un par de mochilas para llenarlas después con la ropa de mi jefa. Cargada, salgo de mi cuarto y me cruzo con Leire, que está en la cocina terminando de prepararse el desayuno.

—¿Te vas de casa? —pregunta sorprendida.

—No, es para ayudar a Paloma con la mudanza —aclaro, dejándolo todo en la entrada—. ¿Me haces un café y unas tostadas?

—Claro.

Me encanta ver lo bien que nos llevamos últimamente. Desde que le di su regalo de boda no hemos vuelto a discutir por nada. Incluso hay veces que hasta la veo más madura. Creo que Jaime le está viniendo bien, y que, en realidad, ambos están hechos el uno para el otro.

—Leire, necesito que me confirmes cuántas de tus amigas van a ir a la despedida de soltera. Ya te dije que necesitaba saberlo con tiempo para poder hacer las reservas.

—Hoy mismo mandaré un mensaje de grupo. ¿Qué tienes pensado?

—Sabes que no puedo decírtelo —declaro, cogiendo la taza de café recién hecho que me entrega—. Es una sorpresa.

—¡Nada de *boys*! —exige señalándome con el dedo.

—¿Por qué no? ¿No te apetece ver a tíos cachondos enseñando sus partes y que alguno se te restrigue así? —pregunto acercándome a ella e imitando lo que haría un *stripper*.

—¡Quita, petarda! —me suelta apartándome con el brazo.

—Pues lo siento mucho, querida... Tendrás que estar preparada para todo.

—¡Lucía Martínez, ni se te ocurra organizarme una despedida así de cutre o te las verás conmigo!

—Tiembo de miedo —me mofo—. A ver, hermanita —continúo—, irás a donde te llevemos, y punto. Tú sólo tienes que dejarte llevar, sonreír y disfrutar a tope.

¿Entendido?

En ese momento, mis padres entran en la cocina para desayunar con nosotras y, tras darles los buenos días, les guiño un ojo sin que Leire se percate.

—Mamá, Lucía quiere llevarme a ver *strippers*.

—Qué ilusión desayunar con estos temas —comenta mi padre, haciéndome reír.

—Leire —interviene mi madre—, si Lucía ha organizado ir a un sitio de esos, tú vas. Ella es la que entiende de esas cosas y es la que paga; así que tú, sin rechistar.

—Así se habla, mamá —digo dando un bocado a mi tostada.

—Papá, ayúdame —implora Leire.

—Hija, a mí no me metas en temas de pichas colgando.

—Ja, ja, ja —reímos a carcajada limpia mi madre y yo.

—¡Estáis locas! —suelta mi hermana.

Con la cara de pasmo de Leire y una sonrisa llenando la mía, me despido de mi familia y salgo de casa rumbo a la de Paloma. Sin embargo, al llegar junto al coche me encuentro con una desagradable sorpresa: me han pinchado las cuatro ruedas.

—¡La madre que los parió! —bramo soltando la maleta y las mochilas, que golpean contra el suelo al caer—. ¿No tienen otra cosa que hacer que divertirse jodiendo a la gente?

Cabreada por tanto vandalismo callejero, saco el móvil del bolso que llevo cruzado y llamo a mi padre. Esto no me había pasado nunca, y es él quien me indica lo que debo hacer una vez que baja y comprueba los daños. Tras llamar al seguro, mi padre me lleva a casa de Paloma; es tan bueno que hasta se ha ofrecido a encargarse de localizar un taller abierto en un sábado de agosto y a dejarlo todo resuelto. Es un cielo.

Eva ya ha llegado y es quien me abre la puerta. Paloma anda por la cocina preparando café para todas. En la entrada, dejo la maleta y lo demás y me reúno con ellas. Mientras esperamos a Marta, Paloma nos cuenta que Josean vuelve mañana, y que debemos hacer todo el traslado hoy. El tema de los muebles que mi jefa quiere llevarse al piso es lo que nos preocupa; nosotras no vamos a poder llevarlos y, con la repentina vuelta de su exmarido, no da tiempo a llamar a ninguna empresa de mudanza.

Inmersas en la conversación, observo que Eva tiene un semblante más serio de lo normal. Y en una coyuntura de la charla, aprovecho para preguntarle:

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—¿Qué ocurre? —interviene Paloma.

—Tengo miedo —confiesa la pelirroja—. No sé cómo se va a tomar la noticia Tomás.

—Estoy segura de que se alegrará mucho —afirmo.

—Pero es muy pronto, apenas llevamos unos meses y... queríamos hacer tantas cosas.

—A ver, un poco pronto sí que es —reconoce Paloma—, pero a lo hecho, pecho. Está claro que no ha sido un bebé buscado ni algo planeado pero, a veces, las cosas ocurren porque tienen que ocurrir.

—Lo sé, pero es que...

—Eva, estate tranquila. Él lo aceptará de buen grado, aunque, de no ser así, estaremos aquí contigo para criar a ese bebé como si fuera nuestro.

—Eso ni lo dudes, será el niño más mimado de toda Murcia —afirma mi jefa.

—Gracias, chicas, de corazón. Supongo que es la incertidumbre la que me está agobiando un poco.

—Es normal —la tranquilizo acariciándole el brazo—. Pero sé positiva. Él te quiere mucho y, aunque sea antes de lo previsto, también lo querrá a él.

—O a ella —corrige Paloma—. Me la imagino con sus vestiditos, sus diademas....

—A ver si me la vais a convertir en una pija redomada —suelta Eva.

—Para pija ya tenemos a Leire —se mofa mi jefa—. Yo había pensado más bien en princesa.

—¡Sois la caña! —suelta Eva antes de que las tres nos fundamos en un tierno abrazo.

Marta llama al timbre y, tras tomarnos los cafés, nos ponemos manos a la obra. Paloma nos pone música en su cuarto para acompañarnos mientras vamos sacando cosas de los armarios. Cuando llega el turno de las cajas que guarda en el altillo, nos trinchamos de risa al ver ropa con estrafalarios estampados de los años ochenta. Intentando imitarla, nos vestimos con algunas de esas prendas y comenzamos un desfile *vintage*, al tiempo que ella finge ser un estricto y exigente jurado. En medio de tanto cachondeo, suena el timbre. Paloma nos mira sorprendida, puesto que no espera visita alguna, y luego baja a comprobar de quién se trata. Marta, Eva y yo seguimos haciendo el tonto con las horrendas prendas y, al cabo de unos segundos, aparecen por la puerta del cuarto nuestros cuatro hombres. Boquiabiertos, nos observan con una mirada entre el espanto y la repugnancia. Las chicas y yo los contemplamos y, sin poder evitarlo, nos descojonamos por la gran pillada.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto cuando me quito el vestido y me lanzo a los brazos de Urbano.

—Nos han dicho que había una mudanza que hacer.

—¿Y la guardia?

—Un par de favores.

—Eres un sol, ¿lo sabías? —digo coqueta.

—Y tú vas muy sexi con estos pantalones, ¿lo sabías? —murmura agarrándome del culo y plantándome un ardiente beso.

Una vez repuestas de la grata sorpresa que nos han dado los chicos, todos nos ponemos a trabajar bajo las órdenes de una agradecida y feliz Paloma.

Las chicas nos quedamos en el chalet empaquetando, mientras que ellos desmontan y cargan muebles en una furgoneta que ha conseguido Paco. Entre prenda y prenda, Marta nos cuenta que estaba todo orquestado y planificado con ellos, pero que les habían hecho prometer que guardaría el secreto. Realmente son increíbles.

A mediodía, todo el mobiliario está ya en el piso de Paloma. Sólo falta trasladar el equipaje, guardado en decenas de bolsas, algunas maletas y unas cuantas mochilas.

Tomás, Antonio y Urbano deben marcharse después de comer, pues sólo han conseguido que les cambien medio turno. Paloma, infinitamente agradecida, nos invita a almorzar en nuestro restaurante favorito, al que las chicas y yo solemos ir a comer.

Durante la comida, veo que Eva está nerviosa pese a su esfuerzo por aparentar lo contrario. En un momento dado, le hago una señal para que se arme de valor y le dé a Tomás la gran noticia. A la hora del postre, la pareja se excusa y, cogidos de la mano, salen del local en busca de mayor intimidad.

Los chicos nos miran extrañados cuando mis amigas y yo observamos con detenimiento a la pareja a través de los grandes ventanales. No podemos oír lo que hablan, pero nosotras conocemos la noticia y sus gestos nos lo dicen todo. Cuando Eva le suelta la bomba, Tomás se queda petrificado. Ella está en silencio, esperando a ver la respuesta de él, pero Tomás no hace ni dice nada. Marta, Paloma y yo nos miramos expectantes; estamos muertas de miedo y con el corazón en un puño.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —murmura Urbano.

—Ahora lo sabrás —susurro en un hilo de voz, sin quitarle ojo a la pareja.

De pronto, Tomás se echa las manos a la cabeza y, tras unas palabras que no acertamos a adivinar, coge a Eva por la cintura y la levanta en peso antes de besarla con pasión. Las chicas y yo soltamos un sonoro suspiro y comenzamos a aplaudir con una sonrisa en la cara. Tomás deja con cuidado a Eva en el suelo y, agarrándola de la mano, tira de ella para entrar juntos en el restaurante. Antonio y Urbano esperan pacientes a que lleguen hasta nosotros para saber qué es lo que está sucediendo.

Cuando la feliz pareja se sienta a la mesa, Tomás, que no puede ocultar la dicha que siente, mira a sus compañeros y suelta:

—Tíos, voy a ser padre.

—¡No jodas! —comenta Urbano—. ¡Enhorabuena, tío! —lo felicita, poniéndole la mano en el hombro.

—¡Enhorabuena, *pareha*! —interviene Antonio—. Eres una máquina, tío —añade contemplando a Tomás.

—¡Ven aquí, joder! —suelta Alejandro levantándose y colocándose junto al futuro padre para darle un emotivo abrazo, gesto que también repite el andaluz.

Todos felicitamos a la pareja. Y lo que parecía ser una comida de agradecimiento por un traslado se convierte finalmente en una celebración por la llegada de un miembro más al grupo.

Como era de esperar, Tomás ha acogido feliz la noticia. Lo curioso para mí es comprobar lo bien que ha sido aceptada también por Urbano y Antonio. Paco ya lo sabía, Marta no pudo resistirse a contárselo todo, pero no nos importa; para nosotras, su Paco siempre ha sido uno más del grupo.

Con mucha pena, nos despedimos de nuestros cuatro hombres tras el almuerzo. Cada día me cuesta más separarme de mi teniente, estoy irremediablemente enamorada de él, y sus ausencias cada vez se me hacen más duras.

—Ya te echo de menos —susurra.

—Y yo a ti —afirmo antes de dejarme besar por sus ardientes labios.

Tras unos duros minutos de despedida, y con la promesa de que más tarde me llamará, las chicas y yo regresamos al chalet de Paloma. Con la pena de no estar acompañadas por ellos, pero con la alegría del embarazo de Eva, terminamos de trasladar todas las cosas y finalizar así la mudanza.

El buen sabor de boca que nos ha dejado la sorpresa de los chicos tan sólo es empañado por el instante en que Paloma, por última vez, se pasea y se despide de la casa que durante tantos años ha sido su hogar. Arrojada por nosotras, mi jefa deja caer una triste lágrima mientras echa un último vistazo y susurra un tímido «adiós» antes de cerrar por postrera vez la puerta de la casa y la de su fracasado matrimonio.

El fin de semana pasa más rápido de lo que me esperaba. Para evitar quedarme en casa pensando y martirizándome por la ausencia de Urbano, el domingo decido ir al piso de Paloma a ayudarla. Hay mucho que colocar y ordenar. Mi padre consiguió lo imposible: localizó un taller abierto y mi coche ya vuelve a lucir ruedas nuevas. Así pues, tras pasar por un puesto de churros, me presento en la nueva casa de mi jefa cargada con el desayuno.

A media mañana, entre prendas, armarios y cajones, comentamos las ganas que tenemos de que llegue el próximo fin de semana. El sábado comienzan nuestras vacaciones, y los chicos nos han propuesto ir a pasar el día a la playa. La ciudad está casi desierta en esta época, pero no será hasta el viernes cuando cerremos la oficina durante un par de semanas por descanso, además de que aún debemos ultimar muchas cosas que tenemos pendientes antes de ese día.

—¿Sabes que no paro de darle vueltas a una cosa? —comenta Paloma mientras coloca zapatos en el vestidor.

—¿A qué?

—Con lo de Eva, me ha dado por pensar en que nunca voy a ser madre.

—Pero eso es algo que ya decidiste hace mucho tiempo —sostengo mientras cuelgo un abrigo.

—Lo sé, pero... verlo a él levantándola y la alegría que sentía... me produjo una punzada en el estómago.

—Paloma —digo acercándome a ella y cogiéndola de las manos—, pensar de esa forma sólo te hará daño. Tomaste una decisión en su momento, y ahora podemos decir que fue la más acertada.

—En eso tienes razón.

—Pues míralo de esa forma.

—Créeme que lo intento, pero... Antonio tampoco tiene hijos, y yo... no podré dárselos.

—¿Te ha comentado él algo al respecto o te lo ha insinuado?

—Qué va. Al contrario.

—¿Entonces?

—Si sé que es una tontería, pero... No importa —remata soltándose y volviendo a coger otro par de zapatos de una de las maletas—. Supongo que me hago mayor, y me duele darme cuenta de que el reloj biológico avanza imparable.

—Siempre podéis adoptar —comento volviendo a por más prendas para colgar.

—¡Calla, loca! Si esta vena maternal se me pasará enseguida. La idea de tener un churumbel corriendo por el piso me pone los pelos de punta.

—Pues espera a tener a la princesa tocándote los cajones, ja, ja, ja —me mofo, haciéndola reír también a ella al pensar en la posible niña de Eva y Tomás.

—Y ¿qué me dices de ti? ¿Tu instinto maternal no se ha despertado?

—Un poco sí —confieso—, aunque no tanto como imaginas. Tras mucho tiempo a oscuras, ahora empiezo a ver la luz, y quiero hacerlo en todo su esplendor.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Muchísimo, Paloma. Jamás pensé que podría recuperarme del todo después de lo que pasó con Miguel y, en cambio, ahora, mírame: enamorada hasta las trancas.

—Ahora vuelves a ser tú, la Lucía de siempre. Sabía que lo superarías, aunque no me esperaba que fuese tan pronto, la verdad. Sin duda, Urbano ha sabido curar tus heridas.

—Y lo más importante —añado—: derribar mi muro antihombres que el engaño había levantado.

—Son increíbles, ¿verdad?

—Sí, sí que lo son —afirmo.

Sobre las diez de la noche, llego a mi casa con ganas de darme una buena ducha y poder descansar. Leire está fuera y, para no variar, mis padres están en el salón, viendo la tele el uno y leyendo un libro la otra. Mi padre, al verme, llama mi atención:

—Lucía, ven un momento, por favor.

—¿Qué quieres, papá?

—Hija, tenemos que hablar contigo —indica levantándose y abriendo un cajón del armario que hay junto a la televisión.

—¿Qué ocurre? —Cada vez siento más curiosidad.

—Tu madre y yo queremos darte esto —anuncia ofreciéndome un sobre.

—¿Qué es, papá?

—Tú, ábrelo —ordena mi madre, que ha dejado el libro sobre el sillón y se ha levantado también.

Curiosa e intrigada, lo abro, mientras los dos me observan expectantes.

—¿Qué es esto? —pregunto totalmente sorprendida al ver lo que contiene.

—Tu independencia —responde mi madre.

—¿Queréis echarme?

—¡Por supuesto que no! —confirma mi padre—. Pero no estamos dispuestos a ver cómo pierdes tu sueño por ver cumplido el de tu hermana.

—Yo... no sé qué decir... Esto es... —balbuceo.

—Es nuestro regalo de «no boda», como tú lo llamas —asevera mi madre—. Hija, sabemos lo duro que resulta volver a casa de los padres después de haber salido del nido, pese a que tú lo llevas realmente bien. Y no se trata de que queramos que te vayas, ni mucho menos; nosotros sólo queremos que tengas tus ahorros, que tanto esfuerzo te ha costado conseguir.

Las lágrimas de emoción brotan solas de mis ojos sin que yo pueda retenerlas. Tengo los mejores padres del mundo, a los que adoro y venero. Entre sollozos y orgullosa por tenerlos, les digo al tiempo que nos damos un cálido abrazo:

—Muchas... gracias.

Tras llorar a moco tendido y decirles cuánto los quiero, me voy a mi cuarto a darme esa reparadora ducha, que tanto necesito.

Cuando salgo, me acuesto en la cama, cojo el móvil y compruebo que tengo dos llamadas perdidas de Urbano. Sin demora, busco en la agenda su número para llamarlo.

—Hola, Limón, ¿dónde estabas?

—Hola, Sheriff. Metiéndome mano.

—¿Cómo dices? —pregunta receloso.

—Que estaba dándome una ducha, no te emociones —me mofo.

—Joder, nena, por un momento me has puesto... morcillón.

—Ja, ja, ja. ¿En serio?

—Y tan en serio. Acabo de terminar el turno y, si no estuviera tan cansado, iría corriendo a verte y a que me explicaras en persona eso que dices que te haces... en la ducha.

—Si quieres, te lo puedo explicar ahora —murmuro picarona.

—No seas mala; si haces eso, no podré reprimirme.

—Y ¿quién ha dicho que tengas que hacerlo? —Mi tono es cada vez más sensual.

—Joder, si sigues hablándome así, vas a despertar a la bestia.

—Mmm, cuánto os echo de menos.  
—Para, Lucía, o no podré contenerla.  
—No la contengas —susurro—; juguemos.  
—¿Va en serio?  
—Nunca he hablado más en serio. ¿Tienes alguna objeción, *teniente*? —digo enfatizando la última palabra de la forma más sexual de la que soy capaz.  
—Ninguna —balbucea con dificultad tras un breve silencio.  
—¿Dónde estás?  
—En la cama.  
—Mmm, yo también. —Mi tono de voz suena realmente erótico, y quiero que siga sonando así—. ¿Qué escuchas? —pregunto al oír una canción de fondo.

—Es *Feeling Good*,[\*] de la banda británica Muse.

—Dale un poco más de volumen. Es sugerente.

—¿Qué llevas puesto? —curioseas nada más aumentar el volumen de la canción.

—Un fino pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes.

—Quítate la camiseta —me pide. Su voz suena ahora grave, autoritaria, lo que me provoca un pequeño y excitante vuelco en el estómago.

—Ya me la he quitado. ¿Tú llevas algo puesto?

—Ya no. —La idea de su cuerpo desnudo consigue erizarme la piel—. Acaríciate un pecho.

Haciendo caso de su petición, agarro el móvil con la otra mano y comienzo a acariciarme mi seno izquierdo.

—Ahora, mójate un dedo y pásatelo por el pezón.

La humedad de mi saliva y el sensual roce hacen que se hinche en una pronta respuesta. Jadeo.

—Así es, nena, sigue tocándote.

Su voz es tan exigente y varonil que cierro los ojos para retener su imagen e imaginar que es él quien me toca.

—Haz lo mismo con el otro pecho —ordena. Mis movimientos son cada vez más intensos, como lo son mis jadeos—. Eso es, tócate. Siente cómo mi mano te acaricia y te estruja la teta. Oh, nena.

—Dime cómo te tocas —imploro.

—Estoy acostado, boca arriba, tocándome los huevos.

—¡Dios! —dejo salir en un gutural jadeo.

—Ahora —retoma de nuevo el juego—, baja muy lentamente por el estómago..., párate a acariciar el ombligo... Y ahora desciende despacio hasta el pubis y masajéalo con fuerza por dentro del pantalón.

Su voz y la forma en que me da órdenes hacen que lo sienta a mi lado, pese a estar en la distancia.

—Oh, nena. Tengo la polla ardiendo. —Sus gemidos son cada vez más frecuentes—. Desnúdate muy despacio —exige.

Respondiendo a su petición, me desprendo del pantalón con apremio.

—Te he dicho despacio.

—¿Cómo sabes que...?

—No hay prisa, Limón.

—Pero tú ya estás con la entrepierna. ¡Dios, cuánto me gustaría que estuvieses aquí!

—Lo estoy, nena. Cierra los ojos —continúa—, y déjate llevar. Acaríciate los muslos mientras te desvestes. Imagina que estoy ahí contigo, desnudándote con las manos y devorándote con la mirada.

—¡Uff!

—Eso es. Vuelve al pubis y ábrete para mí. —Su voz ronca me transporta sobre las sábanas de su cama—. ¿Qué sientes? —pregunta entre gemidos.

—Te quiero, ya —imploro.

—Métete la punta del dedo, mójalo y tócate el clitoris.

Mis jadeos son cada vez más sonoros y, unidos a los suyos, logran extasiarme de placer. Lo imagino acariciando su erecto miembro y enloquezco al recordar su suave textura.

—Estoy muy empalmado, cariño. Siento cómo eres tú la que me masturba, y cómo yo juego con tu hinchado clitoris. ¡Joder!

—Te necesito dentro de mí —reclamo.

—Y yo necesito que te toques más fuerte, más rápido. Pellízcalo, siéntelo. Ahora es el momento. Dale.

Nuestro juego erótico está despertando una parte de mí que hasta ahora desconocía por completo. Me siento lujuriosa, deseada y lasciva. El placer que siento es increíblemente gratificante, y me apremia a culminar cuanto antes. Nuestra agitada respiración es la prueba del intenso gozo que ambos nos estamos proporcionando. Nuestra masturbación aumenta en intensidad y velocidad, dejándonos mudos por unos instantes.

—¡Dios, Lucía! No sé cuánto tiempo podré aguantar sin correrme.

Su urgencia me estimula aún más, si cabe. Escucharlo al otro lado del teléfono, sabiendo que se está tocando mientras piensa en mí, me apasiona hasta límites insospechados. Tengo el corazón latiendo fuerte y los músculos en probada tensión. El placer me subyuga, recorriendo todo mi cuerpo.

—Eso es, cariño. Córrete, córrete.

Su masculina voz, unida a sus guturales jadeos, logran extasiarme y, sin dejar de tocarme con dinámicos movimientos, consigo llegar a un prodigioso orgasmo. Me estremezco con los espasmos que siento de auténtico placer. Mis resuellos consiguen excitarlo y, casi al mismo tiempo, lo oigo susurrar:

—Me corro.

Con la mano reposando sobre mi pubis, me quedo inmóvil, aguardando a que mi respiración se calme. Acabo de vivir por primera vez una experiencia única y gratamente satisfactoria que no olvidaré jamás. Una sonrisa de dicha y de gozo se implanta inevitablemente en mi cara.

—Ha sido increíble —resopla.

—Ya lo creo.

—Gracias —susurra.

—Gracias a ti.

Nuestro juego particular nos ha dejado exhaustos pero, aun así, necesitamos comunicarnos y sentirnos uno al lado del otro, por lo que continuamos hablando hasta altas horas de la madrugada.

El lunes me despierto descansada y muy sonriente. Mi experiencia telefónica con Urbano fue de lo más sorprendente y muy reveladora: con él estoy descubriendo una nueva Lucía. El sexo con él, sea de la forma que sea, me hace sentirme deseada, querida...; en definitiva, me hace sentirme viva.

Terminando de desayunar, y a falta de diez minutos para salir hacia la oficina, me suena el móvil. Es Paloma.

—Buenos días, jefa.

—¿Te falta mucho para llegar?

—¿Qué ocurre?

—No te lo vas a creer, ven y lo verás. Ah —añade antes de colgar—, ponte algo cómodo y unas chanclas. Tengo que dejarte, hasta ahora.

Intrigada por la llamada, vuelvo al cuarto a cambiarme y, como un rayo, salgo disparada de casa en dirección al despacho.

Al llegar, me encuentro un camión de bomberos en la puerta. No veo humo, pero el corazón me late con tal fuerza que temo que se me salga del pecho. Temblorosa, me abro paso entre las miradas curiosas que se agolpan en la acera hasta llegar al portal del edificio. En el suelo, una manguera que sale del camión, atraviesa la entrada y asciende escaleras arriba, rodeada de grandes charcos de agua. Siguiendo su recorrido, subo con cuidado de no resbalarme hasta el despacho, que está ubicado en el entresuelo. La imagen es desoladora: chorros de agua caen a través del hueco de la escalera, el descansillo está completamente anegado, y la oficina está ahora convertida en una auténtica piscina. Con la vista, busco mi mesa y me entristezco al ver la base de la torre del ordenador cubierta de agua y una multitud de cables flotando. Los bomberos van de un lado a otro, pero yo me centro en encontrar a Paloma. Chapoteando, llego hasta el pasillo donde está el baño y allí la veo, fregona en mano.

—¡Paloma! ¿Qué ha pasado?  
—La cañería ha estallado de madrugada.  
—¡Dios mío!  
—Me he encontrado con el pastel esta mañana. Como vivo aquí al lado, he llegado antes de lo normal, y...  
No puede continuar, las lágrimas salen irrefrenables de sus ojos. Con cariño, me acerco a ella y ambas nos fundimos en un cálido abrazo. Cuando su llanto cesa y mi pulso va volviendo a la normalidad, me separo de ella para preguntarle:

—¿Has llamado al seguro?  
—Sí, en cuanto he llegado esta mañana. Ellos se encargarán de todo.  
—Venga, deja eso, no podremos fregar hasta que achiquen toda el agua de la oficina.  
—Lo sé, es sólo por... sentirme útil.  
—Ya has hecho más que suficiente. Ahora les toca a ellos; ya nos encargaremos nosotras después del resto.  
A media mañana, los bomberos acaban su faena y se marchan. El fontanero anda trasteando en el baño, y Paloma y yo estamos limpiando su despacho. Mi jefa ya está mejor, ha salido del *shock* en el que se encontraba cuando llegué, y ahora está en plan sargento, disponiendo y mandando.  
—¿Se puede saber para qué te dejas el grifo abierto? —comenta Marta al entrar por la puerta.  
—Bromicas, las justas —brama mi jefa.  
—Buenoooo, cómo está el patio —responde la rubia.  
—No le hagas caso. Gracias por venir, preciosa —la saludo dándole dos besos.  
—Lo siento, Marta, es que aún no consigo asimilar el destrozo que ha provocado la rotura.  
—Lo importante es que estáis bien, lo material tiene arreglo.  
—Eso es cierto —afirmo.  
—Venga, decidme qué hago, que seis manos hacen más que cuatro —expone.

Entre trapos, fregonas, cubos y demás, aparece el perito del seguro para hacer una valoración de los daños. Tras escuchar de mi jefa todo lo sucedido, examinar el baño, anotar todo lo estropeado y echar multitud de fotografías, el hombre nos comunica que no será hasta dentro de varios días cuando vengán a reparar los daños del inmueble.

—¡Eso no puede ser! No puedo esperar tanto, y menos sin saber una fecha concreta.  
—Señora, me temo que no puedo dársela. Emitiré mi informe cuanto antes. La compañía aseguradora es la que se encarga de dar las fechas.  
—¿Y el mobiliario y los ordenadores?  
—Lo mismo. La compañía le ha enviado un fontanero y a los bomberos, que era lo más urgente. Del resto no puedo confirmarle nada. Mire, señora, si le urge —continúa guardando la cámara de fotos en su cartera—, puede llamar a algún pintor de confianza y comprar usted misma los ordenadores, siempre y cuando después nos haga llegar la factura.

—Eso haré, se lo aseguro.  
—Una cosa más —expone—, no den la luz hasta pasadas veinticuatro horas, por prevención.  
—Está bien. Gracias por venir —lo despide mi jefa dándole un apretón de manos.  
—Todos los seguros son igual de rápidos y eficaces —cuchichea Marta.  
—Qué razón tienes, hija —afirmo volviendo a la faena.  
Una vez que el fontanero se marcha, Paloma, Marta y yo por fin nos quedamos solas. Desde primera hora, la oficina ha sido un ir y venir de gente.  
—Debo encontrar un pintor cuanto antes. ¿Conocéis alguno?  
—¿Para cuándo lo quieres? —pregunta Marta.  
—Para ayer —asevera mi jefa.  
—A ver, déjame que piense..., un pintor para ayer..., en pleno mes de agosto... y que sea de confianza..., va a ser que no.  
—Yo tampoco conozco a nadie —manifiesto.  
—Pues esto no puede quedarse así. Tengo que localizar a un pintor como sea. Necesito irme de vacaciones, y me niego a hacerlo dejando esto como está. Alguien debe de haber disponible —comenta Paloma cogiendo el móvil.

Marta y yo nos miramos, pero como sabemos cómo es nuestra amiga cuando se le mete algo en la cabeza, la dejamos proceder. Al cabo de unos minutos de búsqueda por internet, la oímos llamar y concertar una visita para mañana por la mañana. Cuando finaliza la llamada, nos comunica que se trata de una pequeña empresa regentada por un señor muy amable.

A mediodía, Marta se marcha a casa con su Paco y sus hijos, mientras que Paloma y yo salimos a comer algo. Mis padres se han ido a la playa, y Leire come fuera con Jaime. Aún falta la visita del informático, que será a primera hora de la tarde, así que la comida no se alarga más de lo necesario.

El informático nos dice, a su llegada, que lo más probable es que se puedan recuperar los discos duros, pero que no podrá confirmarlo hasta abrir los equipos en su taller. Una vez se lleva los ordenadores, Paloma y yo volvemos a quedarnos solas. Estamos muy cansadas, el día ha sido verdaderamente agotador.

—¿Te apetece venir al piso a ver una película?  
—Te lo agradezco, Paloma, pero creo que me voy a ir a casa. Necesito una buena ducha y tumbarme a descansar. ¡Estoy muerta!  
—Yo también lo estoy. Mañana a primera hora viene el pintor, y debemos comprobar si podemos o no rescatar los archivos de las estanterías inferiores.  
—Nena, no te agobies. Haremos lo que podamos por salvarlo todo. Y lo que no se pueda, pues... habrá que aceptarlo. Lo importante es asegurarnos de que los eventos que hay pendientes se lleven a cabo. Y sabes que lo tenemos todo en las copias de seguridad.

—Lo sé, tienes razón.  
—Venga, cerremos las ventanas y vayámonos —propongo, a lo que ella asiente.  
Como le he dicho, al llegar a casa hago todo lo que tenía planeado y mi cuerpo tanto me pedía a gritos. Cuando estoy a punto de quedarme dormida en el sofá del salón, me suena el móvil. Aturdida, miro la pantalla y, con un solo ojo abierto, veo que se trata de un número desconocido. No suelo coger nunca ese tipo de llamadas pero, pensando en la posibilidad de que sea Urbano desde la central, pulso el botón de aceptar.  
—¿Diga? —pregunto al descolgar, pero no oigo a nadie al otro lado—. ¿Quién es? —insisto.  
Harta de no obtener respuesta, y justo cuando voy a cortar, oigo una respiración. Durante un instante me quedo en silencio intentando averiguar de quién se trata, pero no lo consigo.  
—Se ha equivocado —digo antes de cortar.  
«Cuánto colgado hay suelto», pienso antes de volver a cerrar los ojos.  
A las diez en punto de la noche, Urbano me llama al móvil. Tras contarme las anécdotas del turno y yo informarlo de lo ocurrido en la oficina, volvemos a repetir nuestro rolístico juego erótico-telefónico, dejándonos llevar por nuestro anhelado deseo y nuestra vehemente pasión.

Antes de subir a la oficina, me paso por la cafetería y pido dos cafés para llevar. He dormido a pierna suelta, y me he levantado más tarde de lo habitual tras la fiesta erótica de anoche. Como nuestros juegos se conviertan en una costumbre, me va a costar llegar puntual a los sitios.

—El despacho lo quiero todo de blanco —oigo que Paloma le dice a un señor de mediana edad, el cual presumo que es el pintor.

—No habrá problema.

—¿Para cuándo estará listo?

—A última hora de la tarde lo tendrá listo. Mi zagal empezará dentro de media hora, no tardará en llegar. Primero le cubrirá el mobiliario y después lo pintará todo.

—¿No lo va a hacer usted?

—Yo no puedo, señora. Tengo que ir a cuatro sitios más esta mañana. No sabe lo bien que me viene que en agosto la gente coja vacaciones.

—Estará saturado —se mofa mi jefa.

—Pues sí, por eso en verano contrato gente para que me ayude. Mire —dice señalando a un pedazo de rubio que entra por la puerta vestido con un pantalón corto y una camiseta blanca de tirantes que carga dos botes grandes de pintura—, aquí está.

Yo observo toda la escena desde mi mesa, no he querido interrumpir la conversación. El hombre da órdenes a su empleado con numerosos gestos, momento en que Paloma se acerca hasta mí.

—¿Has visto cómo está el rubio?

—Como para no hacerlo —cuchicheo ofreciéndole su café—. Casi me atraganto al verlo aparecer por la puerta.

—Señora —interviene de nuevo el pintor—, ya le he dicho al chico lo que tiene que hacer. Apenas lleva una semana con nosotros, pero trabaja bien. Me he asegurado de que ha entendido todo lo que tiene que hacer; si tiene algún problema, no dude en llamarme. Hasta luego —se despide antes de marcharse como alma que lleva el diablo.

—¿Qué ha querido decir con eso de que se ha asegurado de que lo ha entendido? —pregunto recelosa.

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo ahora mismo —me confirma Paloma dirigiéndose hacia su despacho para hablar con el rubio macizo.

Risueña, observo la escena mientras me termino el café.

—Hola, ¿te ha dicho tu jefe lo que queremos? —le pregunta. Pero el chico se queda impasible mirándola—. ¿No me entiendes?

—Me temo que no —indico al llegar junto a ella.

Mi jefa señala el cubo y hace el ademán de pintar. El rubio, tras observarla, se limita a asentir con la cabeza.

—Éste no entiende ni papa —comenta Paloma volviéndose hacia mí.

El chico comienza a desplegar los plásticos para tapar los muebles, y yo me apresuro a coger los archivos del estante inferior, que ayer se mojaron.

—Míralo, no entiende el idioma, pero bien que te está mirando el culo ahí agachada.

—¡No fastidies! —suelto antes de entregarle un par de archivos.

—Anda que no; pues va a ser verdad eso que dicen de que hay idiomas universales.

—¿Sigue mirando? —Yo continúo cogiendo más archivos y dándoselos a ella.

—¡Con dos cojones!

—¡Paloma! —la riño.

—Pero si es él el que no se corta un pelo, a mí no me riñas.

—Pues se le ha *acabao* el chollo —digo incorporándome tras coger el último archivo.

El rubio termina de tapar los interruptores y comienza a mover la pintura dentro del cubo. Una vez que tiene la mezcla a punto, agarra el cubo por el asa, introduce la brocha y empieza a pintar la esquina de una pared del despacho.

—Joder, cómo está el zagalico —comenta Paloma con el archivo abierto, al que no le hace el menor caso.

—Está para hacerle un favor —me uno, ignorando también los papeles que tengo en las manos.

—Pues yo tengo la generosidad en *to* ' lo alto. La madre que lo parió, qué brazos.

—Y las piernas no digamos...

—¡Ostras! —soltamos al unísono cuando se gira y se pone de espaldas a nosotras.

—Quién fuera pantalón.

—Eso es un culo, y lo demás son tonterías —afirma mi jefa.

—Redondo y respingón, como a mí me gusta.

—Y mira qué espalda; necesitaría un día entero para darle un masaje.

—Nena, ahí hay cuerpazo *pa'* rato. Estoy por echarle una foto y mandársela a las chicas.

—No sé a qué esperas.

Rauda, me acerco a mi mesa, saco mi móvil del bolso y me reúno de nuevo junto a ella.

—Date prisa —apremia.

—Ya voy —digo quitándole el sonido y el flash al teléfono.

Con cuidado de no ser pillada *in fraganti*, le echo dos fotos, en las que se luce su perfecto y redondo trasero.

—Mándaselas, corre —remata Paloma partiéndose de risa.

—Calla, que me pones nerviosa —digo dándole al botón de compartir de WhatsApp.

Pero con las prisas y el cachondeo, acabo mandándolas al grupo que tenemos con los chicos, que antes se llamaba «Barbacoa sorpresa» y ahora se llama «Vivan las rotondas».

—¡Ay, Dios! —suelto llevándome la mano a la boca.

—¿Qué ocurre?

—Míralo tú misma —le indico entregándole el móvil.

—¿Qué has hecho? ¿Les has *mandao* las fotos del pintor a los chicos? Ahora nos coserán a preguntas.

—Me estabas poniendo nerviosa y...

—No, si ahora la culpa es mía.

—Míala tampoco —me defiendo.

—Pues a ver de quién, si no. ¿Quién le ha dado al *botoncico* de compartir?

—Yo, pero...

—¿Ves? Ahí lo tienes. La culpa es tuya.

—En realidad, la culpa ha sido mía —suelta de pronto el rubio cachondo—. Debería haberos dicho que entiendo y hablo perfectamente el español.

«Tierra, trágame», pienso al ver cómo nos mira partiéndose de risa.

El rubio, de origen rumano, nos cuenta que lleva unos años en España, pero que, debido al pasado y presente oscuro de su familia, decidió hacerse pasar por alguien que no conocía ni nuestro país ni nuestro idioma. Paloma y yo nos disculpamos con él un par de veces, hasta que los tres nos tronchamos a carcajada limpia por la



rocambolesca situación.

Ionel, que así es como se llama el rumano, termina de pintar a media tarde y, tras varias horas de charla e incluso un almuerzo compartido entre los tres, lo despedimos con la agradable sensación de haber conocido a una bellísima persona, tanto por dentro como por fuera.

Al acabar la semana, la oficina ya está completamente arreglada y luciendo en todo su esplendor. Por fortuna no hemos perdido ningún archivo importante, y el informático podrá recuperar todos los datos de nuestros ordenadores. Satisfechas por haberlo conseguido todo en apenas unos días, cerramos la oficina el viernes a mediodía y nos vamos a comer con las chicas.

Eva está con algún que otro mareo, aunque lo que peor lleva es el tema de los olores, hasta el punto de que tenemos que cambiarnos de nuestra habitual mesa a otra mucho más alejada de la cocina y del paso de camareros cargados de platos. La pelirroja nos confiesa mientras almorzamos que Tomás está muy ilusionado con su nueva paternidad, y que la mima en exceso. Marta se mofa al escucharla; le aconseja que aproveche todo lo que pueda esta etapa, pues, según ella misma afirma, las que la esperan más adelante no serán tan dulces.

La metedura de pata del martes en el grupo de WhatsApp con el rubio también es tema inevitable durante la comida. Es entre plato y plato cuando Paloma y yo les contamos, con todo lujo de detalles, lo que realmente pasó. Y las cuatro nos tronchamos de risa.

Cuando estamos a punto de marcharnos del restaurante, Paloma propone que vayamos de compras el resto de la tarde: necesita ropa de baño para mañana. Todas aceptamos encantadas, y nos vamos en su coche rumbo al centro comercial a hacer sangrar la tarjeta de crédito.

El sábado me levanto nerviosa. Después de una extraña semana, por fin voy a ver a Urbano. ¡Cuánto lo echo de menos!

Mis padres vuelven a mediodía, no les gusta la playa los fines de semana de agosto, dicen que está demasiado saturada. Y no les quito la razón. Cuando las chicas y yo llegamos al aparcamiento de El Mojón, una playa natural junto al puerto de San Pedro del Pinatar, nos sorprendemos al ver que está repleto de coches. Con un calor de mil demonios y un sol extremadamente abrasador, nos bajamos del vehículo y comenzamos a cargar las bolsas. Marta y Paco hacen lo mismo con sus pertenencias; ellos han venido en su coche, puesto que deben marcharse después de comer.

Ataviada con mi pamea blanca, mis gafas de sol y mi bolsa playera colgada al hombro, echo un vistazo en busca de los chicos mientras me adentro en la fina arena. Venían directamente desde Alicante y, según los mensajes de grupo, ya están por aquí. Pero, por más que miro, no los veo, así que decido pararme para poder concentrarme más. Eva y Paloma me alcanzan y se unen a mí en la búsqueda.

—¿No los ves? —La pelirroja está ansiosa por soltar la bolsa y meterse al agua.  
—No.  
—Yo tampoco —confirma mi jefa.  
—¿Os dais cuenta de cuántas mujeres hay allí? —digo señalándolas.  
—¡No me jodas!  
—¿Qué pasa, Eva? —pregunta Paloma.  
—¡Dime que no es cierto! —suelto al ver que se trata de nuestros chicos, que están rodeados de féminas que no dejan de pedirles que les hagan unas fotos.  
—¡Éste me va a oír! —afirma Eva echando a andar hacia ellos.  
—¡Eh, para, hormona andante! —digo cogiéndola del brazo e impidiéndole hacer cualquier tontería—. Es lo que tiene tener novios tan macizos.  
—Pero ¡míralas, si se los van a comer!  
—Más quisieran ellas, porque lo que a mi Antonio se refiere, la única que se lo va a comer enterico es la menda.  
—¿Qué hacéis aquí paradas? —pregunta Marta al llegar a nuestro lado.  
—Nada —respondo—, hablábamos de lo malo que es comer en la playa, pues a más de una le podría dar un corte de digestión.

Las chicas y yo nos echamos a reír y, cuando Paco nos alcanza, todos juntos nos encaminamos hacia la multitudinaria sesión fotográfica y posible indigestión posterior.

Urbano es el primero en vernos; está con el móvil de una de las chicas en la mano, preparado para echarles una foto. Pero, para mi sorpresa y mi gozo, se disculpa ante una de ellas devolviéndole el teléfono y se me queda mirando muy quieto, estático. Está verdaderamente imponente con su corto bañador negro y su escultural cuerpo de brillante piel morena. Por su media sonrisa y por su gesto, que ya es bien conocido por mí, puedo adivinar su mirada lasciva a través de sus oscuras gafas de sol. La dueña del móvil, que se ha percatado de mi llegada, llama la atención de sus amigas y todas se marchan entre cuchicheos. Cuando por fin llego hasta mi hombre, sólo tengo ojos para él.

—Buenos días, Limón —me saluda con una sonrisa que derretiría hasta el círculo polar ártico.  
—Buenos días, Sheriff —digo al tiempo que dejo caer la bolsa sobre la arena y me dejo abrazar por sus musculosos brazos.  
Sin importarnos nuestros amigos, la temperatura, ni siquiera las improvisadas modelos que segundos antes se arremolinaban a su alrededor, Urbano me aboca hacia él y, cual náufrago que avista un barco tras meses de soledad, se apodera de mis labios y comienza a besarme con devoción y ardor.

Los chicos llaman nuestra atención al cabo de unos cortos pero intensos segundos; han dejado sus cosas sobre las toallas y están esperándonos para bañarnos. Sonriendo por la pillada, Urbano se desprende de las gafas y yo hago lo mismo con las mías, la pamea y el fino vestido que llevo, antes de adentrarnos, todos juntos y cogidos de la mano de nuestras respectivas parejas, en las cristalinas aguas.

Como era de esperar, los chicos rápidamente hacen equipo contra nosotras y comienzan a chapotear y a intentar capuzarnos. Nosotras nos rebelamos pero, por más que lo intentamos, ellos son más fuertes y nos hacen tragar agua. Después llega el turno de jugar con una pelota y un poco a las palas.

Al mediodía, estamos exhaustas. Los chicos aún siguen compitiendo entre ellos, mientras que nosotras los observamos tomando el sol tumbadas en la arena.  
—¿Cómo me puede gustar tanto? —comenta Eva.  
—Eso mismo me pregunto yo.  
—Pues imaginaos yo, que pensaba que, a mi edad, no sería capaz de volver a vivir esto —opina Paloma.  
—Qué envidia me dais, yo a mi Paco lo tengo más que visto —suelta Marta, haciéndonos reír a todas.  
—¿Os imaginabais esto cuando estábamos detenidas en el cuartel? —pregunto.  
—Ni en mis mejores sueños —responde la pelirroja.  
—Tenemos que dar las gracias a tu vejiga, Eva —comenta mi jefa.  
—Perdona, bonita —interviene la casada del grupo—, pero si mal no recuerdo, eran tres vejigas las que iban a explotar.  
—Ahí tiene razón la rubia —me mofo.  
—Rectifico: demos gracias a las tres vejigas.  
—¡Amén! —decimos las cuatro al unísono, tronchándonos a carcajada limpia.

Más tarde, con un hambre voraz que nos consume, recogemos nuestras cosas y nos encaminamos al restaurante del puerto. Marta propone pedir un arroz al caldero, pero las chicas y yo nos negamos en redondo al pensar en el alioli y en sus devastadoras consecuencias para el aliento. Finalmente, por acuerdo unánime, pedimos una paella de arroz y marisco.

Tras el almuerzo, Marta y Paco se marchan, y los seis volvemos a la playa para pasar el resto de la tarde. Los chicos quieren enseñarnos un juego de cartas llamado «la escoba». Con las camisetas puestas, pues ya empezamos a quemarnos de tanta exposición solar, pese a la cantidad de protector que nos hemos puesto en un par de ocasiones, pasamos las siguientes horas jugando.

El sol empieza a ponerse, y la gente a marcharse. Pero nosotros no queremos irnos, aún no; llevamos tanto tiempo sin vernos que deseamos aprovechar cada

segundo.

La espalda comienza a dolerme un poco, y Urbano se ofrece a aplicarme *aftersun* para calmarme. Tumbada boca abajo, y con él sentado sobre mi trasero, empieza a darme un suave masaje. El gel frío alivia rápidamente mi ardiente piel y, sin poder reprimirlo, suelto un sonoro jadeo. Los chicos se mofan y comentan entre risas lo caldeado que está el ambiente. Y, en verdad, así es. Somos ya los únicos en la playa y, respaldados por la intimidad que esa soledad nos proporciona, nuestros amigos, que están tumbados sobre sus toallas, comienzan a besarse.

Pronto, lo que empieza siendo una muestra de simple cariño acaba convirtiéndose en auténtico fervor. Los besos de nuestros amigos suenan cada vez más intensos, más lascivos, acompañados de ahogados gemidos. El sonido comienza a excitarnos a todos. Eva y Tomás son los más cercanos a nosotros. Pese a la poca luz que hay, puedo ver cómo él, apoyado sobre un codo, toca los pechos de mi amiga con la mano que le queda libre y ella se arquea para recibirlo. Sin dejar de besarla, él desciende sobre el cuerpo de ella hasta posar su mano en su monte de Venus. La pelirroja no se corta lo más mínimo en jactarse cuando él introduce su mano bajo la braguita del bikini para acariciarle el clitoris. Urbano aumenta entonces la intensidad de su masaje, lo que me corrobora que él también está siendo testigo de la erótica escena. La excitación es general. A su lado, Paloma hace lo propio con Antonio, al que masturba sin pudor alguno bajo su abultado bañador, mientras ambos se besan con fogosidad. La complicidad y la lascivia que nos rodea provocan que Urbano baje y se tumbe a mi lado. Con mirada pretenciosa me gira hacia él y, con premura, atrapa mi boca. Su lengua juega con la mía, al tiempo que su mano acaricia mis senos desnudos. Me erizo con su delicado tacto. Sus labios devoran los míos, y nuestros jadeos se funden con los de nuestros amigos, a los que ya no vemos pero sí oímos. Mi parte íntima palpita con fuerza, como lo hacen mi acelerado corazón y mis enérgicos latidos. Su mano desciende y se abre camino entre mis calientes muslos. Jadeo. Con delicadeza, sus dedos retiran a un lado la parte baja de mi bikini para después buscar con anhelo mi hinchado clitoris, que masajea con certeros círculos. Sus movimientos van aumentando en velocidad, al igual que nuestras lenguas. Ambos gemimos.

El sonido que producen los empujones que Tomás le practica a Eva con la mano me enloquece. Mi pelirroja amiga emite un resuello de placer que se funde con el guttural jadeo que deja escapar Antonio mientras Paloma lo masturba. Estoy extasiada. Mi vagina está completamente húmeda y preparada para ser acariciada. Urbano lo siente, y la penetra con dos dedos sin dejar de acariciar mi palpitante clitoris con el pulgar. Mi cuerpo da una fuerte sacudida, acompañado de un sonoro sofoco. Mi mano busca con anhelo su miembro; está hinchado y muy caliente. Lo toco con ansia y delirio, al ritmo que me marcan sus acometidas. No puedo más, lo necesito dentro de mí, necesito sentirlo o me volveré loca. Separo mi boca de la suya y, mirándolo a los ojos, le susurro:

—Te quiero ya.  
Urbano, haciendo caso de mi proposición, se incorpora y me ayuda a levantarme. Cogidos de la mano, nos adentramos en el mar bajo la única luz que nos proporciona la brillante luna, cuyo reflejo en el agua nos acoge y nos ampara. Cuando nos cubre hasta la cintura, se para, me aboca hacia él y murmura:

—Ven aquí.  
Nuestros labios vuelven a juntarse y retoman su particular juego de apareamiento. Tomándome por el culo, me sube a horcajadas sobre sus fuertes caderas. Mis piernas se abren para abrazarlo, como lo hacen mis manos en su cuello. Nuestras partes íntimas se empujan y chocan con fuerza a través de la mojada tela de nuestra ropa de baño. Mis dedos juegan enredándose con su pelo azabache. Sus empujones aumentan, y su enorme erección frota con vehemencia mi impetuosa vagina. Con rudeza, tira de mi braguita de baño y la desgarrar, rompiéndola en pedazos. Mi postura me impide hacer lo mismo con su escueto bañador, pero Urbano logra despojarse de él con un rápido movimiento. Sin dar cabida a juegos preliminares, me penetra de un fuerte y certero empujón.

De fondo oímos las olas romper en la orilla y los resuellos de nuestros amigos. Nuestros jadeos se acrecientan, sin importarnos nada ni nadie. Sus embestidas aumentan en ritmo y en fuerza. Siento el roce y la presión que su pene ejerce sobre las paredes de mi interior, así como los certeros envites de su glándula golpeando mi punto G. Estoy extremadamente excitada. Mi húmeda vagina recibe cada empujón con verdadero deseo y lujuria. La pasión de nuestros besos aumenta al ritmo que lo hacen nuestras agitadas respiraciones. El sabor de su saliva cambia, dejándome bien claro lo enormemente excitado que está. Sus manos aprietan con brío y energía mis nalgas, que sujeta con firmeza para manejarme a su antojo. El agua acaricia nuestras partes íntimas, proporcionando el frescor que nuestros ardientes cuerpos necesitan. Mi vagina se contrae, para retener y sentir aún más su enorme pene. Voy a estallar de placer. El enorme deseo me impide seguir besándolo y me separo para tomar aire; lo necesito, ambos lo necesitamos.

Con los ojos entornados, observo cómo Eva y Tomás también se adentran en el agua y, al igual que Urbano y yo, comienzan a hacer el amor a unos metros de nosotros. Sus gemidos nos enloquecen y se funden con los que, al fondo, emiten Paloma y Antonio mientras se devoran sus partes íntimas sobre la arena con un perfecto y sincronizado sesenta y nueve. Posicionada sobre él, ella lo toca y se introduce una y otra vez su pene en la boca, al tiempo que él lame desde abajo su clitoris.

—Mírame —me reclama en un susurro Urbano.  
Obedezco. Sus verdes ojos me devoran con pasión y rabia y ardiente deseo, atravesándome el alma.  
—Te quiero, joder, y no logro saciarme de ti —murmura.

Mi corazón late con fuerza, como lo hacen nuestros movimientos y los choques de nuestros cuerpos. Mis senos friccionan con vigor su pecho y erizan mis pezones hasta el extremo. Su pene entra y sale de mí con una potencia y una energía inauditas. Mi vagina lo recibe y lo acepta, embebiéndose de él y adaptándose a la perfección. Nuestros jadeos aumentan, y Urbano los enmudece atrapando de nuevo mi boca. Sus empujones son tan intensos y fuertes que acabo abriendo los ojos para mirarlo. Ambos lo hacemos. El deseo es tan grande que somos incapaces de mantenerlos cerrados. No puedo más. Mi cuerpo se tensa, el placer me subyuga. Y, sin dejar de mirarlo y de besarlo, alcanzo un extraordinario e insólito orgasmo. Me convulsiono, pero él sigue penetrándome. Está a punto de llegar al clímax. Su mirada se oscurece. Continúa envistiéndome, agarrándome con fuerza, hasta que, levantándome en un raudo movimiento, abandona mi cuerpo para correrse. Con los corazones desbocados, ambos permanecemos quietos y abrazados durante un largo rato. Lo que acaba de pasarnos y lo que acabamos de vivir no vamos a poder olvidarlo jamás, y quedará grabado para siempre en nuestra íntima memoria.

Urbano y yo esperamos a que nuestros amigos acaben, dedicándonos miradas y besos cómplices. Pronto nos reunimos los seis y, juntos, nos damos un último baño. Los chicos salen para secarse e ir recogiendo, mientras que las chicas nos quedamos hablando y riendo en el agua.

—Ha sido increíble —murmuro.

—Yo me he puesto como una moto —cuchichea Paloma.

—Sois unas desvergonzadas y una mala influencia para mi bebé —comenta Eva.

—Pues como gima como la madre, vamos apañados —se mofa mi jefa, haciéndonos reír a carcajadas.

—¿Tanto se me oía?

—No, mujer; sólo se han enterado los que veranean en La Manga, pero nada más.

—¡Qué vergüenza! —dice Eva tapándose la cara.

—No le hagas caso —la calmo—; ¿no ves que sólo dice tonterías? Debe de haberse... bebido algo —me mofo.

—Pero mira que eres cabrona —suelta mi jefa salpicándome agua en la cara, lo que provoca las carcajadas de las tres.

Al salir, Urbano me espera con una toalla desplegada para cubrir mi desnudez. Está completamente oscuro, y la sensación de frío me hace tiritar. Envolviéndome en la toalla y rodeándome con sus cálidos brazos, me da un tierno beso antes de reunirme con el resto, que ya están terminando de recoger.

Con unas ganas tremendas de darnos una buena ducha, ponemos rumbo a mi casa de la playa, que está a muy pocos kilómetros de aquí. A media tarde, tras avisar a mis padres, les propuse a los chicos ir allí a pasar la noche, y ellos aceptaron encantados.

Con las habitaciones adjudicadas, y una vez que nos hemos duchado y arreglado, salimos a cenar. Las calles están llenas de gente, y los restaurantes también. Abrazados y en parejas, recorreremos el paseo tanto a la ida como a la vuelta. Frente a mi piso hay un chiringuito con mesas y sillas sobre la arena, y acordamos tomarnos una última copa allí antes de ir a dormir.

El domingo me despierto temprano. El brazo de Urbano reposa sobre mi cintura y, según mi último recuerdo, creo que hemos pasado toda la noche en la misma postura; el cansancio nos dejó realmente exhaustos. Con cuidado de no despertarlo, me deslizo sobre la sábana y logro bajar de la cama sin darme de bruces contra el suelo.

Llevo un pijama de verano: un pantalón corto y una camiseta de tirantes, así que salgo a hurtadillas de la habitación. Al pasar por el resto de los dormitorios, no oigo nada, pese a que están las puertas entreabiertas, por lo que deduzco que los demás aún están durmiendo. Una vez que me aseo un poco, me dirijo hacia la cocina y comienzo a preparar el desayuno. En el congelador hay unas pocas barras de pan, que descongelo, corto y meto en el horno.

Mientras rallo un par de tomates que encuentro en la nevera, miro a través de la ventana que da al mar y pienso en lo afortunada que soy al tener a Urbano en mi vida. Todo lo que estoy viviendo a su lado y lo mucho que siento por él me hacen darme cuenta de que el destino sí da segundas oportunidades. Cuando creía que lo tenía todo realmente perdido, y que ningún hombre sería capaz de volver a ocupar mi corazón, él entró en mi vida, haciendo girar mi mundo. En tan sólo unos meses, siento por él un cariño y un amor muy superior al que jamás he sentido por nadie ni creí sentir siquiera por mi ex. Ahora me doy cuenta de ello; ahora he descubierto que lo que yo creía amor era tan sólo aprecio, mera monotonía y una comodidad en la que creía sentirme segura. Pero con Alejandro es distinto, todo lo es en realidad: con él, siento de verdad, amo de verdad, y soy yo misma, en mi pura y auténtica esencia. Lo quiero hasta el extremo, y mi deseo por él va más allá del razonamiento.

Las dulces palabras de la canción *Te quiero, te quiero* [\*] salen sin darme cuenta de mi boca. Con los ojos cerrados, la interpreto de la misma forma que Rosario Flores lo hace en su particular versión. Mientras la canto con genuino sentimiento, mi piel se eriza, haciéndome tiritar. Sin que pueda evitarlo, dos lágrimas brotan de mis ojos y se deslizan suave y lentamente por mis mejillas. Lo quiero de la misma forma que reza la letra de la canción, y con la misma intensidad.

De pronto, una voz se une a la mía al tiempo que unos reconfortantes brazos me rodean por la cintura. Urbano, inclinado hacia mí, me canta al oído y yo me estremezco. Con cariño y ternura, como dice la canción, me gira hacia él y, mirándome directamente a los ojos, me canta la dulce letra. Abrazados, uno frente al otro, es mi corazón el que se ensancha de felicidad, pero mi garganta la que se estrecha por el nudo que me provocan tantas emociones. Su mirada es el fiel reflejo de la veracidad de sus sentimientos, y la canción es su vía de expresión. Mi felicidad es tan grande que temo explotar, aunque las que lo hacen son mis lágrimas, que salen imparables de mis ojos. Los suyos también están anegados y húmedos. Noto cómo tiembla y cómo su vello se eriza, al igual que el mío. Agasajada con tanto cariño, fervor y pasión, logro susurrar la última estrofa con él antes de fundirnos en un cálido y tórrido beso.

—Ahora ya sé cómo amas —murmura cuando nuestros labios se separan.

—Lo recuerdas.

—Fue en aquel momento, cuando me propuse averiguarlo —confiesa.

—¿Y si no lo hubieses conseguido?

—Lucía, ¿aún no sabes que consigo todo lo que quiero?

—¡Serás vanidoso! —digo dándole un suave golpe en el pecho.

—No se trata de vanidad, sino de luchar por lo que anhelo. Ven, quiero enseñarte algo —propone tirando de mí y llevándome hasta la habitación.

—¡Espera! No quiero que tengamos un disgusto —indico apagando el horno.

Cuando llegamos al dormitorio, Urbano trastea en su móvil y me lo entrega. Al cogerlo, me asombro al ver una fotografía mía riéndome el día del cumpleaños de Antonio.

—¿Cuándo me hiciste esta foto?

—Sigue pasando y lo entenderás.

Hago lo que me pide, y me sorprende aún más al verme en otra imagen vestida totalmente de negro, la noche que cenamos en la taberna y salimos por Murcia. Por lo que puedo apreciar en la instantánea, me echo el pelo hacia atrás mientras escucho atentamente a alguien. Intrigada, deslizo el dedo sobre la pantalla y los ojos se me abren como platos al verme en la siguiente imagen.

—¿El día que comimos en la plaza de las Flores? Yo estaba allí contigo y no te vi echarme una foto en ningún momento.

—Continúa, Limón.

—El Limón se está poniendo nervioso por no obtener ninguna respuesta que justifique todo esto —remato mientras paso una, dos, tres e incluso diez fotografías más de mí, en nuestros diferentes encuentros.

—Una de mis pasiones es la fotografía —murmura agarrándome y atrayéndome hacia sí.

—¡Eso ya lo veo! —digo extrañada a la par que un poco intrigada por el misterio que envuelve cada imagen y, sobre todo, sorprendida por no haberme percatado de cómo me hacía ninguna de ellas.

—Lucía, me apasiona la fotografía, pero sólo fotografío lo que me enamora.

—Eres un romántico, ¿lo sabías, don Soltero de Oro?

—Espero que me guardes el secreto —comenta picarón.

—Hum, déjame que lo piense... ¿Resistirme a contarles a las chicas lo que hay tras esa fachada de tío duro?

—Cuidado, Limón, podría detenerte por...

—¿Por decir la verdad? —lo corto coqueta.

—Tengo una reputación, ¿sabes?

—Tranquilo, Sheriff —susurro acercándome más a él—; tu secreto está a salvo conmigo... por ahora.

Urbano me muestra su maravillosa sonrisa antes de plantarme un largo y profundo beso, que pronto es interrumpido por el andaluz:

—Buenos días, *pareha*. ¿Desayunamos? Hay hambre.

—Tú siempre pensando en comer —lo riñe Paloma.

Pero, al darse cuenta de lo que ha dicho, y recordando cierta postura en la playa, los cuatro nos echamos a reír.

—¿Qué pasa por aquí? —aparece en la habitación Tomás, frotándose un ojo.

—La parienta, que me quiere poner a dieta —responde el andaluz.

—No te vendría mal, tío; a ver si bajas esa panza que te está saliendo —se mofa el futuro papá.

—¿A que te doy dos hostias? Estoy *hesho* un roble, tío —dice Antonio golpeándose la barriga.

—Di que sí —interviene Eva, que aparece detrás de Tomás—, eres un *fofisano*.

—A ver si voy a tener que sacar la porra.

—¡No, por Dios! Déjala que descanse, que me tiene agotada —suelta Paloma, haciéndonos reír a todos.

Los chicos se empeñan en desayunar en el chiringuito de la playa, así que, una vez que nos arreglamos y recojo todo en la cocina, nos marchamos al paseo marítimo.

De camino, nos encontramos con una furgoneta que, remolcando varias motos acuáticas, accede a la playa por la entrada que hay habilitada para ello. Los chicos, tras quedarse mirando embobados, se hacen señas entre ellos.

—¿Os apetece que alquilemos unas motos? —pregunta Urbano.

—A mí me da un poco de miedo —responde Eva, tocándose su plana barriga.

—A vosotros os cuido yo, tú déjate llevar —manifiesta Tomás, que se muere por subir a la moto.

—Y ¿quién te ha dicho a ti que es un niño? ¿Y si es una niña?

—Como si son dos, nena; el tete puede con todo.

—Menos lobos, Caperucita —se mofa mi hombre.

—¿Acaso pones en duda la capacidad de mis bichitos?

—Noooo —responde Urbano reprimiendo carcajearse—, pero sí tu capacidad para manejar una moto de esas.

—Tío, en rango serás superior a mí, pero con una de esas en mis manos, no tienes nada que hacer —lo reta Tomás.

—¿Qué apostamos? —pregunta parándose en seco.

—Lo que quieras.

—Una carrera los dos solos, ida y vuelta. Quien pierda paga la comida.

—Que sea marisco.

—¿Trato hecho? —propone Urbano ofreciéndole la mano.

—Trato hecho —afirma Tomás al tiempo que le da un apretón para cerrar el trato.

—¡Estáis locos! —comenta Eva, poniendo los ojos en blanco.

—Me muero por verlo —le susurro a Urbano al oído.

Dedicándome una mirada picacona, él me coge la cara entre las manos y, antes de plantarme un sonoro beso, me suelta:

—¡Te quiero, pijo!

Durante el desayuno, comentamos las condiciones de la apuesta. La carrera comenzará a partir de la boya que marca el final de la zona de baño. A partir de ahí, deberán llegar hasta el molino de la Encañizada, uno de los extremos donde comienza el mar Menor, y volver hasta el punto de partida. Los chicos están ansiosos por empezar cuanto antes, en contraste con Eva, que está más preocupada de lo normal y no logra emocionarse como el resto del grupo.

Dispuestos a disfrutar de una mañana de aventuras, regresamos a la playa tras pasar por la casa a cambiarnos de ropa. Urbano y Tomás están entusiasmados con la carrera, aunque tienen que aguantar las mofas de Antonio, que no ha parado de llamarlos «niñas» desde que terminamos de desayunar. El teniente es el encargado de hablar con el propietario de las motos y de negociar el alquiler. Los cuatro observamos expectantes cómo se ponen los chalecos reglamentarios y se suben a las motos. Una vez que se colocan la cuerda de seguridad en sus respectivas muñecas, arrancan los motores y se giran para hacernos el típico saludo militar. Todos se los devolvemos y vemos cómo avanzan despacio hasta la boya que marca el inicio. Cuando llegan hasta ella, se disponen uno al lado de otro, se miran y, tras unos breves segundos, salen disparados rumbo al molino.

Tengo el corazón a mil, y no puedo evitar mordirme el labio al tiempo que doy pequeños saltos de emoción. Antonio los observa con unos prismáticos que he cogido de la casa. Él nos va relatando cómo va la carrera y lo que van haciendo. Eva está mucho más nerviosa que yo, y la abrazo para intentar calmarla.

—Creo que han *llegao* —comenta el andaluz al cabo de unos minutos.

—¿Quién va ganando? —pregunto ansiosa.

—No puedo verlo bien, aunque diría que es Tomás.

—¡Toma! —suelta Eva cerrando el puño.

—Perdona, bonita —formulo con tono prepotente—, pero aún no han llegado a la meta.

—Menuda mariscada me voy a meter a costa de tu hombre —se mofa.

—¡Ja! Eso ya lo veremos.

Como aún es temprano, la playa no se ha llenado de domingueros y, por tanto, tampoco hay muchas embarcaciones, hecho que nos permite divisarlos enseguida.

—¡Ahí vienen! —anuncio emocionada.

La carrera está francamente reñida. Desde donde estamos, apenas podemos distinguir quién va en primera posición, pues los vemos muy igualados.

—¿Cómo van? —pregunta Eva.

—Sigue Tomás en *cabesa*.

—Paloma, ¿vas a querer pulpo o bogavante? —se mofa ella.

—Las dos cosas —responde mi jefa—. Gane quien gane, pienso darme un homenaje.

Los tres se ríen, pero yo estoy tan nerviosa que no puedo hacerlo. Llevo la competitividad en la sangre, y tengo la adrenalina en niveles muy altos. Ya oímos los motores, apenas les quedan unos metros de distancia. Van muy cerca uno del otro, tanto que incluso temo que puedan chocar entre ellos. Pero su destreza es asombrosa. Se acercan. Van empatados, va a ser verdaderamente difícil confirmar quién será el ganador. Últimos metros. Se miran entre ellos. Las palpitaciones las noto retumbando en el cuello. Antonio sigue mirando por los prismáticos, quiere asegurarse de saber cuál de los dos va a sobrepasar antes la boya. Ya llegan. Las motos se elevan del agua a causa de la velocidad a la que van. Urbano logra acelerar más, y parece que va a ser quien llegue primero a la meta. Pero, de pronto, Tomás es el que logra adelantarlo y consigue alcanzar antes la boya, convirtiéndose así en el ganador de la carrera.

—¡¡¡Sí!!! —grita Eva emocionada—. ¡Ése es mi hombre!

—Enhorabuena, pelirroja —digo de mala gana con el ceño fruncido. Hay algo que no me cuadra.

—¿Quién se va a hartar de marisco?

—¡Yo! —sueltan al unísono Paloma y ella al tiempo que chocan las palmas de la mano.

Cuando los chicos llegan a la orilla y todos felicitamos al sonriente vencedor, decidimos alquilar una tercera moto para darnos los seis un paseo.

Abrochándome el chaleco, observo que Urbano me espera sobre la moto, agarrado al manillar.

—¿Qué crees que haces, Sheriff?

—¿No pensarás...?

—No lo dudes —digo plantándome junto a él a la espera de que me deje a mí conducir la moto.

—¡Ah, no! ¡Eso ni lo sueñes! Míralas a ellas —dice señalándome a las chicas, que ya están subidas a las motos, de paquete, y agarradas a sus respectivos hombres.

—¡Yo no soy como ellas! —me defiendo.

—Eso ya lo sé, pero...

—¡Teniente!

—Pero ¿sabes conducir un bicho de éstos?

—Tampoco creo que sea tan difícil.

—Ni de coña te dejo que me lleves de paquete, y menos sin haberlo probado antes.

—¡Alejandro Urbano, vuelves a subestimarme! —digo poniendo los brazos en jarras.

—Se trata de supervivencia; no quiero que nos matemos.

—¡O me dejas conducir a mí, o...!

—¡Está bien, está bien! —claudica quitándose la cuerda y bajando de la moto—. Eres una maldita cabezota —murmura cuando me dispongo a subir.

—Y tú, un machista prepotente.

Los chicos, que han observado mudos la escena, se esfuerzan por reprimir la risa. Sabedora de sus pensamientos, les guiño un ojo sin que Urbano se dé cuenta, y es entonces cuando dejan salir las carcajadas que tanto luchaban por retener. Enfadado, él logra subirse tras de mí, momento en que le suelto:

—Espero que tengas seguro.

Su cara es un poema, y la mía una fiesta. Arranco la moto a la primera y, junto al resto, salimos despacio hasta sobrepasar la zona de baño.

—¡Agárrate fuerte! —digo antes de acelerar y de dar comienzo a nuestro particular paseo.

Hacia mucho tiempo que no subía a una moto acuática, pero nada más arrancarla recuerdo todo cuanto debo. La agradable sensación del viento en la cara, el rugir inconfundible del motor y sentir el mar bajo mis pies son para mí algo excepcional. Por un instante, cierro los ojos y me dejo embaucar. Urbano aún no ha dicho nada, así que comienzo a hacer giros en zigzag para provocarlo.

—¡Sabías conducirla! —grita para que lo oiga.

—¡Pues claro que sí, tontorrón!

—¿Te gusta reírte de mí, como hiciste con el billar?

—¡Siempre que me subestimes! ¡A ver si ya te vas dando cuenta! —formulo antes de volver a hacer otro giro, esta vez aún más cerrado.

Al regresar a la casa, tras pasar buena parte de la mañana con las motos y con un buen dolor de culo que lo corrobora, le cuento lo mucho que me gusta navegar y los años que llevo haciéndolo. Mi padre siempre ha sido un amante del agua, y yo he heredado su misma pasión.

—¿Tienes un barco? —pregunta curioso.

—Es mi padre quien lo tiene. *La Gabarra II* es una pequeña lancha para diez personas que compró hace dos años, tras vender *La Gabarra I*. Sólo él y yo somos los que nos atrevemos a conducirla.

—¿Sigues haciéndolo todavía?

—No tanto como querría. Suelo hacerlo cuando necesito desconectar de todo y de todos.

—No lo sabía.

—No es algo que mucha gente sepa. Navegar me ayuda cuando más lo necesito; cuando lo hago me siento libre, mis pensamientos fluyen con total autonomía. Por cierto —añado tras una breve pausa—, ¿por qué te has dejado ganar?

—¿Lo sabías? Joder, he hecho todo lo posible porque no se notara.

—Tranquilo, creo que nadie más se ha dado cuenta.

—Le espera mucho gasto en pañales —confiesa abrazándome por la cintura y acercándose a él.

—Eres muy considerado —murmuro.

—Y tú eres increíble, además de escandalosamente preciosa —susurra antes de besarme con pasión, estrechándome entre sus brazos.

A mediodía, llegamos al restaurante. Tomás y Eva no dejan de mofarse durante toda la comida ante Urbano por la larga cuenta que va a tener que pagar. En más de una ocasión, lo pilló resoplando y poniendo los ojos en blanco; realmente aprecia a su amigo.

—Dicen que el marisco es afrodisíaco —comenta Paloma mientras pela una gamba roja a la plancha.

—Pues come, niña. Tú aliméntate bien, no me entere yo de que pasas hambre.

—Niño, ¿en Huelva os meten langostinos en los biberones o qué? ¡No tienes hartura, por Dios!

—¿Qué culpa tengo yo de que estés más buena que el pan? —dice Antonio girándose hacia ella—. Es lo que tiene dar con un semental, *presiosa*.

Paloma se troncha de risa con el comentario y, sin soltar su crustáceo, se acerca a él para plantarle un sonoro beso. Conozco a mi amiga, y sé que, después de los años que llevaba ocultándose tras el trabajo y sin sentirse deseada, el andaluz es lo mejor que podría haberle pasado. Él le aporta todo lo que le faltaba. Forman una buena pareja, y verlos juntos me hace verdaderamente feliz.

Urbano, al que no se le escapa nada, me agarra el muslo por debajo de la mesa y me guiña un ojo. A la mente me viene el momento bochornoso de la cena en casa de mis padres con el descarado de Braulio. Omitiendo comentario alguno, poso mi mano sobre la suya, le doy un cálido apretón y le dedico una agradecida y tierna sonrisa.

—Por cierto, Lucía —interviene Eva—, ¿qué has organizado para la despedida de Leire?

—Es una sorpresa. Vosotras sólo tenéis que preparar una pequeña maleta con lo imprescindible.

—¿Maleta? —pregunta Urbano curioso.

—Así es.

—¿No vais a ir de fiesta y para casa?

—¡Ya salió el *sheriff*! ¡Por supuesto que no! Se trata de mi hermana, y se merece una fiesta por todo lo alto.

—¿Y es necesario que dure más de una noche?

—Ésta sí.

—¿Cuántas? —Tiene el ceño fruncido y empieza a mosquearse, lo cual, sin quererlo me divierte.

—Pues había pensado pasar una semana —respondo inocente—, pero por motivos de trabajo, me temo que la fiesta sólo va a durar un par de días.

—¿Un par de días? Y ¿adónde vais? —Su tono comienza a ser más serio de lo normal.

—Ya he dicho que es una sorpresa.

—Y ¿cuándo?

—Me extraña que no lo recuerdes. Será dentro de tres semanas, el primer sábado de septiembre.

—Esa noche tenemos guardia —interviene Tomás, que también conoce la fecha desde hace días.

—¿Queréis *dehar* a las niñas que se diviertan? —comenta Antonio—. Si por *musho* que salgan, no van a encontrar a ninguno como nosotros.

—¡Qué razón tienes, mi *arma*! —afirma Paloma.

—Prométeme que llevaréis cuidado —me apremia Urbano.

—Te lo prometo —digo levantando la mano derecha en señal de juramento.

El tema queda aquí zanjado, aunque por su oscura mirada me temo que en su cabeza aún no lo está.

Cuando nuestros estómagos ya no pueden acoger más gambas, pulpos, calamares, bogavantes y nécoras, y con la tarjeta de crédito de mi hombre temblando tras saldar su deuda, salimos del restaurante y volvemos al piso. Debemos recogerlo todo antes de marcharnos, pero los chicos están juguetones, y me piden que nos quedemos una hora más «para echar una siesta».

Entre risas, cada pareja se va a su correspondiente dormitorio. Urbano también está juguetón, y cierra la puerta al entrar.

—¿No quieres que te oigan roncar? —pregunto picarona.

—No es roncar precisamente lo que no quiero que oigan.

—¿Ah, no? Y entonces..., ¿qué es? —Mi mirada lasciva lo provoca desde la cama, mientras él se desnuda conforme se va acercando.

—Tus gritos.

—¿Mis gritos? Ja, ja, ja.

—Voy a provocarte tanto placer que gritarás mi nombre suplicándome que pare. ¡Desnúdate! —ordena.

Obedezco sin dilación. Sus exigentes palabras y su tono de voz me acaban de excitar a unos niveles insospechados, hinchando mi clitoris como un resorte. Me muerdo el labio para contener mi agitada respiración. Mi pecho se hincha una y otra vez, ofreciéndole mis erizados pezones, a la espera de ser acariciados. Su cuerpo desnudo me enloquece, parece esculpido para venerarlo, como si ante mí hubiese un auténtico dios. Su mirada me devora y mi saliva responde invadiendo mi boca a la espera de ser conquistada por su agudizada lengua.

—Joder, Limón, cómo me pones —susurra antes de comenzar a besarme con fuerza, tumbándome sobre la cama.

Le agarro el culo con las manos y tiro de él. No quiero juegos ni preliminares. Lo quiero dentro de mí, y ¡lo quiero ya! Pero él se resiste; él sí quiere jugar, y así me lo hace saber apretando las nalgas y haciendo fuerza frente a mis manos. Su resistencia aumenta mi deseo. Su lengua juega con la mía, pero mis labios compiten retándolo con un pulso. Mi boca se abre una y otra vez para devorarlo. Mi cuerpo se arquea elevando la pelvis en busca de su ansiado miembro. Sin embargo, él logra guardar las distancias; quiere hacerme delirar, y jorobadamente lo está consiguiendo. Abro los ojos para reclamarle lo que deseo, pero él no desiste. Emito un ronco jadeo, quiero que me mire, que me dé lo que anhelo. Pero él sólo me concede lo primero. Su mirada es picarona y sus ojos se mofan de mi lujuria. Bramo un gutural jadeo aún más ronco que el anterior.

—Tranquila, nena. Reserva las fuerzas para cuando te haga gritar.

Mi genio está saliendo a la luz, pero su rápida boca tapa la mía con un tórrido beso antes de que pueda decir nada. ¿Cómo puede ponerme tanto? Apoyado en los codos, comienza a rozarme mi parte íntima con su caliente y erecto pene. Mi rabia y mi deseo mantienen una encarnizada batalla, y mis manos golpean el colchón y agarran con fuerza la sábana. Sus besos aumentan en vigor y en rapidez, lo mismo que sus juguetonas embestidas. Por un instante, introduce la punta del glande en la abertura de mi vagina pero, cuando parece que la va a llenar con la totalidad de su enorme miembro, rápidamente se aparta, incrementando así mi ansia.

—Te voy a follar a lo salvaje —oímos de pronto de una voz que proviene de fuera del cuarto.

Urbano y yo nos miramos y reímos por el comentario. Ambos cesamos en nuestro juego y nos quedamos quietos y en silencio durante unos segundos para poder escuchar con claridad.

—Prepárate para sufrir el ataque de un toro bravo, nena —continúa la voz.

Contener las carcajadas nos está costando una cosa mala. No sabemos con certeza de quién se trata, si de Tomás o de Antonio, pero de lo que estamos seguros es de que va a resultar un encuentro de lo más pasional y sonoro.

—Muuuuuuu —articula la voz del pasillo, imitando a un astado.

Esta vez no podemos reprimirnos más y nos descojonamos al oír al bovino. Hemos sabido jugar en la playa y respetar nuestros momentos íntimos, pero si de algo estoy segura es de que, sea quien sea, se está ganando un buen mote.

—Toréame, nena. Menea tu capote, que te voy a embestir. Muuuuuuuu.

—Ven a mí, toro, eh, eh, que hoy pienso *superganarme* las dos orejas y el rabo.

«¡¡¡No me lo puedo creer!!!» Sin que me dé tiempo a advertir a Urbano, la puerta se abre y aparecen semidesnudos y besándose mi hermana y su novio.

—¡Coño! —suelta Alejandro, que intenta incorporarse lo más rápidamente posible.

Sin embargo, lo hace con tan mala fortuna que acaba cayéndose de la cama y dándose de bruces contra el suelo.

—¡Leire! —digo incorporándome mientras intento taparme con la sábana.

—¡Lucía! ¿Qué demonios haces aquí? —pregunta cubriéndose los pechos con las manos tras un pasmado Jaime.

—Hemos venido los seis a pasar el fin de semana. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?

—Hemos venido a pasar el día, y ahora... íbamos a...

—A torear —interviene Urbano, que, cubriéndose los genitales con la punta de la sábana, se levanta y aparece de detrás de la cama.

Intento no estallar en carcajadas, pero me es imposible. La situación es demasiado divertida y estrambótica como para no hacerlo. El Sheriff se contagia y se une a mí en las risotadas. Jaime, que por fin regresa a la vida y parece que vuelve a respirar, también se une a nosotros y acaba tronchándose.

—Pues yo *super*no le veo la gracia —se queja mi colorada hermana.

Cuanto más cabreada está ella, más me descojono de la situación.

—No es así como tenía pensado hacerlo, pero... —declaro cuando puedo parar de reír—. Alejandro, éstos son Leire, mi hermana, y Jaime, mi futuro cuñado.

—Mucho gusto —dice Urbano ofreciéndoles la mano sin moverse de donde está.

—Igualmente —responde Jaime, acercándose para darle un apretón desde el otro lado de la cama.

—Encantada —articula Leire, que, tapándose aún los pechos con los brazos cruzados, no se despega del marco de la puerta.

—Dadnos un minuto y enseguida salimos, ¿okey?

—Okey, hermanita. —Leire le hace una seña a su novio y ambos abandonan la habitación.

Entre risas y miradas de complicidad, Urbano y yo nos vestimos y salimos al salón al encuentro de la pareja. Mi hermana, que ya se ha vestido, está sentada en el sofá con un vaso de agua en las manos, mientras que Jaime, que está sentado a su lado, la consuela acariciándole la espalda.

—Perdonad que hayamos entrado así, no sabíamos que...

—Tranquila, Leire. Pensé que los papás te lo habían dicho. Debería haberte avisado a ti también.

—¿Has dicho... los seis?

—Sí, Eva y Paloma están... durmiendo... con sus chicos en las otras dos habitaciones.

—¡Qué vergüenza, por Dios! —suelta ella agachando la cabeza.

—¿Quieres hacer el favor de no darle más vueltas? En realidad, ha sido divertido.

—Así que tú eres el famoso Jaime —comenta Urbano.

—Eso parece —dice el médico poniéndose de pie y acercándose hasta él.

Pero, cuando se coloca a su lado, comprueba que el Sheriff le saca una cabeza. Él no es bajo, pero es que al lado de Alejandro casi todo el mundo lo parece.

Intentando aparentar ser más alto, se pone rígido y se estira todo lo que puede. El gesto me hace sonreír.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Urbano, que ha visto el gesto y la intención de Jaime de procurar llegar a su altura, o por lo menos de no aparentar ser enano, decide sacar su tono de voz más grave y le responde:

—Soy teniente de la Guardia Civil.

Mi futuro cuñado deja caer los hombros del susto, y Leire, a la que aún no le he hablado de él, levanta la cabeza y se queda mirándolo con unos ojos como platos.

Tengo que hacer un enorme esfuerzo por no troncharme allí mismo.

—Vaya, habrá que andarse con ojo al tener a un miembro de las fuerzas armadas en casa.

—Tres en realidad —afirma Tomás, que aparece de pronto en el salón acompañado de Eva—. Hola, soy Tomás.

—Hola, yo Jaime. Mucho gusto —responde mi futuro cuñado dándole un apretón de manos.

Eva saluda a mi hermana y, a continuación, se la presento también a Jaime, al igual que hago con Paloma, que acaba de salir del cuarto. El médico se nos queda mirando a la espera de conocer al tercer agente. En ese instante, Antonio hace acto de presencia y, tras darse a conocer a Leire, se acerca al doctor y, ofreciéndole la mano, le suelta:

—Hola, soy Antonio, *muuuuuuusho* gusto en *conoserte*.

Todos nos descojonamos de risa, incluso Jaime, que le devuelve el saludo de forma afectuosa.

Con el bochorno de mi hermana superado, y con las presentaciones hechas, pasamos el resto de la tarde juntos en el salón. Los chicos han ido a por algo de bebida y comida, y acabamos cenando en la terraza. Para mi asombro, Jaime es una persona bastante agradable, y rápidamente es acogido por todos.

—Qué calladito te lo tenías, hermanita —murmura Leire en un momento en el que ambas estamos solas en la cocina.

—¿El qué? —artículo mientras reparto unas bolas de helado en copas.

—Lo superbueno que está tu novio sin... ropa.

—Ja, ja, ja —me carcajeo—. No son cosas que se deban ir contando, ¿no crees?

—¡Ya lo creo que sí, al menos a mí! Por cierto, ¿por qué no se lo presentas a mamá y a papá?

—No creo que deba.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya sabes cómo son los hombres, les aterroriza dar ese paso, creen que es sinónimo de *encadenarse* —murmuro enfatizando la última palabra.

—Yo no lo creo así. Sólo hay que ver cómo te mira.

—Y ¿cómo lo hace? —Mi parte maruja acaba de despertar de un brinco.

—Como si temiera que fuese a pasarte algo, como si fueras una joya muy valiosa a la que cuidar y preservar.

—¿Tú crees?

—Mira, hermanita: tú serás muy lista para algunas cosas, pero de moda y de cachondos, aquí la superexperta soy yo.

—Ja, ja, ja. Eres increíble, Leire Martínez.

—¡Lo *supersé*! —se vanagloria cogiendo un par de copas y volviendo a la terraza con el resto.

Tras la agradable cena, y una vez que todo está fregado y ordenado, nos despedimos de Leire y de Jaime, que se marchan con destino a Murcia. Nosotros, en cambio, nos quedamos un poco más para terminar de recoger nuestras cosas. Mientras quitamos las sábanas y hacemos la cama con otras limpias, Urbano me comenta:

—Son gente muy agradable.

—Me alegra que pienses eso —digo orgullosa.

—Aunque ella no deja de ser una pija.

—Ya te lo advertí.

—Eso es cierto. Veo que, una vez más, has sido sincera conmigo.

En ese momento dejo de enfundar la almohada para acercarme hasta él y, abrazándolo por el cuello, le suelto:

—Urbano, no sé qué vivencias has tenido antes, pero ya te dije en su momento que siempre, siempre, digo la verdad.

—Y no te haces una idea de lo mucho que significa eso para mí —confiesa abrazándome por la cintura.

—La mentira es para mí la mayor traición, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —afirma antes de darme un tierno beso.

—¿Puedo preguntarte qué te ocurrió a ti?

—Fue hace mucho tiempo...

—Cuéntamelo —imploro.

Parece reticente pero, finalmente, decide sincerarse:

—Yo era un chaval; llevaba años colado por mi vecina de enfrente. Íbamos a la misma clase, nuestros padres eran amigos..., lo hacíamos todo juntos. Cuando por fin me atreví a pedirle que saliera conmigo, ella aceptó. Era el tío más feliz de todo el colegio, todos me envidiaban. Creí que ella iba a ser el amor de mi vida, pero al cabo de un año descubrí que me engañaba con un idiota del otro curso. Me enzarcé en una pelea con él y acabaron expulsándome tres días del colegio. Mis padres me castigaron un mes entero, aunque el daño que ella me hizo duró mucho más tiempo, y dolió cien veces más. Tomás, al que conozco de toda la vida, fue el único que estuvo a mi lado en todo momento, sobre todo cuando me daban los bajones. Desde entonces, no volví a confiar en ninguna mujer y decidí que lo mejor era no tener novia.

—De ahí lo del Soltero de Oro.

—Lucía —murmura acercándose aún más a mí—, ya te dije que lo que siento por ti es totalmente nuevo. Saber que eres del todo sincera conmigo me hace ser como de verdad soy, como ese niño que hacía y sentía todo por amor. Sólo te pido que no me hagas daño. No podría soportarlo una segunda vez.

Sus ojos están húmedos. Ante mí tengo a un hombre de metro noventa, fornido y hermoso, que me acaba de abrir por completo su corazón. Colmada de felicidad, agarro con ternura su cara con las manos, lo acerco hasta mí y ambos nos fundimos en un tierno y embriagador beso.

Al terminar de arreglar el dormitorio, y justo antes de salir por la puerta, me coge de la mano y me suelta:

—Vente conmigo.

—¿Adónde?

—Vente a mi casa unos días. Estás de vacaciones y puedes permitírtelo. Así podremos aprovechar todas las horas que tengo libres.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro como de que estoy vivo. —Su sonrisa es amplia y sincera.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que quieras. Aún te quedan dos semanas hasta que debas volver al trabajo. Mis vacaciones no son hasta finales de septiembre, pero tú puedes venir conmigo. ¿Qué me dices?

—Pues... tengo que pensar...

—Si tienes que pensarlo, mal vamos —me apremia.

—Tengo que pensar qué me llevo.

—¿Eso es un sí?

—Lo es, mi teniente.

—Mira que eres juguetona. —Su media sonrisa ilumina la habitación.

—Aunque debo pensar también qué les digo a mis padres.

—¿Aún no les has hablado de mí?

—Lo cierto es que no.

—Pues ve pensando cómo hacerlo, no quiero presentarme en la boda siendo un completo desconocido —suelta saliendo del dormitorio con total seguridad, dejándome literalmente boquiabierto y con una complaciente sensación de felicidad.



Las chicas y yo ponemos rumbo a Murcia, mientras que los chicos se dirigen a Alicante.

Paloma está radiante; por el camino nos cuenta que ella y Antonio se van una semana a Palma de Mallorca. Eva y yo nos quedamos alucinadas al oír la noticia y, como si fuésemos unas crías, lo celebramos dando gritos y aplaudiendo. La pelirroja, por su parte, nos confiesa que Tomás y ella se van a ir a vivir juntos a finales de septiembre. Al igual que con la noticia de mi jefa, ésta la celebramos de la misma forma.

Cuando llega mi turno, les cuento el ofrecimiento que me ha hecho Urbano de irme a pasar unos días con él a su casa. Pero, a diferencia de las otras novedades, ninguna dice nada, hasta que Eva, asombrada, me suelta:

—No sabes lo que eso significa para él.

—¿Por qué dices eso? —pregunto girándome para mirarla a los ojos desde el asiento del pasajero.

—Según Tomás, Urbano siempre ha defendido la idea de vivir solo, sin que ninguna mujer perturbe su templo. Cuando se lo cuente, se va a quedar en *shock*.

—Según él, yo he sido la primera que ha entrado en su piso.

—Totalmente cierto —asegura Eva.

—Vaya, morena —interviene mi jefa—, lo vuestro va en serio.

—¡Quién me lo iba a decir a mí unos meses atrás! Hace nada estaba con Miguel, y ahora...

—¿Vas a comparar al pan de molde con la pata de cabrito?

—No, si Urbano un poco cabrito sí que es.

Las tres nos tronchamos de risa con mi comentario.

—¿Os imagináis lo que pasó ayer en la playa con Miguel? Sólo de pensar que pudiera verme desnuda, me da grima.

—¡Calla, loca! —suelta la pelirroja.

—Querida Paloma, de haberos visto, te aseguro que no sería por ti por quien se habría emocionado.

Mi comentario nos hace reírnos de nuevo a las tres. Ni en el más rocambolesco de mis pensamientos habría imaginado una situación como la que vivimos ayer con alguien como Miguel. Por un lado, siento pena por él y por los años que desperdicié a su lado, pero, por otro, me siento viva, radiante y feliz por haber encontrado a un hombre maravilloso. Y también por haber superado una etapa de mi vida que, ahora más que nunca, puedo afirmar que pertenece al pasado.

Una vez llegamos a la capital, dejamos a Eva en su casa y nos dirigimos a la mía. Son más de las doce cuando Paloma me deja en mi puerta.

—¿Cuándo salís para Palma? —pregunto al bajar del coche y acercarme a su ventanilla.

—Pasado mañana. Debo preparar las maletas y dejarlo todo organizado. ¿Y tú?

—Urbano quiere que vaya mañana mismo.

—¿Y...?

—Pues que aún no les he hablado de él a mis padres.

—Lucía, ya eres más que adulta para hacer lo que quieras.

—No se trata de eso. Ahora vuelvo a vivir bajo su techo, y me creo en el deber de decirles adónde y con quién voy. Además de que no sé si están preparados para saber que su hija vuelve a estar con otra persona.

—Entiendo lo que quieres decir, pero tus padres son muy comprensivos, siempre lo han sido. No creo que vayas a tener ningún problema. Lo acogerán igual o mejor que a Jaime.

—¿Funcionará?

Paloma, que me conoce más que nadie, se baja del coche y me estrecha entre sus brazos.

—Lucía, no tengas la menor duda de que sí, yo no la tengo. Urbano te quiere y tú a él. ¿De qué tienes miedo?

—Es todo tan bonito, que temo despertarme y descubrir que ha sido un sueño.

—¿Quieres saber una cosa? —pregunta separándose y mirándome a los ojos—. Yo pensaba lo mismo que tú. Pero tomé la decisión de vivir mi vida sin importarme las consecuencias. Ahora sólo me dejó llevar. Cariño, la vida son dos días y debemos aprovecharla y exprimirla a tope. Y, si después hay que llorar, lloraremos, pero nadie nos va a quitar lo que hayamos vivido. ¡Vive, Lucía, que ya te toca!

—Gracias, nena —murmuro reprimiendo las enormes ganas que tengo de llorar.

—Anda, ven aquí, que te dé un abrazo *chillao* —dice antes de que nos abracemos con un sonoro «ayyyyyyy». Este tipo de abrazo tan típico en nuestra región es un bálsamo energizante de buen rollito y un propulsor de inevitables sonrisas.

Cuando nos despedimos y la veo marcharse en su coche, entro en el portal del edificio. Conforme voy subiendo en el ascensor, pienso en cómo contarles a mis padres mi relación con Alejandro. Pese a que es un poco tarde, me los encuentro en el salón charlando con mi hermana. Todos tienen en las manos un granizado de limón y, tras saludarlos, me sirvo un vaso en la cocina y me reúno con ellos.

La conversación gira en torno a la boda de Leire. Tan sólo faltan cuatro semanas para que se celebre y aún quedan cosas por hacer. Entre sorbo y sorbo, mi hermana nos cuenta que el vestido está casi terminado, a falta de una última prueba. Es un precioso diseño de Rosa Clará, con escote palabra de honor y falda de corte princesa, muy de su estilo. Yo seré la encargada, según ella, de colocarle la larga cola que ha pedido que le confeccionaran. De la «emoción» que me da, casi me atraganto con el granizado.

Debido a que la madre de Jaime tenía muy claro el tipo de boda que quería para su hijo, ella y mi madre, junto con los novios, están organizándolo todo: desde los adornos florales de la iglesia hasta la celebración del banquete. Pese a que en ocasiones me han consultado algún que otro detalle, agradezco que sean otras personas las que se encarguen de la planificación; por primera vez en mucho tiempo, voy a acudir a una boda sin ser yo la organizadora.

Cuando llega el turno de hablar acerca de la colocación de los invitados, Leire menciona una mesa de ocho comensales para mí y los chicos. Mis padres, al oírlo, se me quedan mirando a la espera de que yo haga algún comentario. Ellos son conocedores de la historia de Eva y Tomás, y saben que tenemos amigos, pero supongo que de ahí a ser invitados a la boda, y en un lugar preferente, va un abismo. Escrutada por sus inquisitivas miradas, finalmente me arranco a decirles:

—Eva no es la única que tiene novio; Paloma también ha rehecho su vida junto a Antonio, un amigo de Tomás.

—Y ¿quién es el número ocho? —pregunta mi padre.

—Papá, mamá, el octavo es Alejandro, Urbano para los amigos, mi... novio.

—¡Lo sabía! —suelta mi madre alzando la vista.

—¿Novio? ¿Ya?, ¿tan pronto? —El ceño fruncido de mi padre me sorprende.

—Sé que puede parecer una locura, pero lo cierto es que sí, es mi novio.

—Y ¿se puede saber a qué se dedica?

—Es compañero de Tomás y de Antonio. Los tres son guardias civiles.

—¿Me vas a meter a la Benemérita en casa? —interpela él elevando un poco el tono.

—José, por favor —interviene mi madre.

Mi padre deja de mala gana el vaso sobre la mesa con un sonoro golpe. No sé a qué viene su gesto y su actitud, pero finalmente consiguen enfadarme.

—¿Qué ocurre? ¿Un médico es buena elección pero un agente no?

—¡No, no lo es!

El ambiente se caldea a cada segundo que pasa, y no precisamente por la temperatura que hace. Mi madre lo mira implorándole que cese en su empeño y que se calme, pero él no está dispuesto a ceder, ni yo tampoco.

—No sé a cuento de qué viene todo esto, pero te guste o no, ésa es su profesión, y no la va a dejar por mucho que a ti te moleste.

—Pues déjalo tú a él.

—Pero ¿por qué?

—¡¡¡Porque lo digo yo!!! —brama.

Furiosa, impotente y con mil dudas en la cabeza, me levanto del sillón y me encamino hacia mi cuarto. Sin embargo, cuando llego al pasillo, me giro y le suelto:

—Sólo espero poder perdonarte esto algún día.

Tras de mí oigo las voces de mi madre y mi hermana intentando razonar con él, pero no logro descifrar lo que dicen ni tengo intención alguna de conseguirlo. Con todas mis fuerzas, doy un portazo al cerrar mi dormitorio y me tumbo sobre la cama para dejar salir la indescifrable rabia que siento en mi interior en forma de un amargo y solitario llanto.

El lunes me despierto con una única idea en la cabeza: marcharme a casa de Urbano. Con toda la rapidez de la que soy capaz, me doy una ducha y preparo la maleta. Cuando salgo de mi cuarto con ella y mi neceser a juego, me encuentro con mi hermana en la cocina. No tengo ganas de hablar con nadie, así que le digo con una escueta frase adónde voy y le pido que sea ella quien se lo comunique a nuestros padres. Frente a la puerta, y a punto de marcharme, Leire viene corriendo a darme un abrazo.

—Lo siento mucho, hermanita.

—Yo también, cariño, yo también —digo antes de salir definitivamente de la casa, al menos durante unos días. Ahora más que nunca, necesito alejarme de aquí y poner tierra de por medio.

Conforme salgo del ascensor, me encuentro en el rellano con un buen número de vecinos, incluidos mis padres. Están en plena reunión de la comunidad. Como puedo, me voy abriendo camino entre ellos, tirando de mi maleta con ruedas, con el bolso y el neceser en la otra mano. Al pasar junto a mi padre, observo que está inmerso en la reunión e intenta por todos los medios no mirarme. Mi madre, testigo de la cruel escena, decide acompañarme a la puerta.

—¿Adónde vas, hija? —pregunta una vez que estamos a solas en la acera.

—Me voy a su casa.

—Por Dios, hija, dime que volverás.

—Tranquila, mamá, sólo me ha invitado a pasar allí unos días.

—Debes perdonar a tu padre, necesita tiempo para asimilarlo.

—¿Qué necesita asimilar, mamá? ¿Que es Guardia Civil?

—No, cariño; que tienes novio.

—¿Se trata de eso?

—Me temo que sí; en el fondo aún no ha superado lo de Miguel. A él le dolió tanto o más que a ti.

—Pues la vida sigue, tú misma lo dijiste.

—Lo sé, cielo. Pero tu padre necesita más tiempo para asimilarlo. Cuando acabe la reunión nos marcharemos a la playa. Quizá estar allí lo ayude a ver las cosas desde otra perspectiva.

—Por cierto, ¿por qué esta reunión?

—La han convocado de urgencia esta mañana por la pintada que han hecho.

—¿Qué pintada?

—Esa que está detrás de ti, en la fachada.

Al girarme descubro un grafiti en negro con la palabra «puta». Asombrada, vuelvo a mirar a mi madre para preguntarle. Ella me cuenta que esta mañana, a primera hora, un vecino se la ha encontrado y ahora, en la reunión, se debate la mejor forma de eliminar la pintura sin dañar el ladrillo visto. Algunos comentan también la opción de colocar una cámara de seguridad en el portal del edificio.

—¿Es necesario llegar a tanto? Esto es obra de algún gamberro, no hay que darle mayor importancia.

—Opino lo mismo que tú, hija, pero ya sabes cómo son el presidente y su querida esposa.

—Bueno, os deseo mucha suerte. Me voy, mamá.

—La vamos a necesitar —se mofa ella—. Lleva cuidado y disfruta mucho, ahora que eres joven.

—Descuida.

—Sólo dime una cosa —me pide, haciéndome girar para mirarla de nuevo—: ¿está bueno?

—¡Mamá! —la riño.

—Mamá, ¿qué? Dime cómo es —apremia.

—Es muy guapo.

—¿Te trata bien?

—Como a una princesa.

—Y en la cama, ¿funciona bien?

—Me estás asustando —digo con una risa nerviosa.

—Vale, eso es que sí. Hala, puedes irte, ya me quedo más tranquila.

—¡Eres única! —afirmo antes de darle un beso y encaminarme hacia mi coche.

Si es verdad todo lo que acaba de decirme mi madre, tan sólo debo dejar pasar un poco de tiempo para que mi padre recapacite y asimile mi situación. Lo quiero con locura y sé que él a mí también, pero estar enfadados como lo estamos no beneficia a nadie, y mucho menos ahora, a tan sólo unos días de la boda de mi hermana. Con la esperanza de que todo vuelva a la normalidad y la ilusión de pasar unos días con Urbano, recorro todo el trayecto hasta llegar a su calle.

Antes de salir del coche, necesito tomarme un tiempo para mí y respirar hondo; estoy francamente nerviosa. Por experiencia sé que la convivencia no tiene nada que ver con el principio del noviazgo, donde cada uno se marcha a su casa a dormir y donde la vida cotidiana no estropea esos momentos tan únicos y mágicos que se tienen en los esporádicos encuentros. Quizá nuestra relación está yendo más rápida de lo habitual, pero, a nuestra edad, y con las circunstancias que nos rodean, así es como está sucediendo, y así es como ambos lo queremos, pese a que a mi padre le cueste asimilarlo.

Dispuesta a pasar unos días increíbles y a no pensar en nada que no seamos él y yo, saco el equipaje del maletero y me dirijo hacia su portal. En apenas diez segundos, con el corazón a punto de salir de mi pecho, me abre al verme por la cámara del telefonillo y entro en el edificio. Cuando el ascensor llega a su planta y se abren las puertas, me lo encuentro delante de mí, vestido tan sólo con un pantalón blanco y una amplia sonrisa. «¡Qué guapo está!», pienso al ver semejante estampa. Sin apartar la vista de sus increíbles ojos, salgo despacio y me coloco frente a él.

—Buenos días, Limón —murmura cogiéndome por la cintura.

—Buenos días, Sheriff.

Atrapada por su encanto, dejo caer en el suelo todo lo que llevo y me rindo a su tórrido beso. Con fuerza, lo abrazo y acaricio su desnuda espalda, al tiempo que me embriago de su particular olor. Nuestro deseo es insaciable, y sólo cuando nuestros famélicos labios se separan somos capaces de recoger mis cosas y adentrarnos en su casa.

La vivienda está igual que la última y única vez que la vi. Un escalofrío recorre mi cuerpo al recordar aquella maravillosa noche que pasamos juntos; fue nuestra primera vez. Embriagada por una agradable sensación de paz, me quedo observando cómo se dirige al cuarto tirando de la enorme maleta. Atraída como un imán, me voy

tras él.

—Tengo el turno de tarde, así que aún tenemos unas pocas horas. ¿Quieres hacer algo especial?

—No había pensado en nada en particular.

—Pues a mí se me ocurren un par de cosas que podemos hacer —murmura dejándolo todo y acercándose a mí.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? —pregunto coqueta.

—Si no recuerdo mal, tenemos algo pendiente, que fue, muuuuuuu..., interrumpido.

—Ja, ja, ja —me carcajeo al recordar al toro bravo de mi cuñado.

Urbano me atrapa entre sus brazos y, como dos locos enamorados, comenzamos a besarnos, a desnudarnos y a amarnos, dejándonos embaucar por el deseo y dando protagonismo a nuestra irrefrenable pasión.

Pese al aire acondicionado y lo fresco que está el piso, nuestro juego amatorio dura más de dos horas y nos obliga a darnos una refrescante ducha al terminar. Urbano lleva una toalla blanca alrededor de la cintura, y me quedo observándolo embobada mientras me seco el pelo. Su escultural cuerpo, digno de un adonis, provoca mis instintos más básicos, y de nuevo comienzo a besarlo. Por más que lo tenga cerca de mí, por más que lo toque o que hagamos el amor, no logro saciarme de él. Pero el tiempo es nuestro principal enemigo en estos momentos, y nuestro ardiente juego es interrumpido.

A falta de tan sólo media hora para comenzar su turno, preparamos algo rápido para comer y, como cualquier dedicada esposa, lo acompaño hasta la puerta y lo despidó con un tierno beso antes de verlo marcharse y desaparecer en el ascensor.

Aún no he deshecho las maletas, así que, tras recoger la cocina, me voy al cuarto a colocar mis cosas. Al abrir su armario, me impregno con su inconfundible olor. Con los ojos cerrados, una dulce sonrisa curva mis labios. Al volver a la realidad, me sorprende al ver que la ropa está impecablemente ordenada y planchada. «Este hombre es una joya», pienso al coger un par de perchas vacías. Cuando llega el turno del baño y abro el armario pequeño que tiene junto al espejo, me encuentro con el mismo orden. Moviendo sus enseres a un lado, pongo los míos junto a los suyos. Aunque sé que no es la misma situación, la imagen me recuerda inevitablemente al día que me mudé a vivir con mi ex, y un extraño escalofrío recorre mi cuerpo.

Una vez colocado todo en su sitio, y a falta de varias horas para que regrese a casa, me debato entre salir a pasear y conocer el barrio o quedarme en el piso mirándolo y cotilleándolo todo. Finalmente, decido hacer lo primero.

Urbano me ha entregado una copia de las llaves de su casa y me ha hablado de una zona de tiendas a unas pocas manzanas, a la que llego en pocos minutos. Visito varios comercios de ropa, complementos y calzado, pero no termino comprándome nada. Casi al final de la calle, al pasar por delante de una tienda de regalos y decoración, me quedo embobada mirando su ornamentado escaparate. Entre tan variados y originales objetos, encuentro uno que llama poderosamente mi atención. Sin dudar, entro con la determinación de comprarlo y de darle una sorpresa a Alejandro a su vuelta a casa, una vez que acabe el turno.

Cuando voy a salir, me doy de bruces con la serpiente de Ángela, que, acompañada del sinvergüenza de su novio, entran en la tienda. Su activa mirada me escudriña de arriba abajo, mientras que la de él es una mezcla entre el temor y la sorpresa. Todo transcurre en apenas unos segundos, pero es tiempo más que suficiente para darme cuenta de que él lleva unas leves marcas amarillas alrededor del ojo y una pequeña herida en el labio. Sin querer demostrar ni un ápice de interés por ambos, decido volver la vista y encaminarme hacia la calle. Tengo el corazón a mil pero no quiero aparentar el nerviosismo que en realidad siento, así que, con la bolsa con lo que acabo de comprar en una mano y con mi bolso colgado al hombro, me dirijo de vuelta al piso con paso firme y decidido.

Por el camino, decenas de imágenes me invaden: el pasillo oscuro donde me acorraló, su prepotente voz, las manos de ella sobre Urbano, su mirada al salir...

Los nervios me impiden dar con la llave que llevo en el bolso, y tardo más de lo que querría en abrir el portal. Tengo tantas ganas de llegar al piso que hasta el ascensor parece ir más lento de lo normal. Cuando por fin llega a su destino, abro con premura la puerta de la vivienda y, aún con el temblor en el cuerpo, la cierro tras de mí.

Repuesta del corto pero desagradable encuentro, y tras echarme un poco de agua en la cara, cojo el móvil para llamar a Paloma. La pillo preparando las maletas, pues sale de viaje mañana con Antonio. Entre prenda y prenda, le cuento lo que me acaba de pasar en la tienda de regalos. Ella me aconseja que no le comente nada a Urbano, pero yo no lo tengo tan claro. El hecho de haberme cruzado con ellos en este barrio me resulta, cuando menos, sospechoso.

—Apenas vas a estar unos días con él, ¿no crees que es mejor no darle preocupaciones?

—Supongo que tienes razón —claudico.

—Hazme caso. Olvidate de ese par de serpientes y aprovecha el tiempo que estés con él. Dime que lo harás —me apremia.

—Lo haré —afirmo antes de desearle un buen viaje, despedirme y colgar.

Mi amiga, como casi siempre, tiene toda la razón. No debo desperdiciar los días que voy a pasar con él. Lo que ocurrió hace poco más de dos semanas en aquella maldita discoteca pertenece ya al pasado, y no debo dejar que me estropee el presente.

Tras ponerme al día con los correos electrónicos que tengo pendientes, borrando vídeos chorras del WhatsApp y demás, llega la noche. Mi reencuentro con Urbano es inminente. No hemos hablado acerca de si vamos a salir o no a tomar algo, pero como aún tengo tiempo, me decanto por preparar la cena y quedarnos en casa.

Puntual, como es habitual en él, aparece por la puerta. Con unas inmensas ganas de verlo, me acerco y le planto un buen beso de bienvenida. Pero su semblante es más serio de lo normal, lo que llama irremediablemente mi atención.

—¿Qué ocurre? —pregunto curiosa.

—Nada, un turno más duro de lo normal. Voy a darme una ducha y ahora te cuento, ¿vale?

—Vale —afirmo viéndolo marcharse al cuarto de baño sin haberme dedicado tan siquiera una pequeña sonrisa.

El día está siendo realmente extraño para mí, pero estoy dispuesta a ponerlo todo de mi parte para que eso cambie. Así pues, respirando hondo, me animo a mí misma a sacar fuerzas para aparentar normalidad mientras pongo la mesa y abro una botella de vino. Al salir, lo espero con una copa en cada mano; le ofrezco una y le doy un tierno beso.

—Ven —digo tirando de él—. Espero que te guste lo que he preparado.

Él se deja llevar, y pronto estamos uno delante del otro degustando una sabrosa cena. Sin embargo, su actitud es muy distinta de la habitual y, antes de llegar al postre, le pregunto de nuevo:

—¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, tranquila.

—No hay cosa que me ponga más nerviosa que cuando me dices que me tranquilice. Suéltalo ya o me va a dar algo.

—Hemos tenido una dura experiencia, eso es todo. No quiero aburrirte con las cosas de mi trabajo.

—Urbano —digo cogiéndole la mano por encima de la mesa—, no me aburriría jamás escuchándote. Pero no estás bien, y no saber qué te ocurre hace que yo tampoco lo esté. ¿Puedes comprender eso?

Entre los dos se produce lo que me parece un silencio eterno, que es sólo interrumpido por el sonido de los platos que él, tras levantarse y dirigirse a la cocina, recoge y lleva al fregadero. Su mutismo está poniéndome realmente nerviosa. Necesito unos segundos para saber qué hacer, no soy capaz de reaccionar. Debe de haber sido algo muy duro para que no quiera contarme nada, pero necesito saberlo, necesito saber que está bien, apoyarlo... No obstante, él no me da la opción. Sigue recogiendo toda la mesa, mientras que yo sigo sentada y paralizada, a la espera de que él pueda o quiera contarme lo que le ha pasado. Por un lado gritaría enfadada por su falta de confianza en mí pero, por otro, me esperaría hasta darle la oportunidad de abrirse sin presión alguna. Cuando ya no queda nada más por retirar de la mesa, Urbano se sienta de nuevo frente a mí y, tras un sonoro suspiro, comienza a relatarme:

—Fue a media tarde. Estábamos realizando un control en un peaje Tomás, Soriano, un compañero al que no conoces, y yo. Al parar a uno de los vehículos y pedirle el permiso de conducir y la documentación del coche, el conductor no puso ningún tipo de objeción, al contrario, su actitud fue excesivamente cordial, lo que despertó mis sospechas. Decidí intervenir en persona y lo invité a bajar del vehículo y a que abriera el maletero. En ese momento comenzó a ponerse nervioso y nos dijo, en un acento extranjero, que era compañero del Cuerpo Nacional de Policía. Tomás, Soriano y yo nos miramos extrañados. Volví a pedirle que bajara del coche. El hombre sacó una cartera del bolsillo posterior de su pantalón con una placa identificativa y un carné del cuerpo. A simple vista parecía real, pero seguía sin cuadrarme; así que decidí sacar el carné de la funda y comprobé que en el reverso no había ningún dato, corroborando así que era falso.

Yo escucho en silencio todo lo que me relata, con el corazón acelerado.

—Entonces, el conductor se percató de que lo habíamos pillado e intentó arrancar el vehículo para salir huyendo. Pero Soriano, debido a su gran experiencia en el cuerpo, fue más rápido que él. Lo asió de las ropas y consiguió que saliera. Todo sucedió en apenas unos segundos. Al bajar, comprobamos que el tío era más grande

que yo, parecía un armario —me explica señalando el tamaño de sus hombros—. En la refriega —continúa tras una breve pausa—, Soriano y yo acabamos en el suelo junto con el gigante al pretender reducirlo.

Boquiabierta, llevándome la mano a la cara, sigo escuchando nerviosa mientras compruebo con la mirada que físicamente aparenta estar bien. La idea de que pueda pasarle algo me entristece y me atemoriza al mismo tiempo. Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza, pero prefiero esperar a que llegue el momento y dejar que siga contándome.

—El conductor la emprendió a golpes contra nosotros. Tomás también intervino, pero apenas podíamos los tres contra él. Yo intenté ponerle las esposas para proceder a su detención, pero me fue imposible. Soriano, incluso, tuvo que usar el espray de defensa para poder neutralizarlo. Al final lo conseguimos, y lo introdujimos en el furgón.

Un suspiro de alivio sale mis pulmones al oír la última frase. Pero, al parecer, ahí no queda todo. Urbano hace una breve pausa y continúa:

—El individuo no llevaba arma alguna, pero cuando registramos el vehículo encontramos en el maletero un pasamontañas, unos guantes negros, dos pistolas automáticas, un revólver y un taser, todos ellos municionados. Bajo el asiento del pasajero había otra pistola automática con silenciador, con su cargador también municionado y una bala alojada en la recámara, preparada para disparar.

—¡Dios mío! —dejo salir en un susurro. Tengo el corazón retumbándome en el pecho y las manos me tiemblan.

—Cuando introdujimos la verdadera identidad en la base de datos de delincuencia, descubrimos que tenía antecedentes policiales. Nos sorprendimos al averiguar que se trataba de un tío muy peligroso y violento que se encuentra en busca y captura por la Gendarmería francesa. Es un sicario con doble nacionalidad que, tras ser extraditado a Francia para cumplir una pena de veinte años de cárcel, logró escapar. También hemos comprobado que se trata de un importante cargo de la distribución de cocaína en Estados Unidos y en Europa.

A estas alturas de su relato, ya no puedo reprimirme más y me levanto para lanzarme literalmente a sus brazos. Él me acoge sobre su regazo, abrazándome por la cintura.

—Estoy bien, tranquila. Perdón, he olvidado que no te gusta —manifiesta mostrando por primera vez en toda la noche una media sonrisa.

—Ahora mismo es lo que menos me puede molestar —afirmo agarrándome a su cuello.

—Ya te he dicho que estoy bien. Tomás, en cambio, ha salido peor parado.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunto con los ojos abiertos como platos, mirándolo a la cara.

—En el forcejeo se ha raspado la rodilla, algo sin importancia. Al llegar al cuartel se ha curado él mismo.

—¿Y el otro compañero?

—¿Soriano? —Afirmo con la cabeza—. Él está bien. Tan sólo tiene las típicas magulladuras que te dejan este tipo de refriegas.

—¿Tú también las tienes? —pregunto mirándole los brazos.

—Alguna que otra, pero seguro que salgo de ésta. Vas a tener teniente para rato —se mofa.

Su estado de ánimo vuelve a ser el de siempre, y eso es lo que ciertamente logra tranquilizarme.

—Eso espero, o tendrás que vértelas conmigo —lo reto, señalándolo con el dedo.

—¿Sabes qué ha sido lo mejor de todo?

—¿Qué?

—Nos han felicitado tanto el director general de la Guardia Civil como el director general de la Gendarmería francesa.

—¿En serio? Y ¿os van a condecorar?

—Ja, ja, ja —ríe por fin a carcajadas—. No, Limón; eso cuesta mucho más ganárselo. Hoy me quedo sin condecoración.

—No estoy de acuerdo contigo —opino levantándome en busca de la bolsa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, si ellos están tan ciegos que no quieren dártela, es su problema —digo volviendo a sentarme sobre su regazo con el regalo que le he comprado esta tarde

—. Toma, ábrelo.

Urbano me hace caso y comienza a desenvolverlo. Al ver de lo que se trata, se echa a reír.

—¿Una placa de *sheriff*? —pregunta divertido.

—Así es —digo abriendo el imperdible y colocándoselo en su entallada camiseta—. Teniente Urbano, lo condecoro y lo nombro mi *sheriff* favorito.

—Eres increíble. Aunque te he mentido en una cosa —suelta de pronto.

—¿En qué?

—Lo mejor de todo no han sido sus felicitaciones; lo mejor de todo... eres tú. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Soy el tío más afortunado del mundo. Te quiero, ¿lo sabías?

Con el corazón esta vez henchido de felicidad por sus tiernas palabras, le cojo la cara entre las manos y le planto un tórrido beso, que es prontamente respondido. Con el deseo que nuestros labios demuestran, mi condecorado agente me levanta en peso y me lleva en brazos hacia el dormitorio, donde nos dejamos llevar por la pasión y el cariño que sentimos el uno por el otro. Con la mayor de las ternuras y el mayor de los anhelos, hacemos el amor como nunca antes lo habíamos hecho.

Ahora sí que puedo confirmar que el día ha sido realmente extraño, pero si todos acaban de esta forma, va a merecer la pena pasar aquí con él el resto de la semana.

Sin apenas darme cuenta, los días han pasado volando y ya estamos a viernes. A lo largo de todas las tardes de la semana he tenido tiempo de conocer el barrio, de ver álbumes de fotos de Urbano cuando era pequeño y de confraternizar incluso con la vecina de enfrente, Dolores, una amable señora mayor que vive sola tras enviudar hace ya más de diez años. En más de una ocasión hemos coincidido en el rellano, e incluso el miércoles me invitó a tomar el té a su casa. Pero esta tarde me apetece quedarme en el salón viendo películas de la televisión de pago. Quiero reservar fuerzas, pues, tanto las noches como las mañanas, Urbano y yo las pasamos dando rienda suelta a nuestra pasión.

Afortunadamente, una vez que finalice esta noche el turno, no tendrá que volver a trabajar hasta el lunes, ya que tiene todo el fin de semana libre. Entre las muchas cosas que hemos planeado durante estos días, está irnos a pasar el sábado a Benidorm. Sin embargo, quiero darle una sorpresa para agradecerle la maravillosa semana que hemos pasado juntos. Así pues, dejando para más tarde mi sesión cinéfila, cojo el móvil, tiro de agenda y hago una llamada. ¡Hecho! Acabo de reservar una habitación doble con *jacuzzi*, terraza y vistas al mar en uno de los mejores hoteles de la ciudad, pese a estar en temporada alta. Para completar mi plan, me voy directa al dormitorio y lleno mi maleta de ropa tanto suya como mía, con lo imprescindible y necesario para pasar un par de días. Hago lo mismo con el neceser en el cuarto de baño y... ¡listo!

Cuando llega la noche y Urbano entra por la puerta, lo recibo con un abrazo *chillao* de los míos. Él me mira asombrado, y yo le explico en qué consiste, haciéndole reír.

—Tengo una sorpresa para ti —declara.

—¿Ah, sí? Y ¿qué es?

—Cierra los ojos.

Divertida, obedezco al tiempo que lo suelto para poner las manos con las palmas hacia arriba. Con cuidado, me coloca algo rígido y cuadrado sobre ellas.

—¿Puedo abrirlos ya?

—Sí, impaciente.

Intrigada por saber de qué se trata, rompo bruscamente el papel de regalo, ganándome su mofa. Una vez destrozado el envoltorio, me sorprende al ver que se trata de un CD de música grabado por él, en cuya carátula aparecemos los dos juntos en un *selfie* que nos hicimos a principio de semana. En el reverso veo escrita una lista de nuestras canciones: las del karaoke, la que bailamos juntos por primera vez, las que nombramos aquella noche en la terraza de Paloma y, por supuesto, *Te quiero, te quiero* [\*] de Rosario Flores. Con los ojos húmedos, alzo la vista para dedicarle una tierna mirada que refleja todo el amor que le profeso.

—Gracias —susurro con un nudo en la garganta lleno de emociones.

—Gracias a ti por aparecer en mi vida.

Agarrándome por la cintura, atrapa mis labios con irrefrenable deseo y legítima veneración. Mi cuerpo responde raudo a su influjo, y ambos nos dejamos llevar por nuestro anhelo hasta altas horas de la madrugada, acompañados de la música que nos brinda el CD, que no deja de sonar una y otra vez.

—Tengo hambre —murmura mientras reposo mi cabeza sobre su pecho.

—No te sacias nunca.

—No me refiero a ese tipo de hambruna —aclara—. Son más de las tres de la mañana y no he probado bocado desde ayer a mediodía.

Percatándome de que, al igual que el suyo, mi estómago no ha recibido ningún alimento en más de doce horas, mi apetito se despierta y reclama a gritos mi atención. Desnudos, y con la luz que la noche nos aporta entrando tímidamente por las ventanas, nos dirigimos descalzos a la cocina. Mientras él saca el menaje, yo abro la nevera en busca de algo de comida.

—Las he visto más rápidas —apremia dándome un cachete en el culo.

—Y yo, menos exigentes —respondo acariciándome la dolorida nalga.

—¿Te he hecho daño?

—No, pero pica —contesto sacando algo de embutido y restos que guardaba en envases de plástico.

—Si mal no recuerdo, te debía una por cierto rodillazo.

—En aquella ocasión te lo merecías. Y que no te quepa la menor duda de que volvería a hacerlo si fuese necesario.

—¿Sabes lo que te mereces tú ahora, por descarada?

—Sorpréndeme —murmuro coqueta y atrevida, lamiendo mi tenedor.

Urbano termina de masticar lo que tiene en la boca y me suelta:

—Te mereces que te enseñe modales aquí mismo, sobre la encimera y de forma salvaje.

—¡No hay huevos! —lo reto.

—¿Que no hay... qué?

—Ya me has oído.

—Lo siento mucho por los vecinos, y me importa una mierda que me denuncien..., pero no pienso parar por más que grites suplicando que lo haga.

—No me das miedo, teniente —murmuro riéndome.

Sus ojos se oscurecen y, tras limpiarse con una servilleta la boca de la forma más aterradoramente erótica, viene directo hacia mí. Previendo sus intenciones, suelto el tenedor y salgo corriendo, con risa floja, en dirección al cuarto de baño. Urbano, divertido, viene tras de mí intentando alcanzarme, lo que logra sin mucho esfuerzo debido a las enormes zancadas que dan sus largas piernas.

—A ver si de una vez por todas aprendes que no debes meterte con un agente —dice mientras me atrapa y me sube sobre su hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Suéltame! —exijo dándole puñetazos en la espalda, partiéndome de risa.

—¿Qué parte de... «no pienso parar por más que grites» no has entendido?

De vuelta de nuevo en la cocina, me suelta y me sienta sobre la fría encimera. A punto estoy de clavarme el tenedor que he dejado segundos antes de comenzar el provocador juego. Lo agarro para no hacerme daño, pero él se lo toma como una amenaza.

—¿Crees que un tenedor te va a salvar de mi efectiva lección?

—¿Efectiva? Eso habría que verlo —murmuro retándolo con la mirada y volviendo a dejar el tenedor sobre la piedra.

—¡Tú te lo has buscado!

Agarrándome la cabeza con la mano y tirando de mí, comienza a besarme salvajemente. Sus labios empujan con fuerza los míos, al tiempo que nuestras lenguas entran en una encarnizada batalla, pretendiendo alcanzar el triunfo y dominar a la parte contraria.

En un rápido y rudo gesto intenta acercarme a él, pero mis piernas no están dispuestas a ponérselo fácil ni a cederle el terreno. Pese al desmesurado esfuerzo que hacen por mantenerse juntas e infranqueables, la fuerza de Urbano es muy superior a la mía y, con ambas manos, logra separarlas, haciéndose con la conquista. Su batalla y su merecida victoria son celebradas por sus roncós jadeos, que consiguen excitar y despertar a mi parte íntima. Su desenfundada lengua y el maquiavélico roce de su entrepierna provocan a mis afiladas uñas, que se clavan en su desnuda y fornida espalda con firmeza. Un gutural quejido sale de su garganta. Nuestros ojos se encuentran y se retan en una desafiante mirada.

Incapaz de aguantar más la excitante y lujuriosa situación, me baja hasta ponerme los pies en el suelo y me gira con brusquedad, de cara a la encimera. Con los codos apoyados, Urbano me da nuevamente un sonoro cachete en el culo, a lo que respondo emitiendo un guasón quejido. Con sus manos atrapa mis nalgas para abrirlas con

firmeza y rozarme con la punta de su pene. El gesto me provoca una contracción en el interior de la vagina. Sin dejar de masajearme un glúteo con una mano, con la otra rodea mi cintura para atrapar mi hinchado clitoris. Su miembro presiona con fuerza el final de mi espalda, suplicando poder entrar y conquistar su preciado tesoro. Mi jadeo le hace enloquecer.

—Eres mía —murmura con lascivia, dándome pequeños bocados en el cuello—. Voy a follarte con todas mis fuerzas, a metértela hasta el fondo y sin piedad. Sus rudas palabras me hacen perder el juicio. Sin importarme nada lo que puedan pensar los vecinos, me dejo llevar y aumento el volumen de mis placenteros quejidos. Cuando siente que mi sexo ya está lo suficientemente húmedo para él, vuelve a agarrarme las nalgas con ambas manos para abrirme y penetrarme con brusquedad y premura. Me estremezco. Cogiéndome por los hombros para ayudarse en su cometido, llena y vacía mi interior a gran velocidad. Sus empujones son rápidos, rudos y certeros, haciéndome gritar de gusto. El borde de la encimera se marca con vigor en mis antebrazos mientras mis pechos la golpean con los rítmicos empujones. Siento una mezcla entre dolor y placer hasta ahora desconocida para mí. Mi mente lucha por reprimir mis sonoros jadeos y mis lascivos gritos, pero mi boca no se lo permite y consigue expresar lo que mi excitado cuerpo siente en cada poro.

Mi enardecimiento logra excitarlo también más a él, que me penetra con más fuerza, sujetándose por la cadera con ambas manos. Su sonora respiración se entremezcla con la mía. Su lujuria es tan grande que me lo hace saber con embestidas extremadamente fuertes y con una enorme cachetada en el culo. En respuesta a la mezcla de sensaciones, mi tono llega a ser tan alto que, echándose sobre mí, me tapa la boca con una mano mientras con la otra acaricia mi abotargado clitoris. Mis jadeos se ahogan en su palma, que tan con tanto acierto ha sabido colocar. Sus envites son ahora más poderosos, más lujuriosos. Más que nunca, me siento suya, plena y absolutamente suya. Quiero que me posea, que me penetre una y otra vez con la fuerza y la rudeza con la que lo está haciendo. Porque él también es mío. Ambos estamos hechos el uno para el otro, como lo demuestran nuestras partes íntimas, que se acoplan a la perfección de una forma inaudita y mágica.

La postura facilita la penetración de tal forma que siento cada milímetro de su miembro introduciéndose en mi interior, rasgándolo, desgarrándolo de pasión y deseo. Mis erguidos pezones arden con la fricción sobre la piedra. Mis brazos comienzan a resentirse. Pero nada me importa. Quiero que continúe, y él también lo quiere. Tanto llegamos a sentir que, cuando nuestros cuerpos no pueden soportarlo más, juntos nos dejamos llevar por un desgarrador y devastador orgasmo. Luego permanecemos unidos, pegados el uno al otro, convulsionándonos durante varios segundos. Las piernas me flaquean, pero sus manos impiden que pueda caerme al suelo. Urbano sigue en mi interior derramando su semilla, ya sin riesgo alguno por la píldora que tomo.

Con su pecho apoyado sobre mi espalda, aguardamos sudorosos a que nuestros latidos se apacigüen. La sensación de felicidad me abrume y me cobija. Amo de él su ternura, su cariño, pero también su parte ruda y fiera, como la que acaba de mostrarme. Afortunada por tenerlo, cuando mi agitada respiración logra calmarse, me giro hacia él y ambos nos fundimos en un húmedo y tierno abrazo.

—Si ésta es tu forma de castigarme, voy a tener que considerar ser mucho más mala. Mi comentario le hace reír, y con fuerza me atrapa aún más entre sus brazos. —Eres lo mejor que me ha pasado en mi jodida vida. Te quiero, Lucía. —Yo también te quiero, Alejandro —murmuro cobijada en su pecho con todo el amor que siente mi prendado corazón.

El sábado nos despertamos más tarde de lo habitual. Nuestro morboso encuentro en la cocina nos dejó exhaustos y nuestros cuerpos necesitaban un merecido descanso.

Con el estómago lleno tras el desayuno, ponemos rumbo a Benidorm. Como era de esperar, Urbano se extraña al ver la maleta y el neceser, pero con la excusa de que soy una mujer coqueta, logro mantener la sorpresa a salvo hasta llegar a la puerta del hotel.

—¿Para qué venimos aquí? ¿No íbamos a ir a la playa?

—Confía en mí y deja que sea yo por una vez la que lleve las riendas.

—Está bien —claudica dándome un corto beso.

En recepción, doy mis datos y me entregan la tarjeta llave de la suite. Urbano, cargado con la maleta y el neceser, ya sabe a estas alturas de qué va todo, y tan sólo cumple obediente lo que le he pedido. Al abrir la puerta de la formidable y exclusiva habitación, hasta yo misma me sorprendo. Es un increíble miniapartamento, con un *jacuzzi* privado dentro de la habitación, un cuarto de baño enorme con ducha para dos y una fastuosa terraza con un juego de tumbonas, mesa y sillas de *huitex* en color marrón chocolate. El salón alberga una gran televisión de plasma, un sofá en piel de color negro, un pequeño escritorio y una mininevera.

La cama, al igual que el increíble *jacuzzi*, llama poderosamente nuestra atención: además de ser enorme, está concienzudamente vestida, y a sus pies hay dos albornoces a juego con dos toallas y zapatillas de un solo uso debidamente envueltas en sus fundas de plástico.

—Estás loca, ¿lo sabías? —comenta dejando la maleta y el neceser junto al armario.

—Lo siento, va incluido en el lote —me mofa mientras juego con el mando que abre y cierra las cortinas.

—No pienso dejar que pagues tú sola esta habitación.

—Tranquilo, no cuesta más que la mariscada que pagaste el otro día.

—No me lo recuerdes, con ese dinero Tomás habría tenido para pañales durante un año.

—¿Te apetece navegar? —pregunto de pronto.

—¿Ahora?

—¿Acaso se te ocurre otra cosa mejor que hacer?

—Hombre, teniendo en cuenta que ese *jacuzzi* me está mirando... —dice juguetón sin quitarle ojo a la enorme bañera.

—Tenemos tiempo de zambullirnos en él. Quiero enseñarte cómo surco las olas.

—De acuerdo —afirma acercándose a mí—, siempre y cuando me prometas que luego surcaremos las burbujas.

—Ja, ja, ja. Te lo prometo.

Tengo que hacer un gran esfuerzo por no dejarme embaucar nuevamente por él, así que, una vez hechas un par de llamadas y confirmado el alquiler de una embarcación, nos dirigimos hacia el club náutico. Debido a mi trabajo, suelo desenvolverme bien en este tipo de situaciones y, sin demorarnos demasiado, antes de lo previsto estamos subidos en una preciosa lancha de 220 cv. Al oír el sonido del motor me embarga una doble sensación, y no puedo evitar cerrar los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, es sólo que acabo de acordarme de algo.

—¿De qué se trata?

—Te lo cuento en alta mar, ¿te parece? —propongo presionando la palanca para salir definitivamente del puerto, rumbo a lo desconocido.

Conforme vamos saliendo del club, voy aumentando la velocidad. Por el rabillo del ojo veo cómo Urbano se agarra fuerte al asidero, y no puedo evitar reírme y acelerar aún más. Por un instante vuelvo a cerrar los ojos para dejarme embaucar por la agradable brisa que acaricia mi cara. Adoro navegar más que ninguna otra actividad en el mundo, después de la de hacer el amor con él, claro.

Cuando estamos lo suficientemente lejos de la orilla, aminoro y apago el motor.

—¿Me vas a contar ya qué te pasa?

—La semana pasada me hablaste de conocer a mis padres —comienzo sentándome a su lado.

—Así es.

—Al llegar a casa los encontré hablando en el salón con Leire acerca de la distribución de las mesas para el convite. Aún no les había hablado de ti, y fue entonces cuando se enteraron.

—¿Y?

—Pues que mi padre no se lo tomó muy bien y... discutimos.

—¿Discutiste con tu padre por mí?

—Yo pensaba que sí, pero mi madre me aclaró antes de venir que se trataba del hecho de que tuviera novio, no de ti en concreto.

—¿Es por lo de tu ex?

—Sí. Al parecer, aún no lo ha superado —confieso agachando la cabeza.

—Vaya, además de conquistar a la hija, debo hacerlo también con el padre.

—¿Aún quieres conocerlo? —Mi sorpresa es tan grande que pongo cara de cría.

—Ahora más que nunca.

—Te quiero, ¿lo sabías? —declaro subiéndome a horcajadas sobre él.

—Algo de eso he oído. —Su juguetona vanidad lo hace ganador de un pequeño beso.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo.

—Siempre.

—¿Por qué nunca me has hablado de los tuyos?

Su semblante cambia en décimas de segundo, dejándome inquieta por un momento. Tras una breve pausa y un suspiro, Urbano me confiesa:

—Mis padres son chapados a la antigua. Cuando se enteraron de mi trayectoria con las mujeres y de cómo me portaba con ellas, mi padre me advirtió que no le abriría las puertas a ninguna a menos que sentara la cabeza y la elegida fuese mi prometida.

—Vaya —murmuro—. Entonces deduzco que no saben de mi existencia.

—Mi padre aún no, pero mi madre sí. Es una mujer muy inteligente y no se le escapa nada. —Me enorgullece conocer esta última parte, pero no digo nada—. En una de mis visitas —continúa—, aprovechando la ausencia de mi padre, mi madre me preguntó quién era ella y cómo se llamaba.

—¿Qué le dijiste?

—Al principio lo negué, pero su perspicacia fue mayor que mi mentira, y acabé respondiendo a sus interminables preguntas. Las mujeres sois unas cotillas de cuidado.

—¡Atención, Sheriff! —le advierto frunciendo el ceño—. Estamos en alta mar y puedo echarte a los tiburones.

—El único tiburón que hay por aquí lo tienes delante —se mofa dándome leves bocados por los brazos y haciéndome reír a carcajadas—. Dile a tu padre —añade tras cesar en su juego— que estará encantado de aceptar una invitación a cenar.

—¿Estás seguro de dónde te metes?

—Ya estoy dentro, nena. Pero, ya que estamos, hagamos las cosas como es debido.

Orgullosa de sus palabras, lo beso con tal ternura y pasión que temo que acabemos aquí mismo entregándonos el uno al otro, rodeados de cientos de miradas que



pueden escrutarlos. Pese al esfuerzo que me supone separarme de él, le pregunto:

—¿Surcamos burbujas?

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —declara risueño—. Eso sí, la vuelta la hago yo.

—Mucho estabas durando.

Con una amplia sonrisa y afirmando con un leve movimiento de la cabeza, logro levantarme de su regazo y colocarme en el lugar del acompañante. Urbano, con su gran porte, su increíble físico y su pericia al conducir, nos lleva de vuelta al club, haciéndome sentir la mujer más feliz del mundo acompañada de mis dos grandes pasiones: él y el mar.

Como dos tortolitos incapaces de soltarnos, llegamos a la habitación del hotel. Conforme cierra la puerta tras de sí, comienza a desnudarse mientras me devora con mirada felina. Apartando, o más bien tirando al suelo de un manotazo todo lo que hay sobre la cama, me subo a ella mientras observo cómo pone en marcha el *jacuzzi*. Él me contempla sorprendido al girarse y comprobar que lo espero sobre las sábanas y no junto a la bañera. Con el dedo índice, le hago un gesto para que se acerque hacia mí y, cuando lo hace, le susurro al oído:

—Desnúdame.

Obediente, empieza a quitarme la poca ropa que llevo sin apartar la vista de mis ojos. Los míos responden a los suyos con la misma pasión y deseo con los que ellos me observan. Desnuda por completo y de rodillas frente a él, me coge finalmente en brazos y me introduce en el *jacuzzi*.

Sin dejar de mirarme, comienza a quitarse la ropa hasta quedar del todo desnudo ante mí, mostrándome su enorme erección y su magnífico y escultural cuerpo. Las vistas que dejan intuir los enormes ventanales desde la altura a la que nos encontramos son los únicos testigos de nuestros cuerpos entregados al deseo.

De forma pausada, Urbano entra en la enorme bañera y se instala en el mojado y cubierto banco que hay en un lateral. Atraída, me siento sobre él a horcajadas, rodeando con mis piernas su cadera, le agarro la nuca con las manos y comienzo a besarlo con pasión. Su piel morena destaca frente al blanco impoluto de la fibra de vidrio del inmenso *jacuzzi*. Lo abrazo con fuerza. Nuestros besos aumentan y avivan nuestro pulso. Sus corpulentos brazos me rodean y presionan mi espalda. El amor que sentimos el uno por el otro es tan grande que nos estrujamos con más ímpetu. Siento que le pertenezco.

Mis senos se oprimen contra su musculoso pecho. Sus carnosos labios devoran apasionadamente los míos, conquistándolos, apoderándose de ellos como si la vida le fuese en ello. Nuestras fervientes lenguas se entrelazan, sometidas a un anhelo encarnizado. Las caldeadas burbujas aumentan irrefrenables nuestro tórrido deseo. Urbano abre los ojos para mirarme y demandarme, pero yo aún no quiero concederle las mieles de la conquista; quiero alargar lo máximo posible su anhelo. Envuelta entre sus brazos, tira de mí hacia abajo para conseguir su ardiente empeño. Haciendo fuerza con las piernas, logro evitar su conquista al tiempo que lo miro con sorna. Su entrecejo se frunce en señal de desaprobación, lo que no hace más que incrementar mi humor y mis ganas de seguir jugando con él. El extremo de su miembro acaricia una y otra vez mi parte más íntima, pero mi posición favorece mi particular diversión. Urbano lo desaprueba emitiendo un gutural quejido. Su presión es cada vez más intensa, como lo es la que ejercen mis rodillas sobre el asiento en el que posa su trasero. El agua me cubre hasta la cintura, dejando libres mis pechos y mis brazos, con los que me apoyo sobre sus robustos hombros. Mis manos juegan con su pelo mientras nuestras bocas se rinden a un ardiente deseo.

Dejándome empujar por él por unos instantes, consigue introducir su glánde en mi húmeda e invitante vagina, aunque pronto vuelvo a subir y a desprenderme de él. Un ronco gemido de desaprobación me arranca nuevamente una lujuriosa sonrisa. Su gen mandón se está viendo reducido a un mero títere manejado a mi antojo. Divertida por la situación, repito la hazaña, permitiéndole penetrarme apenas durante unos pocos segundos. Su miembro es tan grande y perfecto para mí que me estremezco al percibirlo. Jadeo. Sus manos agarran con fuerza mi cadera; quiere conseguir su objetivo, conquistar mi interior. Pero yo aún no estoy dispuesta a ceder. En un nuevo impulso, logro evadir su plena invasión y me alzo para desprenderme de su inflamado y abrasador pene. Su mirada se oscurece. Sus manos aprietan ahora con fuerza mis nalgas y él intenta por todos los medios bajarme.

De pronto, su boca abandona la mía para atrapar mi labio inferior y tirar de él con nervio. El momento me resulta tan divertido que no puedo evitar reírme a carcajadas. Tengo al enorme y sexi teniente sometido a mi antojo. Su enojado gemido y su lasciva mirada me excitan aún más, y de nuevo atrapo su boca, que devoro con ferviente pasión. Mi abultado clitoris late con fuerza, como lo hace mi incandescente corazón. Nuestras agitadas respiraciones ansían la fusión de nuestros cuerpos, la consecución de un ardiente deseo. No puedo soportarlo más. Una cómplice mirada le concede el permiso, y él, con premura, tira de mí y me penetra de un rápido empellón. Su erecto pene es recibido por mi anhelante vagina, que se adapta a cada paso, recibéndolo con verdadera impaciencia. El envite que la punta de su miembro me proporciona en mi punto álgido de deleite me provoca un extenuante gemido. Cierro los ojos.

Nuestros ardientes besos aumentan en intensidad, como lo hacen las enérgicas acometidas. Urbano deja escapar un gutural jadeo, confirmándome así su lasciva lujuria. Quiero más, necesito más. Ayudándome de mis piernas, acompaso mis empellones a los suyos. La penetración es total. Siento que voy a explotar de placer. Sin dejar de besarme y de abrazarme, me penetra una y otra vez con más fuerza. El sonido del burbujeo del agua se entremezcla con el de nuestros gemidos. Calor; noto mucho calor.

—Me vuelves loco —susurra jadeante—. Eres perfecta para mí.

Sus palabras y su impúdica mirada me estremecen. Nuestros cuerpos se entrelazan y se acoplan a la perfección, demostrando en cada envite, en cada roce, el gran amor que nos profesamos. Estoy tan enamorada de él que cada poro de mi piel rezuma lo mucho que lo amo. Nuestro incitante sudor logra excitarnos a ambos, pero él aún tiene más sed de mí.

Abandonando mi boca, atrapa uno de mis pechos con los labios y tira con brío. Su lengua bordea con desenfreno uno de mis pezones, que, junto con el resto de mi cuerpo, sube y baja al ritmo de los ardientes envites. Agarrada a su nuca, arqueo la espalda para facilitarle los lametones. Mis pezones están erguidos y abultados con el tacto de su viciosa lengua, mientras mi vagina es invadida sin descanso por su enorme pene. Comienzo a trazar círculos con la cadera, aumentando así nuestro ferviente deseo. La lascivia es tan ardiente que Urbano coge agua con la palma de la mano y la vierte sobre mi abrasador pecho. Su saliva se entremezcla con las gotas que resbalan eróticas por mis senos.

Cuando creo que voy a estallar de placer, su boca repite lo mismo con el otro pecho, al tiempo que con lujuria me agarra del culo y abre sin pudor mis nalgas para introducirme con cuidado la punta del dedo en el ano. Lo miro extrañada a la vez que extasiada. El placer es inaudito, indescriptible. La doble penetración y su lengua jugando con mi erguido pezón logran transportarme a una satisfacción que jamás he sentido. Me gusta, quiero más. Con la mirada se lo imploro y se lo exijo al mismo tiempo. Él entiende e introduce aún más el dedo. Jadeo. La mezcla de dolor y placer se apodera de mí. Urbano gime extasiado al oírme y proporcionarme tanta satisfacción.

Abandonando mi nalga, su otra mano recorre mi pubis y culmina en mi hinchado clitoris. No puedo evitar gritar. Mis ojos se abren en todo su esplendor en respuesta a tan inmenso placer. Mi pezón, mi vagina, mi ano y ahora también mi clitoris están siendo placenteramente invadidos y conquistados por la lujuria, la pasión y el más puro desenfreno. Consumida por el intenso gozo que siento, no logro soportarlo más y me dejo llevar por un majestuoso y grandioso orgasmo, acompañado de deleitosos espasmos y guturales jadeos. Sin demora, y sin acabar de convulsionarme, Urbano también alcanza el clímax corriéndose en el interior de mi vagina, explotando de placer. Lo abrazo. Ambos nos abrazamos.

—Cuánto te quiero. ¡Joder! —suelta con la respiración aún entrecortada.

—Y yo a ti.

Jamás he querido ni deseado a nadie de esta forma. Él lo es todo para mí, y yo lo soy para él. Nuestra unión es tan intensa y firme que sé que nada ni nadie podrán separarnos.

Cerca del ocaso, y de nuevo hambrientos después de tantas horas de encuentro amoroso, nos duchamos, nos arreglamos y salimos del hotel en busca de algún restaurante que nos llame la atención.

Abrazados, vamos paseando por las abarrotadas calles de la ciudad. El ambiente festivo, las diferentes nacionalidades de los viandantes, las tiendas aún abiertas y los innumerables bares y locales nos demuestran a cada paso que damos que estamos en uno de los lugares más visitados en esta época del año. El brazo de Urbano reposa sobre mi hombro, y yo me siento la mujer más segura y envidiada del mundo. Pese a lo cosmopolita que es esta ciudad, él no deja de llamar la atención en cada lugar por el que vamos pasando. Mi teniente es consciente del influjo que desprende, y en más de una ocasión me lo hace saber para ponerme celosa, a lo que yo le respondo con leves codazos en su costado. Le encanta hacerme rabiar y, en el fondo, a mí me gusta que lo haga.

No obstante, de pronto, la buena sintonía se ve incómodamente interrumpida cuando nos cruzamos con Ángela, que aparece ante nosotros acompañada de una rubia de bote. «No me lo puedo creer. Otra vez, no», pienso al verlas acercarse. Urbano se tensa y, sin ser consciente, me aprieta la mano con la que me tiene sujeta. Sin decirnos nada, continuamos andando, pero con una marcada rigidez.

—Hola, Alejandro —saluda la serpiente de pelo largo y moreno al llegar a nuestra altura. Pero, viendo que él no responde, continúa—: Vaya, ya veo que te ha comido la lengua el gato.

—¿Qué quieres, Ángela? —pregunta él de mala gana.  
—Me alegra verte por aquí —coquetea sin reparos—. Por cierto, lo que le hiciste a mi ex lo tenía bien merecido; no sé si sabrás que mi relación con él terminó esa misma noche y no he vuelto a verlo —suelta refiriéndose al vigilante de seguridad.

«¡Mentirosa, arpía, hija de la gran p...! Yo os vi juntos hace cinco días», pienso al oírla.  
—Nadie puede afirmar que fuera yo quien le hiciera nada y, en cuanto a tu relación, sin ofender, es algo que no me importa.  
—Sólo quería que lo supieras. Yo ya no tengo nada que ver con él. ¡Pero, por Dios, qué maleducada soy! Alejandro, ésta es Vanesa, una buena amiga mía.  
—Mucho gusto —la saluda él educada pero tajantemente, sin moverse ni un ápice.  
—Encantada de conocerte —dice la otra abalanzándose de forma literal sobre él y robándole dos besos.

Mi furia va en aumento y no me creo con la capacidad suficiente para contenerla. Mientras la rubia se acerca a mi hombre, miro a la serpiente y la pillo observándome con mirada triunfal. Sus labios comienzan a moverse y, desde nuestra corta distancia, puedo entender lo que mudamente me dicen: «Jó-de-te». Incapaz de aguantar ni un segundo más esta farsa, me suelto del brazo de Urbano y, con toda la rabia que llevo dentro, le propino un puñetazo en toda la cara.

—¡Jódete tú, zorra! —le grito mientras se lleva la mano a la cara y es socorrida por su rubia amiga.  
De una zancada, Urbano me alcanza y me aparta a un lado para enfrentarse a ella.  
—No sé lo que le has hecho, pero estoy seguro de que te lo has ganado. ¡Aléjate de ella para siempre! —le ordena.  
—Eso ya lo veremos —masculla la arpía, que aún se resiente del golpe que le he dado.  
—¡Te lo advierto sólo una vez! ¡No me hagas que tenga que hacerlo una segunda, por tu bien te lo digo! —brama mientras yo intento tirar de él para marcharnos de aquí cuanto antes.

Pese al gran bullicio de gente, nadie ha visto nada, o no ha querido verlo; pero con franqueza no me importa. Sólo siento unas ganas enormes de desaparecer de su lado. Urbano, que piensa lo mismo que yo, me abraza y me saca rápidamente de la calle. Al torcer la esquina, con una notable seriedad y tensión, se para en seco y me pregunta por lo sucedido. Aún con el corazón latiéndome con fuerza por el enfrentamiento, le cuento lo que he leído en sus labios. Extremadamente nervioso, comienza a dar vueltas y a andar de un lado para otro mientras yo lo observo quieta y en silencio. Cuando por fin consigue calmarse, se coloca frente a mí y, mirándome la mano, me pregunta:

—¿Te duele?  
—Lo cierto es que sí —confieso. Con la adrenalina no me he percatado hasta este momento de cuánto me duelen los nudillos.  
—Siento mucho lo que ha pasado —dice agarrándose entre sus brazos y abocándose hacia él.  
—Tranquilo, estoy bien. Sólo necesito algo de... hielo. Pegar duele, ¿lo sabías?  
Mi ocurrencia logra sacarle una sonrisa, y nuestros ánimos consiguen apaciguarse en medio de toda la vorágine de gente.  
—Me crucé con ella y el portero el otro día en tu barrio.  
—¿Te hicieron algo? —pregunta levantándose la barbilla para que lo mire.  
—No, tan sólo nos cruzamos en la tienda donde te compré la placa. Pero a veces las miradas... lo dicen todo. ¿Qué crees que ha querido decir con eso de «ya lo veremos»?

—No lo sé..., pero te aseguro que esa zorra no volverá a hacernos daño.  
—¿Tú crees?  
—Sí, lo creo. Te doy mi palabra —declara dándome un beso en la frente y estrechándose de nuevo entre sus brazos.

No sé qué tiene pensado hacer o no Urbano para que su promesa se cumpla, pero lo cierto es que no me importa. Como tampoco me importa averiguar por qué me la he cruzado dos veces en tan corto espacio de tiempo, ni nada que tenga que ver con ella. Lo que en realidad sí valoro y me interesa es estar con él y pasar lo que queda del fin de semana pensando única y exclusivamente en nosotros. Así pues, decidida a lograr mi objetivo, y con la firmeza y la cabezonería que me caracterizan, lo animo en actitud divertida a continuar la noche de la mejor forma que se me ocurre.

—¿Un espectáculo de monólogos? —pregunta extrañado cuando escucha mi proposición.  
—Sí. Hay un local donde, después de servir la cena, tienen espectáculos en directo. Y esta noche hay monólogos de humor.  
—Y ¿se puede saber cómo diablos sabes tú eso?  
—A ver si te vas a creer que dedicaba las tardes a esperarte con el plumero en la mano, chato.  
—¡Ay, mi limón, limonero! ¿Qué haría yo sin ti?  
—Aburrirte y echarme de menos —suelto mientras tiro de él para retomar el paso y dirigirnos hacia la sala de fiestas.

Mi idea resulta de lo más acertada al comprobar cómo nos tronchamos de risa con los humoristas. Hemos cenado de lo lindo y ahora toca divertirse, lo que por fortuna estamos consiguiendo.

Con el buen sabor de boca del espectáculo, retomamos el camino de vuelta al hotel. Y es allí, completamente solos en la habitación, cuando damos rienda suelta a nuestros sentimientos, demostrándonoslos de la mejor forma que nuestros cuerpos saben manifestar.

El fin de semana más bonito y romántico de mi vida, quitando el fatídico encuentro con la serpiente, está llegando a su fin. De vuelta en casa de Urbano, mientras empaqueto mis cosas, él insiste en que me quede.

—Sólo me queda una semana de vacaciones, tú tienes que trabajar y quiero ver a las chicas.

—Las chicas pueden esperar.

—Además, tengo un asunto pendiente que resolver, y lo sabes.

—Quédate un par de días más; puedes hablar con tu padre a la vuelta.

—Ellos volverán al piso de la playa mañana, y debo hacer esto en persona. Teniente —añado dejando la prenda que tengo en las manos sobre la cama y acercándome a él—, tengo que organizar una cena muy importante, ¿recuerdas?

—Eres una maldita cabezota —murmura cogiéndome por la cintura.

—Lo sé, pero en el fondo te encanta —digo rozando mi nariz con la suya.

—Soy masoquista.

—Libras el sábado, ¿no?

—Sí, esta semana sólo tengo libre ese día. Aún me queda un mes para las vacaciones pero, gracias a ti, este fin de semana ha sido el oasis que necesitaba.

—En eso tienes razón, hemos tenido agua para hartarnos. —Ambos reímos.

Antes de marcharme del piso, me paso por casa de Dolores para despedirme. La mujer, con su habitual amabilidad, me da dos besos y me susurra sin que Urbano pueda oírlo que me lo cuidará y me lo vigilará. Su comentario me hace poner cara de sorpresa, aunque en el fondo me encanta la idea.

Una vez que estamos junto a mi coche, me dispongo a entrar cuando, sin pensarlo, vuelvo a cerrar la puerta y me lanzo a sus brazos para darle un último beso. Es como el típico «cuelga tú», «no, tú», pero en carne y hueso. Si antes me costaba separarme de él, lo de hoy es una auténtica tortura. Cuando por fin encuentro las fuerzas suficientes para despedirme, me subo al coche con su sabor aún en los labios y su inconfundible olor en las manos.

—Lleva mucho cuidado por el camino.

—Y tú en el trabajo.

—Siempre lo tengo.

—Yo también —remato guiñándole el ojo.

El trayecto de vuelta a Murcia lo hago repasando mentalmente cada minuto que he pasado con él. Si hemos vivido tantas cosas incluso sin tener él vacaciones, ¿qué no viviremos cuando nos coincidan las suyas y las mías? La vida a su lado me parece increíble; Urbano es lo mejor que me ha pasado. Sin embargo, ahora debo hacérselo entender a mi padre, al que espero poder convencerlo de lo irremediablemente feliz que soy estando con él.

Consigo aparcamiento en la misma puerta del edificio; se nota que estamos en el mes más festivo. Echo un vistazo a la fachada y compruebo que han logrado eliminar el grafiti, lo cual me alegra y me confirma lo eficientes y rápidos que son los vecinos. Éste siempre ha sido un buen barrio, y confío en que seguirá siéndolo.

Antes de meter la llave en la cerradura de la puerta de casa, suspiro para coger fuerzas y prepararme para el encuentro con mi padre. Mi madre es la primera en recibirme y me somete a un tercer grado. Como puedo, voy contestando a sus interminables preguntas sin entrar en detalles, hasta que le pregunto por él.

—Ha ido al centro social, no tardará en volver.

—¿Cómo está?

—Está más tranquilo. Habla con él. Sabes lo terco que es y no dará su brazo a torcer hasta que lo hagas tú primero.

—Lo sé, pero no me importa empezar yo; me importa el resultado.

—Qué orgullosa me siento de ser tu madre —formula antes de darme un sonoro beso.

—¿Dónde está «la Súper»?

—¿Dónde va a estar? Con Jaime. Hija —murmura acercándose a mí como si alguien pudiera oírnos—, espero que tú y el guardia no seáis tan empalagosos..., queda feo.

Su comentario me hace reír, y esta vez soy yo la que le doy el beso. Mi madre y sus salidas. En ese momento oigo trastear una llave: es mi padre. Su cara no refleja sorpresa, debe de haber visto el coche aparcado en la puerta. Pero su cabezonería le impide decirme ni tan siquiera un simple «hola». Llevo años oyendo que mi padre es un terco, pero también que yo he salido a él, y que incluso lo supero. Así pues, haciendo honor a mi título familiar, y con el objetivo de que acepte mi relación con Urbano, cojo dos cervezas de la nevera y me voy en su busca.

—Toma, papá. —Le ofrezco el tercio cuando llego junto a su sillón favorito, donde se ha sentado nada más llegar.

—Gracias —responde de mala gana sin mirarme a la cara.

—Estaba equivocada.

—Me alegro de que lo sepas.

—Estaba equivocada al pensar que el amor verdadero era lo que yo tenía con Miguel —aclaro. Él sigue mirando la televisión, aunque sé que me escucha—. Quizá lo que le hice no estuvo del todo bien o no fue políticamente correcto —continúo—, pero fue la única forma que se me ocurrió de defender mi honor y el de nuestra familia. Cuando me enteré de su relación con el primo Juan, sentí que el mundo se me venía encima. Seguía respirando, pero en el fondo estaba muerta o, al menos, lo estaba por dentro. Tenía la certeza de que jamás volvería a ser yo misma y de que ya no volvería a amar a nadie. Pero nuevamente me equivoqué. No he sabido lo que es el verdadero amor hasta que he conocido a Alejandro. Él me respeta y me cuida como sólo una persona ha sabido hacerlo..., tú.

Mi padre por primera vez se gira para contemplarme. Sus ojos están anegados en lágrimas. Ambos aguantamos las miradas sin decirnos nada. Su barbilla comienza a temblar, y es ahí cuando mis lágrimas luchan por salir, pese a que hago lo posible por reprimirlas; necesito retenerlas hasta que él diga algo. Conozco a mi padre, y nunca antes lo había visto llorar. Sé que nuestra discusión del otro día ha supuesto mucho más para él que para mí, porque confío plenamente en mis sentimientos por Urbano y sé que él acabará aceptándolo. Mis palabras surten efecto, y de pronto mi padre, golpeándose el muslo, murmura:

—Ven aquí.

Obedezco y, como cuando era pequeña, me subo sobre su regazo para dejarme abrazar por él. ¡Cuánto echaba de menos sus abrazos! Durante un buen rato nos quedamos así, en silencio; todo está ya dicho. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo mi madre, emocionada, nos observa desde la cocina secándose los ojos con un pañuelo. El instante es tan mágico que cierro los ojos para retenerlo para siempre en mi memoria.

—Dime, por lo menos, que no es del Madrid —suelta mi padre de pronto.

Su comentario me hace reír para mis adentros. El hecho de que lo pregunte es un claro ejemplo de que lo acaba de aceptar.

—Me temo que sí.

—¡Joder!

—Lo siento, papá.

—Más lo siento yo, porque va a ver cómo les metemos una goleada el sábado en San Mamés. Invítalo a cenar; creo que me voy a divertir.

Orgullosa del padre que tengo y feliz por su aceptación, me aferro con más fuerza a él. No sé cuánto tiempo estamos así, pero sé cuándo se interrumpe el momento. Leire acaba de aparecer por la puerta.

—¡Me *encantísima*! Lucía y papá de nuevo juntos. Aunque ya eres un poco mayor para estar en sus brazos, ¿no crees, hermanita?

Su comentario nos hace reír a todos.

—Leire —la llama mi padre—, dile a Jaime que lo espero el sábado aquí a las nueve. Tenemos una cena para conocer al novio de Lucía.

Mi hermana me pregunta con la mirada, y yo asiento con la cabeza. Como es habitual en ella, comienza a dar saltos de alegría y palmadas insonoras, al tiempo que sale disparada hacia su cuarto para telefonear a su toro bravo.

Al terminar el turno, Urbano me llama y aprovecho para darle la buena noticia.

—Limón, va a ser un desastre —manifiesta.

—¿Por qué dices eso? —pregunto preocupada.

—Porque la goleada se la vamos a meter nosotros, y me odiará para siempre.

—¿No está Ronaldo lesionado o de viaje? No es que quiera que le pase nada, pero es que...

—Ja, ja, ja. Te entiendo, pero me temo que no. Está con el equipo y juega de titular.

—¡Dios, la que nos espera!

Mis palabras nos hacen reír a ambos. No soy muy aficionada al fútbol, pero cruzaré los dedos porque ese día gane el Athletic, por el bien de nuestra relación.

El martes por la mañana, Paloma y Antonio regresan de su viaje, y por la tarde organizamos una quedada de chicas. Llevo tiempo sin verlas y las echo mucho de menos.

La cita es en nuestra cafetería habitual, la que hay junto al parque de los patos. Eva está más somnolienta de lo habitual.

—Parezco una marmota, todo el día con sueño —se queja.

—Eso son los primeros meses de embarazo; lo peor viene después —afirma Marta.

—¿Peor que esto? No me asustes, que bastante tengo con el *alien*.

—¿Le has puesto de mote *alien*? —pregunto divertida.

Paloma está a punto de descojonarse.

—¿Cómo, si no, te explicas que una lenteja pueda manejarme tanto? Tiene poderes, lo tengo claro.

—Habrá que llamar a los de «Cuarto milenio» —se mofa Paloma, haciéndonos reír a todas.

—Y ¿qué tal tu viaje con Antonio? —La rubia se muere por saber.

—Ay, nenas, ha sido como una luna de miel. ¿Qué digo? Mejor que la que tuve con el sinvergüenza de mi ex.

—Cuenta, cuenta —apremio.

—Chicas, Palma es preciosa. Tenemos que ir.

—Sí, como a París —comenta Marta, recordando nuestra vieja conversación de escaparnos algún día las cuatro.

—A París no, pero a parir sí sé de una que va a ir —interviene Eva.

—Pues cuando nazca la princesa, nos vamos. Las playas son cristalinas, las tiendas son una pasada. Por cierto, os he traído un detalle de la isla.

Paloma nos entrega unos pequeños objetos que rápidamente desenvolvemos.

—¿Un imán? —pregunta Marta.

—El detalle es lo que cuenta. ¿Qué esperabas que te trajera?

—No sé: unos zapatos, media docena de ensaimadas o un maromo cachondo, que a mi Paco lo tengo muy visto.

Tras la broma, le damos las gracias por el regalo.

Durante el resto de la tarde escuchamos a Paloma relatarnos su maravilloso viaje con Antonio. Entre risillas, nos confiesa que está muy enamorada de él, y que el andaluz le ha pedido que se vayan a vivir juntos. Las cuatro lo celebramos pidiendo una botella de cava y un refresco para la pelirroja y brindamos por la nueva noticia.

Antonio tiene pensado venirse a vivir a Murcia, pues no quiere que Paloma esté todo el día en la carretera. Lo mismo ocurre con Tomás, que, al final, para primeros de septiembre se traslada a casa de Eva. Cuando llega mi turno, les cuento a las chicas mi fantástica semana con Urbano. La pregunta de marras no se hace esperar y, como buenamente puedo, les explico que aún no hemos hablado de dar el gran paso.

—Algún día tendrás que irte de casa de tus padres —afirma Marta.

—Lo sé, pero quiero esperar a que pase todo esto de la boda. Después, ya veré qué hago.

—¿Te irías a vivir a Alicante? —pregunta Paloma.

—No me he parado a pensar en eso todavía —confieso—, aunque no me agrada la idea de hacer tantos kilómetros a diario.

—Podrías trabajar desde allí. Yo haría las visitas por ti. Con que vinieras un par de días a la semana sería más que suficiente.

—¿Estás loca? Y ¿dejarte sola? Ni hablar.

—Lucía, el trabajo es fácilmente reemplazable; el amor verdadero no lo es.

—Ahí doña imanes tiene toda la razón —afirma la rubia.

—No lo sé. Tendría que pensarlo. Además, no me lo ha pedido como han hecho con vosotras, así que...

—Lo mío ha sido fuerza mayor —suelta la bella durmiente.

—Eso te pasa por ser tan *recogía* —comenta la casada, y de nuevo nos hace reír a todas.

El sol comienza a ponerse, y las chicas y yo decidimos ir a echar de comer a nuestros patos favoritos. Apoyadas en la barandilla del puente, hablamos sobre cómo va a ser la despedida de soltera de Leire. Paloma hace un comentario sobre el toro bravo y, tras las inevitables preguntas de Marta, le contamos la anécdota del piso de la playa. No sé si por la cantidad de líquido que hemos ingerido, o porque el cava se nos ha subido a las tres a la cabeza pero, al rememorar la historia y oír las carcajadas pegadizas de la rubia, salimos todas escopetadas hacia el baño de la cafetería.

La quedada finaliza al caer la noche. Emplazándonos por repetirla más veces ahora que estamos de vacaciones, acordamos en vernos todas las tardes una vez pasada la hora de la siesta.

Nuestras interminables charlas y las visitas a los centros comerciales para ir de compras me hacen más llevadera la semana, hasta que llega el sábado, día en que voy a volver a ver a Urbano y cuando, por primera vez, me voy a convertir en una hinch, forofa y fanática incondicional del Athletic Club de Bilbao.

Son las siete de la tarde, y aún quedan dos horas para que se produzca el encuentro. Los nervios me impiden pensar con claridad; hasta estoy por pintarme los mofletes con los colores del equipo, pero creo que sería demasiado. Mis padres han vuelto de la playa, y yo ando de un lado para otro sin saber muy bien qué hacer. Tras la escueta pero efectiva charla con mi padre, todo parece apuntar a que volvemos a ser la familia de siempre, aunque yo me siento como una estudiante a punto de hacer su mayor y más importante examen de carrera.

Como menú, mi madre ha escogido lo que más le gusta a mi padre: pizza barbacoa casera. Sabe que tenerlo contento es primordial para que todo fluya con normalidad. «¡Chica lista!» Necesito mantenerme ocupada, así que me voy a la cocina a empezar a preparar la cena. Por el pasillo aparece Leire, que, sorprendentemente, se une a mí.

—¿Tú cocinando, hermanita?

—*Supersí*. Voy a convertirme en una mujer casada, debo aprender a hacer algo.

—¿Llamar todos los días para encargar la comida? —me mofo.

—En eso soy titulada experta.

—Te comprendo, ser princesa es muy duro.

—¿Estás nerviosa? —pregunta de pronto.

—Estoy hecha un flan.

—No te preocupes por papá. Estoy supersegura de que Urbano le va a encantar.

—Eso espero —confieso dando un suspiro.

—¿Qué te vas a poner esta noche?  
—Un vestido negro que me he comprado esta semana, con las chicas.  
—¡Enséñámelo, *porfi*!

No sé si la verdadera intención de mi superhermana es saber realmente lo que voy a ponerme para la cena o se trata de una artimaña para relajarme, pero he de reconocer que funciona. Como dos adolescentes, nos probamos nuestros correspondientes vestidos entre risas y confidencias, hasta que llega la hora de arreglarnos definitivamente. Mi madre nos ha sustituido en la cocina y, cuando salimos, ya está el comedor impregnado del olor que sale del horno.

Leire y yo estamos poniendo la mesa cuando suena el timbre del portal. El corazón me da un vuelco, pero es mi hermana la que, dando saltitos, se apresura a descolgar el telefonillo. Con la mirada le pregunto de quién se trata, y ella me responde señalándose. Un suspiro nervioso sale de mis adentros. Tengo un cúmulo de sentimientos: por un lado, que mi padre y él se conozcan y, por el otro, volver a reencontrarnos después de cinco días sin vernos. Mi padre, que anda colocando y preparando la mesa de la tele, se acerca hasta mí y me susurra:

—Tranquila, hija, que no me como a nadie.  
—Ya, papá. Es sólo que...  
—Lo sé, hija, lo sé —murmura acariciándome la cara.

Jaime entra por la puerta y saluda a toda la familia. Mi hermana no lo suelta del brazo ni un segundo y, en un instante en que ellos no se percatan, observo a mi madre mirando hacia arriba, poniendo los ojos en blanco. La imagen me hace sonreír.

La mesa está puesta cuando suena de nuevo el timbre. Mis latidos vuelven a recordarme lo mucho que lo echo de menos, y mis manos sudorosas, la importancia que tiene para mí este encuentro. Mi madre, que no ha podido resistirse a ir corriendo a mirar por la cámara a Urbano, es la encargada de abrirle la puerta de la calle. Una vez lo hace, se gira hacia mí y, de forma muda, me suelta un «¡guau!» que puedo leer con facilidad en sus labios. La ocurrencia curva los míos. Si de algo estoy segura es de que, además de que lo amo, su influjo en las mujeres es devastador.

Cuando por fin entra por la puerta de casa, mi corazón directamente está en plena fiesta de la tamborrada. Por más citas que hayamos tenido, o por mil atuendos que se haya puesto, nunca antes lo había visto tan guapo; sencillamente está espectacular todo vestido de negro, con una recortada barba que lo hace mil veces más interesante, y con una botella de vino en la mano. Mi madre, que también ha sido quien le ha abierto la puerta del piso, lo recibe embobada en la entrada. Atraída como un imán, me acerco hasta él para darle la bienvenida con un corto beso. Sus ojos me miran de arriba abajo y, con su media sonrisa, me susurra:

—Estás preciosa, Limón.  
—Tú tampoco estás nada mal, Sheriff —respondo guiñándole un ojo.

Jaime y Leire son los siguientes en saludarlo. Desde nuestro encuentro taurino en la playa, se fraguó entre todos una cordial amistad.

Una vez que todos estamos en el comedor, hago la debida presentación a mi padre. Al verlo, puedo atisbar en sus ojos un gesto de sorpresa, aunque, con disimulo, logra que pase desapercibido ante nuestros invitados. Con un apretón de manos, mi padre lo saluda y lo invita después a sentarse.

Con las pizzas humeantes, el vino y el resto de los aperitivos, comenzamos a cenar al tiempo que empieza el partido. Mi padre se debate entre nosotros y los veintidós jugadores, cual espectador de un partido de tenis.

—Así que eres guardia civil —suelta de pronto mi madre.  
—Sí, señora.  
—Ay, hijo, no me llames así, que me salen arrugas sólo de oírte. Llámame María.  
—Como quieras, María —responde Urbano con una sonrisa capaz de derretir un iglú a treinta grados bajo cero.  
—Me ha dicho mi hija que eres del Madrid —interviene mi padre.  
—Sí, José.  
—¡A mí no me llames José, llámame «señor»!

Todos nos quedamos en silencio, mientras mis ojos sacan todo el armamento y la munición necesarios para asesinar a mi padre con la mirada. Urbano, que veo que traga saliva, está a punto de responder, cuando mi padre suelta:

—¡Es broma, hombre! Es para que te relajes, estamos en familia.  
Todos se echan a reír, menos yo, que ando guardando el armamento.  
—¿Cómo se te ocurre pegarle ese susto al pobre zagal? —interviene mi madre, dándole un leve codazo.  
—Porque lo veo más tieso que un palo y, además, es del Madrid. ¿Qué quieres?

Esta vez, yo también me uno a la risa general. Conozco a mi padre y, si cabe, sé que está aún más nervioso que Urbano; aunque el hecho de gastarles una broma, viniendo de él, es buena señal. Cogiéndole la mano por debajo de la mesa y guiñándole un ojo, se lo hago saber a mi teniente, que ya parece estar más relajado.

—¿Cómo se te ocurre ser del Madrid? —le pregunta Jaime.  
—No me digas que eres del Barça.  
—¡Culé hasta la muerte!  
—No tenéis nada que hacer este año.  
—Eso ya lo veremos. Somos mejores que vosotros.  
—Nuestras vitrinas están más llenas que las vuestras.  
—Eso es lo fácil —interviene mi padre—, ser blanco o ser azulgrana; lo que es difícil y tiene más mérito es ser león.  
—Suegro —suelta el novio de mi hermana—, por muchas garras que tengáis, la liga es nuestra.  
—Yerno, con una buena cartera se pueden hacer buenos fichajes. Habría que ver adónde llegaríais con una cantera española. —Mi padre nos mira entonces a nosotras y añade—: Desde luego, hijas, vaya ojo tenéis.

Su comentario nos hace reír nuevamente. Y, entre bocado y bocado, bebidas, postre, multitud de «¡uy!» y comentarios varios, pasamos casi todo el partido. Pese a la tensión que éste conlleva, el ambiente es mucho más relajado. Mis padres han aceptado muy bien a Urbano, lo que hace que me sienta la mujer más dichosa del mundo. En más de una ocasión, nuestras miradas se cruzan y nuestras manos se acarician por debajo de la mesa, consiguiendo estremecerme.

En el minuto ochenta y cinco, con mi padre al borde del infarto, y tras una jugada de contraataque, Aduriz desempata el marcador metiendo el balón en la portería contraria.

—¡¡¡Gooooooooooooo!!!! ¡¡Sí, sí, sí!! ¡¡Chúpate ésa, yerno!! —grita mirando a Alejandro.

Es la primera vez que lo llama así; hasta ahora ese título sólo lo ostentaba Jaime, lo cual es bastante razonable, teniendo en cuenta que se va a casar con mi hermana en tan sólo dos semanas. Orgullosa, miro a Urbano, que, radiante de felicidad por cómo acaba de llamarlo mi padre, le ofrece la mano y le da la enhorabuena.

Al llegar el minuto noventa y finalizar el partido, las dos parejas nos disponemos a marcharnos a dar una vuelta. Cuando estamos en la entrada despidiéndonos, mi padre, que ha demostrado ser el mejor del mundo, le tiende la mano a Urbano y, dándole un apretón en el hombro, le suelta:

—Bienvenido a la familia, Alejandro.  
—Gracias, José.  
—Gracias a ti —declara mirándome a mí.

Tras darse un masculino abrazo con golpe en la espalda incluido, despedirse también de mi madre y agradecerles la agradable velada, finalmente nos marchamos.

En el ascensor, los cuatro comentamos divertidos la velada y, una vez en la acera, Jaime y Leire nos ofrecen irnos con ellos y unos amigos a tomar algo. Urbano, que me tiene echado el brazo por encima del hombro y no me suelta aunque le paguen, me mira a la espera de conocer mi opinión. Pero mis ojos son tan expresivos que le hablan por sí solos. Agradeciendo su invitación, nos despedimos de ellos y nos marchamos en dirección a su coche.

—Tu padre es increíble  
—Sí que lo es. Aunque por un momento pensé en asesinarlo.

—Ja, ja, ja, lo sé. Te pareces mucho a él.

—¿En qué, exactamente?

—Ambos tenéis un carácter fuerte y sois muy testarudos. Pero, al mismo tiempo, también sois divertidos y tenéis un corazón que no os cabe en el pecho.

—¡Vaya! —exclamo asombrada y agradecida.

—En serio, por más que había pensado en cómo iba a salir la cita, ha resultado ser aún mejor.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso —digo aferrándome aún más a él.

Urbano se para y, cogiéndome la cara entre las manos, murmura:

—Te quiero muchísimo, Limón, aunque en ocasiones escuezas o agries.

—Y ¿aunque sea hija de un león del Athletic? —comento divertida.

—Ja, ja, ja. Aún más por eso.

Y, por fin, tras varias horas de preparativos, nervios, presentaciones, remates y un afortunado gol, Urbano y yo nos besamos con auténtico deseo y pasión, y con la satisfacción de haber aprobado el examen con una nota bastante alta.

Debemos recuperar el tiempo que hemos estado separados, así que, tras aceptar su invitación de irme a pasar la noche a su casa, ponemos rumbo a Alicante. Adoro este tipo de escapadas, que surgen improvisadas y sin ninguna clase de equipaje.

Nuestro deseo es tan grande que hacemos el amor durante toda la noche. Sólo cuando los rayos del sol asoman por el horizonte finalizamos nuestro juego y nos quedamos dormidos.

Urbano tiene turno el domingo por la noche, así que lo que nos queda de día lo pasamos aprovechando cada minuto juntos, hasta que me lleva de vuelta a Murcia al caer la tarde. No vamos a volver a vernos hasta el domingo, pues esta semana Paloma y yo regresamos al trabajo, y el sábado, además de que él también tiene que cumplir con su deber, las chicas y yo tenemos la despedida de soltera de mi hermana. Jaime invitó a los chicos a la suya, pero les coincidían los turnos y no tuvieron más remedio que declinar la invitación.

La semana pasa más rápida de lo que esperaba. En tan sólo quince días que han durado nuestras vacaciones, las bandejas de entrada de los correos de Paloma y mía están a rebosar. Debemos preparar muchos eventos para el mes de septiembre, además de los que ya teníamos previstos. Por más que pasen los años, siempre en esta época, algunos clientes nos sorprenden con solicitudes de última hora y, como viene siendo habitual, quieren y exigen que se las resolvamos con urgencia.

Y por fin llega el tan esperado sábado. Estamos a principios de septiembre, las calles ya vuelven a la normalidad pero aún hace un calor de mil demonios. Leire no deja de hacerme preguntas acerca de lo que tengo preparado, aunque yo sigo en mis trece y no le desvelo nada. Tan sólo sabe, al igual que el resto de sus amigas, a las que incluí dentro de un grupo de WhatsApp creado para este evento, que debe llevar muda con ropa de baño y de calle en color blanco.

A las cuatro de la tarde estamos todas en la puerta de casa. En total somos nueve mujeres, así que acordamos irnos en dos coches. Todas están muy animadas, incluso Eva, que, a sabiendas de lo que le espera a partir de ahora, lleva la fiesta metida en el cuerpo y no deja de hacer bromas a diestro y siniestro.

Las chicas y yo vamos delante en el coche de Paloma; detrás nos siguen mi hermana y sus cuatro superamigas. Por el camino nos mofamos de lo pijas que son.

—Tendríamos que haberles organizado una despedida yéndonos de acampada en plena montaña, sin luz, sin agua, sin baño y sin un espejo donde mirarse —suelta Marta.

—Eso no te gustaría ni a ti —replico.

—No, pero... ¿y lo bien que nos lo íbamos a pasar viéndolas?

Su comentario nos hace troncharnos a carcajada limpia. La rubia se basta sola para conseguir sacarnos unas risas.

Cuando llegamos al hotel de cuatro estrellas de San Pedro del Pinatar, mi hermana baja del coche y viene corriendo hacia mí para darme uno de sus abrazos.

—¡Hermanita! ¡Eres la mejor! —Su efusividad y su fuerza al estrujarme casi consiguen ahogarme.

—Me... alegre que... te... guste.

—¿Gustarme? ¡Me súper *encantisima*! —dice soltándome por fin y dejándome respirar para volver al coche de su amiga a por su maleta dando pequeños saltitos.

—¡Madre mía, la que nos *superesperaaaaa*! —se mofa mi jefa, haciéndome reír.

Una vez que doy los datos en recepción, todas nos encaminamos hacia nuestras habitaciones. Para Leire y sus amigas tenía reservadas una doble y una triple, mientras que para las chicas y para mí elegí dos dobles. Eva va con Marta, y Paloma conmigo. Conforme subimos en el enorme ascensor, les informo de que disponemos de tan sólo de quince minutos para cambiarnos y encontrarnos en el *spa* de la planta inferior. Todas asienten al escucharme, y así lo hacemos.

A las cinco de la tarde en punto, entramos por la puerta del inmenso *spa* de agua salada de que dispone el hotel. En grupo, nos dirigimos hacia la zona de los bancos y colgamos los albornoces en las perchas. Enganchada al cinturón llevo una bolsa que cojo, y comienzo a repartir lo que hay en su interior.

—¡*Supernó* pienso ponerme eso! —declara Leire al ver el gorro de baño que tengo en la mano.

—Tú te vas a poner esto, y sin rechistar —afirmo entregando uno a cada una de sus amigas.

Sus caras de asco al verlos provocan las risitas de mis amigas y el enfado de mi hermana.

—Pero ¿tú sabes lo fea que va una mujer con esto?

—Y ¿tú sabes que es obligatorio? Mira a tu alrededor. Leire, por favor, el glamur o el *spa*, tú decides. —Con la cabeza ladeada le ofrezco el gorro por última vez.

Hay veces que la mataría, y ésta es sin duda una de ellas. Cuando por fin la inteligencia la alcanza, coge el gorro y, con la ayuda inestimable de mis amigas, logramos colocárselo a ella y a sus cuatro amigas.

El circuito termal consigue hacerme olvidar lo pija y repelente que puede llegar a ser mi hermana. Sentir la fuerza con la que los chorros de agua golpean ciertas partes del cuerpo resulta de lo más agradable y relajante. Las chicas y yo disfrutamos de lo lindo. Hacía mucho tiempo que no visitábamos juntas un *spa* y, como ya es habitual últimamente, volvemos a hacer planes de futuro para repetir la visita.

Marta, que no deja de darle vueltas a su linda cabecita, nos propone gastarles una broma a las Superstars.

—¿Qué se te ha ocurrido? —pregunta Eva curiosa.

—No lo tengo claro. Algo que las haga gritar.

—Mira que eres mala —me mofa.

—A ver —interviene Eva—, según el plan, debemos irnos dentro de diez minutos, ¿no es así?

—Me temo que sí —digo tras volverme y comprobar la hora en el enorme reloj que hay colgado de la pared.

—Pues hagamos que salgan del agua de una manera *fisna* y glamurosa.

—Yo estoy con ellas, orquestemos algún plan —propone Paloma.

Sin pensarlo dos veces, hacemos un corro y cuchicheamos cómo llevar a cabo una irrefrenable estampida. Reprimiendo las risas e intentando disimular, cual actrices en plena obra, nos acercamos poco a poco a mi hermana y sus amigas una vez que acordamos cómo hacerlo.

—¿Estás segura de que han sido ellos? —murmuro captando la atención de Leire y las demás.

—¿Cómo si no te explicas la cara de felicidad que tiene ella? —susurra Marta, señalando con la cabeza a una pareja que hay a unos metros de nosotras.

Las Superstars, que escuchan atentas lo que hablamos, se quedan mirándolos.

—Pues me parece muy feo —interviene Paloma—, habiendo habitaciones arriba.

—Además de que esto es un lugar público —comenta Eva poniendo cara de asco.

—Os aseguro que digo la verdad —expone Marta—: ella ponía los ojos en blanco mientras no dejaba de menear el brazo. Para mí que le ha hecho un apaño en toda regla.

La cara de mi hermana y las de sus amigas son difíciles de describir. Conforme vamos hablando, ellas se acercan más y más a nosotras con la intención de no perder detalle de la conversación, al tiempo que, con repugnancia, miran el agua que tienen alrededor.

—Te digo yo —continúa Marta—, que esa cosa blanca que había flotando a mi lado ha salido... de él.

En ese momento, las Superstars salen disparadas hacia la escalera, estirando el cuello todo lo que pueden por miedo a meter la cabeza dentro del agua. Con auténticas caras de aversión y aspavientos melodramáticos, se marchan hacia la zona de las duchas a limpiarse de cualquier posible líquido extraño. Las chicas y yo nos descojonamos de risa al ver la escena, doblándonos hasta que nos duele la barriga y hasta dejar caer unas diminutas lágrimas por nuestras húmedas mejillas.

—Nos hemos pasado un poco, ¿no creéis? —expongo cuando consigo reponerme.

—Sí —responde Marta—, pero con la pobre pareja, que no ha tenido culpa de nada.

Las carcajadas nos duran un poco más de tiempo, hasta que decidimos salir del agua y marcharnos a nuestras habitaciones.

Sobre las siete de la tarde, tras una buena ducha y arreglarnos, salimos del hotel en dirección al puerto. Las Súper están emocionadas, y ya se han repuesto del susto.

Las nueve vamos vestidas de blanco, algo que les pedí que hiciéramos. De camino, Paloma decide parar junto a Las Salinas del mar Menor. El paisaje es espectacular: los flamencos y los patos, que se pasean a sus anchas por las cálidas aguas rodeados de abundante vegetación, son dignos de cualquier postal que se precie. Durante un buen rato, nos hacemos decenas de *selfies* con este marco incomparable de fondo.

Los coches los dejamos en el aparcamiento una vez que llegamos al puerto. Tras el procedimiento habitual, salgo de la oficina y nos encaminamos hacia el amarre. Leire no deja de plantearme preguntas, y está comenzando a hartarme.

- Sé que no quieres que te pregunte nada, pero ¿adónde vamos?
- A casa como no te calles —respondo de mala gana.
- Está bien, hermanita. —Su morro arrugado me hace reflexionar.
- Leire, cariño —digo echándole el brazo sobre el hombro—, te lo dije y te lo repito: relájate y disfruta, ¿de acuerdo?
- Supersí* —contesta dándome un ligero beso.

La embarcación familiar, *La Gabarra II*, es un precioso Merry Fisher de Jeanneau blanco. Nada más verlo, un hormigueo en el estómago me corrobora las ganas irrefrenables que tengo de pilotarlo y ponerlo a prueba. Pero esa idea se desvanece momentáneamente de mi cabeza al ver cómo la loca de mi hermana y sus amigas intentan subirse al barco. Por unos segundos, logro evitar que caigan irremediablemente al agua. Aunque la escena habría sido divertida, el cupo de bromas o burlas hacia ellas está ya más que completado. Tras subirme a la lancha, y con la inestimable ayuda de Paloma, logramos izarlas sanas y salvas y, sobre todo, secas a la embarcación.

El mar está en calma, apenas corre una suave brisa. Sin peligro alguno de que sus lindas cabelleras se despeinen en exceso, les doy un precioso paseo por el mar Menor antes de llegar al puerto deportivo Tomás Maestre, de La Manga.

Ya en tierra firme, nos encaminamos hacia uno de los locales de moda más bonitos de la zona, el Arena Beach La Manga, una discoteca *chill out* en plena orilla del mar. Nada más llegar, la buena música nos envuelve. En ventanilla me dan unas pulseras identificativas, que reparto entre las chicas.

- ¿Para qué son? —pregunta mi emocionada hermanita.
- Procurad no perderlas —les advierto—, estas pulseras abren las puertas del paraíso.
- ¿Qué paraíso?
- Seguidme y lo comprobaréis por vosotras mismas —concluyo antes de girarme.

Conforme avanzamos, nos encontramos con decenas de personas a nuestro alrededor. El lugar es increíble. El local está en la playa, sobre la arena, y está dividido por secciones. Las numerosas barras son pequeños chiringuitos de madera cubiertos de enormes sombrillas de esparto, con camareros y camareras que parecen sacados de revistas de moda. Del mismo material que cubre las barras son las sombrillas que hay sobre los diferentes grupos de mesas y sillas. Unos postes de cerezo tratado sujetan los enormes altavoces y los abundantes focos de distintos colores, en cuyas bases hay unos maceteros oscuros de madera, donde se erigen una variada clase de plantas.

La discoteca está a rebosar de gente pese a que agosto ya ha finalizado. Como podemos, nos adentramos entre la multitud hasta llegar a la zona vip que tengo reservada. Las nueve nos quedamos boquiabiertas al verla: se trata de un bonito rincón cubierto por una enorme carpa blanca, compuesto por un conjunto de tres sillones y una cama *chill out*, todo ello enmarcado por dos enormes maceteros similares a los de los postes. Las bases de ambos mobiliarios son oscuras, en contraste con los cojines, que son de un blanco impoluto. La cama, rodeada por un robusto dosel del que cuelgan unas cortinas también blancas, es el primer sitio al que nos dirigimos para probar.

- ¡Esto es... precioso! —afirma Leire alucinada.
- Sí que lo es —apostilla Paloma.
- Yo tengo que traer aquí a mi Paco —comenta Marta—, esta cama promete.
- Pues esperad a ver lo que nos espera —indico mirando al camarero que se acerca hacia nosotras.

La zona vip y las pulseras que llevamos dan derecho no sólo a los mejores reservados con los mejores asientos y las mejores vistas, sino que, además, incluyen todas las consumiciones y un camarero en exclusiva, sin necesidad de tener que ir a la barra.

—Buenas tardes, señoritas —nos saluda al llegar junto a nosotras, con la minitableta en la mano y vestido únicamente con un corto pantalón vaquero—. Soy Marcos, su camarero. ¿Qué desean tomar?

—Marcos, tutéanos, que al verte así, con ese cuerpazo y esos ojos, lo de hablarte de usted me va a costar bastante —comenta Marta divertida.

Y no está equivocada, puesto que el chico está de muy buen ver. Tiene unas facciones muy masculinas, unos ojos marrones preciosos y un cuerpo de infarto, fruto de horas y horas de gimnasio. Marcos, que además de agraciado físicamente resulta ser un encanto de persona, nos deja entrever su perfecta dentadura con su irresistible sonrisa, al tiempo que nos toma nota a cada una de nosotras.

- Hermanita, tengo que reconocer que esta vez... ¡te has *supersalido*!
- Por mi hermana, lo que haga falta —manifiesto guiñándole un ojo.
- Llegué a creermelo de los *boys*. Si me llegas a llevar a ver *strippers*, me da algo.
- ¿Un calentón, por ejemplo?
- Pues va a ser que sí.
- Ja, ja, ja —ambas reímos.

Las nueve estamos de muy buen rollo y hacemos comentarios jocosos, mientras vamos probando cada uno de los sillones y la enorme cama. Nuestro camarero no tarda en servirnos nuestras primeras consumiciones, con las que brindamos por la novia.

No había probado antes a bailar descalza sobre la arena, pero he de reconocer que resulta divertido. Lo hacemos durante horas, entre risas y una copa detrás de otra. El sol comienza a ponerse y el alcohol ya hace mella en todas nosotras, excepto en Eva, que sólo está bebiendo refrescos por el embarazo. Las Superstars están muy animadas, tanto que hasta se atreven a flirtear o, más bien, a apresar a unos muchachos que han conocido. Mis amigas y yo las miramos y nos tronchamos de risa al ver sus artes seductoras.

- ¿Cuánto hace que éstas no mojan? —cuchichea Marta.
- Según mi hermana, esas dos llevan más de tres años sin catar hombre —afirmo señalándolas al recordar una vieja conversación.
- Se les nota, se les nota —confirma abriendo los ojos al ver a las susodichas abalanzarse sobre un par de chicos.

Y es que la imagen no es para menos. Las dos *devorahombres* abrazan a los chicos por el cuello, mientras se lanzan como posesas a besarlos cual leonas sobre sus presas. Los rítmicos movimientos abriendo y cerrando la boca, así como la lengua asomando en toda su longitud en cada envite, nos hace llevarnos las manos a la cara.

- Pobres zagales —comenta mi rubia amiga sacudiendo la cabeza. Su comentario y la cara que pone al verlos hacen que me parta de risa.
- ¿De qué os reís, pendonas? —pregunta Paloma, que se aproxima con Eva hasta nosotras para enterarse de todo.
- Aquí, observando a la fauna —indica Marta levantando la barbilla para señalar hacia aquellos cuatro.
- ¡Ahí va, mi madre! ¿Se están besando o comiendo?
- ¡Eso es ansia, y lo demás son tonterías! ¿Cuánto hace que están en sequía? —suelta Eva.
- Dice Lucía que llevan tres años sin mojar.
- ¡Qué mala es la sed!
- ¡Si se les va a desencajar la mandíbula! —apostilla mi jefa.
- Me veo echando a correr para buscar un dentista —comenta la rubia.
- Esto es más bien cosa de un cirujano —la corrijo.
- No, nena. Esto es más bien de un documental de La 2.
- Descojonadas de risa y con el enorme cachondeo que nos traemos entre manos, mi hermana y sus otras dos amigas se acercan hacia nosotras.
- ¿Estáis viendo eso?



—Como para no verlo —respondo entre carcajadas.

En ese momento, una de las Superstars llama la atención de la otra tocándole un brazo, y ambas comienzan a andar de espaldas. Sin dejar de besar ni de abrazar a sus respectivos chicos por miedo a perder la caza, vemos cómo vienen hacia nosotras dando pequeños pasitos.

—«Las muñecas de Famosa se dirigen al portal...» —canturrea Marta una vez que pasan por nuestro lado en dirección a la cama con dosel.

Como ellas van con los ojos abiertos como platos, pese a caminar de espaldas, consiguen llegar sanas y salvas y sin ningún traspie hasta su objetivo, al que logran subir sin despegarse de los chicos antes de correr las cortinas. Todas nos partimos de risa al ver la escena, hasta que Marta comenta:

—O Marcos les ha echado pegamento en las bebidas o hay que reconocer que las chavalas tienen arte.

—¿Creéis que harán algo ahí dentro? —pregunta Eva.

—No creo, aunque no les vendría mal después de tanto tiempo —responde Leire.

—¿Cómo que no? —interviene Marta—. ¿Echan la cortina y no se van a quitar las telarañas? ¡De eso nada! ¡Esas mojan, aunque tenga que invocar al dios de la queta!

—¿El dios de la queta? —pregunto asombrada.

—Sí, al que se le reza para que venga uno y te la meta —suelta mi amiga mientras se dirige hacia la cama y comienza a danzar alrededor de ella, llevándose la palma de la mano a la boca en repetidos movimientos, cual india alrededor de una fogata en pleno ritual.

Las chicas y yo, muertas de risa, la imitamos y la seguimos en fila una detrás de la otra, inclinadas hacia adelante con los típicos sonidos indios para invocar al dios, al tiempo que damos un par de vueltas a la cama.

Las risas duran bastante tiempo. Hasta Marcos, que vuelve con otra bandeja repleta de bebidas y aperitivos, se contagia al vernos. Sin embargo, él no es el único que nos ha observado en plena danza invocadora, pues cuatro hombres corpulentos que no nos quitan ojo desde hace un buen rato se acercan a nosotras.

Tras las presentaciones, y sin darnos cuenta, mis amigas y yo mantenemos con ellos una animada charla, mientras que Leire y sus dos amigas se marchan para mezclarse con el resto de gente.

Los cuatro son de distintas nacionalidades. El chico que habla conmigo se llama Alexander, y es alemán. Nada más decirme su nombre me acuerdo de Alejandro, y la casualidad curva mis labios. Los que charlan con Paloma y Marta, en cambio, son rumanos, y el que conversa con Eva es español.

Alexander es muy atento conmigo; a veces, incluso demasiado. En más de una ocasión tengo que apartarle el brazo que posa sobre mis hombros. Es un chico muy guapo y atractivo, rubio, con unos ojos azules increíbles, pero no lo deseo ni quiero nada con él. Desde el principio se lo he dejado bien claro pero, como buen alemán que es, su cabezonería lo precede y le hace insistir una y otra vez.

Ya es noche cerrada y los focos iluminan el local, que no sólo no se ha vaciado, sino que ahora está aún más abarrotado. Pese a los mareos que me produce la ingesta de alcohol, alzo la mirada en busca de mi hermana hasta que logro verla bailando entre la multitud. Con la intención de pasármelo bien y, por qué no decirlo, de zafarme de las garras de Alexander, les propongo a las chicas ir a bailar con ella, a lo que acceden encantadas. Cuando llegamos junto a mi Leire, me viene a la mente la reserva que tengo en uno de los mejores restaurantes de La Manga. Se lo comento a las chicas pero, como no hemos parado de picotear y de beber durante toda la tarde lo que nos ha ido sirviendo Marcos, decidimos cancelar la reserva y continuar la fiesta en el local.

Mientras bailamos en grupo, unas manos me rodean por la cintura. Emocionada por que quien esté detrás de mí sea el teniente, me giro en busca de sus ojos, pero me doy de bruces con la realidad cuando compruebo que se trata de nuevo de Alexander. Mi estampida no ha surtido efecto, y no he logrado quitarme sus manos de encima. Educadamente, me aparto de él y le insisto en que no vuelva a hacerlo. He bebido mucho alcohol y estoy bastante ebria, pero mi amor por Urbano es más grande que cualquier borrachera; además de que a cabezota no me gana nadie, ni siquiera un alemán, por muy bueno que esté.

Finalmente, la música, el gentío, las Súper, las chicas, los chicos y el alcohol hacen que, bien entrada la noche, todo me dé vueltas. No sé muy bien en qué momento nos marchamos del local, ni cómo somos capaces de subirnos a la lancha, pero sé que soy incapaz de conducir, por lo que, al ver uno de los asientos, me recuesto, cierro los ojos y me quedo dormida en apenas unos segundos.

Tengo un dolor de cabeza terrible, y no digamos de espalda. Noto la pierna aplastada y no sé de qué. Necesito un aseo urgente, mi vejiga va a explotar de un momento a otro. El sol pega con fuerza, pero logro abrir un ojo. Sólo veo cuerpos amontonados. Abro el otro ojo y comienzo a comprobar a quién pertenece cada uno de ellos. Estoy contando: hay nueve vestidos blancos y tres ropas de color. Algo no cuadra. ¿Quiénes son?

Cuando mi aguante llega a su límite, consigo incorporarme. Alexander está tumbado sobre mí y es quien me aplasta la pierna. No alcanzo a averiguar aún quiénes son los otros dos, pero ahora eso no me preocupa. Tardo más de lo previsto en sortear brazos, cabezas y espaldas; no podré llegar a tiempo a un baño. ¡No puedo más! Sin pensarlo dos veces, me lanzo al agua. Ni siquiera me ha dado tiempo a quitarme la ropa, pero no me importa; ahora mismo, no. El ruido logra despertar a Paloma y a Marta, que, al igual que yo, se tiran al agua.

—Casi me meo encima —comenta la rubia con el maquillaje de los ojos difuminado y desparramado por toda la cara.

—Pareces una zombi —se burla Paloma al verla.

—Así me siento..., para el arrastre.

—¡Lucía! —oigo que me llama mi hermana—. ¿Dónde estás?

—¡En el baño!

—¿Qué baño?

—¡Puedes venir, no hay cola! —me mofo.

—¿Qué hacéis ahí? —pregunta al asomarse—. ¿No sabéis que no se debe... orinar en la playa?

—Leire —interviene Paloma—, ¿crees que a mi vejiga le importan las normas en este instante?

—Pues la mía tiene vida propia. ¡*Apartarse*, que voy! —suelta antes de zambullirse también en el agua.

Una a una, el resto de las chicas se van despertando y uniéndose a nosotras. Dejando a un lado normas y remilgos varios, todas acabamos en el mar entre risas y bromas.

—Estoy deseando llegar al hotel y llamar a Tomás —comenta Eva.

—Yo también estoy deseando llegar y darme una buena ducha —afirma mi hermana.

—Despidámos a los bellos durmientes y pongamos rumbo a San Pedro —propone Paloma.

Haciendo caso a mi jefa, y con unas enormes ganas de asearnos y continuar con el plan establecido, conseguimos subirnos de nuevo a *La Gabarra II*, despedir a los chicos y volver navegando hasta el puerto.

De camino al hotel, una vez montadas en el coche de Paloma, les comento a las chicas que no recuerdo cómo llegamos a la embarcación, ni quiénes eran los otros dos chicos.

—Todas ibais muy perjudicadas —explica Eva, que era la única sobria del grupo—. Los dos rumanos y el español se marcharon, pero el alemán se empeñó en acompañarte hasta la lancha. Está claro que le gustaste porque no dejó de insistir, pese a reiterarle en más de una ocasión que no hacía falta. Los otros dos chicos que estaban en la lancha son los de las Superstars; los pobres vinieron casi obligados, no los soltaban ni con agua hirviendo.

—¡De eso sí me acuerdo! Menudos lametones les daban.

El comentario nos hace reír, pese al gran dolor de cabeza que todas tenemos. Incluso a la pelirroja, que apenas ha pegado ojo, pues según nos ha comentado nada más subir al coche, fue la última en quedarse dormida tras asegurarse de que todas estábamos bien.

Antes de finalizar el horario que el hotel tiene previsto para el desayuno, logramos llegar al restaurante una vez que ya hemos pasado por nuestras habitaciones para asearnos. Nos saltamos la cena de la noche anterior, todas estamos muertas de hambre, así que nos deleitamos con la gran variedad de comida del *self-service*.

Sabedora de lo que supone salir de fiesta en una despedida de soltera, había organizado una mañana de lo más relajante. Con los estómagos llenos, pero con un buen sabor de boca de la intensa y divertida noche, nos cambiamos de ropa y volvemos a bajar al *spa*, no sin antes convencer a mi hermana de que los tratamientos de limpieza de la piscina son altamente eficaces y de insistirle en que puede bañarse sin miedo alguno a encontrar extrañas partículas blancas flotando. En esta ocasión, además del circuito termal, tenemos hora para un masaje individual. La cara de mis amigas al conocer la noticia, y sobre todo la de mi hermana, me enorgullece.

Completamente relajadas, llegamos a mediodía al restaurante tras pasar toda la mañana en el *spa*. Durante la comida, no dejamos de brindar por la novia y de desearle todo lo mejor en su nueva andadura.

Cuando salimos del hotel para dirigirnos de vuelta a Murcia, Leire se acerca a mí y, dándome el mayor abrazo que jamás antes me haya dado, me agradece entre lágrimas todo lo que he organizado para su despedida. Feliz por ella, y por haber acertado de pleno, le devuelvo el abrazo con la misma intensidad y cariño.

Son ya las siete de la tarde cuando Urbano llama al timbre, y yo bajo corriendo a su encuentro. Al verlo esperándome en el portal, con su particular mirada de deseo, el corazón me da un vuelco. Sin poder evitarlo, me lanzo a su cuello y me subo a horcajadas a él de un salto, atrapando su cadera con las piernas.

—Hola, Limón —le da tiempo a decir momentos antes de que comience a besarlo con pasión y veneración.

No puedo ni quiero soltarlo. Lo he echado tanto de menos a lo largo de estos siete días que no deseo separarme de él ni por un segundo. Cada día me resulta mucho más duro no tenerlo a mi lado, no poder dormir juntos, o que no sea él lo primero que vea al despertarme cada mañana.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —le declaro regalándole ahora pequeños besos por toda la cara.

—Vaya, vas a tener que irte más a menudo de despedida de soltera.

—Pues septiembre es un mes completo; si quieres me apunto a todas —me mofo.

—De eso nada, monada. Tengo todos los fines de semana de este mes libres y te quiero para mí.

—Bueno, eso habrá que verlo, Sheriff. Tendré que consultar mi agenda.

Urbano, que me tiene sujeta por los muslos, me aprieta con más fuerza y me suelta con su encantadora sonrisa:

—Aunque esas novias quieran la mejor fiesta del mundo, tú te vienes conmigo. No me hagas tener que retenerte.

—¿Lo harías? —pregunto juguetona.

—La duda ofende, nena.

—Pues... hazlo ahora —imploro mirándolo fijamente a los ojos.

—Tú lo has querido —murmura bajándose con un solo movimiento y tirando de mí hacia su coche. Al llegar a la puerta del pasajero, la abre y me introduce en él—. ¡Ponte el cinturón! —me ordena antes de cerrar de un portazo.

Risueña, hago lo que me pide, mientras él rodea el vehículo y se acomoda tras el volante. Un resoplido sale de sus pulmones al tiempo que arranca el coche y, sin dirigirme la palabra, pone rumbo hacia lo desconocido. Su mano derecha reposa sobre mi muslo, el cual aprieta y masajea con deseo contenido. En respuesta, paso juguetona mi mano sobre su pantalón, acariciando su abultada entrepierna. Surcando calles y un abundante tráfico, logra abandonar la carretera principal y adentrarse por un camino secundario. Sin saber muy bien dónde estamos debido al juego que ambos nos traemos entre manos, aparca finalmente el vehículo en una zona abandonada, rodeada tan sólo de enormes pinos. Extasiada y con el pulso acelerado, observo cómo se baja del coche y lo rodea de nuevo hasta llegar a mi lado. En un rápido movimiento, abre la puerta y me coge en brazos. No pongo impedimento alguno. Me lleva hasta el capó, sobre el que me sienta y me abre de piernas. Con fiereza logra despojarme del tanga, que se enreda en su muñeca. Atrapándome la cara con las manos, comienza a besarme con ardor y firmeza. La temperatura del motor no es nada comparada con la que siento yo en este momento. Sus labios presionan con brío los míos, al tiempo que su lengua devora una y otra vez la mía. Pero nuestros besos no logran saciar nuestra pasión. Sus manos abandonan mi cara para bajar a su abultado pantalón y conseguir así dar libertad a lo que tanto le oprime y le reclama. Sin tiempo que perder, Urbano me penetra de un rápido empujón. He añorado tanto que me hiciera suya y que yo pudiera hacerlo mío... Sus rápidos envites son

gratamente recibidos por mi parte íntima, que palpita de anhelo por él. Mi corazón y mi alma saben que lo deseo hasta el infinito, lo quiero hasta el suplicio y lo venero hasta el extremo.

—¡Cómo te he echado de menos! —susurra mirándome a los ojos.

Siento mi cuerpo estremecerse. Nuestra pasión es irrefrenable, incontenible. Su erecto pene entra una y otra vez en mi vagina, cual un perfecto anfitrión recibiendo a sus invitados en una melódica velada. Mis manos se posan en su culo, percibiendo y sintiendo la presión que ejerce en cada empujón, en cada embestida. Estamos tan excitados que no logramos retener más el deseo. Sin que podamos remediarlo, nuestros cuerpos se dejan ir cuando un increíble y lascivo orgasmo nos alcanza fundiéndonos en un intenso abrazo, con nuestros cuerpos sudorosos, nuestros acelerados latidos y nuestras miradas encontradas.

—Te quiero, vida mía —susurra apartándome el pelo de la cara con dulzura.

—Te quiero, noche y día —murmuro ciegamente enamorada, recordando la dulce y tierna canción.

El resto de la tarde, hasta que llega la noche, la pasamos en una acogedora terraza hablando, cogidos de la mano, y entre frecuentes arrumacos. La despedida en la puerta de casa es aún más dura que la anterior. Estamos en plenas fiestas de la ciudad, y tengo mucho trabajo por delante, por lo que no volveremos a vernos hasta el día de la boda de mi hermana y Jaime. Con todo el dolor de mi corazón, le doy un último beso antes de adentrarme en el edificio con el único pensamiento y una incontenible ansia de que el sábado llegue cuanto antes.

El lunes, mi casa es un caos desde primera hora de la mañana. Leire y mi madre van a ir a recoger el vestido de novia. Mi padre, que ya sabe cómo se las gasta mi hermanita, se ha marchado bien temprano al centro social para no tener que aguantar sus grititos y sus pequeños saltos. El resto ya tenemos en nuestros armarios lo que nos pondremos ese día; mi madre es muy previsora y nos hizo ir a elegirlo todo las primeras semanas tras la gran noticia.

En la ciudad todo vuelve a la normalidad: los coches, el tranvía, las gentes, las tiendas... nos recuerdan que ya se han acabado las vacaciones, aunque no el verano, que sigue poniéndonos a prueba con sus altas temperaturas.

Paloma ya está en el despacho cuando llego. En apenas cinco minutos nos contamos nuestros fugaces encuentros con nuestros respectivos hombres tras el intenso fin de semana.

Sobre mi mesa tengo un sobre amarillo sin remitente. Una vez que dejo el bolso en el cajón, me dirijo hacia mi jefa para preguntarle por él.

—¿Y este sobre?

—No tengo ni idea. Lo he encontrado al entrar esta mañana. Alguien lo ha metido por debajo de la puerta.

—Qué raro —murmuro volviendo a mi mesa a coger el abrecartas.

Pero en ese momento suena el teléfono: es mi hermana, que me avisa de que hay un pequeño problema con el restaurante donde va a celebrarse la boda, y me pide que vaya urgentemente. Dejo el sobre encima de la mesa y vuelvo al despacho de Paloma para comentarle lo sucedido. Pese a que tenemos mucho trabajo pendiente, ella me permite marcharme, lo que le agradezco con un sonoro beso.

Sobre las diez, llego al salón de celebraciones. La familia de Jaime se empeñó en que el convite se hiciera en la costa, y San Javier fue el sitio escogido. Al entrar, me sorprendo al ver que se trata de un enorme restaurante con decoración muy moderna inspirada en el mundo marino. Sus paredes pintadas con enormes murales y sus grandes ventanales con vistas a un jardín botánico consiguen dejarme literalmente con la boca abierta.

Al fondo, sentados a una mesa, veo a mi madre, a mi hermana y a su suegra hablando con un señor. Una vez que llego hasta ellos, me presento y me uno a la conversación. Según comenta el encargado, disponen de dos salones y ambos estarán ocupados por las dos bodas que se celebrarán el sábado. El problema es que, debido al número de comensales, no han tenido más remedio que intercambiar los salones a última hora, siendo el destinado para Leire el interior, el que no tiene vistas al jardín. Las tres están coléricas, pues, por más explicaciones que le dan al encargado, no logran mantener el salón previamente acordado.

—¿Cuál de los dos salones es el más grande? —me atrevo a preguntar tras recabar toda la información.

—El otro. Su familia me reservó al principio este salón con un número de comensales pero, conforme ha ido pasando el tiempo, la cifra ha ido aumentando considerablemente, y nos vemos obligados a trasladarlos al otro salón, que está en iguales condiciones que éste.

—Pero no tiene vistas al jardín —reprocha mi hermana.

—No, no tiene. Pero reúne las mismas características y serán mejor atendidos, que es de lo que realmente se trata.

—¿Podría dejarnos unos minutos a solas, por favor? —le pido al encargado, quien, tras asentir con la cabeza, se marcha hacia las cocinas.

Leire está a punto de llorar, mi madre no sabe qué decir, y a la madre de Jaime parece salirle humo por las orejas.

—Vamos a ver —comienzo a exponerles—, según lo que ha dicho, es del todo comprensible que os cambien de salón. Pero la pregunta es: ¿era realmente necesario ampliar la lista de invitados?

—¡Por supuesto que sí! —brama doña chimeneas—. Son compromisos que tenemos con gente muy importante.

—¿Compromisos vuestros o de los novios?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que estoy siendo muy clara. Sin ánimo de ofender, esta boda es de ellos, así que, contéstame, por favor, ¿son vuestros o de los novios?

—Nuestros.

—Y ¿vosotros qué opináis? —pregunto mirando a mi hermana.

Leire contempla a su suegra antes de contestar, y por un momento duda en ser o no sincera en su respuesta. Mi madre, que la conoce muy bien, la anima a decir la verdad, y ella así lo hace.

—Nosotros preferimos tener vistas al jardín. Los más allegados fueron los primeros en ser invitados. Al resto ni siquiera los conozco.

—Tú no, pero mi hijo sí; aunque no a todos, es cierto —reconoce la mujer.

—Me temo que vais a tener que elegir: compromisos o el salón que ellos quieren. Sólo faltan cinco días y hay que tomar una decisión ya —concluyo.

—Y ¿qué hago yo ahora con las invitaciones que hemos entregado? No puedo echarme atrás —comenta la madre de Jaime, que ahora, además de echar humo, se retuerce en la silla incapaz de pensar con claridad.

—Eso déjame lo a mí. Toma —digo entregándole una de mis tarjetas—, aquí tienes mi correo electrónico. Envíame los números de teléfono de esas personas y yo me ocuparé de anular las invitaciones de la mejor forma posible. Ahora debemos comunicárselo al encargado antes de que se ponga en contacto con los novios de la otra boda.

—Gracias, hija —murmura mi madre, dándome un tierno beso.

—Gracias, Lucía. No sé qué habríamos hecho sin ti.

—Dádselas a Leire, que es quien me ha llamado —concluyo mirando a mi hermanita, que aún sigue haciendo pucheros cuando se lanza a mis brazos y me estruja con uno de nuestros particulares abrazos familiares.

Resuelto el problema, y con la confirmación de que mi hermana tendrá el salón que ella y Jaime escogieron, me despido de todas para regresar a la oficina. El resto del día lo ocupo de pleno en ir cerrando eventos que tengo pendientes y en contactar con las personas que la madre de Jaime no tarda en indicarme. Tanto Paloma como yo estamos saturadas de trabajo, por lo que ambas decidimos echar dos horas más al caer la tarde.

Extremadamente cansada, llego a casa de mis padres sobre las nueve y media de la noche. Tras darme una ducha y picotear algo para cenar, saco el móvil del bolso para llamar a Urbano. Presiono el botón, pero la pantalla no enciende. Debo de haberme quedado sin batería durante bastante tiempo, porque no es normal que a esta hora aún no me haya llamado. Me voy a mi cuarto, lo conecto al cargador y, tras unos segundos, lo enciendo. Al teclear el pin, comienzan a entrarme correos electrónicos, mensajes de texto, decenas de whatsapps y cinco llamadas perdidas. Asombrada por tanta variedad de sonidos, pues tengo uno distinto para cada aplicación, comienzo por las llamadas perdidas: las cinco son de mi teniente. Sin dudar lo, conecto los auriculares al teléfono y le devuelvo la llamada.

—Hola, Sheriff. ¿Qué tal el día?

—Déjate de Sheriff. —Su tono de voz delata que está muy enfadado.

—¿Qué te ha pasado?

—Que soy un imbécil, eso es lo que me ha pasado. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Decirte el qué?

—Venga ya, Lucía, déjate de juegos. Pensaba que lo nuestro iba en serio. Jamás pensé que pudieras hacerme esto.

—¿Hacerte el qué? ¿De qué demonios hablas? —pregunto alzando la voz. No sé a cuento de qué viene todo esto y me estoy poniendo realmente nerviosa.

—No finjas que no lo sabes y sé sincera conmigo; es lo único que te pido.

—¡Basta! Deja de atacarme de esta forma y dime ya de una vez por todas qué diablos te pasa.

—¡Pasa que confíe en ti! ¡Pasa que creí que te importaba! Pero ya veo que eres como todas las demás. Eres la última tía a la que creo. ¡No quiero volver a verte ni saber nada de ti! —suelta antes de colgar.

—¡Alejandro! —lo llamo, pero ya no está al otro lado del teléfono.

Vuelvo a marcar su número con el corazón acelerado y echa un mar de nervios, pero al primer tono me rechaza la llamada. «¿Qué está ocurriendo?» Conforme está ahora, un tercer intento sería perder el tiempo, y mucho más mi dignidad. Miro el móvil y abro la aplicación del WhatsApp. Casi todos los mensajes son del grupo. Al entrar, compruebo que Alejandro lo ha abandonado y todos se preguntan por qué. Me tiembla la mano y no puedo escribir. Sin demora, llamo a Tomás.

—Dime, Lucía.

—Tomás, ¿qué le ocurre a Alejandro?

—Esperaba que tú me lo dijeras.

—¿No está contigo?

—No, su turno ha acabado hace horas.

—Tienes razón, estoy tan nerviosa que no he caído en la cuenta.

—Lo supongo. Antonio y yo lo estamos llamando al móvil, pero no atiende las llamadas. Él no suele hacer este tipo de cosas. Lucía, siento tener que preguntarte esto, pero... ¿qué le has hecho para que se comporte así?

—¿Que qué le he hecho? ¡Eso querría saber yo! Me ha hablado hecho una furia y aún no sé por qué. Cuando hables con él, dile, por favor, que me llame. Necesito hablar con él y aclarar lo que ocurre. ¿Lo harás?

—Descuida.

—Gracias, Tomás.

Tras mi llamada al novio de Eva, decido entrar en nuestro grupo privado y preguntarles a las chicas por lo sucedido. Ninguna sabe nada al respecto, pero me brindan su incondicional apoyo.

Durante un buen rato, doy vueltas y vueltas por mi habitación intentando entender qué le ocurre a Urbano. Ninguno sabemos con exactitud qué ha sucedido ni el porqué de su extraña actitud. Pero algo dentro de mí me dice que una mano negra está detrás de todo esto, y la imagen de cierta morena con mote de reptil me viene a la cabeza.

El martes amanezco con unas descomunales ojeras; apenas he pegado ojo en toda la noche. Durante buena parte de la desvelada madrugada he tenido diferentes pareceres: escribirle, volver a llamarlo, irme en su busca... Pero finalmente me he decantado por dejar pasar un poco de tiempo para que se calme y, sobre todo, para averiguar el motivo por el que ha tomado una decisión así.

Tras una rápida ducha y con buena parte del tubo de maquillaje sobre mis marcadas ojeras, saludo a mi familia al encontrármelos en la cocina desayunando. No tengo el ánimo para bromas, así que me tomo un rápido café y me marcho rumbo a la oficina antes de que mi boca decida soltar alguna lindeza.

Paloma está de pie en el archivo y viene hasta mí en cuanto me ve llegar.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Has podido hablar con él?

—No he vuelto a intentarlo.

—Y ¿por qué no lo haces?

—Paloma, no quiero que vuelva a rechazarme una llamada —confieso mientras guardo mi bolso en el cajón de mi mesa.

—Inténtalo.

—¿Para qué? Me lo dejó bien claro.

—¿No quieres averiguar lo que le pasa?

—Más que nada en el mundo —confieso.

—Pues entonces inténtalo —me apremia descolgando y entregándome el teléfono.

Ambas nos quedamos mirándonos en silencio. La sola idea de llamarlo vuelve a acelerarme el corazón, y la boca se me queda seca. Finalmente, haciendo caso de su insistencia, le cojo el teléfono y marco su número esperando con el alma en vilo. Da señal. Un tono. Dos tonos.

—Urbano.

—Alejandro, soy yo. —Él se queda en silencio, pero por lo menos he conseguido que no me cuelgue—. ¿Podemos vernos esta tarde?

—No. —Su tono es seco y cortante, como su afilada respuesta.

—Debemos hablar, Alejandro. No sé qué...

—¡Olvidate de mí! —suelta justo antes de colgar.

Paloma, que ha estado atenta y ha escuchado toda la conversación, me coge el auricular y lo deposita en su base. Yo estoy petrificada, incapaz de moverme y de articular palabra. Mi barbilla comienza a arrugarse. En absoluto silencio y con la mirada perdida, me dejo caer despacio sobre la silla. «¿Que me olvide de él? ¿Cómo puede pedirme eso? Jamás podría hacerlo aunque quisiera. Lo amo, lo necesito; él lo es todo para mí.» Un fuerte dolor en el pecho me oprime y mis ojos arden de pena, mientras siento como mi alma se consume. Con la cabeza apoyada en los brazos, que reposan sobre la mesa, dejo salir mi amargura en forma de un desgarrador llanto. Paloma rodea el escritorio y me abraza fuerte para intentar aliviar mi desconsuelo. Sin mediar palabra, con el único sonido de mi resentido lloro y el indescriptible sufrimiento que me produce la punzada del desamor, pasan los minutos más tristes y dolorosos de mi vida.

—Lucía, no puedes estar así. Debes reponerte, llorando no solucionas nada. Sé que estás destrozada, pero no estás sola, cariño. Debemos averiguar qué ha ocurrido, y lo vamos a hacer juntas.

—¿Y... el trabajo? —baluceo entre pucheros.

—Eso ahora no debe preocuparte. Ya echaremos horas extras. Nena, de peores que ésta hemos salido, así que, venga, levántate y ve a lavarte —me anima tirando de mí.

Haciendo caso de su recomendación, me incorporo y alzo la vista. Pero cuando me dispongo a levantarme, mis ojos se centran de manera extraña en el misterioso sobre que recibí ayer. Empujada por la curiosidad y siguiendo los pasos de mi insólito destino, me limpio las lágrimas con un pañuelo que ella me da y agarro el sobre. En el instante en que mis ojos están más secos y pueden ver con claridad, saco el abrecartas de mi primer cajón. Atraída y guiada por mi sexto sentido, abro el sobre, meto la mano en su interior y extraigo de él unas cuantas fotografías. Paloma, que sigue junto a mí, se agarra a la mesa para no caer al suelo al ver lo que muestran las imágenes. Ahora es ella la que está a punto de echarse a llorar. En cambio, yo siento la mayor de las rabias, de las iras, cóleras e inquinas que un ser humano puede llegar a sentir. Toda mi pena se ha esfumado con cada gota de agua salada que manaba, hace tan sólo unos segundos, de mis ojos. Ahora es furia, exasperación y odio lo que todo mi ser siente y padece. Con el corazón acelerado por la adrenalina y los nudillos blancos por la presión que ejerzo al cerrar los puños, me levanto bruscamente ante la anonadada mirada de mi jefa.

—¿Adónde vas? —pregunta incorporándose al verme coger el bolso.

—A hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Lucía, no puedes salir así, en tu estado.

—¿Ah, no? Y ¿cuál es mi estado? ¿Engañada, ultrajada y humillada? ¿Acaso hay una ley que prohíba salir así a la calle?

—¡No me refiero a eso y lo sabes! ¡Estás demasiado enojada y podrías cometer una tontería!

—¿Tontería? Voy a poner a alguien en su sitio. Eso no es ninguna tontería.

El timbre de la oficina suena entonces, interrumpiendo nuestro enfrentamiento. Ambas sabemos que no estoy en mi mejor momento para recibir visitas, por lo que Paloma se apresura a abrir la puerta con la intención de despedir de la mejor forma posible a la persona en cuestión. No obstante, sin que ella pueda evitarlo, la visita irrumpe en el despacho como un auténtico torbellino.

—Tengo que hablar contigo —me suelta al llegar frente a mí.

—Lo siento, Ionel, pero ahora no puedo atenderte —digo pasando por el lado del simpático pintor que nos arregló la oficina tras la inundación.

—Sé quién ha hecho las fotos —afirma.

Sus palabras me hacen clavar los tacones en el suelo, impidiéndome avanzar un paso más. Intrigada como nunca, me giro y, de apenas dos zancadas, me planto ante él.

—¿Cómo sabes eso? —inquiero.

—Ya os dije que mi familia no es... Anoche tuvimos cena en casa de mi tío por su cumpleaños. Es tradición familiar beber hasta casi perder el conocimiento. En un momento dado, mi primo Benjamin nos confesó que había hecho un trabajo para un tipo. El alcohol le hizo contar más cosas de lo habitual. Cuando nombró a una organizadora de eventos, puse más atención en lo que balbuceaba y, tras unas preguntas, averigüé que se trataba de ti. He venido corriendo a advertirte... y a disculparme.

—Te lo agradecemos mucho, Ionel —interviene Paloma.

—¿Un hombre? —pregunto sin apartar la vista de él.

—Sí. Se puso en contacto con él a principios del mes pasado. Yo... siento mucho todo esto. Mi familia es...

—Tranquilo —comenta Paloma—, sabemos que tú no eres como ellos. Que hayas venido hasta aquí para contárnoslo lo demuestra.

—Gracias —digo secamente. No por descortesía, sino porque mi cabeza es un torbellino de información y debo tomarme unos segundos para situar cada pieza en su lugar.

—Siento mucho lo que ha sucedido. Fuisteis muy buenas conmigo y me sentía en deuda —afirma el chico dirigiéndose hacia la puerta. Pero, justo antes de

marcharse de la oficina, se para y se gira para advertirme—. Ve con mucho cuidado; mi familia es más peligrosa de lo que crees.

Sus palabras penetran en mi cuerpo, haciéndolo estremecer. Paloma me mira asustada y se acerca a mi lado.

—¿Quién crees que ha podido ser?

—Está claro que el novio de la serpiente. Los dos están metidos en esto. ¿Quién, si no, sabría dónde vive Urbano?

—Y dónde vives tú..., porque, por las fotos, está claro que te han estado siguiendo.

—No puedo permitir que esos dos destruyan lo nuestro, Paloma; no puedo, ni debo.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Lo cierto es que aún no lo sé —confieso—. Hasta hace unos segundos tenía pensado plantarme en su casa y contarle mi versión, pero esto..., que me hayan seguido y vigilado durante tanto tiempo, me pone los pelos de punta.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Yo aún los tengo. ¿Por qué no vas a la policía?

—No creas que no lo he pensado. Pero implicarme con la mafia del Este no me hace la menor gracia, créeme.

—Pero, Lucía, hasta te han pinchado las ruedas del coche y han pintado la fachada de tu edificio; en las fotos queda bien claro.

—Ya, pero no tenemos pruebas suficientes que demuestren que fueron ellos. Tan sólo tenemos unas imágenes y el nombre de quien las ha hecho.

—Déjame verlas otra vez. Quizá hallemos alguna pista.

Sentadas a su mesa, Paloma y yo vamos sacando y repasando una a una las fotos. A través de ellas se puede confirmar que me han estado haciendo un seguimiento exhaustivo durante semanas.

—Si no me equivoco, ésta es la primera cronológicamente —afirmo señalando la foto de mi coche con las cuatro ruedas pinchadas—. Fue el día de la mudanza.

—Eso fue el 6 de agosto —sostiene ella. Y, tras una breve pausa, añade—: ¿Cuándo fuimos a la discoteca?

—El último fin de semana de julio, el día 30 para ser más exactos.

—Todo cuadra.

—Sí. No te haces una idea de la mirada que ella me echó ese día en la puerta al salir.

—¿Recuerdas algo más?

—Ahora que lo dices..., el día de la inundación en la oficina recibí una llamada anónima. Fue muy extraña: al descolgar no dijeron nada, tan sólo se oía una respiración al otro lado del teléfono.

—¿Crees que también tuvieron algo que ver con la inundación?

—Yo ya me lo creo todo, Paloma.

—Tienes razón.

—Mira ésta —digo entregándole la de la pintada—; esto fue a mediados de mes.

—Sí, pero antes va ésta —afirma mostrándome una foto de los seis en la arena, el día que todos tuvimos sexo en la playa.

—Siento mucho que os veáis envueltas en esto —murmuro cogiéndole la mano por encima de la mesa.

—Tranquila; lo hecho hecho está. Sigamos —manifiesta soltándose y volviendo a centrar la mirada en las fotografías que están repartidas a lo largo de todo el tablero.

Sé que esto no debe de ser fácil para Paloma. Verla en medio de este maquiavélico plan me exaspera y me apena al mismo tiempo. Si en todo momento he sabido que debía solucionar esto por Urbano y por mí, ahora más que nunca tengo la certeza de que debo hacerlo por mis amigas y mis amigos.

—¿Dónde es esta foto?

—Es el portal de la casa de Urbano. Por la bolsa que llevo —digo examinándola en detalle—, eso fue justo después de encontrarme con ellos en la tienda. Me los crucé al salir, y me fui derecha a casa de él.

—Está claro que te siguieron. Todo apunta a que la hicieron ellos personalmente.

Tras un breve silencio, cojo las dos últimas fotos: las que más daño han podido hacerle a Alejandro, sin duda. En una de ellas puede verse claramente cómo Alexander me tiene cogida por la cintura mientras bailamos. En la otra, la más cruel y despiadada, aparezco tumbada en la lancha con el alemán acostado sobre mí, besándome el cuello y tocándome un pecho.

—Yo no recuerdo nada de esto —confirmo reprimiendo las lágrimas con todas mis fuerzas.

—Hay algo que no cuadra. Tú estuviste toda la noche apartándolo de tu lado y le dejaste bien claro que no querías nada con él.

—Eso sí lo recuerdo. Pero está claro que su persistencia dio sus frutos. ¡Dios mío! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —bramo echándome las manos a la cabeza

—. No me extraña que desconfie de mí y no quiera verme. Nunca pensé que llegaría a esto. ¡Le he sido infiel, Paloma! ¡Jamás me lo perdonará! Y yo tampoco lo haré.

—¡Un momento! Mira en esta esquina —dice entonces entregándome la fotografía.

—¿Qué quieres que vea?

—Fíjate bien.

—Es Eva durmiendo. ¿Y?

—Pues que ella fue la última en dormirse. ¿No te acuerdas?

Durante unos segundos me quedo en silencio, hasta que recuerdo que nos lo dijo nada más salir del puerto de vuelta al hotel.

—¡Tienes razón! Entonces, esto... quiere decir que...

—¡Que no le fuiste infiel a Urbano, tú no hiciste nada con Alexander!

—Te quiero, ¿lo sabías? —digo lanzándome literalmente a sus brazos.

Este hallazgo es justo lo que necesitaba. Es la prueba de que yo estaba dormida y de que todo ha sido un burdo y cruel montaje. Y en este momento, cuando ya aparece un poco de luz al final del oscuro y tétrico túnel, las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. Mi sollozo es desconsolado, triste, pero a la vez esperanzador. He estado a punto de tirar la toalla y rendirme ante lo que parecía ser evidente pero, una vez más, y gracias a mi gran amiga, logro sacar las fuerzas que tenía escondidas en letargo para poder luchar por lo que más quiero y amo en este mundo: Alejandro.

—Vamos, doña abrazos. No hay tiempo que perder. Coge el teléfono y llama a tu hombre, que yo haré lo mismo con el mío.

Rauda y veloz como una gacela, me dirijo hacia mi mesa, al tiempo que me limpio las lágrimas con la mano. Al llegar, marco de nuevo el número de Urbano con la esperanza de que atienda mi llamada. Sin embargo, al segundo tono me la rechaza. Alzo la cabeza y busco con la mirada a Paloma, que está en plena conversación con Antonio.

Con la intención de asearme un poco la cara, me voy al baño. Al salir, me acerco al despacho de mi jefa, que ya ha terminado de hablar por el móvil.

—¿Qué te ha dicho?

—Será mejor que te sientes.

—¡Tía, no me asustes!

—A ver, voy a ser clara contigo. Antonio dice que Urbano está verdaderamente mal y no atiende a razones. Se lo he contado todo.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Se alegra por un lado de que todo sea un montaje pero, por otro, tiene miedo de que Urbano haga una tontería con el novio de la serpiente, no está en su mejor momento.

—¡Pero debe saber la verdad!

—Todo a su tiempo, Lucía.

—¿Cómo que todo a su tiempo? No quiero estar un segundo más sin él, ni que ninguno de los dos suframos con esta mentira.

—Lo sé, cielo. Pero también hay que pensar en las consecuencias.

—¿Qué propones, entonces?

—Antonio me ha aconsejado que le digamos la verdad más adelante, cuando ambos solucionéis lo vuestro.

—Pero ¿cómo lo vamos a solucionar sin saber la verdad? ¿En qué demonios está pensando?

—En vosotros, Lucía, piensa en vosotros. Antonio me ha asegurado que él y Tomás se encargarán de hacer las averiguaciones pertinentes con el primo de Ionel, el tal Beniamin, pero me ha pedido que tú sólo te encargues de reconquistar a Urbano, que hagas todo lo que esté en tu mano. Nosotros haremos de alcahuetes llegado el momento, si es necesario. Él no está dispuesto a ceder y no te lo pondrá nada fácil, por lo que tienes que hacer algo grande, algo que sepas que va a dar resultado.

—¿Debo reconquistarlo?

—Yo estoy de acuerdo con ellos, creo que es lo mejor que podemos hacer, por ahora. Falta saber si tú también lo estás. ¿Qué dices? ¿Dispuesta a gastar tu último cartucho?

—Por él estoy dispuesta a todo, Paloma, a todo.

—¡Ésa es mi chica! Hala, pues no se hable más. Vete a casa y busca dentro de esa maravillosa cabecita algo que lo haga volver corriendo a tus brazos.

—¿Que me vaya a casa? Y ¿el trabajo?

—¿Acaso crees que podrás concentrarte en despedidas o en bodas? Yo me encargo de todo. Confío en ti. Sé que encontrarás la forma de que él vuelva a ti. Y, por favor, en cuanto lo sepas, dime algo y nos pondremos en marcha.

—Te lo prometo —concluyo acercándome a ella para darle un último abrazo antes de marcharme de la oficina y comenzar a urdir el mayor y mejor de mis planes.

Tras sortear el tráfico y aparcar en la misma puerta de casa, me encuentro con que mis padres no están. Oigo a mi hermana trasteando en su habitación y me acerco a avisarla de que he llegado.

—Leire, ya estoy en casa. He venido por... Leire, cariño, ¿qué te pasa? —pregunto al verla llorar sobre su cama.

—¡Odio a los hombres! —grita mientras yo dejo salir un suspiro y me siento a su lado—. ¡Son todos *supertontos*!

«Si yo te contara», pienso en ese instante, pero lo último que quiero es preocuparla con lo mío.

—¿Qué te ha pasado con Jaime?

—El muy imbécil no quiere decirme adónde vamos a ir de luna de miel.

—¿Y?

—No hay ningún «y». ¿Te parece poco no saber qué ropa debo llevarme para el viaje más importante de mi vida?

—¿Cómo se le ocurre hacerte eso? ¿Acaso no te conoce?

—Eso mismo digo yoooooooooooo —dice alargando la última palabra y acompañándola de un *supersollozo*.

Sin poder evitarlo, comienzo a reírme con sonoras carcajadas. Después de las catorce horas que llevo sufriendo por todo lo que me ha ocurrido, este *enorme* problema me resulta menos que... insignificante. Me consta que para ella es importante y no se trata de que me ría de ello; es sólo que, al oírla, me doy cuenta de lo afortunada que he sido al tener a Urbano a mi lado. He sabido en todo momento que lo necesito porque lo quiero pero, ahora, lo necesito porque lo amo, lo adoro, lo venero, y debo conseguir la forma de alcanzar mi objetivo cuanto antes.

Con el enfado propio de mi hermana al ver mi risueña reacción, logro tranquilizarla con palabras de aliento y le regalo uno de mis sabios consejos: que llene la maleta con un poco de cada cosa y se deje amar y sorprender por su hombre.

Una vez calmada su angustia, me voy a mi cuarto a intentar encontrar la respuesta que ando buscando. Enciendo el portátil y abro el reproductor de música. El CD con nuestras canciones que me regaló comienza a sonar. Cierro los ojos procurando recordar cada momento, cada instante que he vivido con él. Han sido tantos y tan buenos que una sonrisa ilumina mi cara. Extrañamente, me siento positiva; me siento como si estuviera a salvo en una pequeña isla, rodeada de bravas aguas colmadas de hambrientos tiburones. Aunque también sé que debo hallar la forma de construirme un barco que me devuelva a la civilización, una vía de escape que me devuelva a mi programada vida, y a mi amado hombre.

Cuando suena la canción *Lady in Red*,[\*] lo veo claro: ¡eso es, la mujer de rojo! Mis latidos me recuerdan lo importante que es esto para mí resonando fuertemente en mi pecho, al tiempo que busco en mi bolso el móvil para llamar a mi jefa.

Son las siete de la tarde. Antonio, Paloma, Eva y Marta están conmigo arropándome. Todo está oscuro. El nerviosismo que siento me hace temblar como una pequeña y delgada hoja. Apenas nos ha llevado un par de horas prepararlo todo. Ellos no han dejado de animarme a lo largo de toda la tarde. Y es que tengo que estarles ciertamente agradecida, pues sin su ayuda no podría haberlo logrado; tengo los mejores amigos del mundo. El andaluz ha acabado su turno al mediodía; mi jefa, pese a la cantidad de trabajo que tenemos pendiente, no ha querido perderse el encuentro; para Marta no ha sido difícil acudir; todo lo contrario que Eva, que ha tenido que fingir y hacer un poco de teatro en su trabajo para que le permitieran marcharse dos horas antes de finalizar la jornada.

Un coche acaba de aparcar en la puerta. Debe de ser él. Siento los latidos en mi cuello, las manos me sudan y tengo la boca seca. Oigo sus pasos y los de Tomás, que lo acompaña y es nuestro cómplice. Ya han entrado, puedo verlos pese a la penumbra... Ha llegado el momento.

De pronto, el foco que apunta hacia mí se enciende, iluminándome sobre el oscuro escenario. Los primeros acordes de *Te quiero, te quiero*[\*] de Rosario Flores comienzan a sonar en la, hasta ahora, silenciosa sala Dando el Kante. La luz me impide ver con claridad pero, aun así, logro atisbarlos a todos ellos, pese a que mi vista se centra en un solo rostro: el de él, que me observa quieto, expectante, aunque distante. Mi vestido rojo de estilo años cincuenta brilla en su plenitud. He decidido acompañarlo con un moño y los mismos complementos que la primera vez que me lo puse, el día que vinimos a este local.

Micrófono en mano, canto la hermosa letra de esa preciosa canción que tanto significa para nosotros. Es mi más pura declaración de amor, la mejor y mayor forma de demostrarle cuánto lo quiero y lo mucho que lo necesito. No me cuesta interpretarla, no necesito hacer teatro ni me supone ningún esfuerzo; mis verdaderos sentimientos afloran con cada palabra, con cada frase. Estoy dispuesta a todo porque nuestra relación vuelva a ser la que era, y no me importa desnudar mi alma ante él y ante nuestros mejores amigos, que tanto han ayudado para que esta declaración esté llevándose a cabo.

La canción va avanzando. Llega el momento del estribillo, y es entonces cuando le confieso que lo quiero noche y día, con ternura, con miedo y con locura. Mirándolo tiernamente a los ojos le pido, con todo mi ser, que venga hacia mí y me abraza, porque lo quiero, lo quiero, lo quiero... y hasta el fin lo querré.

Sin embargo, Urbano no reacciona, no se inmuta lo más mínimo ante mis enamoradas y sinceras palabras. Su mirada es distante, fría e incluso hostil. Nuestros amigos observan atónitos su quietud. Los últimos acordes suenan, pero él no ha dicho nada; no ha venido corriendo hacia mí a estrecharme entre sus brazos, a perdonarme y a concedernos a ambos la oportunidad de comenzar de nuevo, de luchar por nuestro amor. Ni la canción, ni mi vestido, ni siquiera la presencia de nuestros amigos o la desnudez de mis sentimientos han hecho efecto en él. Nada ha sido suficiente.

Contra todo pronóstico, el que hasta hace tan sólo un día era mi *sheriff* particular, ahora convertido en un auténtico extraño, da media vuelta, apartando bruscamente de un golpe una silla que hay en su camino, y se marcha del local. Tomás corre tras él mientras yo observo la escena inerte, bajo la atenta mirada de nuestros amigos. ¡Todo lo que hemos hecho no ha servido para nada! Mi mundo se derrumba, y con él lo hago yo también, cayendo de rodillas sobre el entarimado escenario. El encargado, al que Antonio le ha pedido el favor de que nos abriera el local para la ocasión, enciende todas las luces y mis amigas corren hacia mí. Ellas comienzan a hablarme, pero yo no logro entender nada, tan sólo oigo voces con frases ininteligibles. Mi cerebro se ha bloqueado, mi mirada está fija, noto una pesadez en todo el cuerpo. No puedo respirar..., me ahogo. Todo me da vueltas. La punzada que siento en el pecho es tan fuerte que el insoportable dolor me hace entrar en un profundo sueño.

Silencio..., silencio... y más silencio.



## Capítulo 34

(Alejandro Urbano)

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Creía que eras mi amigo!

—Urbano, no me jodas. Lo hemos hecho todos. ¿Quieres parar un momento? —me apremia Tomás, agarrándome del brazo.

—No pienso entrar ahí otra vez si es lo que quieres —afirmo soltándome con un rápido gesto.

—Joder, tío. Dale una oportunidad.

—¡Eres un cabrón! ¿Cómo puedes pedirme eso sabiendo lo que me ha hecho?

—Déjala al menos que se explique.

—¡No hay nada que explicar! Las dos fotos que recibí dejan bien claro lo que pasó.

—¿Por qué no te paras a pensar quién ha podido hacerlas?

—Está claro que alguna de ellas. Además, ¿eso qué más da? Lo importante es lo que se ve en las putas imágenes.

—No creo que ninguna de las chicas sea capaz de hacer tal cosa. Piénsalo.

—Me da igual quién haya sido. ¡Joder, Tomás! Tú mejor que nadie sabes lo que suponen unos cuernos para mí. Tú estuviste a mi lado cuando pasó aquello, me conoces de toda la vida.

—Por eso mismo, porque te conozco y la conozco a ella, te pido que lo habléis, que le des la oportunidad de explicarse. Urbano —dice poniéndome la mano sobre el hombro—, sé perfectamente cómo eres, y sé quién eres cuando estás con Lucía. Hazme caso, tío, y solucióvalo.

—No puedo, tío. De momento, no.

—¿Cuánto tiempo necesitas? El sábado es la boda.

—¡No cuentes conmigo!

—Sabes lo importante que es para ella.

—Yo también parecía ser importante en su vida y, mírame... ahora, soy un puto cornudo —suelto dando un golpe al techo del vehículo oficial.

—Tío, sólo te lo diré una vez más: por tu bien, por el de ella y por el de todos nosotros, habla con Lucía.

—Lo haré. Te prometo que lo haré..., pero cuando esté preparado.

—Está bien. Venga, sube al coche —me ordena abriendo la puerta del conductor.

—¿Qué te hace pensar que vas a conducir tú?

—Te conozco y sé que, aunque aparentes estar bien, verla ahí arriba y lo que ha hecho por ti debe de haberte revuelto por dentro.

—Estaba preciosa —murmuro.

—Lo sé, tío; lo sé —afirma subiéndose al coche.

Me quedo mirando la puerta del local. De buena gana entraría, le daría un azote en el culo, me la cargaría al hombro y me la llevaría. La ataría a la cama si hiciera falta, para que fuese mía siempre.

Pero no puedo hacerlo, me ha hecho más daño del que en mi puñetera vida me han causado y creía que podían causarme. Pensaba que lo que me ocurrió en la adolescencia era lo más duro que podía sucederme, pero estaba equivocado. Y escucharla cantando nuestra canción, allí subida, con ese vestido rojo que tanto me gusta, tan guapa..., ha sido un mazazo demasiado grande.

Tengo que irme. Aún no estoy preparado para hablar con ella. Verla aún duele demasiado.

—¡Lucía! —oigo una voz en sueños—. ¡Lucía, despierta!

Las bofetadas que noto en la cara no son fruto de un sueño. Abro los ojos poco a poco. Hay mucha luz. Parpadeo.

—¡Lucía, por favor!

—¿Qué... ocurre? —balbuceo.

—¡Por fin!

Miro a mi alrededor: están todos, menos Tomás y él.

—¿Dónde está? —pregunto.

La mirada condescendiente de Paloma lo dice todo; la conozco, y no necesita decirme nada más. Sé que no está. Ahora lo recuerdo todo. Me miró, me escuchó..., pero se marchó.

—Levantémosla —ordena Antonio.

—Puedo yo sola —afirmo intentando incorporarme, pero la cabeza me da vueltas y siento cómo voy a caer de nuevo.

Sus fuertes brazos me socorren raudos. Entre él y Paloma, logran levantarme del suelo y bajarme del escenario. Eva y Marta hacen lo posible porque me encuentre cómoda, facilitándome una silla y una Coca-Cola bien fría.

—Menudo susto nos has dado —manifiesta la rubia, a la que oigo soltar un sonoro suspiro en señal de alivio.

—Siento mucho... haberos involucrado en esto —confieso tras beber un pequeño sorbo del refresco.

—¡No digas tonterías! —interviene Eva—. No ha sido culpa tuya que nos encontremos en esta situación y, aunque así fuese, lo haríamos de igual forma.

—Os quiero, chicas —declaro mirándolas a las tres.

—Y nosotras a ti. Pero ahora bebe, reponte y podremos marcharnos a casa —expone mi jefa.

Un fuerte dolor me despierta. La almohada está húmeda y mi rostro también. He tenido una pesadilla horrible: mi teniente me había dejado para siempre, y yo era incapaz de arreglarlo. Busco con la mano el interruptor que enciende la lamparita de mi mesilla, pero no lo encuentro. Abro los ojos en la penumbra. Ésta no es mi cama. ¿Dónde estoy? ¿Seguiré todavía soñando? Me pellizco en el brazo... Duele: no, no estoy soñando, estoy bien despierta, aunque bastante desubicada. Tanteo con la mano en la pared hasta que consigo encender la luz de la lámpara que cuelga del techo. Ya lo sé, ahora lo recuerdo todo. Pero el dolor que siento en el pecho es tan fuerte que no logro incorporarme. En vez de eso, me recuesto de lado con las piernas y los brazos encogidos. Las imágenes regresan a mi mente y aumentan mi desconsuelo. Sin poder reprimirlo, un compungido llanto sale de mis entrañas, como muestra de la cruel realidad.

El camino de vuelta lo hice completamente ida, sin atisbo de reacción alguna. Paloma iba en el asiento del conductor, y a su lado estaba Marta. Mi inerte cuerpo descansaba sobre Eva en el asiento trasero. En un rincón de mi subconsciente, encuentro la imagen de las chicas llevándome a casa de mi jefa; sí, ahí es donde estoy, en su habitación de invitados. Es extraño, pero no logro recordar lo que pasó después, aunque lo cierto es que no me importa. Lo único que no alcanzo a olvidar es la oscura mirada de Urbano mientras le entregaba mi alma y mi corazón, y su posterior desplante. ¿Todo se va a acabar aquí? Nuestro futuro juntos, ¿ya no existe? A gritos le diría toda la verdad, incluso lo obligaría a escucharme si fuese necesario. Pero he de reconocer que nuestros amigos tienen razón: Urbano podría cometer una locura, y las consecuencias serían irreparables y mucho más dolorosas, pues estoy segura de que esta vez no se vengaría con una simple paliza. ¿Sería justo que lo metieran en la cárcel por el mero hecho de defender mi honor? No, jamás me lo perdonaría. Antonio y Tomás acordaron encargarse del asunto para recabar información y averiguar toda la verdad a escondidas de él. Sé que, en cuanto tengan todas las pruebas suficientes para poder denunciarlos, lo pondrán en mi conocimiento. Será entonces cuando informaremos a Urbano de toda la verdad, y ésa es mi única esperanza de que pueda, al menos, perdonarme. Mi demostración de amor no ha sido para él suficiente como para que le merezca la pena luchar por lo nuestro, por lo que tan sólo confío en que, cuando la verdad salga a la luz, mi honor quede intacto y a salvo.

—¿Se puede? —pregunta Paloma entrando por la puerta.

—Estás en tu casa —respondo sin mirarla a los ojos. Aún sigo con la mirada perdida, intentando apaciguar el dolor de mi mutilado corazón.

—¿Cómo estás? —Se sienta junto a mí, apartándose con cariño el pelo de la cara.

—Duele mucho.

—Lo sé, cielo. Te he preparado un poco de caldo, te vendrá bien.

—No tengo hambre.

—Llevas más de veinticuatro horas sin comer, Lucía.

—¿Tanto? ¿Qué hora es? —pregunto extrañada.

—Las tres de la tarde.

—¿Del miércoles?

—Sí, señorita. Llevas dieciséis horas durmiendo, así que... ¡arriba!

—No tengo ganas de levantarme. Prefiero quedarme aquí.

—De eso nada, guapa —sostiene retirando la sábana y levantando la persiana para dejar pasar los rayos ultravioletas.

Conozco mi cabezonería, pero también la de ella, que, bien por la edad o por su encantadora forma de ser, es mucho mayor que la mía. Así pues, al cabo de unos pocos minutos, estoy frente a un plato de sopa, sentada a la mesa de su coqueta cocina.

—¿Qué tal el trabajo?

—Va viento en popa. He tenido que echar mano de una rubia muy simpática y dispuesta a todo.

—¿Marta está contigo en la oficina?

—No todo el día, por los críos, ya sabes. —Afirmo con la cabeza—. Lo cierto es —continúa— que aún sigue manteniendo intacto su don de gentes y, como buenamente puede, me está echando un cable. Aunque, tranquila, el puesto sigue siendo tuyo.

Oírla decir eso me hace curvar mis labios en una tímida sonrisa. No me imagino a Marta, con lo nerviosa que es, rodeada de expedientes y pasando horas delante de la pantalla del ordenador. Pero saber que Paloma tiene algo de ayuda, por pequeña que ésta sea, me agrada y me produce cierto alivio. Ambas nos conocemos y sabemos que, con todo lo que está ocurriendo, mi presencia en la oficina ahora sería, con toda seguridad, un estorbo y una preocupación más para ella. Y eso mismo lograría quedándome en su casa; sé lo fuerte que es, pero necesita concentrarse en el trabajo y no tener que estar pendiente de una desvalida impregnada en afligido desamor.

—Voy a irme unos días —anuncio al terminar la sopa.

—¿Irte?, ¿adónde?

—A la casa de la playa.

—No tienes por qué irte, Lucía. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Lo sé, pero necesito estar sola —declaro cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Espero que lo comprendas.

—Aquí me aseguro de que te alimentas.  
—Te doy mi palabra de que lo haré. No pienso pasarme el día entero tirada en la cama sin parar de llorar, no es lo mío.  
—Lo sé, pero no creo que estar sola sea la mejor alternativa.  
—En este momento lo es, créeme. Necesito reflexionar y replantearme mi vida... sin él.  
—No hay nada que reflexionar —formula arrugando el entrecejo—. Tú ya has hecho todo lo que había que hacer. Ahora la pelota está sobre su tejado.  
—Lo nuestro se ha acabado, Paloma. Y, en cuanto a la pelota, en realidad está sobre el de Antonio y Tomás. ¿Han averiguado algo ya?  
—Aún no. Deben de llevar cuidado para no ser pillados en sus pesquisas; la familia de Ionel es peor de lo que pensábamos.  
—¿Qué quieres decir?  
—Están envueltos en todo tipo de crímenes: robos, tráfico de armas e incluso de mujeres. El trabajito de las fotos es una minucia al lado de lo que es capaz esa gente.  
—¡Dios mío! —murmuro.  
La idea de verme envuelta con ese tipo de personas me produce un escalofrío por todo el cuerpo. Pero también confirma, en mayor medida, mi decisión de alejarme de todos a los que aprecio y quiero. Si por algún motivo la familia de Ionel se enterase de que todo está relacionado conmigo, podría ocurrir algo terriblemente feo. Que pudieran hacerle algo a Urbano, a cualquiera de mis amigas o a mi familia es algo que no puedo ni debo consentir.  
—Está decidido —anuncio—, recojo mis cosas y me marchó.  
—¿Y la boda?  
—Llegaré a tiempo, no te preocupes. Por cierto, ¿qué les has dicho a mis padres para traerme aquí?  
—Que teníamos mucho trabajo y necesitábamos echar muchas horas extras, incluso en casa.  
—Te quiero, nena —manifiesto acercándome a darle uno de mis abrazos.  
—Y yo a ti —murmura apoyando la cabeza sobre mi hombro.

Con la petición de que me mantenga informada y al tanto de cualquier novedad en la investigación, me despido de ella, agradeciéndole todo lo que ha hecho por mí, y me dirijo a casa de mis padres. Leire no está cuando llego, hecho que agradezco, pues quiero hablar a solas con ellos.

De la mejor forma que puedo, les cuento que voy a estar durante todo lo que queda de semana en casa de Paloma; odio tener que mentirles, pero es la única manera que se me ocurre para protegerlos. Con lo poco que falta para la boda de mi hermana, sé que no van a ir al piso de la playa, con lo que garantizo mi reclusa y voluntaria soledad.

Mi padre accede sin reparos a la primera; en cambio, mi madre se muestra un poco reticente. Sin embargo, mi confirmación de que el sábado estaré aquí a primera hora para prepararnos todos juntos la hace claudicar finalmente.

Con el sol y la música de la radio como única compañía, llego a media tarde a la playa. Nada más entrar por la puerta del piso, los recuerdos regresan a mi mente y una triste nostalgia se apodera de mí.

Una vez abiertas casi todas las ventanas y ventilada la casa, entro en el cuarto de mis padres, donde Urbano y yo dormimos aquel maravilloso fin de semana. Con amarga añoranza observo las sábanas que cubren la cama. No quiero llorar y reprimo con todas mis fuerzas las lágrimas. Pero la inmensa pena que siento parece ganarme la batalla y caen solas de mis ojos, resbalando irrefrenables por mi cara. Sin embargo, para mi sorpresa, al abrir las puertas que dan a un pequeño balcón, una brisa de aire cálido acaricia mi húmedo rostro y me despierta de mi masoquista ensoñación. ¡No quiero pasarme los dos próximos días martirizándome por lo que pudo haber sido y no fue! Quiero encontrar la fuerza que sé que tengo en mi interior para poder seguir adelante sin él. Sé que puedo hacerlo, y lo haré.

Al igual que necesito alimentar mi coraje a base de pensamientos positivos, debo hacer lo mismo con mi abandonado cuerpo. En la nevera apenas hay unas cuantas bebidas, así que salgo en busca de comida suficiente para los días que pasaré aquí, hasta el día de la boda.

El sol comienza a ponerse y las pocas nubes que surcan en el cielo de color naranja se reflejan tímidamente sobre las calmadas aguas del mar Menor. Las vistas son impresionantes, y me empapo de ellas mientras degusto una simple pero saludable cena. En la televisión no dan nada que sea de mi interés y, cansada de pulsar el botón del mando a distancia, decido al final apagarla y salir a tomar el aire. Cubierta por una fina rebeca, pues la temperatura al caer la noche ha bajado bastante, comienzo a andar por el largo y alumbrado paseo. Las palmeras que hay junto al muro que separa la arena de los adoquines enmarcan a la perfección el bonito paseo marítimo que une los pueblos contiguos. Hay bastante gente; sólo en los primeros cinco minutos, ya me he cruzado con ciclistas, patinadores, multitud de perros con sus dueños, parejas y grupos paseando y, sobre todo, una gran cantidad de corredores practicando ejercicio. Llevo tiempo sin salir a correr pero, al verlos, consigo despertar mis ganas de hacerlo. «Mañana me pondré las zapatillas deportivas y me uniré a ellos», pienso mientras continúo mi largo y reflexivo paseo, hasta bien entrada la madrugada.

Con la manifiesta intención de cumplir mi objetivo, me levanto temprano en la mañana del jueves y, tras un desayuno reparador, salgo a correr. Urbano, lejos de desaparecer de mis pensamientos, se convierte práctica y únicamente en el protagonista de todos ellos. Al recordar a la serpiente, su mirada, su amenaza, y al sinvergüenza de su novio, acelero el paso y hago un intenso *sprint* a lo largo de unos cuantos metros. Aún no me han dicho nada los chicos; hablé con ellos anoche antes de salir a pasear. Sé que no debo hacer nada todavía hasta que tengan las pruebas pertinentes, pero la espera y el no sentirme útil ciertamente me angustian.

Sin haberme dado cuenta, me percató de que he recorrido más de cuatro kilómetros, lo que me deja exhausta y empapada en sudor al acercarme a la urbanización donde está ubicado el piso. Pero al pasar por la desangelada zona donde alquilamos las motos el pasado mes de agosto, la nostalgia vuelve irremediablemente a visitarme. Sin importarme un bledo lo que puedan pensar los viandantes, ni mi sudada ropa, me adentro en el mar. Tan sólo llevo las llaves de la casa en el bolsillo del pantalón, y las agarro con fuerza con una mano antes de zambullirme en el agua.

—¡¡¡Duele!!! ¡¡¡Recordarte duele!!! ¡¡¡No tenerte duele!!! —grito con todas mis energías con la cabeza sumergida dentro del agua.  
Nunca había hecho algo semejante, pero he de reconocer que funciona. En apenas unos instantes he podido sacar la rabia que llevo dentro. Cuando emerjo para tomar aire, siento mi cuerpo mucho más relajado, y es entonces cuando regreso al piso.  
A mediodía, hablo con las chicas por el grupo de WhatsApp:

Yo:  
Hola, chicas.

Marta:  
Hola, cielo. ¿Cómo estás?

Eva:  
Hola, nena.

Yo:  
Mucho mejor. He salido a correr.

Paloma:  
Hola a todas. Me alegro de que estés mejor.

Yo:  
¿Sabemos algo de los chicos?

Paloma:  
Aún no han obtenido las pruebas suficientes para incriminarlos. Les está costando más de lo que pensaban. Deben ser muy cautos: el teniente es muy listo, y temen ser descubiertos.

(Se produce un largo silencio. Leer su apelativo me estremece. Ellas lo saben, y ninguna escribe.)

Yo:  
Marta, ¿qué tal se porta Paloma como jefa?

Marta:  
Ay, hija, no sé cómo la aguantas.

Paloma:  
¡Oiga!

Yo:  
Ja, ja, ja.

Eva:  
Ja, ja, ja.

Marta:  
Si oír, oigo, pero reconoce que eres una perfeccionista de narices.

Paloma:  
Por supuesto que lo soy. Debo serlo, ¿o cómo te crees que mi empresa ha llegado hasta donde está?

Yo:  
Rubia, ahí tengo que darle la razón a la morena.

Marta:  
Está claro, las morenas os apoyáis entre vosotras.

Eva:  
Claro, si es que ya sabes la fama que tenéis las rubias, ja, ja, ja.

Marta:  
¡Pelirroja! Te recuerdo que estás en medio, así que, en ese caso, tú serías la *tontilis*.

Las tres:  
Ja, ja, ja.

Paloma:  
Tengo que dejaros, el curro me espera. Hablamos luego, ¿vale?

Yo:  
Paloma, si quieres cojo mis cosas y me planto allí en una hora.

Paloma:  
De eso nada. Reponte, que pasado mañana es la boda.

Marta:  
¿A qué hora es?

Eva:  
¿Ves como eres rubia? Es a las once.

Marta:  
Llevo tantas fechas en la cabeza que ya no sé ni en qué día estamos.

Yo:  
Cuento con todas vosotras y con los chicos. No me falléis.

Paloma:  
Eso nunca. A las nueve estaré en tu casa.

Eva:  
Tomás, el *alien* y yo iremos directamente al santuario. Nos veremos allí un poco antes de las once.

Marta:  
Si me necesitas, voy. Pero me extrañaría que mi Paco se asegurase de que los críos se vistieran como es debido; son capaces de ir en chándal.

Yo:  
No te preocupes. En el santuario nos vemos. Gracias, chicas, por todo. Hasta el sábado.

Ellas:  
Hasta el sábado.

El viernes repito casi lo mismo del día anterior: por la mañana, salgo a correr, a mediodía hablo con mi familia y por la tarde salgo a navegar en *La Gabarra II*. Con la pequeña diferencia de que hoy vengo más preparada para timonear durante más tiempo, pues ayer, al verla, una multitud de sentimientos se agolparon en mi cabeza y el paseo no duró todo lo que yo esperaba.

Nada más subirme a ella, inhalo aire y lleno mis pulmones del inconfundible y embriagador olor del mar mezclado con el de la embarcación. Introduzco la llave en el contacto y, al oír el rugir del motor, dejo salir todo el aire acompañado de una leve pero sincera sonrisa. Conforme me voy alejando de la costa y adentrando en las cálidas aguas, mi sonrisa se ensancha. Con mi pelo ondeando al viento, el mar, la brisa y la música que sale de los altavoces me acompañan. Aún recuerdo cuando mi

padre pidió que le incorporaran un reproductor; enloquecí al conocer la noticia.

Apenas hay embarcaciones a estas horas de la tarde, así que me permito aumentar la velocidad, logrando alcanzar en escasos minutos la primera de las cinco islas que presiden el mar Menor. En cada una de ellas, aminoro la marcha para contemplarlas y dar un trago a mi bebida: una regeneradora y refrescante Coca-Cola.

Cuando llego a puerto, me siento con energías renovadas; navegar me resulta verdaderamente revitalizante. Tanto es así que decido regresar a Murcia unas horas antes de lo previsto y me presento en casa de mis padres nada más anochecer.

Durante el tiempo que he estado en la playa, he reflexionado sobre mi actual coyuntura. Esperar desespera, y eso es lo que me está ocurriendo a mí. Los días pasan y vivo pendiente de una llamada de los chicos que me permita acabar de una vez por todas con esta inusual situación. Sin embargo, no es la única ni la que más llevo esperando desde principios de semana: Urbano tampoco ha dado señales de vida, lo que me confirma que lo nuestro... está más que acabado.

En casa se respira un ambiente de nervios. Leire tiene a mis padres al borde de la locura con su inquietud por la inminente ceremonia. Según mi madre, no deja de preguntarle una y otra vez las mismas cosas: si le gusta el vestido, si le gustará a él, si llegará a tiempo la esteticista para maquillarla, y un largo etcétera. Mi padre, en cambio, está refugiado en su sillón viendo la televisión, evadiéndose de cuanto sucede a su alrededor; algo que los hombres saben hacer con verdadera maestría.

Son ya casi las once de la noche cuando me acuesto en mi cuarto y llamo a Paloma.

- Hola, cariño. ¿Cómo estás?
- Hola. Creí que estaba mejor, pero al llegar aquí me he dado cuenta de que todo sigue igual que antes; todavía duele.
- ¿Estás en Murcia?
- Sí, he llegado hace un par de horas —digo mirando el reloj de la mesilla.
- Lucía, es normal que estés así. Lo vuestro es amor de verdad.
- Era —puntualizo—. Ya no creo que haya un presente, Paloma, y mucho menos un futuro.
- No te ha llamado, ¿verdad?
- No. Ni creo que lo haga; a estas alturas, ya no.
- Aún faltan doce horas para la boda, igual...
- Déjalo, nena. Sé cuál es tu intención, pero ambas somos realistas y sabemos... que no vendrá. —Una solitaria y amarga lágrima resbala por mi cara.
- Lo siento mucho, cielo.
- Yo también. Al menos —continúo tras limpiarme con la mano— estaré arropada por mis mejores amigas.
- ¡Eso siempre, cariño!
- ¿Sabes una cosa? —pregunto tras una pequeña pausa.
- ¿Qué?
- No me gustan las bodas.
- Ja, ja, ja. —Ambas reímos con unas sonoras pero apenadas carcajadas.
- Lo echo tanto de menos.
- Lo sé, Lucía.
- ¿Cómo ha podido olvidarse tan pronto de mí?
- No creo que lo haya hecho.
- Ya, yo tampoco. Es sólo que..., pensar que hace cinco días estábamos tan..., y ahora...
- Me pongo algo decente y voy para allá.
- No, déjalo. Estoy bien.
- No, no lo estás.
- Pero lo estaré, te lo prometo. En serio, no vengas. Ya estoy en la cama, no creo que tarde en dormirme.
- ¿Estás segura?
- Sí. Sólo necesitaba hablar con alguien, eso es todo. Nos vemos mañana, ¿vale?
- Como quieras. A las nueve estaré ahí para echaros una mano.
- Te quiero, nena. No sé cómo darte las gracias.
- Me lo cobraré en especias.
- Ja, ja, ja. Qué tonta eres.
- Tú más.
- Hasta mañana.
- Hasta mañana, cielo. Que descanses.

Sorprendentemente, duermo toda la noche de un tirón y me levanto el sábado sin ojeras, aunque con la extraña sensación de tener una sombra de tristeza pegada a mí que me recuerda lo sola y vacía que estoy.

Leire ya está despierta y anda revolucionando a toda la familia, que, reunida en la cocina, me espera para tomar el desayuno.

—¡Buenos días, hermanita! —me saluda con su agudo tono de voz.

—Buenos días, familia.

—Buenos días —responden mis padres al unísono.

—¿Qué tal has dormido, hija?

—Bien, mamá. ¿Y vosotros?

—Yo no he pegado ojo en toda la noche.

Me quedo contemplándola sorprendida, pero ella rápidamente me aparta la mirada.

—Ay, hija, lo siento. Pero la última vez que hubo una boda en esta casa, ya ves cómo salió.

—¡María! —la regaña mi padre.

—Da igual, papá. Mamá tiene razón. Además, sucedió todo hace muy pocos meses, es normal que aún lo tenga presente. De hecho, no es la única.

—¿Ves como no soy una paranoica? —se defiende mi madre.

—Y tú, Leire, ¿has dormido algo?

—*Supersí*. Mi amiga me dio una de sus pastillitas mágicas, y no veas lo bien que he pasado la noche.

—¿De qué pastillitas estás hablando?

—Mami, tranquila, que no soy una yonqui. Era una de esas para bajar la tensión.

—¡No quiero que tomes nada de eso! Prefiero que tomes tila o valeriana.

—Pues mira por dónde, a ti no te vendría mal una de esas ahora —se mofa Leire.

—¡Eres incorregible!

Mi padre y yo nos miramos y nos echamos a reír. ¡Cuánto vamos a echar de menos estas escenas familiares!

A las ocho y media, y según lo previsto, llegan a casa la esteticista y la peluquera para arreglarnos a las tres. Ambas comienzan con mi hermana y mi madre, mientras yo termino de ducharme y de secarme el pelo.

Cuando llega Paloma, a las nueve en punto, ya estoy en las expertas manos de la peluquera.

—¿Adónde vas tan guapa? —pregunto divertida al verla.

—Me he enterado de que alguien se casa y se me ha ocurrido pasarme. Hola, cielo —me saluda dándome un beso.

—Hola, jefa.

—¿No te ibas a hacer un recogido? —dice al ver cómo la peluquera me hace ondas con la plancha.

—He cambiado de opinión en el último momento —afirmo guiñándole un ojo.

—Me alegra verte de mejor humor.

—No tengo más remedio —formulo alzando los hombros.

Las dos especialistas se han marchado ya cuando las tres estamos en el cuarto de Leire, ayudándola a vestirse. Mi madre está muy emocionada, y temo que se le corra el maquillaje. En el momento en que acabamos de abrocharle el último botón de la espalda, mi hermana se gira hacia nosotras, dejándonos con la boca abierta.

—¡Estás preciosa! —murmuro al verla.

—¿De veras?

—Hija, eres la novia más guapa del mundo. Mejorando lo presente —comenta mirándome a mí.

—Sí que lo es —afirmo contemplándola con todo el cariño del mundo. Mi pequeña y pija hermana está espectacular y a punto de dar el «sí, quiero».

El vestido es precioso y le sienta a las mil maravillas. Es un fabuloso modelo de Rosa Clará con escote palabra de honor y confección en *mikado* de color blanco roto. El corpiño y la parte delantera de la falda están bordados a mano, con fino hilo de seda en tonos marfil y plata. Ambos cuerpos están separados por un fino cinturón de seda natural. Un bonito velo con elegantes bordados en los márgenes, sujeto en un moño bajo, cubre la elegante y larga cola.

Las tres estamos embobadas contemplando a la novia cuando mi padre irrumpe en la habitación.

—¿Qué os queda, pesad...? ¡Aúpa, Athletic! —suelta al verla, haciéndonos reír a todas.

—¿Cómo estoy, papá?

—Hija, estás... realmente preciosa —afirma mirándola de arriba abajo—. Será un honor acompañarte al altar.

—¡*Supersí*! —grita mi hermanita, que está que no cabe en sí de gozo.

Paloma y yo nos vamos a mi cuarto para terminar de arreglarme. Aún estoy en bata, pese a que tan sólo faltan cinco minutos para que lleguen el fotógrafo y el cámara de video.

—¡Guau! —suelta mi amiga al verme con el vestido.

—¿Mola, eh? —digo mirándome en el espejo.

Mi madre y yo escogimos este vestido nada más verlo. El tejido es el mismo que el de mi hermana pero, a diferencia del de ella, el mío es fucsia, liso, con la falda corta y plisada, y adornado por un bonito cinturón en seda natural.

—Estás guapísima.

—Gracias —murmuro en un leve susurro. La idea de que Urbano no pueda verlo me viene irremediablemente a la cabeza—. No sabemos nada de él, ¿verdad?

—No. De lo contrario, lo sabrías. Sé por lo que estás pasando, Lucía, pero tú puedes con esto y más. Nos tienes a nosotras.

—Ya, pero... veros a todos juntos... me va a resultar muy duro.

—Lo sé. Créeme que hasta pensé en decirle a Antonio que no viniera.

—¡Qué tontería acabas de decir! —asevero mirándola directamente a los ojos.

—No te creas. Anoche estuve a punto de mandarlo a tomar viento.

—¿Y eso? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada serio. Nuestra primera riña de pareja.

—Con final feliz, supongo.

—No quería decirlo, pero ya que lo has mencionado... Madre mía, es un toro en la cama, nena.

—¿Como mi futuro cuñado? —me mofo.

—Ja, ja, ja. Calla. Cada vez que nos acordamos, nos tronchamos de risa.

—Fue el mejor fin de semana de mi vida, ¿sabes?

—Lo siento, no debería haberte dicho nada.

—No seas tonta. Me alegra que al menos una de las dos sea feliz.

—La tonta eres tú por decir esas cosas. Tú también lo serás.

—No tengo suerte en el amor, Paloma.  
—La tendrás, estoy segura de ello. Pero, ahora, ¡vamos! Tenemos que ir a un casamiento.  
—¡Casamiento! ¡Qué antigua eres!  
—Me hago mayor, nena, me hago mayor.

Una vez hechas las fotos, y a falta de quince minutos para las once, salimos rumbo al santuario de la Fuensanta. Las chicas, con sus respectivos, están en la puerta cuando llegamos, al igual que el resto de los invitados. Hace un día precioso y el sol brilla con fuerza, aumentando el brillo de las telas de los allí presentes.

Mi madre y yo somos las primeras en bajarnos del coche, y aprovechamos para saludar a algunas de las personas que esperan anhelantes a la novia, incluidas las Súper, que aguardan emocionadas, móvil en mano, para ver llegar a mi hermana. El novio y su madre ya están dentro, junto al altar.

Acompañada de mis amigas, que no tardan en arroparme, permanecemos expectantes a que Leire nos deleite con su salida triunfal del vehículo. Se oyen los típicos «oh» al verla. Como ella misma me pidió aquel día que tomamos un granizado en familia, me apresuro a estirarle y a colocarle la cola y el velo antes de entrar en la iglesia.

El santuario de la Fuensanta, característico por sus dos torres blancas en la fachada, es un templo barroco que comenzó a construirse en el siglo xvii. Está situado en plena montaña, en la pedanía de Algezares. Su enclave, que ofrece unas maravillosas vistas de la ciudad, es un lugar muy visitado y de un gran interés turístico. Casi siempre alberga a la patrona de la ciudad, la virgen de la Fuensanta, que sólo abandona el sagrado templo dos veces al año, para alojarse en la catedral. Hoy es uno de esos días en los que la imagen religiosa no se encuentra aquí, debido a que estamos en plenas fiestas patronales; algo que pareció no importarles a los novios al elegir esta fecha para darse el «sí, quiero».

Antes de comenzar a subir la escalinata que lleva a la puerta principal del santuario, mi padre se acerca a mi lado y me susurra:

—¿Dónde está Alejandro?  
—No va a venir, papá —respondo con el alma encogida por la pena.  
—¿Cómo no me has dicho nada antes? ¿Qué ha pasado?  
—Ya hablaremos de eso en otro momento. Hoy es el día de Leire.  
—¿Tú estás bien? Es lo único que me importa.  
—Todo lo bien que se puede estar en estos casos.  
—Lo siento mucho.  
—Gracias.  
—Te quiero, hija.  
—Y yo a ti, papá.

Con un beso tierno en la frente y uno de sus particulares y reconfortantes abrazos, mi padre se despide para volver al lado de Leire. Tras un triste suspiro, regreso junto a mis amigos para dirigirnos hacia el interior del santuario. Conforme subimos la escalinata que lleva a la puerta principal de la iglesia, el recuerdo del día de mi «no boda» y todo lo que posteriormente sucedió me ronda por la mente.

Los invitados ya están colocados en los bancos de madera que hay a ambos lados del pasillo central, el cual recorro saludando y sonriendo. En la segunda y tercera fila del lado izquierdo se acomodan mis amigos, mientras que yo lo hago en la primera, junto a mi madre. Como es tradición, los invitados del novio se encuentran al lado derecho, en cuya primera fila veo a un rubio y sonriente Braulio, al que, con un simple gesto con la cabeza, doy por saludado.

La música del órgano suena y las miradas se centran en la puerta principal para ver a la novia hacer su entrada triunfante al templo. Mi padre, que va guapísimo con su traje negro, la lleva del brazo durante todo el trayecto hasta llegar al altar, donde un nervioso Jaime la espera acompañado de su madre y madrina de la boda.

La ceremonia comienza y todos nos sentamos. Los novios no dejan de echarse miraditas de complicidad, lo que me hace sentirme muy feliz y alegrarme por ellos. En el momento del «sí, quiero», dos lágrimas de emoción brotan de mis ojos. Rauda, saco uno de los pañuelos que llevo guardados en el bolso y me limpio cuidadosamente la cara con él. Ya es un hecho: mi pequeña, pija y superhermana se está casando. En mi mente recreo nuestras batallas cuando éramos pequeñas, nuestras risas, nuestras confidencias..., todo ello mezclado con el amargo recuerdo de la ausencia de Alejandro. Un romántico anhelo me hace girarme hacia la puerta con la esperanza de verlo aparecer, acercarse junto a mí, estrecharme entre sus brazos y susurrarme lo mucho que me ama. Pero él... no está.

De vuelta a la realidad, centro de nuevo la vista en los enamorados novios, que se hacen entrega de sus respectivas alianzas. Es el turno de Leire, y mis amigas y yo nos miramos cómplices a la espera de que no meta la pata y diga la palabra «fidelidad» sin cambiarle alguna letra o atrancarse. Pero era mucho pedir. En el instante en que le promete «felicidad», todos nos echamos a reír.

—Muuuucha felicidad le va a dar al toro —cuchichea Marta, lo que provoca las carcajadas de los siete.

Al tercer intento, mi hermana acierta con la palabrita de marras y acaba completando la frase de modo correcto. Finalmente, el cura los bendice y los declara marido y mujer, lo que ellos sellan con un tierno beso, y en ese momento todos aplaudimos.

Sin embargo, en ese instante, todas las paredes del santuario retumban tras el sonido de un disparo. Los gritos de los invitados ensordecen el templo y todos entran en pánico. La gente comienza a agacharse, procurando cubrirse entre los bancos. Los novios se apresuran a esconderse tras el altar, junto al párroco y los padrinos. En apenas unos segundos se desata el caos. Mi madre, encogida a mi lado, tira de mí para que me ponga a cubierto. Pero, para nuestra sorpresa, no logro hacerlo. Soy la única de todo el sagrado templo que está de pie, mirándolo a los ojos, incapaz de reaccionar o de entender qué es lo que ocurre.

—¡¡¡Esta boda no va a celebrarse!!! —grita desde la entrada, bajo la cúpula blanca con adornos dorados, a la que acaba de disparar con la escopeta que lleva entre las manos.

Los gritos se han convertido ahora en un auténtico y aterrador silencio, mientras yo sigo observando al que creí el amor de mi vida, por completo ebrio y fuera de sus casillas.

Con el raballo del ojo, observo cómo Antonio y Tomás salen de entre los bancos y se dirigen hacia él, agachados y sigilosos, por el pasillo lateral.

—¡Lucía, agáchate de una vez! —brama Paloma. Pero yo no puedo hacerlo. Necesito ver con mis propios ojos lo que mi cerebro no llega a entender y tanto le está costando procesar.

—¡¡¡Te odio, Lucía Martínez!!! —me grita con toda la rabia del mundo implantada en sus oscuros ojos—. ¡¡¡Me has arruinado la vida, y ahora yo te lo voy a...!!!

Miguel no puede acabar la frase porque es reducido con verdadera maestría por mis amigos, los cuales logran en un rápido movimiento quitarle el arma y tumbarlo en el suelo boca abajo. Antonio le sujeta las manos subido a su espalda, mientras que Tomás efectúa una rápida llamada con la escopeta en la otra mano. La gente comienza a incorporarse de sus improvisados escondites y el murmullo se hace oír. Asombrada, extasiada, con la mente convertida en un auténtico torbellino y falta de aire, esta vez soy yo la que se deja caer sobre el liso asiento de madera, incapaz de mantenerme por un segundo más en pie. «¿Por qué ahora? ¿Por qué aún?», me pregunto como en un bucle en mi atolondrada mente.

—¿Estáis todos bien? —Mi padre, con la rabia implantada en la cara, ha venido corriendo hasta el primer banco para cerciorarse de que estamos en perfecto estado.

—Sí, eso parece. ¿Y vosotros?, ¿y Leire?

—Leire está bien.

—Yo me encargo —interviene Paloma, que ha venido apresuradamente hasta mí.

Mis padres, aprovechando que ella está conmigo, acuden junto a los novios y a sus recién estrenados consuegros, que aguardan nerviosos en el altar.

—Lucía, ¿estás bien? —quiere saber Paloma, sujetándome la cara con las manos.

Sin embargo, yo sigo en auténtico estado de *shock*, con la mirada perdida.

—No contesta —comenta Marta, que, con Eva, están también junto a mí.

Noto su presencia, su calidez, pero mi cerebro no logra enviar la orden a mi boca para articular palabra. Mi cuerpo no responde y mis intensos y rápidos latidos resuenan con fuerza en mi seca garganta.

—Lucía, cariño, reacciona.

—¿Estáis bien? —pregunta Tomás, que se ha acercado hasta nosotras.

—Sí, cariño. Estamos todos bien.

—Viene una patrulla de camino —nos informa, y añade—: ¿Quién demonios es ese gilipollas?

—Ven conmigo, yo te pondré al tanto de todo —manifiesta la pelirroja, apartándolo a un lateral de la iglesia.

—Lucía —interviene nuevamente Paloma—, ya no hay peligro, cielo. Todos estamos bien, nadie ha salido herido. Por favor, di algo.

De fondo se entremezclan las múltiples voces de los invitados, que no entienden por qué ha ocurrido algo así en este sagrado lugar; sobre todo los asistentes de parte de Jaime, que desconocen quién es Miguel y el motivo por el que ha podido hacer algo así. Los nuestros, en cambio, cuchichean entre ellos, rememorando lo que ocurrió aquel sábado de mayo en la catedral de Murcia.

—La culpa... es mía —balbuceo.

—No digas eso, porque no es cierto —replica Marta.

—Tú no tienes la culpa de que ese descerebrado haya perdido la cabeza —afirma Paloma.

—Sí la tengo.

—¡No, no la tienes! ¡Y no te voy a consentir que lo digas! Escúchame bien lo que te voy a decir —ordena mi jefa—: fue él quien te traicionó y truncó tu sueño; fue él quien te rompió el corazón y el que sembró los frutos. Tú sólo le hiciste entrega del resultado de esa siembra. Lucía, tú hiciste lo mejor que estaba en tu mano para salvar tu honor y el de tu familia. No eres culpable de nada. Pensar eso sólo te hace daño y, ahora, es lo que menos necesitas.

—Debo pedir disculpas a alguien —acierto a decir mientras logro levantarme, sacando todas las fuerzas de las que soy capaz.

Bajo la atenta mirada de mis amigas, me acerco hasta el altar, donde mis padres, mi hermana, su ya marido y los padres de éste se arropan unos a otros.

—Leire, lo... siento mucho.

Todos se quedan sumidos en un abrumador silencio, a la espera de la posible reacción de mi hermana. Mis ojos están anegados en lágrimas; siento una presión muy fuerte en el estómago y en el pecho que me oprime hasta dolerme. Ella me observa sin articular palabra y sin mover un solo músculo. Con la mirada imploro su perdón, pero su mutismo y su quietud no hacen más que aumentar mi desazón y mi apenada angustia. A cada segundo que transcurre, me siento cada vez más culpable y responsable de lo que ha sucedido. Mi particular venganza ha afectado en enorme medida el día más importante en la vida de mi hermana, y aquí estoy yo, a la espera de su clemencia y su compasión. Mis lágrimas amenazan con brotar propulsadas de mis húmedos ojos. Pero justo en el instante en que se iba a producir el desbordamiento, ella viene hacia mí, me estrecha entre sus brazos y me susurra al oído:

—No es culpa tuya, hermanita. Ese cabrón va a recibir su merecido, y tú vas a comenzar a ser feliz, que ya te toca.

Sus palabras me hacen, por fin, romper a llorar, logrando así soltar toda la tensión que llevo acumulada. Saber que mi hermana me perdona y obtener de ella su beneplácito me despoja por un instante de las pesadas piedras que oprimen mi pecho. Cuando conseguimos soltarnos, y yo dejo de sollozar, nuestros padres nos felicitan, orgullosos, por nuestra cariñosa reacción.

En ese instante, dos agentes uniformados de la Guardia Civil hacen acto de presencia en el santuario, convirtiéndose en el blanco de todas las curiosas miradas. Uno de ellos reemplaza a Antonio y, tras sacar las esposas, se las pone a Miguel, que balbucea palabras ininteligibles. Tomás se reúne con ellos y los cuatro comienzan a hablar de lo que ha ocurrido. Desde donde estamos no podemos oír con claridad lo que dicen pero, por sus gestos, apreciamos que les cuentan con todo detalle cómo han sucedido los hechos.

Al cabo de unos pocos minutos, el agente que tiene esposado a Miguel lo levanta y se lo lleva detenido al coche patrulla. El otro guardia civil, junto con nuestros amigos, se acerca hasta el altar, donde nos encontramos. Una vez se presenta, nos explica que Antonio y Tomás se irán con ellos al cuartel para hacer la declaración. El novio de Eva los ha puesto al tanto de todo y de quién se trata. Mi padre y su ya consuegro les agradecen todo lo que han hecho por nosotros y despiden al agente, que se marcha de la iglesia en dirección al vehículo oficial.

—Como ha dicho nuestro compañero, nosotros nos ocuparemos de todo —afirma Tomás.

—No tengo palabras para agradeceros lo que habéis hecho hoy por... —dice mi padre.

—No tiene que darnos las *gracias*, estamos entrenados para cosas así —responde el onubense.

—Os aconsejo que os marchéis directos al convite —interviene de nuevo Tomás—. Es importante que todo vuelva a la normalidad de cara a los invitados cuanto antes. Creedme que, aunque ahora parezca imposible, todo esto sólo quedará en un simple recuerdo.

—Menudo recuerdo —replica Jaime.

—Afortunadamente no tenemos que lamentar víctimas —continúa—; es con eso con lo que tenéis que quedaros. Por cierto, felicidades, pareja —dice dándole dos besos a cada uno, gesto que también imita Antonio.

—Tiene toda la razón —afirma mi padre—, cuanto antes nos vayamos, mejor para todos. Gracias de nuevo.

—No hay de qué —responden antes de encaminarse hacia las chicas, que aguardan expectantes en el primer banco.

Tras despedirse de ellas, los chicos me saludan con la mano, mientras yo me quedo observando cómo se marchan del templo sagrado para reunirse con la persona que me hizo daño en el pasado y que, a día de hoy, sigue amargándose el presente.



Sentada en el asiento del pasajero en el coche de Paloma, y con Eva y Marta detrás, nos dirigimos a San Javier, rumbo al salón de celebraciones. Haciendo caso de los consejos de Tomás y Antonio, mis padres y los de Jaime han logrado calmar a los invitados, restableciendo así la normalidad de la ceremonia.

—¿Sabéis lo que os digo, chicas? —declara Marta, rompiendo el inquietante silencio.

—Ya vas a soltar una de las tuyas —sostiene Eva.

—Déjala, quizá ahora sea lo que más nos conviene —interviene Paloma.

—Desde luego, cría fama...

—Venga, suéltalo, si lo estás deseando.

—Pues iba a decir que... en las bodas de los Martínez no hay quien se aburra.

Todas nos quedamos de nuevo en silencio pero, tras unos segundos, comienzo a reír a carcajadas. Las chicas se miran entre ellas extrañadas y, finalmente, las cuatro acabamos tronchándonos. No sé cuánto tiempo nos dura el desternille grupal, pero lo que sí sé es que quiero a mis amigas con toda mi alma.

—Os quiero, nenas —se lo hago saber.

—Y nosotras a ti —dicen al unísono.

—Aunque..., lo siento por la diversión, pero ya no habrá más bodas en la familia; al menos, no por mi parte.

—Eso nunca se sabe —manifiesta Marta.

—Rubia, otra como ésta, y al padre de Lucía le da un infarto. Y a la madre, ni te cuento —asegura mi jefa.

—Hablando en serio. ¿Cuándo ha perdido el norte el tonto de Miguel? —pregunta Marta—. Sabíamos que era un mentiroso, un traidor, un sosainas..., pero ¿esto? ¿En qué cabeza cabe?

—No tengo ni idea —responde Paloma—. Aunque de lo que estoy segura es de que, con lo que ha hecho hoy, dejará de molestarla durante un largo período de tiempo.

A mediodía, llegamos al salón de celebraciones. Somos las primeras en hacerlo, seguidas de Paco, quien ha preferido quedarse en un segundo plano durante lo ocurrido, protegiendo a los críos. Paloma me hace entrega de la llave del coche, como venía siendo costumbre entre nosotras. El gesto me sorprende, pero gustosa la guardo en mi pequeño bolso y omito comentario alguno.

El resto de los invitados van llegando progresivamente. La recepción es en el jardín botánico que tanto le gustaba a mi hermana. Un buen número de camareros uniformados son los encargados de ir pasando por los diferentes barriles de madera de roble que hacen las veces de mesas, portando en sus manos bandejas con multitud de aperitivos, canapés, tartaletas... Bajo el porche que hay frente al salón, se ubica una gran barra, donde dos camareros se ocupan de suministrar las bebidas. Una agradable música suena de fondo.

—Me sorprende lo bien organizado que está todo —comenta Marta, que, con una copa de cerveza en la mano y un dátil con jamón en la otra, no deja de mirar de un lado a otro.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Eva.

—No creí que Leire fuese capaz de tenerlo todo a punto. Ha sido todo demasiado rápido.

—Quizá haya recibido algo de ayuda —interviene Paloma.

—¿Bromeas? —Me acabo de quedar de piedra.

—Tú estabas muy liada con la despedida. Tu hermana me llamó, y no supe decirle que no.

—¡Lo sabía! —afirma la rubia.

—Estoy perdiendo facultades, no me he percatado de nada —declaro meneando la cabeza.

—O eso o que soy muy buena en mi trabajo —apostilla mi jefa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siempre lo has sido —confirmo—. Y ¿se puede saber qué viene después?

—Tendrás que esperar como el resto de los invitados para saberlo, chata.

Su comentario me hace sonreír. Ella y mi hermana han estado quedando para organizar la boda y, realmente, yo no me he enterado de nada.

Al cabo de unos minutos, por los altavoces anuncian la llegada de los novios y todos miramos hacia la entrada por la que hemos accedido al jardín. Sin embargo, no vemos a nadie. Intrigada, observo a Paloma, que sonríe picarona. Miro hacia donde ella lo hace y me sorprendo al ver en un lateral un pequeño quiosco engalanado por unos preciosos ramos de gardenias blancas y cubierto por una fina cortina del mismo color que las flores. Dos camareros se dirigen hacia el misterioso templete con una botella de champán y dos finas copas. Una triunfal música suena cuando descubren la cortina, y unos sonrientes novios aparecen en su interior, lo que provoca los aplausos de todos los allí presentes.

Una vez hecho el brindis, nos indican que ya podemos pasar al salón. Nada más entrar, un enorme cartel con una foto de los recién casados y la lista de las mesas nos da la bienvenida. Uno a uno, vamos comprobando nuestra ubicación y, guiados por el encargado, vamos tomando asiento.

—Estamos en la mesa dos —nos informa Paloma sin necesidad de mirar el cartel.

Sacudiendo levemente la cabeza y poniendo los ojos en blanco, dejo más que claro lo engañada que he estado durante estos meses y lo bien que han sabido mantenerlo oculto.

Nuestra mesa está situada junto a la mesa central, la de los novios y los padres de ambos. Al llegar a ella, compruebo que sólo tiene siete sillas. En ese instante, Alejandro regresa de nuevo a mi mente, provocándome un amargo suspiro. Las cuatro tomamos asiento, a la espera de que Paco acompañe a los críos a la mesa que hay habilitada para chavales de su edad. Las otras dos sillas vacías son las de Antonio y Tomás, de los que aún no tenemos noticia.

Los novios entran en el salón y todos nos ponemos en pie para recibirlos nuevamente entre aplausos. Un «vivan los novios» sale de una potente garganta, y los demás respondemos con el habitual «vivan».

Sentados todos a las mesas, comienzan a llegar los primeros entremeses. Pero yo sigo sin poder probar bocado. Han pasado ya dos horas desde que los chicos se marcharon al cuartel y, pese a que intento con todas mis fuerzas aparentar normalidad, tengo los nervios aún instalados en el estómago, en forma de una aguda punzada.

Cuando no han pasado ni cinco minutos, un grupo de danza compuesto por siete bailarinas irrumpe en el salón. Vestidas con maillot negro, falda roja larga de baile y el pelo recogido en un moño, se colocan frente a la mesa de los novios. La música instrumental de la zarzuela *La boda de Luis Alonso*<sup>[\*]</sup> suena por los altavoces y ellas comienzan a interpretarla.

—¿Esto ha sido cosa tuya? —le pregunto a Paloma al verlas.

—De la suegra de tu hermana.

—¡Pues me encanta!

—A mí también —confirma.

Las bailarinas representan a la perfección la danza española con multitud de careos, quiebros y giros en los que lucen sus faldas de vuelo, su maestría y su estilo, todo ello acompañado del repiqueteo de las castañuelas que llevan en las manos. Al finalizar la fantástica representación, todos nos ponemos en pie para aplaudir a las siete bailarinas, que tan bien lo han hecho. Hasta a mi hermana, que no es muy partidaria de este tipo de bailes, parece haberle gustado. Emocionada, me quedo embelesada mirándola; ver cómo sonríe y cómo le brillan los ojos el día de su boda es lo único que en estos momentos puede reconfortarme gratamente.

La actuación y la felicidad de Leire consiguen que, por fin, tome algo de alimento. En la mesa, comentamos lo bonita que ha sido la sorpresa que les han dado a los novios cuando suena el móvil de Paloma. El corazón me da un vuelco, y todos la miramos. Apenas la oímos decir algunos monosílabos, aunque sabemos que se trata de

Antonio. Cuando termina de hablar, nos comunica que los chicos están en la puerta, y que me esperan para hablar conmigo. Mi respiración se agita, al tiempo que mis enérgicos latidos retumban en mi pecho.

- ¿Qué ha ocurrido?
- No lo sé. Tan sólo me ha pedido que salgas. Vamos, te acompaño —dice dejando su servilleta sobre la mesa para después levantarse.
- Al verla, cojo mi pequeño bolso, que tengo junto al plato, y hago lo mismo.
- Yo también voy —comenta Eva.
- Y yo —añade Marta.
- Vamos todos —interviene Paco.

El trayecto desde la mesa hasta el exterior del salón se me hace eterno e interminable. Sé que algo gordo debe de haber pasado para que ni siquiera hayan entrado. Las manos me sudan de lo nerviosa que estoy, y tengo que secármelas sobre la falda del vestido para evitar que se me resbale el bolso. Una vez fuera, los buscamos con la mirada, pero no logramos verlos.

- ¿Dónde están? —pregunto con un hilo de voz. Tengo el corazón en la garganta, y me cuesta respirar.
- ¡Allí! —indica Eva señalando un lateral del aparcamiento.
- Conforme nos acercamos a ellos, observo con detenimiento sus semblantes serios. La línea recta de sus labios y sus oscuras miradas me hacen presagiar lo peor.
- Hola, chicos —saluda Tomás al vernos.
- ¿Estáis bien? —les pregunta Paloma, y ellos asienten con la cabeza.
- ¿Qué ha pasado?
- Lucía, perdona que te hayamos hecho salir, pero no queríamos decirte esto delante de todo el mundo.
- ¡Dime ya de una vez qué demonios ha pasado, Tomás! —interpelo alzando un poco la voz.
- Lucía*, cálmate —interviene Antonio—. Estamos contigo, no lo olvides.
- Sabemos que estáis con ella, todos lo estamos —comenta mi jefa—, pero soltadlo ya o acabará dándonos un soponcio a todos.
- Los compañeros han llevado a Miguel al cuartel —comienza a relatar Tomás—. Nosotros hemos ido detrás en mi coche.
- ¡Esa parte ya la conozco! —bramo.

Paloma y Marta se colocan a mi lado para arroparme y acariciarme la espalda con cariño.

- Su estado de embriaguez era bastante alto —continúa—, así que hemos tenido que esperar un poco para poder interrogarlo, de ahí la tardanza.
- ¿Y? —pregunto con el ceño totalmente fruncido. Tengo el puño derecho cerrado; lo aprieto con tanta fuerza que hasta me hago daño al clavarme las uñas.
- No nos ha costado mucho sacarle toda la información. Lucía —añade Tomás acercándose a mí y poniéndome los brazos sobre los hombros—, Miguel fue quien contrató los servicios del rumano. Entre los dos lo planearon todo y te hicieron un exhaustivo seguimiento, aunque fue él quien te pinchó las ruedas del coche y pintó la fachada del edificio. El alemán de las fotos y los otros tres de la discoteca son colegas del rumano y formaban parte de la encerrona. Nos ha confesado con todo lujo de detalles cómo lo localizó, dónde, cuánto y cuándo fue la entrega del pago y... los motivos que lo llevaron a ello.

El picor en los ojos del terrible deseo que tengo de llorar, la presión que siento en mi pecho por las ganas de gritar y la furia que intenta dominar todo mi cuerpo logran que le chille fuera de mis casillas.

- ¡¡¿¿Por qué??!!
- Nena, intenta calmarte. Él no tiene la culpa —murmura Paloma.
- Su madre enfermó tras lo que ocurrió el día de tu... boda —explica Tomás—. Cayó en cama con una gran depresión. Miguel y su padre procuraron ayudarla con todos los medios a su alcance. La dedicación que Miguel tuvo con su madre fue tan intensa que incluso perdió su trabajo por quedarse a su lado para cuidarla. Pero finalmente, la depresión pudo con ella y hace poco más de un mes se quitó la vida.
- Siento mucho que haya muerto —manifiesta Marta—, pero... ¿qué culpa tiene ella?
- Miguel la culpa de la muerte de su madre —afirma Tomás.
- ¡¡Maldito hijo de puta!!! —suelta Marta—. ¡Por su culpa Urbano terminó la relación y ahora no quiere saber nada de ella! ¿Se lo habéis dicho ya?
- Lo hemos llamado *mushas veses*, pero no nos *cohe* el teléfono —asevera Antonio.
- También le hemos enviado mensajes y whatsapps, pero no da señales de vida.

Tras escuchar la desgarradora verdad de boca de mis amigos, con el alma rota de dolor y con una impotencia que me corroe las entrañas, doy un paso hacia atrás para mirarlos a todos y decirles:

- Paloma: gracias por organizar la boda de Leire. Tomás, Antonio, gracias por todo lo que habéis hecho por mí y por mi familia, pero no es necesario que localicéis a nadie. Marta, siento tener que corregirte: Urbano terminó conmigo porque no me quería lo suficiente como para luchar por nuestro amor —remato justo antes de dar media vuelta y dirigirme rápida y decidida a coger el coche de Paloma.
- Lucía, ¿adónde vas? —oigo a Eva tras de mí.
- ¡Lucía! ¡Lucía, para! ¡Lucía! —Esta vez son diferentes voces las que me llaman. Pero no tengo intención alguna de parar, y mucho menos de desistir en lo que ahora mismo quiero y necesito hacer.

Siento mucho abandonar de esta forma el convite de la boda de mi hermana, pero no tengo más remedio que hacerlo. Sé que es un día muy importante para ella, pero también sé que mi compañía y mi presencia allí no son lo que ella necesita. Quedarme allí supondría amargarla tanto a ella como al resto de la familia; todos se preocuparían por mí, y no estoy dispuesta a que, de nuevo por mi culpa, no puedan disfrutar de un día como el de hoy. Ella tiene todo un camino por recorrer, toda una vida amorosa por delante, mientras que yo... he perdido definitivamente la mía.

En pocos minutos, y de forma totalmente automática, estoy sobre *La Gabarra II* con las llaves puestas en el contacto, tras pasar por la oficina del puerto. Tan sólo en el momento de oír el rugido del motor al arrancarla me percató de que no sé muy bien cómo he llegado hasta aquí. Con mi cabeza convertida en un auténtico torbellino de recuerdos, logro poner rumbo a las tranquilas aguas del mar Menor.

Mientras navego, todo regresa a mi mente: el día que supe que Miguel me engañaba; la boda que impedi; la serpiente y el acorralamiento de su novio en la discoteca; lo que podría haber sido con Urbano y no fue, y la venganza de Miguel, que a punto ha estado de destrozar a mi familia. Mi ultrajado corazón está completamente dañado y resentido.

Y es entonces, cuando me encuentro en medio del mar, cuando rompo a llorar como nunca antes lo había hecho. El dolor que siento es tan penoso, triste y desgarrador que apenas puedo respirar, pese al aire que recibe mi rostro, cuya fuerza consigue secar de forma instantánea mis afligidas lágrimas. Ni siquiera navegar, ni la libertad que ello me proporciona, logra mermar mi solitario y desolado llanto. Nada parece consolar este inmenso dolor. Todo ha sido por mi culpa. Si yo no hubiese urdido aquel plan contra Miguel, nada de esto habría sucedido. Yo hice daño a mi familia aquel día, y hoy he vuelto a hacerlo cuando casi destrozó la boda de mi hermana. Incluso podría haber sido mucho peor si el disparo al techo de la cúpula hubiese ido dirigido hacia alguno de los allí presentes. Me estremezo sólo de pensarlo. No es justo que por mis relaciones amorosas y, sobre todo, por mis erróneas decisiones, los que me rodean tengan que sufrir o resulten de algún modo dañados. Mi urdida *vendetta* no sólo consiguió perjudicarlo a él; también ha conseguido destrozarme a mí, apartándome de la única persona que he amado y amo, de la única que he querido y quiero, y de la que estoy intensa y profundamente enamorada.

—¡¡¡Aaaaahhhh!!! —grito con todas mis fuerzas mientras la brisa con aroma salino me da con brío en la cara y hace ondear mi pelo suelto al viento.

Para regocijo de mi infinita desazón, y como si el infame destino quisiera jugarme una mala pasada, en ese instante suena por los altavoces *Ya no*,<sup>[\*]</sup> de Manuel Carrasco. Mis sentimientos confraternizan con la preciosa canción, pues, al igual que reza su letra, ya no le quedan fuerzas para resistir. En verdad, creí que podría soportarlo, que tarde o temprano superaría mi ruptura con Urbano y que seguiría hacia adelante como siempre había hecho. Pero no ha sido así, no está siendo así. Mi amor por él es incommensurable y colosal. Jamás pensé que se podría querer a alguien con tal intensidad y pasión como yo lo quiero a él. Alejandro lo era todo para mí: mi amigo, mi confidente, mi amante... Pese a ver cómo se marchaba de la sala de karaoke con aquella mirada fría reflejada en su rostro mientras yo le abría mis sentimientos, no he dejado de quererlo ni un solo instante. Lo echo tanto de menos que duele. Duele como nunca pensé que podría doler un corazón. En el fondo de mi despedazada alma, creía que nuestro amor era lo suficientemente verdadero como para poder superar los baches que se nos cruzaran en el camino. Pero de nuevo me equivoqué. Siento tanta pena y el vacío que él me ha dejado es tan grande que no creo que sea capaz de volver a amar a nadie. Ya no.

De pronto, el motor de la embarcación deja de rugir. La velocidad comienza a descender y, al cabo de unos segundos, se para inevitablemente. Con las manos consigo limpiarme un poco la cara para poder mirar el cuadro de mandos. «Sin combustible.» ¡Lo que me faltaba! «He olvidado alimentarte, preciosos», pienso mientras intento volver a la realidad. Miro a mi alrededor, pero no sé muy bien dónde estoy. ¿Cómo es posible? Tampoco logro ver ninguna embarcación cercana. Me toco la cabeza; la noto muy caliente. Debo de haber estado demasiado tiempo expuesta al sol sin protección. No me encuentro muy bien. Tengo mucha sed, necesito beber algo. Busco bajo los asientos algo que me sacie, pero no logro encontrar nada. Apremiada por las circunstancias y por mi malestar, saco el móvil del bolso para llamar a emergencias pero, para mi desánimo, está sin batería. Vuelvo a echar otro vistazo, pero no alcanzo a saber con exactitud dónde me encuentro. Estoy muy mareada. Incapaz de pensar con claridad, decido tumbarme durante un rato sobre los asientos con la esperanza de reponerme cuanto antes y de que, a ser posible, alguien venga a por mí.

Debo de haber sufrido una bajada de tensión, pues no sé exactamente cuánto tiempo ha pasado y tengo un dolor de cabeza terrible. Pese al mareo, logro incorporarme y echar un vistazo. Sigo sola y no hay ni rastro de ninguna embarcación. Por la posición del sol, calculo que deben de haber transcurrido al menos dos horas. Me resulta extraño que no haya pasado nadie. Tengo que salir de aquí. Con un esfuerzo considerable, me levanto y compruebo que estoy a mucha distancia de la orilla más cercana, demasiado para ir a nado, además de que no me encuentro con la fuerza necesaria para hacerlo. Ni siquiera ninguna de las islas está lo bastante cerca. Tengo angustia y sed, mucha sed. Por un momento creo que voy a desfallecer, aunque algo dentro de mí me empuja a seguir despierta y continuar mirando alrededor por si alguien pudiera aparecer. Quiero seguir a la espera, pero cada vez me pesan más los párpados. Estoy cansada, muy cansada...

De repente, oigo algo. Mis ojos logran abrirse un poco para ver de qué se trata. Es una pequeña lancha con unos chavales. Conforme se acercan, siento cómo mi ánimo resurge y, haciendo acopio de la poca fuerza que me queda, comienzo a hacerles señales con el brazo para que vengan a ayudarme. Sin embargo, ellos imitan mi gesto y, devolviéndome lo que creen que es un simple saludo, pasan de largo con los típicos «¡Eh!». Intento por todos los medios gritarles, avisarles de que necesito ayuda, pero ningún sonido logra salir de mi seca garganta. Con impotencia, observo cómo se marchan para continuar con su actitud alegre y desenfadada a otra parte. La pena y el desánimo consiguen que me deje caer sobre uno de los asientos, sin un ápice de resistencia.

—Lucha, Lucía, lucha —oigo una voz dentro de mí.

—No puedo, no me quedan fuerzas —respondo a mi voz interior.

—Sí puedes. Te lo debes a ti misma —me contesta.

Debo de estar perdiendo la cabeza, puesto que ya hablo conmigo misma.

—Mira, una embarcación —me indica mi subconsciente guerrero y luchador.

Abro los ojos pese al esfuerzo que me supone hacerlo, pero no logro atisbar ninguna. Tan sólo veo un espejismo, una ilusión en mi castigada mente.

—¡Lucía! —oigo que me llama una voz.

—Deja de castigarme de esta forma —replico a mi inquieta y traviesa vocecilla.

—¡Lucía! ¡Amor mío!

Mi voz interior suena ahora más cariñosa de lo normal. ¿A qué está jugando? Sin embargo, no es mi mente la que juega conmigo. Es Urbano, que llega en una embarcación del Plan Copla junto a tres hombres más de salvamento marítimo. Tras colocar las dos barcasas juntas, Alejandro sube raudo a *La Gabarra II*, se sienta a mi lado, me aboca hacia él y me estrecha fuertemente entre sus brazos. Nuestras miradas se encuentran. Mis párpados pesan demasiado y logran cerrarse de forma intermitente pese al esfuerzo que hago por mantenerlos abiertos. Por un instante, creo ver que sus brillantes ojos me susurran que no ha dejado de quererme. Me siento tan débil y tan tan pequeña que unas silenciosas lágrimas brotan solas de los míos.

Un agente y un médico de la Cruz Roja suben también a la embarcación y me arrancan de sus brazos para comenzar a atenderme. Mientras ellos hacen su labor, yo busco con la mirada a Urbano.

Una vez que consigo reponerme un poco, gracias a la atención y cuidado del médico, logro subirme a la embarcación de salvamento marítimo con la ayuda de todos ellos. De nuevo, Alejandro me sienta a su lado y me acoge entre sus fuertes brazos. Mientras el bote pone rumbo al puerto, ambos nos miramos. En sus ojos puedo ver el más puro y honesto amor entremezclado con el mayor de los temores.

—Te quiero, vida mía, con ternura, con miedo y con locura —me susurra arrancándome de nuevo unas amargas lágrimas.

El trayecto hasta el puerto lo paso cobijada y refugiada entre sus fornidos brazos. No tengo prisa por volver a la realidad, aún no. Pero, lo quiera o no, hemos de bajar. Nuevamente con ayuda, descendiendo de la embarcación una vez amarrado el bote. Nada más poner un pie en tierra firme, el teniente me coge en brazos y, junto al médico, me lleva hasta la enfermería.

Transcurre más de una hora entre pruebas, decenas de preguntas y un suero reponedor, hasta que Urbano y yo logramos quedarnos a solas en la alicatada

habitación. Él está sentado junto a la camilla, donde me encuentro tumbada. Sus manos agarran con cariño la que tengo libre, pues en la otra llevo una vía. Aún no hemos podido hablar y, pese a no estar todo lo recuperada que debería, sé que ha llegado el momento de hacerlo. Los dos nos decimos muchas cosas con la mirada, pero ambos sabemos que no es suficiente.

—¿Qué hacías con los de salvamento? —me atrevo a preguntar.  
—En cuanto me llamó Tomás, supe que estarías navegando. En la oficina del puerto me lo confirmaron. Pero hacía mucho que habías salido, no dabas señales de vida y tu móvil estaba apagado.  
—¿Dónde están las chicas?  
—En casa de Paloma.  
—¡La boda! —acierto a recordar.  
—Tranquila, ella ha demostrado ser muy buena en lo suyo y se encargó de hablar con tu hermana y con tu padre. Acertó al decirles que a Eva le habían dado contracciones y que os empeñasteis en ir a acompañarla al hospital.  
—¡Qué lista es la *jodía*! —digo tras un profundo suspiro.  
—Lucía, siento mucho haber dudado de ti. Cuando recibí las fotos creí perder el juicio, y lo que hice fue... perderte a ti.  
—Te marchaste.  
—Sí, pero no porque no quisiera abalanzarme sobre ti, sino porque aún no estaba preparado. El verte... me hacía daño.  
—A mí me hacía más daño no verte.  
Un breve silencio se produce entre ambos, hasta que él decide romperlo desesperado.  
—Localicé al alemán.  
—¿Qué?  
—El reconocimiento facial ha tardado más de lo que esperaba. No he sabido hasta última hora de esta mañana de quién se trataba realmente. Y, en cuanto lo supe, me vine corriendo a buscarte.

—¿Viniste a buscarme sin saber toda la verdad?  
—Yo venía de camino cuando Tomás me localizó y me contó todo lo que había pasado y que ellos habían interrogado a...  
—Miguel.  
—Exacto.  
—¿Qué le va a ocurrir?  
—¿Acaso te importa lo que le pase?  
—No me interesa él como hombre, si es lo que te preocupa.  
—Lo sé, lo siento. Aún intento asumir lo que me ha contado Tomás. Sólo de pensar en lo que podría haberte hecho...  
—¿Podré estar tranquila?  
—Por supuesto. Los cargos que se le imputan, y más tratándose de un edificio tan emblemático, lo mantendrán durante un largo tiempo a la sombra.  
—Todo fue culpa mía.  
—¡No digas eso jamás! —me apremia acercándose aún más a mí.  
—De no haber sido por mí, tú y yo aún estaríamos...  
—No tiene por qué ser en pasado, Lucía. He sido un gilipollas anteponiendo a mis sentimientos lo que vieron mis ojos. Me dejé llevar por la ira y el miedo. No hay palabras suficientes para expresarte cuánto lo siento y rogarte que me perdones. Creí que, alejándome de ti, el dolor sería menos intenso, que no viéndote podría mirar hacia adelante. Pese a la traición de la que creí ser víctima, sabía de tus verdaderos sentimientos hacia mí y por eso decidí hacer mis propias averiguaciones. Sé que nada de lo que te diga podrá recompensar el daño que te he hecho, pero puedo prometerte que jamás, repito, jamás volveré a apartarme de tu lado. Aunque tenga que pedirte que te cases conmigo.

—¡Ni se te ocurra mencionar la palabra «boda»!  
—Será de la forma que tú quieras, pero juntos.  
—Me hiciste mucho daño.  
—Lo sé.  
—Me rompiste el corazón.  
—Lo sé.  
—Perdiste la confianza en mí de un solo plumazo.  
—Lo sé. Fui un necio.  
—Y ¿cómo sé que no volverás a serlo?  
—Es imposible serlo más.

Otro silencio entrecorta nuestra conversación. Pero esta vez soy yo la que decide romperlo.  
—Lo que dijiste en el bote..., ¿es verdad?  
—Hasta la última sílaba.  
—Y ¿a qué esperas para besarme, Sheriff?

Por primera vez en días, veo su maravillosa sonrisa. Sus sinceras palabras son la mejor medicina que mi dañado corazón necesita. Sólo su amor es capaz de sanar mis heridas, sólo el tenerlo a mi lado logra que pueda ver el sol y que el día merezca la pena vivirlo. Él nunca ha dejado de quererme, como mis sentimientos hacia él tampoco menguaron en ningún instante. El hecho de que él haya venido a buscarme sin conocer toda la verdad y su forma de estrecharme y de mirarme al encontrarme en la embarcación son la mayor prueba de la sinceridad y de la veracidad de sus palabras. Sin poder reprimirse más, Urbano se abalanza sobre mí y me besa con tal pasión e intensidad que siento hasta en el último poro de mi piel el amor que nos profesamos. Vuelve a estar a mi lado, vuelve a ser mío, y yo vuelvo a ser suya. Nuestro beso sella nuestra unión y, esta vez, sé que será... para siempre.

## Epílogo

—Cuéntamelo otra vez —murmuro juguetona en el sofá de nuestro nuevo piso en Murcia.

—Pero si lo has oído muchas veces —replica Urbano tras dar un trago a su cerveza.

—No me importa oírlo de nuevo.

—Llevé las fotos al laboratorio para que las analizaran, por si eran reales o se trataba de un mero montaje hecho por ordenador.

—Esa parte no. Me refiero a la otra —manifiesto.

—Pero mira que eres mala.

—No soy mala, es sólo que... Venga, cuéntamelo.

—Está bien, ahí va: te echaba tanto de menos que a todas las comidas les añadía limón.

—Ja, ja, ja, ja —me descojono al imaginármelo comiendo una hamburguesa con limón.

—¿Ves como sí eres mala?

—No es cierto. Sólo soy... juguetona.

—Pues tengo un juego para ti. Aunque no sé si estarás a la altura.

—¿Retándome, Sheriff? —digo incorporándome. Adoro los retos, y más, viniendo de él.

—Han pasado ocho meses desde la boda de Leire, y siete desde que vivimos juntos.

—Así es.

—El juego consiste en... que debemos ir a conocer a alguien.

—Ya sé por dónde van los tiros —afirmo frunciendo el ceño—. Pero ya sabes lo que eso supone para mí.

—Lucía, sé que no quieres ni oír la palabra «boda», pero mis padres desean conocerte.

—Pero, según las condiciones de tu padre, debemos estar prometidos, y... no lo estamos.

—Lo sé. Pero, aun así, él quiere conocerte.

—Te advierto —anuncio señalándolo con el dedo— que, como diga o dé algo a entender sobre una boda, me largo pitando de allí.

—Tranquila, ya les he advertido que no deben pronunciar la palabra «maldita» —responde mordéndome la punta del dedo.

Su gesto me hace reír y, como si hubiese abierto la caja de Pandora, comienza a hacerme cosquillas.

—¡Para, para! —le pido tronchándome de risa.

—No pienso parar. Éste es tu castigo por amenazar a un agente de la ley.

—Pues sí que tengo un dedo poderoso —digo mirándome el dedo con el que lo he señalado—. Es un arma de destrucción masiva, ja, ja, ja.

—¿Quieres ver lo que le hago al que se atreve a desafiarme?

—¡Para, por favor, para! Ja, ja, ja...

Intento zafarme de él yéndome al otro extremo del sofá, pero Urbano me persigue con su mirada oscura, mezclada con su sexi sonrisa picarona.

—No podrás huir de mí. Sé muy bien cómo retenerte. —Está ya echado sobre mí, devorándome con ojos lascivos.

—Lleva cuidado, teniente, no vaya a sacar mi dedo y...

Sin permitirme acabar la frase, me enmudece plantándome un tórrido beso. Yo intento quitármelo de encima cogiéndolo por los hombros, pero él me agarra las manos con fuerza tras la cabeza mientras me aprisiona bajo su enorme cuerpo. Rendida a su encanto, mi arma de destrucción masiva se ve reducida a un mero e inofensivo tirachinas.

Su ardiente lengua juega y coquetea con la mía. Sus labios conquistan e invaden con dominio los míos. Atrapadas mis muñecas bajo su fuerte mano, con la otra comienza a acariciarme un seno por encima de la entallada camiseta que llevo puesta. Su rudo tacto me hace gemir. Nuestro deseo no se ha visto mermado con el tiempo, sino todo lo contrario; aumenta cada día, dejando patente que nuestro amor es cada vez más intenso, más vivo. Una acertada caricia suya o un ardiente beso provocan en mí el despertar de mis más íntimos instintos. Su mano busca ahora tocar mi pecho bajo la tela de la fina camiseta, agitando nuestras acompasadas respiraciones. Siento tanto placer cada vez que me acaricia que no puedo evitar gemir. Mi gutural sonido estimula su entrepierna, que me empuja fuerte y con ansia sobre mi parte íntima, con bruscas embestidas.

Con puro afán, me levanta la camiseta y comienza a devorar mi seno izquierdo. Me estremezco. Su mano estruja y aprieta mi pecho al tiempo que su lengua me endurece el pezón. Mi espalda se arquea en respuesta. Jadeo. Sin abandonar mi pecho izquierdo, su lengua toma el derecho. Estoy a su merced. Abro los ojos por un instante y veo su marcado y musculoso hombro por la presión que su mano ejerce sobre mis rendidas muñecas. Todo en él es tan perfecto que siento un hormigueo en el estómago y en mi sexo.

Ávido por saborearme y embeberse de mí, libera mis manos para despojarme de la poca ropa que llevo. Su mirada es felina, arrebatadora y endiabladamente sexi. Sus cortos y húmedos besos por todo mi cuerpo logran estremezarme. Quiero más. Vestida con tan sólo un tanga, él se incorpora para desnudarse por completo ante mí y mostrarme su fibroso cuerpo en un rápido gesto. Me muerdo el labio inferior al admirar semejante estampa. Sin demora, Urbano agarra mi única prenda por ambos lados y logra quitármela mirándome con auténtica lujuria.

—Eres mía, y haré que te rindas ante mí.

Sus ardientes palabras erizan mi hasta ahora sedosa piel. Con firmeza y una seguridad que me abruma, me sujeta las piernas y, en un brusco y ardiente gesto, me las abre para él. De rodillas sobre el sofá, es él quien en realidad se rinde ante mí, comenzando a lamer mi vulva en su plenitud. Su ávida lengua juguetea ahora con fuerza con mi palpitante clitoris. Me estremezco. Su voracidad es cada vez más intensa. Los lametones se convierten en una maniobra lasciva, absorbiendo, chupando y mordiendo mi abultado clitoris sin descanso y saboreando las mieles que emana mi vagina. Mi incontenible cadera lo reclama con ansia. Siento la humedad invadiendo mi excitado sexo, que se dilata con anhelo, reclamando ser asediado. Mis manos se enredan en su pelo, incapaces de permanecer quietas ante tanto placer. La pericia de su incansable lengua está a punto de contraer cada uno de los músculos de mi cuerpo. Sin dificultad por mi alta lubricación natural, Urbano me penetra con dos dedos. Mis piernas se abren en respuesta.

—Eso es, ábrete para mí.

Su penetración es firme, inequívoca y certera. Sus envites incesantes sobre mi punto G y su boca invadiendo mi excitado clitoris logran arrancarme un sonoro gemido. Mis latidos aumentan. Sus empujones son cada vez más intensos, más fuertes y continuos. El calor es cada vez más abrasador. Me llevo las manos a la cara para intentar secarme el sudor que emanan mis poros. No sé cuánto tiempo podré aguantar sin correrme.

Urbano, que me conoce de una forma abrumadora, abandona mi abultado clitoris para besarme con ardor. Mi sabor nos enloquece a ambos. Sus dedos continúan jugando en el interior de mi empapada y abierta vagina. Acaricio sus duros pectorales para después tocar y manosear su abultado pene. Está ardiendo. Con sutileza, aunque con seguridad, lo recorro de arriba abajo en toda su longitud. Mi masturbación le proporciona tanto placer que me lo hace saber con un ronco y ahogado jadeo en mi boca. Nuestros cuerpos empapados de erótico sudor suavizan nuestro sensual tacto. Nuestros desbocados latidos son testigos del placer que nos profesamos y de la consecuencia de nuestras agitadas respiraciones. Plenamente sincronizados, abrimos los ojos para mirarnos. Nos queremos de una forma tan intensa y profunda que podemos ver nuestro amor reflejado en los ojos del otro. La unión de nuestros corazones forma una sola alma, un solo ente colmado de auténtica fortuna y dicha en el que la veneración, el respeto y la adoración van más allá de lo estrictamente efímero y perecedero.

Sedienta de él y de embeberme aún más de su deseo, le dedico una cómplice mirada. Sonriendo al entender mis intenciones, se sienta en el sofá sin abandonar mi interior con sus dedos. Sin apenas esfuerzo, soy yo la que esta vez me coloco de rodillas sobre el mullido asiento para apresar con una mano su pene. Tras darle un

corto pero intenso beso, humedezco mis labios y desciendo hasta su entrepierna para atrapar con la boca su abultado glande. Mi teniente, con la espalda apoyada en el respaldo, inclina la cabeza hacia atrás en respuesta al placer que le proporciona. Ser la artífice de sus sonoros gemidos me hace sentirme dichosa, cual diosa cumpliendo un implorado deseo.

Sin dejar de acariciarlo con la mano, mi lengua se recrea en lamerle y chuparle su caliente y ardiente glande. Sus jadeos me incitan a proseguir con mi deleite, y con la punta de la lengua abro y recorro el pequeño agujerito del extremo, con el que tanto me gusta jugar. Mis labios capturan la totalidad de su glande, hasta el prepucio, que lamo en el interior de mi boca. Las envestidas de sus dedos son cada vez más intensas, como lo es mi ardiente felación. El sonido de nuestros dinámicos latidos se entremezcla con el murmullo de nuestros cuerpos y nuestros guturales jadeos. Calor, siento un profundo e intenso calor. Mi húmeda vagina se abre aún más para recibir sus intensas y fuertes embestidas. Las piernas comienzan a flaquearme. Con toda la suavidad posible, mis labios acarician su miembro cuando, en repetidas ocasiones, lo empotro en mi salivada boca. Se estremece; me estremezco. Me siento al borde de un incontenible orgasmo. Pero Urbano se percata y, negándose a dar por finalizado nuestro particular juego, decide retirar sus dedos del interior de mi vagina. Mi rápida respuesta en forma de un ronco gemido no se hace esperar. Él parece disfrutar de mi anhelo y, con sorna, me da un cachete en el culo.

Dispuesta a no dejarme amedrentar, abandono su erecto pene y me incorporo ligeramente para dedicarle una retadora mirada. Sabe cómo soy, y sabe lo que obtiene al negarme lo que deseo.

—¡Cuánto te quiero! —me suelta de pronto con una amplia sonrisa, sujetándose la cara con las manos y plantándose un tórrido e incandescente beso. Mi enamorado corazón toca un redoble de tambores, al tiempo que unas coloridas e inquietantes mariposas revolotean en mi estómago. La incómoda postura me hace apoyarme con fuerza sobre su pierna, y Urbano no tarda en agarrarme por la cintura y subirme a horcajadas sobre él. Con todo el amor que le profeso, me rindo ante sus ardientes y jugosos labios. Su lengua entra y sale sin cesar de mi boca, erizándose con cada roce. Mis manos se posan sobre su masculina mandíbula, mientras que las suyas aprietan con ansia mis nalgas. Mis pezones rozan su sudoroso pecho y nuestras lenguas se buscan y se estrujan con frenesí una y otra vez. No puedo resistirme más. Añorando su vigoroso pene, me dejo caer y me empalo en él. Su suave y caliente tacto me enerva. Está entero dentro de mí, llenando mi vagina en su plenitud. Ambos gemimos.

—Yo en ti. Tú en mí —susurra. Enamorada como nunca, vuelvo a apresar sus labios, mientras él me eleva en repetidas ocasiones sujetándose fuertemente por la cadera. Las embestidas son completas, dinámicas, intensas. Nuestros latidos vuelven a acelerarse, vuelven a recordarnos cuánto nos deseamos y lo mucho que nos amamos. Las paredes de mi vagina son invadidas sin descanso. Mi humedad favorece sus acometidas, mientras nuestras bocas se devoran y nuestros pechos se oprimen con pasión. Gemimos. La postura y el gran tamaño de su miembro benefician una completa penetración. Siento su glande golpear de un modo extenuante mi cuello uterino, proporcionándose un excitante placer. El calor se apodera de mí. Mis músculos entran en una devastadora tensión. No puedo más. Abro los ojos para mirarlo. Él ya lo hace. Y, mirándonos con lujuria y venerado amor, ambos nos corremos y nos dejamos llevar por un increíble y prodigioso orgasmo.

—Te amo —susurra abocándose hacia él y abrazándose con frenesí. —Te amo —respondo aún temblando y convulsionándose por la culminación del clímax. Una vez más, nuestros cuerpos acaban de manifestar, de la forma más ardiente y apasionada, el profundo amor que nos profesamos y la dicha que ambos sentimos.

La cita con sus padres tiene lugar al cabo de dos semanas. Yo estoy con los nervios a flor de piel. Urbano ya es uno más en mi familia, pero yo aún no conozco a la suya. En numerosas ocasiones me ha contado cómo son, pero hoy me toca comprobarlo de primera mano. Antes de salir rumbo a Alicante, nos pasamos por casa de Eva y Tomás a ver a la pequeña Eva. Aún recuerdo el día del parto, y la noche que todos pasamos en vela en la sala de espera. La niña, a la que llamamos Evita, pero sin el Perón, es un precioso bebé de casi dos meses que ha heredado de su madre su característico color de pelo y los ojos oscuros de su atractivo padre. Pese a que Marta tiene dos hijos, Evita es el juguete del grupo.

Tras la visita a nuestra *sobrina*, nos marchamos a la ciudad vecina. Al llegar, siento un revoloteo en el estómago. El Sheriff, que me conoce como si fuese yo misma, me aboca hacia él y, estrechándose entre sus brazos, me susurra palabras de aliento mientras subimos en el ascensor.

La primera en abrir la puerta y recibimos es su madre. Es una mujer encantadora, de pelo moreno y elegancia exquisita. Con amabilidad nos saluda y nos invita a pasar. En la puerta del salón nos espera su padre, que igualmente nos recibe de forma amable y cortés. El hombre, alto y moreno, aunque con bastantes canas, es el vivo retrato de Urbano; ambos tienen la misma constitución ancha y son increíblemente atractivos.

La velada transcurre con total normalidad y, pese a mis infundados temores, la palabra «boda» no sale a relucir en ningún momento. Cuando ya nos disponemos a marcharnos, su padre, tras despedirnos en la entrada de su casa, me mira con verdadero aprecio y me da la bienvenida a la familia. Como viene siendo habitual en la mía, les doy a ambos un cariñoso y tierno abrazo antes de salir por la puerta.

Las semanas transcurren volando. Alejandro y yo somos felices de verdad. Como lo fui el día que me propuso venirse a vivir conmigo a Murcia. Buscar nuestro primer nido de amor fue una de las experiencias más bonitas y emocionantes que he vivido nunca.

El 17 de junio, sábado, me despierto temprano y me sorprendo al comprobar que el Sheriff no está a mi lado. Remoloneo en la cama unos minutos hasta que lo veo entrar por la puerta portando una bandeja con el desayuno.

—Buenos días, señorita —me saluda sonriente. —Buenos días, caballero —respondo de igual modo, al ver lo sexi que va semidesnudo; tan sólo un simple *slip* blanco me impide verlo en su total plenitud—. —Y ¿gesto a qué se debe?

—A que hoy vamos a hacer algo nuevo. —¿De qué... se trata? —pregunto masticando un rico cruasán crujiente que me ha «llamado» nada más verme. —Es una sorpresa —suelta juguetón. Y, dirigiéndose al baño, añade—: Voy a darme una ducha. Acábate el desayuno y dúchate, que nos vamos. —¡Serás marimandón! ¡Dime al menos qué me pongo! —le pido, pero el ruido del agua saliendo del grifo le impide oírme.

Por más que uso todas mis armas de mujer para sacarle algo de información mientras vamos en el coche, no consigo arrancarle ni el más mínimo dato ni la más leve pista de adónde nos dirigimos; lo cual me sorprende, no por mi desconocimiento del lugar, sino porque, hasta ahora, mis artimañas seductoras de indagación nunca me habían fallado.

Cartagena es el lugar escogido para la sorpresa y, más concretamente, el puerto. Una vez que ascendemos por la escalera del aparcamiento subterráneo, tras dejar estacionado allí el coche, Urbano, que me tiene cogida la cintura con el brazo, me dirige hacia el puerto. Allí, un increíble catamarán de diecisiete metros de eslora y nueve de manga nos espera para subir a bordo.

—¿Te he dicho que te quiero? —digo lanzándole a sus brazos. —Sí, aunque tendrás que repetírmelo más veces..., por si se me olvida —murmura antes de darme un tórrido y ardiente beso. Como una niña con zapatos nuevos, me subo tras él a la estupenda embarcación, modelo Lagoon 560. El capitán nos recibe y muy amablemente nos indica que estamos a punto de zarpar rumbo «a lo desconocido». El énfasis en esas últimas palabras y la mirada cómplice que le dedica a Urbano me dejan más que claro que todo forma parte de un estudiado plan.

En la proa y abrazados, nos adentramos en el mar, bañados por la agradable brisa que nos acaricia. Por más que busco en mi mente, no encuentro un instante en el que me haya sentido más feliz que éste, y así se lo hago saber.

—Gracias, amor mío, por esta sorpresa. —¿Eres feliz, Limón? —pregunta sin soltarme, dedicándome una tierna y cautivadora mirada. —Infinitamente feliz, Sheriff. ¿Y tú?

—Lo seré aún más dentro de unos minutos —confiesa.

—¿Qué va a pasar?

—Aguanta, nena; ya queda poco.

Completamente enamorada, me aferro a él mientras me dejo embaucar por su aroma y por el salino olor del mar, que tanto me gustan.

A unas pocas millas y a muchas más de la costa, la embarcación se detiene. Urbano se gira para mirarme directamente a los ojos. Intrigada, observo cómo su labio inferior tiembla un poco. Mi ceño se frunce y mi corazón se acelera en respuesta.

De pronto, por los altavoces suena la canción *Lucía*,[\*] de Rosario Flores, y él, mirándome de la misma forma en que me miró el día en que me rescató, comienza a decir:

—Lucía, sé que no quieres ni oír hablar de matrimonio, pero... —esta vez soy yo la que tiembla, y no precisamente de modo tenue o ligero— el tiempo que estuvimos separados y el que pasé sobre aquel bote buscándote fueron los peores de mi vida. Aunque, gracias a ellos, pude darme cuenta de que no puedo ni quiero vivir sin ti. Te quiero tanto, Limón, que estar a tu lado no me es suficiente. Necesito que nuestro amor quede sellado de un modo que el mundo entero sepa que eres mía, y que mi corazón, mi cuerpo y mi alma son plenamente tuyos. Lucía —continúa sacando del bolsillo un precioso anillo de oro blanco con un pequeño diamante incrustado en el centro—, ¿quieres concederme el honor de ser mi esposa?

—¡Di que sí! —suelta de pronto Paloma, que, junto a Antonio, Eva y Tomás, Marta y Paco, Leire y Jaime, mis padres y los padres de Alejandro aparecen en la cubierta.

No puedo creer lo que ven mis húmedos ojos. Toda la gente a la que quiero está aquí, siendo testigos del indescriptible momento que estoy viviendo. Asombrada, veo la felicidad reflejada en sus caras.

—No lo dudes, nena —interviene Eva—; estamos en medio de la nada y no hay nadie que pueda impedirlo.

—Dile que sí —manifiesta Marta—. Aunque me aburra en una boda de los Martínez, que no será el caso, tú dile que sí.

Su comentario me arranca una inevitable sonrisa.

—¡Venga, hermanita, dile que *supersí* quieres serlo! —añade Leire, gesticulando con sus habituales palmadas insonoras.

—¡Acaba ya con el Soltero de Oro! —suelta Tomás.

—Hija —remata mi padre—, aunque sea merengue, dile que sí.

La dicha que siento en este instante es inaudita para mí. No puedo querer más a mi gente de lo que la quiero ahora. Con los ojos anegados en lágrimas y henchida de felicidad, los miro a todos y cada uno de ellos, que aguardan para oírme dar una respuesta a la persona que más amo en el mundo. Incapaz de resistirme, me giro de nuevo hacia él y, con mirada enamorada, con el corazón aleteando y con todo el amor que le profeso, le confirmo:

—Sí. Quiero ser tuya... para siempre.

Con verdadero orgullo y con una inconmensurable dicha reflejada en su cara, Urbano me aboca hacia él y comienza a besarme con tal pasión y amor que logra arrancar los aplausos de los allí presentes.

Tras las debidas felicitaciones de todos, las chicas me arrastran hacia los camarotes y comienzan a informarme: Urbano lo planeó todo y, con la ayuda de Paloma, orquestó la fecha, la embarcación, la música, el anillo... Calcularon con todo detalle la pedida de mano y la ceremonia, incluido mi vestido, que no es otro que el mío rojo de inspiración en los años cincuenta. Cuando acaban de relatármelo todo, e incapaz de sentirme más dichosa y afortunada por tenerlas a mi lado, mis amigas y yo nos fundimos en un abrazo grupal.

Arropada por ellas, y vestida como en nuestra primera cita, salgo a cubierta dispuesta a reencontrarme con el amor de mi vida. Al llegar, lo encuentro imponentemente vestido de negro con un vaquero y una camisa entallada, rodeado del resto de nuestros familiares y amigos. Todos se apartan cuando nos ven aparecer. Junto al capitán, que será el encargado de officiar la ceremonia, Alejandro me aguarda venerándome con su verde mirada. Conforme me voy acercando a él, siento cómo mi corazón se acelera a cada paso, a cada instante. Nuestro amor es tan puro, tan intenso y real que he aceptado pasar el resto de mi vida con él, algo que jamás pensé que podría ocurrir.

Y allí, en alta mar, bajo la atenta mirada de la gente que más nos quiere, Alejandro y yo nos convertimos en marido y mujer. La boda fue sencilla pero, para mí, fue la más maravillosa del mundo porque le di el «sí, quiero» a la persona que más amo y respeto, y porque sellé mi amor con el único hombre capaz de conseguir que superara mi pasado, de hacerme vivir intensamente el presente y de lograr que mirase sin temor hacia el futuro.

## Agradecimientos

Gracias a mi marido, a mi hijo y a mi familia por estar siempre conmigo y por seguir aguantando que, en las comidas, se siga «hablando de mi libro».

Gracias a mis niñas, Mariola y Jose, por estar siempre a mi lado.

Gracias a mi amigo Toni (T. Comissi), por querer formar parte de esta novela.

Gracias a Manuel David (Gran Manley), por aceptar formar parte también de este proyecto.

Gracias a Javi, Chusa y Mari Carmen, por ayudarme a documentarme.

Gracias a mi editora, Esther Escoriza, por apoyarme, por creer en mí, en mi trabajo, y por hacer que un sueño se convierta en realidad. Eres mi hada madrina.

Y gracias también a todos los que estáis ahí apoyándome a diario en las redes sociales (Twitter, Facebook y YouTube), a mis compis, a mis compañeras de desayuno, a mis chic@s D.I.S.N.E.I., a los que me alentáis para que siga contando historias, a los que os tomáis parte de vuestro tiempo en valorar, votar y comentar mis obras. Gracias, de corazón. Siempre os lo digo, pero es que no me canso de hacerlo: ¡sois la caña!



## Biografía



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, artista plástica que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura; con el paso de los años, ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: García de Saura

Twitter: @GarciadeSaura

## Notas

[\*] *El auto nuevo*, Mondopolitan, interpretada por Los Payasos de la Tele. (N. de la E.)

[\*] Véase la nota anterior.

[\*] *Think*, Cugate Ltd., interpretada por Aretha Franklin. (N. de la E.)

[\*] *Mil calles llevan hacia ti*, Producciones AR, interpretada por La Guardia. (N. de la E.)

[\*] *Cuando brille el sol*, Kainós Producciones, interpretada por La Guardia. (N. de la E.)

[\*] *Lucía*, Sony US Latin, interpretada por Rosario Flores. (*N. de la E.*)

[\*] *Supergirl*, B1 Recordings, interpretada por Anna Naklab, con Alle Farben & Younotus. (N. de la E.)



[\*] *Sweet Child O' Mine*, Geffen Records, interpretada por Guns N' Roses. (N. de la E.)

[\*] *Lady in Red*, A&M Records, interpretada por Chris de Burg. (*N. de la E.*)

[\*] *Lady in Red*, A&M Records, interpretada por Chris de Burg. (*N. de la E.*)

[\*] *Feeling Good*, A&E Records Limited, interpretada por Muse. (N. de la E.)

[\*] *Te quiero, te quiero*, Universal Music Spain, interpretada por Rosario Flores. (N. de la E.)

[\*] *Te quiero, te quiero*, Universal Music Spain, interpretada por Rosario Flores. (N. de la E.)

[\*] *Lady in Red*, A&M Records, interpretada por Chris de Burg. (*N. de la E.*)

[\*] *Te quiero, te quiero*, Universal Music Spain, interpretada por Rosario Flores. (N. de la E.)



[\*] *La boda de Luis Alonso*, Fonotrón, interpretada por la Gran Orquesta Sinfónica. (N. de la E.)

[\*] *Ya no*, Universal Music Spain, interpretada por Manuel Carrasco. (*N. de la E.*)

[\*] *Lucía*, Sony US Latin, interpretada por Rosario Flores. (*N. de la E.*)

*Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca*  
García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción  
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito  
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes  
del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Nina y Mikel Edray – Shutterstock  
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© García de Saura, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2016

ISBN: 978-84-08-15982-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L..  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)